Haruki Murakami

LOS AÑOS DE PEREGRINACIÓN DEL CHICO SIN COLOR

Murakami nos narra el viaje introspectivo y físico que hace su protagonista Tsukuru Tazaki, un arquitecto de 36 años, que regresa a Nagoya para reencontrarse con sus amigos de toda la vida con los que rompió años atrás sus lazos para ir a la universidad a estudiar. Esos amigos tienen una característica común: sus apellidos simbolizan un color, y Tsukuro es el único «descolorido» del grupo. Y aquí entra en juego el simbolismo del mundo de Murakami, creando a un personaje solitario y diferente del resto del mundo.

Haruki Murakami

Los años de peregrinación del chico sin color

ePUB r1.1
Ariblack 23.10.13

Título original: 色彩を持たない多崎つくると、彼の巡礼の年 *Shikisai wo Motanai Tazaki Tsukuru to, Kare no Junrei no Toshi*
Haruki Murakami, 2013
Traducción: Gabriel Álvarez Martínez
Diseño de portada: Sylvia Sans

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.0

1

Desde el mes de julio del segundo curso de carrera hasta enero del año siguiente, Tsukuru Tazaki vivió pensando en morir. Entretanto, cumplió veinte años, pero esa muesca en el tiempo no significó nada para él. Durante esos meses, la idea de acabar con su vida le parecía de lo más natural y legítima. Todavía ahora, mucho tiempo después, ignoraba la razón por la que no había dado ese último paso, a pesar de que, en aquel entonces, franquear el umbral que separaba la vida de la muerte le habría resultado más fácil que tragarse un huevo crudo.

Si Tsukuru no llegó a consumar el suicidio fue quizá porque su fijación con la muerte era tan pura e intensa que el modo en que podría suicidarse no se asociaba en su mente a una imagen concreta. En su caso, la concreción era más bien un aspecto secundario. De haber tenido a su alcance una puerta que condujese a la muerte, la habría abierto sin titubear, sin pensárselo dos veces, como una prolongación de su día a día, por así decirlo. Pero, por fortuna o por desgracia, no encontró a mano esa puerta.

Ahora, Tsukuru Tazaki se decía a menudo que tal vez hubiera sido mejor haber muerto entonces. Así, este mundo habría dejado de existir. La idea le seducía: este mundo no existiría y lo que él tenía por realidad ya no sería real. Del mismo modo que para este mundo él ya no existiría, el mundo tampoco existiría para él.

Y sin embargo, al mismo tiempo, no comprendía por qué, en aquella época, había estado tan cerca de la muerte. Y aunque hubiera habido una razón concreta, ¿cómo era posible que ese anhelo por morir hubiese adquirido tanta fuerza como para adueñarse de él y engullirlo? Engullirlo, sí, ésa era la palabra. Al igual que el personaje bíblico que sobrevivió en el vientre de una ballena gigante, Tsukuru cayó en las entrañas de la muerte y pasó aquellos días interminables en una oscura y turbia cavidad.

Durante meses vivió como un sonámbulo, como un cadáver que todavía no se ha percatado de que está muerto. Cuando el sol se levantaba, abría los ojos, se cepillaba los dientes, se vestía con lo primero que encontraba, subía al tren, iba a la universidad y tomaba apuntes en clase. Simplemente se movía en función del horario que tuviera que cumplir, como quien se agarra a una farola ante la acometida de un vendaval. No hablaba con nadie salvo que fuera necesario y, una vez de vuelta en su apartamento, apoyado contra la pared de su dormitorio, reflexionaba sobre la muerte, sobre lo que significaba no estar vivo. Entonces ante él abría sus fauces un abismo sombrío que comunicaba directamente con el corazón del infierno. Allí, en lo más hondo, se divisaba un vacío que giraba en espiral, convertido en nube sólida, y se oía un profundo silencio que oprimía los tímpanos.

Cuando no pensaba en la muerte, no pensaba absolutamente en nada. Eso no le resultaba complicado. No leía la prensa, no escuchaba música, ni siquiera tenía apetito sexual. Lo que ocurriera en el mundo no le importaba lo más mínimo. Si se cansaba de estar encerrado en su apartamento, salía y paseaba sin rumbo fijo por el barrio. O iba hasta la estación y, sentado en un banco, pasaba horas contemplando el ir y venir de los trenes.

Todas las mañanas se duchaba y se lavaba cuidadosamente el pelo, y dos veces por semana hacía la colada. La limpieza era uno

de los pilares a los que se aferraba. Colada, baño y cepillado de dientes. En cambio, no se preocupaba demasiado por la alimentación. A mediodía almorzaba en el comedor de la universidad, pero, por lo demás, descuidaba su alimentación. Cuando le entraba hambre, compraba manzanas o alguna hortaliza en el supermercado del barrio y las mordisqueaba. Otras veces comía pan de molde a palo seco y bebía leche directamente del envase de cartón. Al llegar la hora de dormir, se tomaba una copita de whisky, igual que si fuera un medicamento. Como, afortunadamente, tenía poco aguante, esos dedos de whisky bastaban para que en poco tiempo lo invadiera el sopor. En aquella época nunca soñaba. Y si lo hacía, los sueños, no bien asomaban, resbalaban por la pendiente escurridiza de su mente, sin nada a lo que sujetarse, hasta una zona completamente vacía.

La razón por la que la muerte atrajo hacia sí con tanta fuerza a Tsukuru Tazaki estaba clara: un buen día, sus cuatro mejores amigos, con los que tantas cosas había compartido, le comunicaron que no querían volver a verlo, y tampoco hablar con él. Lo hicieron de modo repentino y rotundo, sin concesiones. No le dieron explicación alguna sobre el motivo de aquella cruel decisión. Y Tsukuru no se atrevió a preguntar.

Los cinco eran amigos del instituto, pero Tsukuru se había marchado de casa para ir a estudiar a una universidad de Tokio, de modo que creyó que ser desterrado del grupo no iba a suponerle un suplicio diario. No pasaría un mal rato cada vez que se los encontrara por la calle. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Al estar lejos de ellos, el dolor que sentía se agravó, se tornó más lacerante. La soledad y la alienación se convirtieron en un cable de cientos de kilómetros de longitud tensado por un enorme

cabrestante. Y, a través de aquella línea tirante, día y noche le llegaban mensajes difíciles de descifrar. El ruido que hacían variaba de intensidad y taladraba sus oídos a intervalos, como un viento que sopla a ráfagas entre los árboles.

Los cinco iban a la misma clase de un instituto público situado a las afueras de la ciudad de Nagoya. Eran tres chicos y dos chicas. Trabaron amistad durante el verano del primer año,[1] en un programa de voluntariado, y a partir de ese momento, aunque al pasar de curso acabaran en distintas clases, formaron una pandilla inseparable. El programa formaba parte de las tareas de verano de la asignatura de educación cívica, pero el grupo decidió seguir colaborando una vez acabado el programa. Desde ese momento, aparte de dedicarse a las actividades de voluntariado, los días festivos se juntaban para practicar senderismo, jugar al tenis o ir a nadar a la cercana península de Chita, y a veces se reunían en casa de uno de los cinco para preparar el examen de acceso a la universidad. Pero la mayoría de las veces quedaban en cualquier parte y charlaban largo y tendido. No elegían una cuestión determinada y se ponían a hablar sobre ella, sino que, sin proponérselo, siempre surgían nuevos temas de conversación.

Los cinco coincidieron por casualidad en esas actividades de voluntariado. Una de las opciones consistía en dar clases de refuerzo a niños de primaria que no eran capaces de seguir el ritmo de la clase (muchos de ellos eran absentistas). De un aula de treinta y cinco alumnos, ellos cinco fueron los únicos que eligieron ese programa, que se desarrollaba en un centro educativo católico. Pasaron tres días en el campamento de verano del centro, situado en las afueras de Nagoya, e hicieron buenas migas con los niños.

Entre clase y clase de refuerzo buscaban tiempo para charlar abiertamente y conocer la forma de pensar y la personalidad de los demás. Compartían anhelos, se contaban sus problemas. Y una vez terminado el campamento de verano, todos ellos sintieron lo mismo: «Ahora sí me encuentro en el lugar adecuado, ahora sí estoy con los compañeros adecuados. Necesito a los otros cuatro y ellos, a su vez, me necesitan a mí». Tal era la sensación de armonía. Se asemejaba a una venturosa fusión química que se hubiera producido *por pura casualidad*. Aunque se hubiesen reunido y preparado con sumo cuidado los mismos ingredientes, seguramente jamás habría vuelto a obtenerse el mismo resultado.

Más tarde continuaron asistiendo al centro los fines de semana, un par de veces al mes, para ayudar a los niños en sus estudios, leer cuentos y libros con ellos, jugar y hacer gimnasia juntos. Además, se encargaban de cortar el césped del jardín, pintar el edificio o reparar juguetes. Colaboraron con el centro durante los dos años y medio siguientes, hasta que dejaron el instituto.

Tratándose de tres chicos y dos chicas, desde el principio podría haber surgido cierta tensión. Por ejemplo, si se hubieran formado dos parejas de chica y chico, habría sobrado uno. Esa posibilidad se cernía sobre sus cabezas en forma de pequeña y densa nube lenticular. No obstante, esa situación nunca llegó a producirse; jamás hubo el menor signo de que eso fuera a ocurrir.

Tal vez por azar, las familias de los cinco eran de clase media alta y vivían en las afueras de la ciudad de Nagoya. Sus progenitores pertenecían a la generación del primer *baby boom* de la posguerra; los padres eran profesionales especializados o trabajaban en grandes empresas. No escatimaban gastos en la educación de sus hijos. Sus hogares eran, al menos en apariencia,

apacibles; ningún matrimonio se había divorciado y las madres, por lo general, se ocupaban de la casa. Para acceder al instituto los chicos habían tenido que superar una prueba, por lo que todos sacaban en general buenas notas. El caso es que los cinco llevaban una vida parecida.

Por otra parte, todos salvo Tsukuru Tazaki coincidían en un pequeño detalle: sus apellidos incluían un color. Los dos chicos se apellidaban Akamatsu y Oumi; ellas, Shirane y Kurono.[2] Tazaki era ajeno a esa casualidad. Debido a ello, desde el primer momento había experimentado una ligera sensación de alienación. Por supuesto, que el apellido incluya o no un color no tiene nada que ver con la personalidad. Lo sabía perfectamente. Pero, para su propio asombro, le dolía no compartir ese rasgo con sus amigos. Los demás enseguida empezaron a llamarse por sus colores, como si fuera algo natural: Aka, Ao, Shiro, Kuro. A él lo llamaban simplemente Tsukuru. A menudo pensaba en lo mucho que le habría gustado tener un apellido con un color. Entonces todo habría sido perfecto.

Aka era un alumno aventajado, sacaba unas notas excelentes. Aunque no daba la impresión de estudiar con particular ahínco, descollaba en todas las asignaturas. Sin embargo, nunca se jactaba de ello; siempre permanecía un paso atrás, discreto, y se mostraba considerado con los otros. Como si se avergonzara de su inteligencia. Ahora bien, como suele ocurrirles a las personas de baja estatura (apenas llegaba al metro sesenta), cuando se empeñaba en algo, por insignificante que fuera, nunca daba su brazo a torcer. Le sacaban de quicio las normas arbitrarias y los profesores ineptos. Era competitivo, de modo que se ponía de mal humor cada vez que perdía un partido de tenis. No era que tuviese

mal perder, pero se volvía más callado. A los demás les hacían gracia sus prontos y solían tomarle el pelo. Al final, el propio Aka también se reía. Su padre era profesor en la Facultad de Económicas de la Universidad de Nagoya.

Ao era delantero en el equipo de rugby y tenía una constitución física envidiable. En el tercer curso, pasó a ser el capitán del equipo. Era de espaldas anchas, pecho robusto, frente despejada, boca amplia y nariz grande. Un jugador entregado cuyo cuerpo siempre lucía heridas recientes. No era muy constante en el estudio, pero sí alegre y querido por todos. Hablaba mirando a los ojos y con voz fuerte y firme. Comía con auténtica fruición y tenía buen saque. Rara vez hablaba mal de alguien y nunca olvidaba una cara o un nombre. Escuchaba a los demás y se le daba bien aglutinar a la gente. Tsukuru aún lo recordaba formando un círculo con sus compañeros de equipo antes de cada partido de rugby y soltando una arenga:

—Ahora vamos a ganar, ¿de acuerdo? Lo único que nos importa es *cómo* lo vamos a hacer, *por cuánto* vamos a ganar. Perder no está entre nuestras opciones, ¿vale? ¡Perder no es una opción!

—¡Perder no es una opción! —gritaban los demás deportistas, y se dispersaban por el terreno de juego.

Pero el equipo del instituto no era excesivamente bueno. Ao estaba dotado para el deporte y era un jugador astuto; sin embargo, el nivel del equipo dejaba mucho que desear. Con frecuencia sufrían derrotas aplastantes frente a equipos de institutos privados, que reclutaban a los mejores deportistas de todo el país a golpe de becas. Pero una vez terminado el partido, Ao no le daba demasiada importancia al resultado.

—Lo importante es la voluntad de ganar —solía decir—. En la vida no se puede ganar siempre. Unas veces se gana y otras se pierde.

—Y a veces el partido se aplaza por el mal tiempo —terció en cierta ocasión Kuro, que era muy irónica.

Ao meneó entonces la cabeza con aire triste.

—Confundes el rugby con el béisbol o el tenis. Los partidos de rugby nunca se aplazan por el mal tiempo.

—¡Ah! ¿Jugáis aunque llueva? —se sorprendió Shiro. Apenas sabía nada sobre deportes, y tampoco le interesaban especialmente.

—Así es —contestó Aka—. Por mucho que llueva, los partidos de rugby nunca se suspenden. Por eso todos los años mueren tantos jugadores ahogados durante el campeonato.

—¡Qué horror! —dijo Shiro.

—¡Serás tonta! ¿No ves que lo dice de broma? —comentó Kuro atónita.

—Volviendo al tema —dijo Ao—, lo que quiero decir es que saber perder forma parte del espíritu deportivo.

—Y por eso te entrenas cada día —dijo Kuro.

Shiro, cuyas delicadas facciones recordaban a las de las antiguas muñecas japonesas, era alta y esbelta, con unas proporciones propias de una modelo. Su cabello, largo y hermoso, era de un brillante negro azabache. La gente con la que se cruzaba no podía evitar volver la cabeza a su paso para mirarla. Pero daba la impresión de que Shiro se sentía un tanto superada por su propia belleza. Era muy seria y no le gustaba llamar la atención. Tocaba el piano con mucha destreza, pero nunca exhibía su talento delante de desconocidos. Cuando, armada de paciencia, enseñaba a los niños a tocar el piano en el centro educativo en el que ayudaban los cinco, se la veía sumamente feliz. Tsukuru jamás había

visto un rostro tan radiante como el de Shiro. Ella decía que algunos de los niños no estaban hechos para estudiar, pero en cambio poseían un talento innato para la música y era una pena desaprovecharlo. En el centro escolar sólo había un piano vertical que era casi una antigualla. Por eso los cinco decidieron unir esfuerzos y organizar una colecta para comprar un piano nuevo. Durante las vacaciones de verano se pusieron manos a la obra. También contactaron con un fabricante de instrumentos musicales para pedir su colaboración. Al final consiguieron comprar un piano de cola. Fue durante la primavera del tercer curso en el instituto. Aquel trabajo desinteresado y tenaz les granjeó el reconocimiento de todo el mundo, e incluso aparecieron en la prensa.

Por lo general, Shiro era parca en palabras, pero cuando la conversación versaba sobre perros o gatos, su rostro se transformaba por completo y hablaba con arrobo, pues adoraba a los animales. Decía que su sueño era ser veterinaria, aunque Tsukuru no se la imaginaba rajándole el vientre a un perro labrador con un escalpelo bien afilado, ni introduciendo la mano en el recto de un caballo. Si se matriculaba en una escuela especializada, tendría que pasar por tal clase de prácticas. Su padre dirigía una clínica de obstetricia y ginecología en Nagoya.

Kuro no era especialmente guapa, pero sí simpática y muy expresiva. Alta y rellenita, a los dieciséis años ya tenía los pechos muy desarrollados y voluminosos. Poseía un marcado sentido de la independencia y una fuerte personalidad, y hablaba tan rápido como pensaba. Destacaba en las asignaturas de letras, pero se le atragantaban las matemáticas y la física. Habría sido incapaz de ayudar a su padre en la asesoría fiscal que éste regentaba en Nagoya. Tsukuru a menudo le echaba una mano con los deberes de matemáticas. Kuro podía ser muy sarcástica, pero también

tenía un peculiar sentido del humor, y hablar con ella resultaba divertido y estimulante. Era una lectora empedernida; siempre llevaba un libro en la mano.

Shiro y Kuro iban a la misma clase desde primaria, así que ya se conocían bien antes de que se formara la pandilla. Verlas juntas era todo un espectáculo. El bellezón tímido dotado de gran talento artístico y la humorista sarcástica y perspicaz: un dúo irrepetible y fascinante.

Bien pensado, Tsukuru Tazaki era el único del grupo que no destacaba en nada en particular. Sus notas eran más que aceptables. Estudiar no le entusiasmaba, pero prestaba atención en clase y, después, preparaba o repasaba las lecciones lo mínimo necesario. Se había habituado a ello desde pequeño. Igual que a lavarse sin falta las manos antes de cada comida y a cepillarse los dientes después. Por eso aprobaba todas las materias sin mayor dificultad, aunque sus calificaciones nunca llamaban la atención. Mientras no diera problemas, sus padres no lo atosigaban con las notas, y tampoco lo habían obligado nunca a ir a una academia ni le habían puesto un profesor particular.

El deporte no le disgustaba, pero nunca participaba en las actividades deportivas extraescolares. En ocasiones jugaba al tenis con amigos o con miembros de su familia, iba a esquiar o nadaba; eso era todo. Era bien parecido, como los demás le recordaban de vez en cuando, aunque en realidad sólo querían decir que «no estaba tan mal». Cuando se miraba al espejo, sentía a menudo un hastío irreprimible. Ni le interesaban demasiado las artes, ni tenía ninguna afición o habilidad especial. Más bien era un chico taciturno, reservado, que enseguida se sonrojaba y se sentía incómodo delante de las personas que acababa de conocer.

Si tenía alguna peculiaridad, por así llamarla, era que su familia era probablemente la más pudiente de las cinco y que su tía

materna era una actriz veterana, discreta pero muy conocida. Sin embargo, no estaba dotado de ninguna cualidad de la que se sintiera orgulloso o que le gustara mostrar en público. Al menos así lo veía él. Era comedido en todos los aspectos. Si hubiera que definirlo con algún color, éste habría sido desvaído.

Tal vez podría considerarse una afición el hecho de que le encantaran las estaciones de tren. No sabía por qué, pero desde que tenía uso de razón siempre le habían fascinado. Ya se tratara de las enormes estaciones del tren bala, de pequeñas estaciones rurales de una sola vía, o de estaciones para carga y descarga de mercancías, no importaba: todo lo que tuviera que ver con las estaciones le apasionaba.

De niño le fascinaban las maquetas de trenes, igual que a todo el mundo, pero lo que realmente le interesaba no eran las locomotoras ni los vagones construidos hasta el más mínimo detalle, ni las vías que se extendían por complejos entramados, ni los diversos dioramas, sino simplemente las maquetas de estaciones normales y corrientes. Le gustaba mirar cómo los trenes de juguete pasaban por las estaciones, cómo iban aminorando la velocidad hasta detenerse justo delante del andén. Imaginaba el trasiego de los pasajeros, le parecía oír los avisos por megafonía y la señal de partida de los trenes, se figuraba los vivos ademanes de los empleados de la estación. En su cabeza se mezclaban realidad y ficción, e incluso a veces la emoción le hacía estremecerse. Sin embargo, era incapaz de explicar a quienes lo rodeaban por qué le atraían tanto las estaciones de ferrocarril. Y aunque hubiera conseguido explicarlo, lo más probable es que lo hubiesen considerado un bicho raro. En ocasiones, él mismo pensaba que quizá tuviera un lado *no muy cuerdo*.

Pese a carecer de una personalidad o unos rasgos remarcables, y de tender siempre a la mesura, tenía —o parecía tener— algo

que lo distinguía de quienes lo rodeaban, algo que no era del todo común. Esta visión contradictoria de su persona le había confundido y desconcertado en más de una ocasión, desde pequeño hasta la actualidad; unas veces, ligeramente; otras, de manera bastante profunda.

A veces Tsukuru se preguntaba por qué sus amigos lo habían aceptado en el grupo. «¿De veras me necesitan? ¿No se lo pasarían mejor sin mí? ¿Acaso todavía no se han dado cuenta? Quizá sea cuestión de tiempo», se decía. Pero cuantas más vueltas le daba, más confuso se sentía. Tratar de averiguar su propia valía se asemejaba a calibrar una sustancia sin disponer de una unidad de medida. La aguja se disparaba debido a que no había un punto fijo en el que detenerse.

Pero a los demás miembros del grupo no parecía importarles. Tal como Tsukuru lo veía, cuando se reunían para hacer algo juntos, todos se lo pasaban en grande. Y para eso tenían que estar los cinco. Ni uno más, ni uno menos. De igual modo que un pentágono regular está formado por cinco lados de la misma longitud. Sus rostros así se lo transmitían.

Por supuesto, Tsukuru se sentía feliz y orgulloso de saberse pieza indispensable de ese pentágono. Adoraba a los otros cuatro y amaba esa sensación de unidad más que nada en el mundo. Igual que un árbol joven absorbe los nutrientes del suelo, Tsukuru tomaba del grupo el sustento que la adolescencia requiere, y lo transformaba en el valioso alimento que le permitiría crecer, o lo reservaba y almacenaba en su cuerpo como fuente de energía para cuando lo necesitase. Aun así, en lo más hondo de su corazón persistía el temor a que algún día tuviera que desprenderse de aquel entrañable grupo, a que pudieran repudiarlo y abandonarlo. La

preocupación por quedarse solo afloraba a menudo en su mente, igual que una oscura y funesta roca que emerge de la superficie del mar cuando desciende la marea.

* * *

—¡Así que de pequeño ya te gustaban las estaciones de tren! —dijo Sara Kimoto con asombro.

Tsukuru asintió, no sin cierto reparo. No quería que ella pensara que era uno de esos *otaku*[3] como los que antes solía ver en la Facultad de Ingeniería y ahora en el trabajo. Sin embargo, quizá lo fuera, al fin y al cabo.

—Sí, no sé por qué, pero es así —reconoció.

—Eres una persona bastante perseverante, ¿no? —dijo ella. A pesar de que debía de parecerle gracioso, no se apreciaba en sus palabras ningún deje peyorativo.

—No sé explicar por qué me pasa eso con las estaciones, por qué precisamente con las estaciones...

Sara sonrió.

—Seguro que es tu vocación.

—Quizá —concedió Tsukuru.

«¿Por qué hemos acabado hablando de esto?», se preguntó. Todo *aquello* había ocurrido hacía mucho tiempo, y prefería borrarlo de su memoria. Pero Sara, por algún motivo, insistía en saber más detalles sobre su época del instituto. ¿Qué clase de estudiante era? ¿A qué se dedicaba? Y, sin apenas darse cuenta, la conversación derivó de forma natural hacia la pandilla. Los cuatro con color y Tsukuru Tazaki, el chico sin color.

Se encontraban en un pequeño bar en las afueras del barrio de Ebisu, en Tokio. Habían planeado cenar en un pequeño restaurante que Sara conocía, pero ella le había dicho que había

almorzado tarde y que no tenía demasiada hambre, así que cancelaron la reserva y acabaron tomando una copa en un bar mientras picaban queso y frutos secos. Tsukuru no puso objeción. Nunca tenía mucho apetito.

Sara era dos años mayor que él y trabajaba en una importante agencia de viajes. Se dedicaba a organizar *tours* por países extranjeros. Como es natural, su trabajo la obligaba a viajar mucho. Tsukuru, por su parte, se dedicaba al diseño y mantenimiento de estaciones de tren en una empresa ferroviaria que cubría el área occidental de la región de Kantō, que incluía Tokio; era su vocación, como había dicho Sara. Aunque sus empleos no se pareciesen, ambos trabajaban con algo relacionado con el transporte de personas. Alguien los presentó en la fiesta de inauguración de la casa de uno de los jefes de Tsukuru, intercambiaron direcciones de correo electrónico y aquélla era su cuarta cita. En la tercera, después de cenar, habían ido a casa de él y habían hecho el amor. Hasta entonces las cosas habían sobrevenido con toda naturalidad. Pasada una semana, se encontraban en una fase delicada. Si seguían así, su relación se volvería más seria. Él tenía treinta y seis años; ella, treinta y ocho. Evidentemente, no era un amorío de adolescentes.

Desde el momento en que se conocieron, a Tsukuru le agradó el rostro misterioso de Sara. No era especialmente hermoso, al menos en el sentido convencional de la palabra. Sus pómulos salientes daban una impresión de terquedad, y tenía la nariz fina y un poco puntiaguda. Pero en esos rasgos había *algo* fresco que atrajo poderosamente su atención. Sus ojos eran estrechos, pero cuando intentaban ver algo, de repente se abrían como platos. Y entonces surgían dos pupilas negras descaradas y llenas de curiosidad.

Aunque no sea muy consciente de ello, en el cuerpo de Tsukuru hay un lugar muy delicado y de una sensibilidad muy

aguda. Se encuentra en algún punto de su espalda. Una pequeña zona blanda que él no alcanza a tocarse y que por lo general permanece oculta, de tal forma que no se ve a simple vista. Sin embargo, en los momentos más inesperados, esa zona se activa de súbito cuando alguien la presiona con las yemas de los dedos. En ese instante, algo se pone en funcionamiento en su interior y segrega una sustancia especial. Esta sustancia se mezcla con la sangre y es enviada a cada rincón de su organismo, estimulándolo tanto física como mentalmente.

La primera vez que se encontró con Sara, sintió cómo unos dedos invisibles se alargaban y presionaban con fuerza ese interruptor en su espalda. A pesar de que el día en que se conocieron hablaron largo y tendido, no recordaba en absoluto de qué habían charlado. Lo único que recordaba era esa repentina sensación en la espalda y un extraño estímulo físico y mental que no conseguía expresar con palabras. Una parte de sí mismo se distendía y otra se contraía. Ésa era la sensación. ¿Qué demonios significaría? Tsukuru le dio vueltas durante días, pero a él nunca se le había dado bien pensar sobre cosas poco definidas. Más tarde le envió un correo electrónico y la invitó a comer. Quería averiguar qué significaban aquella sensación y aquel estímulo.

No sólo le gustaba el rostro de Sara, sino también cómo vestía. Usaba prendas de corte bello y natural, con pocos ornamentos. Además, el modo en que se ceñían a su cuerpo transmitía una impresión de comodidad y simplicidad, aunque uno podía deducir que había tardado bastante tiempo en elegirlas y que no eran precisamente baratas. Los accesorios y el maquillaje con que combinaba la ropa eran elegantes y discretos. Pese a que Tsukuru nunca había prestado demasiada atención a su propia indumentaria, le

gustaba contemplar a las mujeres que vestían bien. Era parecido a disfrutar de una bella melodía.

Cuando era pequeño, sus dos hermanas, a las que les encantaba la ropa, solían cogerlo por banda antes de sus citas para pedirle su opinión sobre cómo iban vestidas. Y, quién sabe por qué, se ponían muy serias. «Mira, ¿qué te parece esto? ¿Cómo me queda? ¿Combinan bien?» Y, cada vez, él les daba su más sincera opinión masculina. En la mayoría de las ocasiones, sus hermanas tenían en cuenta su parecer, y él se alegraba por ello. Para él llegó a convertirse en un hábito.

Mientras bebía de su copa a sorbos, en silencio, Tsukuru fantaseó con la idea de despojar a Sara de su vestido: desabrocharle los corchetes, bajarle suavemente la cremallera. Había hecho el amor con ella una sola vez, pero había sido muy placentero y satisfactorio. Tanto vestida como desnuda, aparentaba cinco años menos. Era de piel muy blanca; sus pechos, no demasiado grandes, eran hermosamente redondos. Acariciarle morosamente la piel era maravilloso, y la sensación que le procuraba abrazarse a su cuerpo después de correrse era realmente deliciosa. Pero, por supuesto, ahí no acababa todo. Lo sabía. Se trataba del vínculo entre dos personas. Para recibir hay que ofrecer.

—¿Qué tal te fue a ti en el instituto? —preguntó Tsukuru Tazaki.

Sara sacudió la cabeza.

—No hubo nada especial. Fue bastante aburrido. Ya te lo contaré otro día. Hoy quiero que me hables de ti. ¿Qué pasó con tu pandilla?

Tsukuru se puso un puñado de frutos secos en la palma de la mano y se llevó a la boca unos cuantos.

—Entre nosotros había una serie de acuerdos tácitos. Uno de ellos era hacerlo todo juntos siempre que fuera posible. Por ejemplo, evitábamos hacer cosas por parejas. De lo contrario, corríamos el peligro de que el grupo acabara desmembrándose. Teníamos que ser una unidad sobre la que sólo actuara una fuerza centrípeta. ¿Cómo explicártelo? Intentábamos preservar esa especie de unión armónica y sin perturbaciones.

—¿Una unión armónica, sin perturbaciones? —En sus palabras se apreciaba auténtica sorpresa.

Tsukuru se sonrojó.

—Íbamos al instituto, éramos muy ilusos.

Sara lo miró fijamente y ladeó un poco la cabeza.

—No creo que fuerais unos ilusos. Pero ¿cuál era el propósito de esa unión?

—Como te he contado, al principio queríamos ayudar en el centro a niños desmotivados y con problemas de aprendizaje. Ése fue el punto de partida y, por supuesto, siempre significó mucho para nosotros. Pero quizá, con el paso del tiempo, mantener el grupo se convirtió en un propósito más.

—Existir y seguir existiendo era en sí un propósito.

—Tal vez.

Sara entornó los ojos y dijo:

—Igual que el universo.

—No sé si era igual que el universo —dijo Tsukuru—, pero, en esa época, para nosotros era muy importante conservar esa

química que se creaba cuando estábamos juntos. Era como intentar evitar que el viento apagase una cerilla encendida.

—¿Química, has dicho?

—Sí, esa fuerza que surgió por pura casualidad, en unas circunstancias que jamás se repetirán.

—¿Algo así como el Big Bang?

—Sobre el Big Bang tampoco sé mucho —contestó Tsukuru.

Sara sorbió un trago de su mojito y observó desde distintos ángulos la forma de las hojas de hierbabuena.

—Oye, sinceramente, yo me eduqué en colegios privados femeninos, así que no sé cómo es una pandilla mixta de estudiantes de instituto. Ni siquiera puedo imaginármelo. Supongo que para conseguir que el grupo permaneciera inalterable tuvisteis que refrenar vuestros impulsos sexuales en la medida de lo posible. ¿Me equivoco?

—Yo no diría que nos refrenáramos, pero, sí, tuvimos que hacer un esfuerzo para no tener relaciones entre nosotros.

—Pero no tocabais el tema, ¿no? —dijo Sara.

Tsukuru le dio la razón.

—No lo verbalizábamos. No teníamos códigos explícitos ni nada parecido.

—¿Y qué ocurría contigo? Pasando tanto tiempo juntos, ¿nunca te sentiste atraído por Shiro o por Kuro? Por lo que cuentas, las dos debían de tener bastante encanto.

—Es verdad. Cada una a su manera. Te mentiría si te dijera que no me atraían. Pero trataba de pensar en ellas lo menos posible.

—¿*Lo menos posible*?

—Lo menos posible —repitió Tsukuru, y sintió cómo volvían a encendérsele las mejillas—. Cuando por algún motivo tenía que pensar en ellas, intentaba pensar en las dos como en una sola.

—¿Una sola?

Tsukuru buscó las palabras adecuadas.

—¿Cómo explicarlo? No es fácil… Pensaba en ellas como en un solo ser imaginario. Un ente abstracto, sin cuerpo definido.

—¡Ah! —pronunció Sara sorprendida. Luego pareció meditarlo un momento. Estuvo a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor y permaneció callada. Por fin habló—: Al acabar el instituto, entraste en una universidad de Tokio y te alejaste de Nagoya, ¿no?

—Sí —dijo Tsukuru—. Desde entonces he vivido en Tokio.

—¿Y qué ocurrió con los otros cuatro?

—Se matricularon en universidades locales. Aka entró en la Facultad de Económicas de la Universidad de Nagoya, donde enseñaba su padre. Kuro se matriculó en una universidad femenina privada con un prestigioso departamento de Filología Inglesa. Ao, al que se le daba bien el rugby, entró, gracias a una recomendación, en la Facultad de Comercio de una famosa universidad privada. Shiro, al final, dejándose convencer por su entorno, abandonó la idea de convertirse en veterinaria y quiso estudiar piano en un conservatorio. Todos los centros estaban lo suficientemente cerca como para no tener que mudarse. Yo fui el único que se marchó a Tokio, a la Universidad Tecnológica.

—¿Por qué te dio por venir a Tokio?

—Muy sencillo: porque en esa universidad había un reconocido profesor que era la máxima autoridad en construcción de estaciones. Las estaciones tienen unas características muy específicas, distintas de las de cualquier otro edificio, así que no basta con estudiar arquitectura o ingeniería civil en una universidad tecnológica normal y corriente. Se necesita una formación especializada muy concreta.

—Los objetivos concretos simplifican la vida —sentenció Sara.

Tsukuru se mostró de acuerdo. Ella volvió a hablar:

—A lo mejor, los otros cuatro se quedaron en Nagoya porque no querían que esa «unión armónica», como tú la llamas, se disolviera.

—En el tercer y último curso del instituto hablamos mucho sobre el camino que cada uno tomaría. Los otros cuatro dijeron que tenían intención de quedarse en Nagoya e ir a universidades de la zona. Aunque no lo expresaron en voz alta, estaba claro que si se quedaban era para que el grupo no se deshiciera.

Aka, por sus notas, siguió explicando Tsukuru, podría haber entrado fácilmente en la Universidad de Tokio, y de hecho sus padres y profesores lo animaron a ello. Ao, dadas sus cualidades para el deporte, podría haber entrado en cualquiera de las universidades más prestigiosas del país. El carácter de Kuro la predisponía a una vida libre en una ciudad más refinada y con mayores estímulos intelectuales, así que lo lógico hubiera sido que se matriculara en una universidad privada en Tokio. Nagoya, por supuesto, también es una gran ciudad, pero en lo que respecta a su vida cultural, hay que admitir que, comparada con Tokio, parece una capital de provincia. Sin embargo, los cuatro optaron por quedarse en Nagoya. El nivel de los centros a los que acudieron estaba un peldaño por debajo de lo que les habría correspondido. Shiro era la única que nunca se habría ido de Nagoya, aunque la pandilla no hubiera existido. No era de esas personas que salen por voluntad propia de su mundo en busca de nuevos estímulos.

—Cuando me preguntaron qué iba a hacer yo, les respondí que aún no lo tenía claro. Pero en realidad ya había decidido marcharme a Tokio. A mí también me habría gustado quedarme en Nagoya, ir a una universidad normal y corriente y pasármelo bien con ellos, sin matarme demasiado estudiando. Para mí habría sido más cómodo en muchos sentidos, aparte de que era lo

que mi familia deseaba. En cierta manera, esperaban que, al graduarme, tomara las riendas de la empresa de mi padre. Pero yo sabía que, si no venía a Tokio, luego me arrepentiría. Tenía que entrar a toda costa en el departamento de ese profesor.

—Te entiendo —dijo Sara—. ¿Y qué les pareció a los demás que te marcharas?

—Bueno, no sé qué pensaban, pero imagino que se llevarían un chasco. Porque sin mí iba a perderse el espíritu de unión que había surgido entre los cinco.

—La química.

—O tarde o temprano se transformaría en algo de una naturaleza distinta.

Sin embargo, cuando se enteraron de que Tsukuru estaba decidido a marcharse, no intentaron disuadirlo. Al contrario, más bien lo animaron: «Tokio está a hora y media de distancia en tren bala. Puedes volver a casa siempre que quieras. Además, a lo mejor no apruebas el examen de acceso a la Universidad Tecnológica», le dijeron medio en broma. Lo cierto era que, para superar ese examen, necesitaba estudiar como jamás lo había hecho.

—¿Y cómo fue la relación entre los cinco al acabar el instituto?

—Al principio todo iba bien. Yo regresaba a Nagoya los días festivos de primavera y otoño, y también para las vacaciones de verano y fin de año, y procuraba quedar con ellos siempre que me era posible. Nos llevábamos igual de bien que antes.

Al verse las caras después de tanto tiempo, tenían mucho que contarse, de manera que las conversaciones eran interminables. Cuando Tsukuru se marchaba, los cuatro solían hacer cosas juntos. Pero cuando regresaba, volvían a formar la misma piña de cinco (por supuesto, si alguien tenía algún compromiso, se reunían sólo dos o tres). Los cuatro que se habían quedado en Nagoya siempre recibían con agrado a Tsukuru, como si esa interrupción

temporal no hubiese ocurrido. Por lo menos Tsukuru no notaba que el ambiente hubiera cambiado o que se hubiese producido alguna grieta invisible. Se alegraba de ello. Por eso no le importaba no tener amigos en Tokio.

Sara lo miró entrecerrando los ojos.

—¿No hiciste ninguna amistad en Tokio?

—No sé por qué, pero no, no conseguí hacer amigos —dijo Tsukuru—. Nunca he sido demasiado sociable. Pero tampoco es que me encerrara en casa. Era la primera vez que vivía solo y tenía toda la libertad del mundo para hacer lo que quisiera. Fueron días bastante entretenidos. En Tokio las líneas de ferrocarril se extienden como una malla por toda la ciudad, hay infinitas estaciones y yo me pasaba horas visitándolas. Estudiaba su estructura, dibujaba croquis, anotaba todo lo que me llamaba la atención.

—Debía de ser divertido —dijo Sara.

Pero la universidad no tenía nada de divertido. En los primeros cursos los contenidos eran generales, con pocas asignaturas especializadas, y la mayor parte de las clases le aburrían. Aun así, asistía prácticamente a todas, recordando el esfuerzo que había hecho para acceder a esa universidad. Además, hincó los codos con el francés y el alemán. También fue a clases de conversación en inglés. Ver que los idiomas se le daban bien fue un descubrimiento. Pero… ¿amigos? No, a su alrededor no había ni una sola persona que le atrajera. Comparado con aquellos cuatro fascinantes jóvenes que lo habían acompañado durante su época en el instituto, todo el mundo le parecía pusilánime, soso y falto de personalidad. No encontró a nadie con quien le apeteciera trabar amistad o hablar más allá de lo imprescindible. Así que, en Tokio, pasaba la mayor parte del tiempo solo. Gracias a ello, empezó a leer mucho más que antes.

—¿No te deprimías? —preguntó Sara.

—Sabía que estaba solo, pero no me deprimía. Es más, me parecía que era lo natural.

Aún era joven y no sabía demasiado cómo funcionaba el mundo. Además, en varios aspectos Tokio era muy distinto del entorno donde había nacido y crecido. Las diferencias eran mayores de lo que había previsto: la envergadura de Tokio la volvía inabarcable; lo que ofrecía le parecía de una diversidad apabullante. Allí las opciones eran tantas, la gente hablaba de cosas tan extrañas y el tiempo transcurría tan rápido que le resultaba difícil mantener el equilibrio entre sí mismo y el mundo que lo rodeaba. Y, lo que es más importante, en aquella época todavía tenía un lugar al que regresar. Le bastaba con tomar el tren bala en Tokio para, hora y media después, plantarse en ese lugar «armónico y sin perturbaciones». Un lugar donde el tiempo fluía lentamente y lo esperaban amigos en quienes siempre podía confiar.

—¿Y ahora? ¿Eres capaz de conservar el equilibrio con lo que te rodea?

—Llevo catorce años trabajando en la misma empresa. No tengo ninguna queja al respecto y, francamente, me gusta lo que hago. Y me llevo bien con mis compañeros. En todo este tiempo he salido con algunas chicas, aunque por las circunstancias que fuesen, ninguna relación llegó a cuajar. La culpa no fue sólo mía.

—Y no te deprime estar solo.

Como aún era temprano, en el local no había más clientes aparte de ellos. De fondo sonaba un trío de jazz con piano.

—No, creo que no —dijo Tsukuru tras titubear un poco.

—Pero ya no tienes a donde regresar, ¿no? Ese lugar armonioso y sin perturbaciones…

Tsukuru se quedó pensativo, aunque no había nada en lo que pensar.

—Ya no —respondió en tono tranquilo.

Durante las vacaciones de verano del segundo curso, supo que ese lugar había desaparecido.

2

Ocurrió durante las vacaciones del segundo curso. Y, a partir de ese verano, la vida de Tsukuru Tazaki sufrió una transformación. Del mismo modo que, en las crestas escarpadas, la flora sufre transmutaciones que modifican su aspecto.

Al empezar las vacaciones, hizo la maleta (como siempre, metió en ella cuatro cosas) y subió al tren bala. Una vez en Nagoya, al llegar a casa descansó un rato y llamó a sus cuatro amigos, pero no pudo contactar con ninguno. Le dijeron que los cuatro habían salido. Concluyó que seguramente habían ido juntos a alguna parte. Dejó un mensaje a los familiares que atendieron sus llamadas y salió solo a dar una vuelta. Para matar el tiempo entró en el cine de unas galerías comerciales y vio una película que no le apetecía ver especialmente. De vuelta en casa, después de cenar con su familia, volvió a llamar a las casas de los cuatro. Aún no habían regresado.

Al día siguiente, antes del mediodía, volvió a telefonear, pero todos seguían ausentes. Dejó otra vez el recado de que lo llamasen cuando volvieran. «Sí, entendido, ya se lo comunicaré», le decían los familiares. Pero en sus voces percibió algo que lo dejó preocupado. Aunque el primer día no se había dado cuenta, sus voces no sonaban igual que de costumbre. Era como si, por algún motivo,

evitaran ser simpáticos con él. Incluso notó que querían colgar lo antes posible. En particular, la voz de la hermana de Shiro sonaba más fría de lo habitual. Tsukuru siempre había congeniado con aquella chica dos años mayor que él (aunque no destacase tanto como su hermana pequeña, también era guapa) y, cada vez que él llamaba a Shiro, ambos aprovechaban para bromear. Al menos, se saludaban con confianza. Pero esa vez ella parecía tener prisa. Al acabar las llamadas, Tsukuru tuvo la impresión de que se había convertido en portador de un pernicioso agente patógeno.

«Quizá, mientras yo no estaba, ha ocurrido algo», pensó. «Algo que ha provocado que la gente quiera guardar las distancias conmigo.» Se dijo que debía de ser algo incómodo y adverso. Sin embargo, por más vueltas que le dio, no se le ocurrió qué podía ser.

Sentía lo mismo que si se hubiera tragado un pedazo de algo que no debía haber tragado. No podía regurgitarlo ni digerirlo. Ese día se quedó en casa, sin salir en ningún momento, a la espera de que lo llamaran. Intentó concentrarse en alguna cosa, pero fue inútil. Les había repetido a los familiares de sus amigos que estaba de regreso en Nagoya. Si todo hubiera ido bien, sus amigos le habrían devuelto de inmediato la llamada y en ese instante estaría escuchando sus voces llenas de vitalidad. Pero el teléfono guardaba un silencio obstinado.

Ya de noche, le entraron ganas de volver a llamar. Pero se lo pensó dos veces y desistió. A lo mejor, en realidad, todos *se encontraban* en sus casas. Quizá sólo fingían que estaban ausentes porque no querían ponerse al aparato. Puede que hubieran pedido a sus familias que si Tsukuru Tazaki llamaba le dijeran que no estaban. Por eso los familiares le habían hablado en aquel tono un tanto áspero.

Pero ¿por qué?

No se le ocurría ningún motivo. Se habían visto por última vez durante un fin de semana de mayo. Y los cuatro lo acompañaron hasta la estación cuando él tuvo que regresar a Tokio. Le dijeron adiós gesticulando con grandes aspavientos frente a las ventanillas del tren. Igual que si se despidieran de un soldado que partiera al frente, en tierras lejanas.

Poco después, Tsukuru había enviado varias cartas a Ao desde Tokio. Como a Shiro no se le daban bien los ordenadores, todos se comunicaban por carta. Ao desempeñaba la función de intermediario. Él recibía las cartas y las ponía en circulación entre el resto de los miembros del grupo. Así, Tsukuru se ahorraba el trabajo de tener que escribir cuatro cartas parecidas, una para cada uno. Básicamente, les contaba su vida en la capital: las cosas que veía, las experiencias que vivía, lo que sentía. «Pero vea lo que vea, haga lo que haga, siempre pienso lo estupendo que sería teneros a todos a mi lado.» Eso lo sentía de verdad. Sin embargo, no decía gran cosa más.

Ellos también le enviaban cartas que habían escrito juntos, pero Tsukuru no había detectado en ellas ningún signo de contrariedad, ningún matiz negativo. Sólo le relataban lo que hacían en Nagoya. Parecía que disfrutaban mucho de la vida universitaria en su ciudad natal. Le contaban, por ejemplo, que Ao se había comprado un Honda Accord de segunda mano (en los asientos traseros había una mancha de lo que parecía meado de perro) y que los cuatro habían ido de excursión al lago Biwa en el coche. «Tiene suficiente espacio para los cinco (siempre y cuando ninguno engorde excesivamente). Es una pena que no estés aquí. Tenemos muchas ganas de volver a verte en verano», concluían. A Tsukuru le parecía que lo decían de corazón.

Esa noche le costó conciliar el sueño. Estaba inquieto y su mente se veía asaltada por distintos pensamientos. En realidad, era un único pensamiento que adoptaba distintas formas. Tsukuru daba vueltas y más vueltas alrededor de un mismo punto, como una persona desorientada. Para cuando se daba cuenta, volvía a hallarse en el mismo lugar. Al cabo de un rato las ideas ya no iban ni hacia delante ni hacia atrás, como un tornillo cuya cabeza tiene la ranura desgastada.

Estuvo desvelado hasta las cuatro de la madrugada. Luego se durmió y se despertó pasadas las seis. No tenía hambre. Bebió un vaso de zumo de naranja y sintió una ligera náusea. A su familia le preocupó que de repente hubiera perdido el apetito, pero él les contestó que no era nada, que sólo tenía el estómago un poco revuelto.

Tampoco ese día salió de casa. Se pasó la mañana leyendo tumbado, frente al teléfono. O, mejor dicho, intentando leer. Por la tarde, probó a llamar una vez más a sus amigos. Lo hizo a su pesar, pero no podía seguir esperando. La impaciencia y el malestar lo consumían.

El resultado fue el mismo: los familiares de sus amigos le dijeron que éstos no estaban en casa, bien con frialdad, bien como si lo lamentaran mucho, bien en un tono excesivamente neutro. Tsukuru les dio las gracias, breve pero educadamente, y colgó. Esta vez no les pidió que les transmitieran ningún mensaje. Se dijo para sus adentros que, igual que él no soportaba que aquella situación se prolongase, llegaría un momento en el que ellos también se hartarían de fingir que no estaban en casa. Por lo menos,

los que atendían las llamadas acabarían enfadándose. Eso suponía Tsukuru. Si seguía llamando, sin duda obtendría alguna reacción.

Tal y como imaginaba, pasadas las ocho Ao lo telefoneó.

—Lo siento, pero no queremos que vuelvas a llamarnos —le dijo Ao.

No hubo preámbulos. Ni un «¡Hola!», ni un «¿Qué tal?», ni mucho menos un «¡Cuánto tiempo!». El «Lo siento» fue la única cortesía que salió de su boca.

Tsukuru tomó aliento, repitió mentalmente las palabras de Ao y les dio vueltas a toda prisa. Intentó detectar alguna emoción en su voz, en su entonación. Pero no era más que un aviso leído en voz alta, pura formalidad. No había cabida para las emociones.

—Si me decís que no queréis que os llame, no lo haré, por supuesto —contestó Tsukuru. Las palabras salieron casi automáticamente de su boca. Pretendía decirlo en un tono sereno, pero su propia voz le pareció la de un desconocido. La voz de alguien que vive en una ciudad lejana y que no ha visto ni una sola vez (y que jamás verá) a su interlocutor.

—Eso es. Por favor, no vuelvas a llamarnos —replicó Ao.

—No pretendía molestar a nadie —dijo Tsukuru.

Ao soltó lo que parecía un suspiro y, a la vez, un gemido de asentimiento.

—Pero me gustaría saber por qué —añadió Tsukuru.

—Yo no puedo decírtelo —dijo Ao.

—Entonces, ¿quién?

Al otro lado de la línea se hizo un silencio. Un silencio denso como un muro de piedra. Ao resopló por la nariz. Tsukuru esperó. Le parecía estar viendo la nariz carnosa y chata de su amigo.

—Me imagino que, si lo piensas por ti mismo, sabrás por qué —dijo finalmente Ao.

Tsukuru se quedó mudo. «Pero ¿qué está diciendo? ¿Que lo piense por mí mismo? ¿Qué más puedo pensar? Si pensara con más intensidad, perdería el juicio.»

—Lamento esta situación —le dijo Ao.

—¿Los cuatro pensáis lo mismo?

—Sí. Todos lo lamentan.

—Venga, Ao, ¿qué pasa? —insistió Tsukuru.

—Piénsalo por ti mismo —repitió Ao.

Tsukuru creyó detectar un suspiro, o quizá un resoplido, de rabia o de tristeza, o de ambas cosas a la vez. Pero fue muy breve. La comunicación se cortó antes de que a Tsukuru se le ocurriera qué más decir.

* * *

—¿Eso fue todo? ¿No te dijo nada más? —quiso saber Sara.

—Fue una conversación muy breve, concisa. No se puede reproducir con mayor precisión —dijo Tsukuru.

Seguían en el bar, sentados a una pequeña mesa.

—¿Tuviste más oportunidades de hablar de eso con él y con los otros tres? —preguntó Sara.

Tsukuru negó con la cabeza.

—No, no volví a hablar con ninguno de ellos.

Sara entrecerró los ojos, escrutándolo. Era como si contemplara un paisaje que rompiera con las leyes de la física.

—¿Con ninguno?

—No, no he vuelto a verlos ni a hablar con ellos.

—Pero ¿no querías saber por qué te habían echado de repente del grupo?

—Me es difícil explicártelo. Ya me daba todo igual. Me cerraron bruscamente la puerta y no volvieron a dejarme entrar, y ni siquiera me dijeron por qué. Me resigné; creí que, si eso era lo que ellos querían, no había nada que hacer.

—No te comprendo —dijo Sara con aire de no comprenderlo realmente—. Pudo haber sido un malentendido. Porque tú no tenías idea de qué podía tratarse, ¿no? ¿No te pareció que era una lástima perder a unos amigos tan valiosos por una tontería? ¿O que quizá se trataba de un error que podría haberse enmendado con un pequeño esfuerzo?

La copa de mojito estaba vacía. Sara llamó por señas al camarero y le pidió una copa de vino tinto. Tras dudarlo, eligió un cabernet sauvignon de Napa. A Tsukuru todavía le quedaba la mitad de su whisky con soda. El hielo se había derretido, el vaso sudaba y el posavasos de papel se había hinchado de la humedad.

—Era la primera vez en mi vida que me rechazaban de forma tan rotunda. Encima, yo confiaba en ellos más que en nadie. Eran mis mejores amigos, estaba tan unido a ellos que eran como una parte más de mi cuerpo. Fue un golpe muy duro, y no me paré a buscar una razón ni traté de enmendar el posible error. Tardé en sobreponerme. Me sentía como si algo se hubiera roto dentro de mí.

El camarero depositó la copa de vino sobre la mesa y les puso otro platito de frutos secos. Cuando se alejó, Sara volvió a hablar:

—Nunca he vivido algo así, pero imagino el desconsuelo que sentiste. Claro, también entiendo que en un principio no levantaras cabeza. Pero pasado cierto tiempo, una vez encajado el golpe, ¿no pudiste hacer nada? ¿Por qué te quedaste de brazos cruzados ante esa situación? Supongo que los sentimientos no desaparecieron tan fácilmente.

Tsukuru hizo un breve gesto negativo con la cabeza.

—A la mañana del día siguiente, me inventé una excusa, me despedí de mi familia y regresé a Tokio en el tren bala. No quería pasar en Nagoya ni un día más. Aparte de eso, no pensé en ninguna otra cosa.

—Yo, en tu lugar, me habría quedado en Nagoya hasta dar con una explicación convincente —dijo Sara.

—No encontré las fuerzas para eso —dijo Tsukuru.

—¿No querías saber la verdad?

Mientras miraba sus propias manos sobre la mesa, Tsukuru eligió con cuidado sus palabras.

—Creo que me daba miedo lo que pudiera salir a la luz. Fuera cual fuese el motivo de su rechazo, no creía que averiguarlo me sirviera de nada.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—No lo sé... —dijo Tsukuru—. Pero en ese momento sí.

—Y entonces volviste a Tokio, a encerrarte en tu apartamento, y cerraste los ojos y te tapaste los oídos.

—En pocas palabras, eso hice, sí.

Sara extendió las manos sobre la mesa y cubrió con ellas las manos de Tsukuru.

—¡Pobre Tsukuru Tazaki! —dijo ella.

Tsukuru sintió cómo, lentamente, el tacto suave de las manos de Sara se difundía por todo su cuerpo. Poco después, ella apartó las manos y se llevó la copa de vino a los labios.

—Desde entonces volví a Nagoya sólo para lo estrictamente necesario —dijo Tsukuru—. Y cuando lo hacía, procuraba no salir mucho de casa y regresar a Tokio lo antes posible. Mi madre y mis hermanas empezaron a preocuparse y no paraban de preguntarme si había pasado algo, pero yo no les di ninguna explicación. Era incapaz de hablar del tema.

—¿Sabes qué ha sido de los cuatro?

—No. Nadie me ha dicho nada y, la verdad, tampoco quiero saberlo.

Ella removió el vino dándole unas vueltas a la copa y observó durante un rato las ondas que se formaron en la superficie. Como una adivina que pudiera leer el futuro en ellas.

—Es todo muy extraño —dijo un rato después—. Lo que ocurrió fue muy duro; en cierto sentido, te cambió la vida, ¿no es así?

Tsukuru asintió levemente.

—Podría decirse que me volví una persona diferente en varios sentidos.

—¿En qué sentido, por ejemplo?

—Creo que me convertí en un tipo anodino y aburrido. Para los demás, y también para mí mismo.

Sara se quedó mirándolo fijamente a los ojos. A continuación le dijo en tono serio:

—A mí no me resultas anodino ni aburrido.

—Gracias —dijo Tsukuru, y se tocó suavemente las sienes con las yemas de los dedos—. Pero el problema está dentro mi cabeza.

—Aun así, no lo entiendo —dijo Sara—. Esa herida todavía permanece en tu cabeza, en tu corazón, o probablemente en ambos. Y sin embargo durante estos quince o dieciséis años no has intentado averiguar qué ocurrió.

—Mira. No es que no quiera saber la verdad. Lo que pasa es que, a estas alturas, siento que es mejor olvidarlo. Ya forma parte del pasado, está como sumergido en una zona muy honda de mí mismo.

Durante un instante Sara cerró sus finos labios y luego sentenció:

—Eso es peligroso.

—¿Peligroso? —dijo Tsukuru—. ¿Qué quieres decir?

—Aunque logres ocultar los recuerdos, o enterrarlos muy hondo, no puedes borrar la Historia —dijo Sara alzando la mirada hacia Tsukuru—. Más vale que te quede grabado: la Historia no puede borrarse ni alterarse. Porque significaría matarte a ti mismo.

—¿Cómo es que hemos acabado hablando de esto? —dijo Tsukuru, quizá dirigiéndose a sí mismo—. Nunca se lo he contado a nadie y no tenía ninguna intención de hacerlo.

Sara esbozó una sonrisa.

—¿No será porque necesitabas contarlo, y más de lo que tú creías?

Ese verano, cuando regresó a Tokio, Tsukuru tuvo la extraña sensación de que la composición de su cuerpo había sido totalmente reemplazada por otra. Empezó a percibir matices diferentes en los colores de los objetos cotidianos, como si un insólito filtro los cubriera. Oía sonidos que nunca había escuchado y dejó de percibir los sonidos de siempre. También notó que se movía con mucha torpeza. Parecía que todo, incluso la fuerza de la gravedad, había mudado de naturaleza.

Durante los cinco meses posteriores a su regreso a Tokio, Tsukuru vivió a las puertas de la muerte. Su vida pendía de un hilo, y le parecía que, con sólo darse la vuelta en la cama, caería en un abismo, en un vacío. Pero no tenía miedo. Tan sólo pensaba en cuán simple sería caer.

Hasta donde alcanzaba su vista, todo se le antojaba un páramo rocoso. Ni una sola gota de agua, ni la más pequeña brizna de hierba. Había desaparecido todo color, cualquier cosa semejante a la luz. No había sol, luna ni estrellas. Probablemente ni siquiera hubiese norte ni sur, este ni oeste. Cada cierto tiempo, un

enigmático crepúsculo reemplazaba a la oscuridad infinita, pero ésta siempre regresaba. Se hallaba en los últimos confines habitables por cualquier ser humano. Al mismo tiempo, de vez en cuando, también había vida. Durante el crepúsculo, pájaros de picos afilados como cuchillos venían y le desgarraban sin piedad la carne. Cuando las tinieblas cubrían la tierra, las aves se marchaban y los huecos que habían dejado en su carne iban llenándose en silencio de otra materia, un sucedáneo de carne que no era en absoluto carne.

Tsukuru ignoraba qué era ese sucedáneo, pero no podía sustraerse a él. Se abatía sobre su cuerpo como un tropel de sombras y depositaba en él un sinfín de huevos de negrura. Cuando las tinieblas se iban y de nuevo llegaba el ocaso, los pájaros regresaban y volvían a picotear violentamente su cuerpo.

En esos momentos, Tsukuru era él mismo y, simultáneamente, no lo era. Era Tsukuru Tazaki y no era Tsukuru Tazaki. Al sentir aquel dolor lacerante, se separaba de su propio cuerpo. Entonces, desde un lugar un poco apartado, libre del suplicio, observaba cómo Tsukuru Tazaki aguantaba el dolor. Pero eso sólo lo lograba si se concentraba y ponía en ello todos sus sentidos.

Dieciséis años después, todavía, de vez en cuando, experimentaba de repente esa sensación: se separaba de sí mismo. Contemplaba su propio sufrimiento convertido en otro.

Después de las copas, Tsukuru quiso invitar a Sara a cenar. Le propuso ir a comer algo, una pizza, cualquier cosa sencilla, por los alrededores.

—Todavía no tengo hambre —le contestó Sara.

—Entonces, ¿por qué no vamos a mi casa?

—Lo siento, pero hoy no me apetece —dijo ella, con cierto apuro pero con ánimo de dejar las cosas claras.

—¿No será porque te he aburrido con mis historias? —preguntó Tsukuru.

Ella exhaló un brevísimo suspiro.

—No, no. Lo que pasa es que necesito pensar en ciertas cosas. Así que hoy prefiero volver a casa.

—Está bien. Me alegro de haber charlado contigo. Aunque ojalá hubiéramos hablado de cosas más alegres y amenas.

Sara permaneció un rato con los labios cerrados. Luego habló con determinación:

—Podemos quedar otro día, ¿vale? Si te apetece, claro.

—Por supuesto que me apetece. Si no te molesto…

—En absoluto.

—Me alegro —dijo Tsukuru—. Te enviaré un correo.

Los dos se despidieron en la entrada de la estación de metro. Ella subió por las escaleras mecánicas que llevaban a la línea Yamanote; él bajó las que llevaban a la línea Hibiya, y cada uno se dirigió a su casa, absorto en sus pensamientos.

Tsukuru se preguntaba qué pensaba Sara de muchas cosas. Y cayó en la cuenta de que él no le contaba a Sara todo lo que pensaba. Y es que hay cosas que bajo ningún concepto pueden salir de uno mismo. A esos pensamientos se entregó Tsukuru Tazaki en el metro que le conducía a casa.

3

Durante ese casi medio año en que deambuló por el umbral de la muerte, Tsukuru perdió siete kilos. Era natural, dado que comía poco y mal. Desde pequeño había sido más bien de facciones redondas, pero ahora estaba demacrado. Tenía que apretarse tanto el cinturón para que los pantalones no se le cayeran que tuvo que comprarse varios de una talla más pequeña. Al desnudarse, las costillas se le marcaban tanto que parecían una jaula barata para pájaros. Su salud empeoraba a ojos vistas y caminaba con los hombros caídos. Las piernas, largas y descarnadas, parecían las patas de un ave acuática. Era el cuerpo de un anciano. Eso pensó cuando, por primera vez en mucho tiempo, se miró desnudo en el espejo. El cuerpo de un moribundo.

«Parece que estoy al borde de la muerte, pero no puedo hacer nada», se dijo mientras se contemplaba. «Porque realmente, en cierto sentido, lo estoy. Porque he vivido aferrándome trabajosamente a este mundo, y ahora, a la menor ráfaga de viento, igual que una muda de insecto que cuelga de la rama de un árbol, podría salir volando y perderme para siempre.» Y aquello, el hecho de que pareciera al borde de la muerte, le afligió profundamente. Y contempló sin descanso su cuerpo desnudo reflejado en el espejo. Como quien no puede apartar la vista de las imágenes del telediario que ilustran la tragedia que vive una región lejana afectada por un gran terremoto o una espantosa inundación.

«Quizá ya he muerto *de verdad*», se dijo de pronto Tsukuru, y sintió como si algo lo hubiera golpeado. El joven Tsukuru Tazaki murió cuando sus amigos negaron su existencia el verano del año anterior. Aunque lo superfluo de esa existencia logró, a duras penas, conservarse, durante casi medio año se produjo una gran transformación. Cambiaron su constitución y su rostro, como también cambiaron los ojos con los que miraba el mundo. Tenía una percepción distinta del viento al soplar, del ruido del agua al correr, de la luz que se cuela entre las nubes, de las tonalidades de las flores de temporada. Era como si todo se hubiera deshecho y se hubiera reconstruido de nuevo. «Este que está aquí, este que se refleja en el espejo, se parece a Tsukuru Tazaki, pero en realidad no es él. Es un simple recipiente cuyo contenido ha sido reemplazado y que por conveniencia seguirá llamándose Tsukuru Tazaki.» Porque, en principio, no había otra forma de llamarlo.

Esa misma noche, Tsukuru tuvo un sueño extraño. Un sueño en el que lo consumían unos celos terribles. Era la primera vez en mucho tiempo que lo que soñaba tenía rasgos tan realistas.

A decir verdad, hasta entonces Tsukuru nunca había comprendido ese sentimiento al que denominaban celos. Por supuesto, se había forjado una idea de en qué consistían. Sabía, por ejemplo, que son lo que uno experimenta al ver que otra persona posee u obtiene con suma facilidad el talento, las cualidades o la posición que uno no tiene o no ha conseguido. O lo que uno siente cuando contempla cómo la mujer a la que uno ama abraza a otra persona. Envidia, rabia, resquemor, frustración inconsolable e ira.

Pero Tsukuru jamás lo había vivido en sus propias carnes. No había ningún talento o cualidad que no poseyera y deseara, y nunca se había enamorado perdidamente. Jamás había suspirado

por nadie ni había sentido envidia de otros. Eso no quería decir que nunca se hubiera sentido insatisfecho, que no tuviera carencias. Si se lo hubieran pedido, no le habría resultado difícil enumerarlas. Quizá no habría sido una lista larguísima, pero tampoco la hubiese despachado en cuatro renglones. Sin embargo, esas insatisfacciones, esas carencias, nacían y morían en su interior. Se originaban en su interior, no fuera de él. Al menos, así había sido hasta entonces.

En su sueño, sin embargo, había una mujer a la que deseaba más que nada en el mundo. No estaba claro quién era ella. No era más que un *ser*. Y estaba dotada de una habilidad especial que le permitía separar el cuerpo y el corazón. «Te ofrezco uno de los dos», le dijo a Tsukuru. «O mi cuerpo o mi corazón. Ambos no puedo dártelos. Así que ahora mismo tienes que elegir uno, porque el otro se lo daré a otra persona», dijo ella. Sin embargo, Tsukuru la deseaba *por entero*. No podía concebir que le entregase la otra mitad a otro hombre. La idea le resultaba insoportable. Y quería decirle que, si tenía que ser así, no quería nada de ella, pero no podía decírselo. Era incapaz de avanzar o de retroceder.

Sintió un intenso dolor, como si unas manos enormes atenazaran y oprimieran todo su cuerpo. Sus músculos se desgarraron, sus huesos crujieron y rechinaron. Entonces notó una terrible sequedad, como si todas sus células se hubieran deshidratado. La ira estremeció su cuerpo. Ira por tener que ceder la mitad de aquella mujer a otro. Y esa ira se transformó en un líquido espeso que rezumaba lentamente de su médula exprimida. Sus pulmones se convirtieron en dos fuelles enloquecidos; su corazón se aceleró igual que un motor al que aumentan de revoluciones. Y envió la oscura sangre efervescente a todos los terminales de su cuerpo.

Se despertó presa de una gran agitación. Tardó un rato en comprender que había sido un sueño. Se quitó casi a tirones el pijama empapado en sudor y se secó el cuerpo con una toalla. Pero por más que se frotase, esa sensación pringosa no desaparecía. Entonces lo entendió. O lo intuyó: *Esto es lo que se suele llamar celos*. Alguien intentaba arrebatarle de las manos el corazón o el cuerpo, en ocasiones ambos, de la mujer a la que amaba.

Los celos —por lo que Tsukuru coligió de su sueño— son la prisión más desesperanzadora del mundo. Porque es una prisión en la que el preso se confina a sí mismo. Nadie lo mete a la fuerza. Uno entra por voluntad propia, cierra con llave desde dentro y lanza la llave por entre los barrotes. Y nadie en el mundo sabe que está ahí recluido. Naturalmente, si se decidiera a salir, podría hacerlo. Porque la prisión está en su interior. Pero no se decide. Su corazón se ha vuelto duro como un muro de piedra. Ésa es la esencia de los celos.

Tsukuru sacó el zumo de naranja de la nevera, se sirvió un vaso y se lo bebió. Estaba sediento. Luego se sentó a la mesa y, mientras observaba por la ventana el exterior, que poco a poco iba clareando, recompuso su mente y su cuerpo, sacudidos por el embate de aquella marejada de sentimientos. «¿Qué significará ese sueño?», se preguntó. «¿Será una premonición? ¿Quizá un mensaje lleno de símbolos? ¿Estaré intentando revelarme algo a mí mismo? ¿O será que mi yo, un yo que desconozco, trata de romper el cascarón y salir por la fuerza? Tal vez esté incubando una criatura deforme que busca desesperadamente el aire exterior.»

Aunque no caería en la cuenta hasta más tarde, en ese preciso momento Tsukuru Tazaki dejó de ansiar la muerte. La víspera se había contemplado desnudo ante el espejo y había comprobado que éste reflejaba la figura de ese yo que no era él mismo. Aquella

noche había soñado por primera vez en su vida que sentía celos, o algo que tenía todos los visos de ser celos. Y, al amanecer, había dejado atrás los más de cinco tenebrosos meses durante los cuales había vivido al filo de ese vacío que era la muerte.

Quizá, ese día, el sentimiento que le embargó en sus sueños actuó como un contrapeso y anuló el tenaz anhelo de morir que se había apoderado de él. Del mismo modo que los fuertes vientos del oeste despejan gruesas nubes arrastrándolas por el cielo. Sí, supuso que había ocurrido eso.

Únicamente quedó un poso sereno, como el que queda después de una iluminación. Era una sensación carente de color, neutra como una calma chicha. Y se sentó solo en una gran casa vieja y abandonada, y prestó oídos al ruido hueco de un enorme y vetusto reloj de pared que marcaba las horas. Se limitaba a observar con la boca cerrada, sin apartar la vista, el avance de las manecillas. Y con sus sentimientos guardados en el vacío de su corazón, envueltos con una especie de fina membrana, fue envejeciendo constante e inexorablemente a cada hora que pasaba.

Poco a poco, Tsukuru Tazaki comenzó a alimentarse como es debido. Compraba productos frescos, los preparaba de manera sencilla y se los comía. Con todo, le costaba recuperar el peso que había perdido. Por lo visto, su estómago se había achicado durante ese medio año. Si sobrepasaba cierta cantidad de comida, no podía evitar vomitar. También empezó a ir a nadar a la piscina universitaria a primera hora de la mañana. Dado que había perdido masa muscular, subir las escaleras lo dejaba sin aliento: necesitaba mejorar, siquiera mínimamente, su forma física. Se compró un bañador y otras gafas y todos los días nadaba a crol entre

un kilómetro y un kilómetro y medio. Luego se acercaba al gimnasio y se ejercitaba en silencio con las máquinas.

Al cabo de un mes, la vida de Tsukuru había recobrado el sano ritmo de antaño gracias a la buena alimentación y a la práctica regular de deporte. Ganó la masa muscular que necesitaba (aunque dispuesta de una forma muy diferente a la de antes), su espalda se enderezó y su rostro recuperó el color. Por las mañanas, al despertar, volvió a experimentar las mismas duras erecciones de siempre.

Justo entonces, su madre decidió viajar a Tokio, algo inusitado en ella. Probablemente la movían su preocupación por el comportamiento un tanto extraño de Tsukuru y el hecho de que su hijo no hubiera vuelto a casa durante las vacaciones de fin de año. Al ver cómo había cambiado Tsukuru en tan pocos meses, se quedó helada. Pero cuando él le dijo: «Son los cambios propios de la edad. Lo único que necesito es algo de ropa que le siente bien a este cuerpo nuevo», la mujer se tranquilizó: tal vez fuera, efectivamente, un paso más en el proceso de desarrollo de un chico. Ella se había criado entre hermanas y, después de casada, se había acostumbrado a ver crecer a sus hijas. No sabía nada sobre cómo se desarrollan los chicos. Por eso lo acompañó de buena gana a unos grandes almacenes y le compró ropa. A ella le gustaban las marcas Brooks Brothers y Polo. Tiró o donó las prendas viejas de su hijo.

También el semblante de Tsukuru había cambiado. Al mirarse en el espejo, ya no veía aquella cara rolliza de chaval, proporcionada a su manera, pero del montón. La que le devolvía el espejo era la cara de un joven de pómulos rectos y afilados, como si alguien se la hubiera cincelado. De sus ojos emergía una luz nueva, para él

desconocida. Una luz que únicamente alumbra en soledad, en un espacio reducido, sin desplazarse jamás. La barba le crecía muy rápidamente y en adelante tuvo que rasurarse a diario. Decidió dejarse el pelo más largo que antes.

Su nuevo aspecto no le entusiasmaba. Tampoco lo detestaba. Era, en fin, una simple máscara. En cualquier caso, se alegraba de que su cara hubiese cambiado y no se pareciese a la que había tenido hasta entonces.

Al final de todo ese proceso, aquel joven llamado Tsukuru Tazaki había muerto. Impetuosas tinieblas se lo habían tragado y lo habían enterrado en el pequeño claro de un bosque. Había ocurrido a escondidas, antes del amanecer, cuando todo el mundo dormía profundamente. No hubo lápida. El que respiraba ahora allí era el nuevo Tsukuru Tazaki, cuyo interior había sido reemplazado. Pero eso no lo sabía nadie más que él. Y no tenía intención de contárselo a nadie.

Tsukuru Tazaki siguió recorriendo estaciones de tren, haciendo bocetos y asistiendo a todas las clases de la universidad. Por las mañanas se duchaba, se lavaba el pelo y, después de desayunar, se cepillaba los dientes. Todas las mañanas se hacía la cama y se planchaba la camisa. Procuraba no tener demasiado tiempo libre. De noche leía unas dos horas, la mayoría de las veces libros sobre historia y biografías. Eran hábitos adquiridos hacía mucho tiempo. Y su vida avanzaba por la fuerza de la costumbre. Pero ahora ya no creía en grupos perfectos y armónicos, ni sentía en su cuerpo el calor de ninguna química.

Cada día, de pie frente al espejo, observaba un rato su rostro e intentaba familiarizarse poco a poco con la presencia de ese nuevo yo, un yo modificado. Igual que si memorizase la gramática de un nuevo idioma.

Al poco tiempo, Tsukuru hizo una nueva amistad. Era junio y había pasado casi un año desde que sus cuatro amigos de Nagoya lo hubieran abandonado. Su nuevo amigo estudiaba en la misma universidad que él y era dos años menor que Tsukuru. Se conocieron en la piscina universitaria.

4

Se conocieron en la piscina universitaria.

Al igual que Tsukuru, el chico iba a nadar temprano todas las mañanas. A fuerza de verse en la piscina, empezaron a cruzar alguna frase. Al terminar de nadar, después de cambiarse en los vestuarios, a veces tomaban juntos un almuerzo ligero en la cafetería. El chico iba dos cursos por debajo de Tsukuru y estaba matriculado en la Facultad de Física. Aún perteneciendo a la misma universidad tecnológica, los estudiantes de la Facultad de Física y los de la Facultad de Ingeniería Civil parecían pertenecer a dos razas distintas.

—¿Qué narices haces en la Facultad de Ingeniería Civil? —le preguntó el chico a Tsukuru.

—Estudio para construir estaciones.

—¿Estaciones? ¿Estaciones de tren, climáticas...?

—Estaciones de tren.

—¿Y por qué?

—Pues porque el mundo las necesita —respondió Tsukuru, como si fuera obvio.

—¡Qué interesante! —dijo él, con aire de, efectivamente, parecerle interesante—. Hasta ahora nunca había pensado en la importancia de las estaciones de ferrocarril.

—Pues me imagino que tú también las utilizas. Si no las hubiera, a ver cómo ibas a subir al tren...

—Claro que las uso, no podría vivir sin ellas... Pero, la verdad, nunca había imaginado que existiera gente que se muriera de ganas de construir estaciones.

—En el mundo hay gente que compone cuartetos para cuerda y gente que cultiva lechugas y tomates. Hará falta también alguien que construya estaciones, ¿no? Y, en mi caso, tampoco es que «me muera de ganas» de construirlas. Simplemente es un tema muy específico que me interesa.

—Perdona que te lo diga, pero encontrar un tema de interés específico en la vida ya me parece suficiente logro.

Tsukuru, creyendo que le estaba tomando el pelo, se quedó mirando su agraciado rostro. Pero parecía que lo decía en serio. Su expresión era honesta, sin un atisbo de malas intenciones.

—Por lo que veo, Tsukuru, te gusta hacer cosas, como indica tu nombre.[4]

—Sí. Siempre me ha gustado crear cosas, darles forma —reconoció Tsukuru.

—A mí me pasa todo lo contrario. No sé por qué, pero, que yo recuerde, siempre se me ha dado mal eso de crear cosas. Ya en primaria era incapaz de hacer cualquier manualidad sencilla. Y no hablemos de montar una maqueta. Prefiero pensar en cosas abstractas. Cuando me pongo a pensar, nunca me canso, pero soy incapaz de dar forma a algo con las manos. En cambio, me apasiona cocinar, y, si lo piensas bien, la comida va perdiendo su forma original mientras uno la prepara... Te parecerá extraño que alguien a quien se le da mal construir cosas se matricule en una universidad tecnológica, ¿no?

—¿En qué te quieres especializar tú?

El estudiante permaneció un rato callado, pensativo.

—No lo sé —contestó al fin—. Al contrario que tú, yo no tengo muy claro lo que quiero hacer. Sólo sé que, haga lo que haga, me gustaría poder reflexionar profundamente sobre las cosas. Seguir pensando de forma pura, con toda libertad. Sólo eso. Aunque, en el fondo, reflexionar de forma pura quizá sea como crear un vacío.

—Supongo que en este mundo también hacen falta personas que creen vacíos.

El estudiante se echó a reír.

—Si todos los que cultivan lechugas o tomates en el mundo se dedicaran a crear vacíos, se armaría un buen lío.

—La reflexión es como la barba: no crece hasta que alcanzas cierta madurez. Creo que lo dijo alguien —comentó Tsukuru—, no recuerdo quién.

—Fue Voltaire —apuntó el estudiante más joven. Y mientras se frotaba la barbilla con la palma de la mano, esbozó una sonrisa cándida y jovial—. Pero la frase no me parece muy acertada. Fíjate: yo apenas tengo barba y, en cambio, me gusta pensar. Me gustaba ya de pequeño.

En efecto, su rostro era terso, sin el menor asomo de vello. Sus cejas eran finas, y sus orejas bien definidas, como dos hermosas conchas.

—A lo mejor Voltaire se refería más bien a la introspección y no a la reflexión —apuntó Tsukuru.

El otro inclinó ligeramente la cabeza, dubitativo.

—Es el dolor lo que genera la introspección. No la edad, y mucho menos la barba.

Se llamaba Fumiaki. Fumiaki Haida. Tan pronto como oyó su nombre, Tsukuru pensó: «Haida: he aquí a otra persona con color». Mister Grey. Aunque, sin duda, el gris era un color muy discreto.

Ninguno de los dos era demasiado sociable, pero se veían a menudo, charlaban, se cayeron bien y acabaron abriéndose el uno al otro. Al cabo de un tiempo, quedaban a la misma hora para nadar juntos. Ambos nadaban largas distancias a crol, pero Haida era un poco más rápido. Aparte de que había ido a clases de natación siendo niño, había aprendido a nadar con un estilo muy bello, evitando esfuerzos inútiles. Sus omóplatos, al rozar la superficie del agua, se movían igual que las alas de una mariposa. Sin embargo, en poco tiempo Tsukuru acabó alcanzando la misma velocidad gracias a que Haida le corrigió pequeños defectos y a que entrenaba a conciencia. Al principio hablaban sobre todo de las diversas técnicas de natación. Luego, progresivamente, fueron ampliando el abanico.

Haida era un chico guapo y de constitución pequeña. Su cara era menuda como la de una estatua griega. Pero sus facciones, discretas, de rasgos regulares, le daban aspecto de intelectual. Emanaba esa belleza armoniosa que uno sólo descubre después de observarla repetidas veces. No era un chico que llamara la atención a la primera.

Llevaba el pelo corto y ligeramente rizado, y siempre vestía pantalones chinos y camisas de tonos suaves. Pero por sencillas y corrientes que fuesen las prendas, le sentaban bien. Lo que más le gustaba era leer, pero no leía los mismos libros que Tsukuru. Haida prefería la filosofía y los clásicos. También le gustaba el teatro, y le apasionaban las tragedias griegas y las obras de Shakespeare. Además, sabía bastante de teatro *nō* y *bunraku*. Había nacido en la prefectura de Akita, era de tez blanca y tenía los dedos largos. No aguantaba bien el alcohol (igual que Tsukuru) y podía distinguir entre la música de Mendelssohn y la

de Schumann (algo de lo que Tsukuru era incapaz). Era sumamente tímido y, cuando coincidía en algún lugar con más de tres personas, prefería que lo trataran como si no existiese. En la nuca tenía una vieja cicatriz de unos cuatro centímetros de largo, como si tiempo atrás lo hubieran herido con un cuchillo, que imprimía una nota extraña a su apacible aspecto.

Haida había llegado de Akita aquella misma primavera. Vivía en una residencia de estudiantes cercana al campus, pero todavía no había hecho ningún amigo. Cuando los dos se dieron cuenta de que congeniaban, empezaron a pasar bastante tiempo juntos y, poco después, Haida acudía a menudo al piso de Tsukuru, un apartamento con un dormitorio.

—¿Cómo puedes vivir en un piso como éste siendo estudiante? —preguntó admirado Haida la primera vez que fue allí.

—Mi padre es dueño de una inmobiliaria en Nagoya y tiene también varias propiedades en Tokio —le explicó Tsukuru—. Se dio la casualidad de que este apartamento estaba vacío y me dejó quedarme. Antes de mí, aquí vivía mi hermana, la mediana. Al graduarse ella, entré a vivir yo. El piso está a nombre de la empresa.

—¿Sois una familia rica?

—No sé qué decirte. Francamente, no tengo ni idea de si de verdad somos ricos o no. Yo creo que, a menos que reúna en una sala a su contable, a su abogado y a su asesor financiero, tampoco mi padre debe de saberlo. Pero en estos momentos, que yo sepa, no pasamos estrecheces. Por eso vivo aquí. Y me considero un afortunado.

—Pero a ti no te interesa el negocio inmobiliario, ¿no?

—Exacto. Esa clase de negocios requiere mover un montón de capital de un lado para otro. Siempre hay que estar moviendo algo. Yo no valgo para tanto trajín. Mi padre y yo tenemos

temperamentos muy diferentes. Aunque sé que no ganaré tanto dinero como él, prefiero dedicarme a construir estaciones.

—Un interés muy específico —dijo Haida, y sonrió.

* * *

Tsukuru Tazaki nunca se mudó de aquel apartamento, situado en el barrio de Jiyūgaoka. Siguió viviendo en él incluso después de licenciarse y entrar a trabajar en una empresa ferroviaria cuya sede estaba en el barrio de Shinjuku. Cuando él ya había cumplido treinta años, su padre falleció y el apartamento pasó a ser de su propiedad. Al parecer, el padre siempre había tenido la idea de dejárselo en herencia y, sin que él lo supiera, había puesto las escrituras a su nombre. El marido de su hermana mayor tomó las riendas de la empresa paterna. En cuanto a Tsukuru, éste siguió trabajando en el diseño de estaciones en Tokio, al margen de los negocios familiares. Como de costumbre, apenas iba a Nagoya.

Sí volvió a casa para asistir al funeral de su padre. Entonces pensó que probablemente sus antiguos amigos se habrían enterado de la muerte de su padre e irían a darle el pésame. Si acudían, se preguntó, ¿cómo debería dirigirse a ellos? Sin embargo, no apareció ninguno de los cuatro. Tsukuru sintió alivio y, al mismo tiempo, cierta tristeza. Una vez más, se dio cuenta de que *aquéllo* había terminado. Definitivamente. Las cosas nunca volverían a ser como antes. En aquel entonces, los cinco habían alcanzado la treintena. No era una edad en que uno sueña en uniones armónicas y sin perturbaciones.

En cierta ocasión, Tsukuru había leído en una revista o un periódico que, según ciertas estadísticas, aproximadamente la mitad

de la población mundial no está satisfecha con su nombre. Él pertenecía a la mitad afortunada. Al menos no recordaba haberse sentido a disgusto con el nombre que le habían puesto. Por otro lado, era incapaz de imaginarse a sí mismo con un nombre diferente, o qué clase de vida podría haber llevado con otro nombre.

Su nombre se escribía con un ideograma; no obstante, salvo en los documentos oficiales, Tsukuru siempre lo escribía con sílabas,[5] y sus amigos creían que ésa era la forma original de escribirlo. Su madre y sus dos hermanas, para abreviar, y siempre cariñosamente, lo llamaban «Saku» o «Saku-chan».

Había sido su padre quien le había puesto ese nombre. Por lo visto, mucho antes de que él naciera, ya había decidido ponerle a su primer hijo varón el nombre de Tsukuru. Y Tsukuru nunca había sabido por qué. Lo cierto era que su padre había llevado una vida ajena a cualquier acto que implicase crear o construir cosas. Tal vez, en algún momento, hubiera tenido una especie de revelación y un relámpago invisible acompañado de un trueno sordo hubiese grabado en su cerebro la palabra «Tsukuru». Pero su padre nunca le contó nada acerca del origen del nombre. Ni a Tsukuru ni a nadie.

A lo que, según parece, su padre sí le había dado muchas vueltas era al ideograma con el que debía escribirse Tsukuru. Los dos ideogramas entre los que dudaba, aunque se leían de la misma manera, presentaban un aspecto muy diferente. Su madre prefería el ideograma que sugería un matiz de creatividad artística, pero tras varios días de reflexión, su padre escogió el más sobrio y común.

Después del funeral, su madre le habló de la conversación que había tenido con su difunto marido a propósito de su nombre:

«Tu padre dijo que el otro ideograma quizá habría supuesto un lastre en tu vida. Que el ideograma que eligió, aun pronunciándose igual, era más llevadero. El caso es que se tomó muy a pecho tu nombre. Supongo que porque eras su primer hijo varón».

Que Tsukuru recordara, la relación con su padre nunca había sido particularmente buena o estrecha. Con todo, no podía estar más de acuerdo en lo que a su opinión sobre el nombre se refería. Sin duda, el ideograma finalmente elegido era el más apropiado, dado que la creatividad artística era una cualidad de la que prácticamente carecía. Sin embargo, Tsukuru ignoraba si gracias a ello se había librado de un «lastre» en su vida. Es posible que, efectivamente, en cierta medida, un nombre modifique el modo en que uno carga con su vida. Pero ¿podía un nombre modificar el peso de esa carga?

En cualquier caso, así fue como se convirtió en esa persona llamada Tsukuru Tazaki. Antes de eso, no era nada; simplemente un caos primigenio sin nombre. Un pedazo de carne rosada que no alcanzaba los tres kilos, que a duras penas respiraba y que berreaba en la oscuridad. Primero le dieron un nombre. Después surgió la conciencia y la memoria, y a continuación se formó el ego. El nombre fue el punto de partida de todo.

Su padre se llamaba Toshio Tazaki. Un nombre idóneo para él, ya que como el primer ideograma de *Toshio* indicaba, había cosechado pingües beneficios en los negocios. Había pasado de no tener apenas dinero a abrirse paso brillantemente en el sector inmobiliario; se había subido al carro del crecimiento económico, había obtenido un éxito admirable, y había muerto a los sesenta y cuatro años debido a un cáncer de pulmón. Pero eso había sido ya al final. Cuando Tsukuru conoció a Haida, su padre todavía estaba en forma, pese a que fumaba cincuenta cigarrillos sin filtro al día y se dedicaba a la enérgica y agresiva compraventa de viviendas

de lujo en un área urbana. La burbuja inmobiliaria ya había estallado, pero el hombre había previsto ese riesgo y no sufrió mayores daños, puesto que había encaminado el negocio hacia una vía que le permitía dispersar y asegurar los beneficios. Tampoco le habían descubierto todavía aquella funesta sombra en los pulmones.

—Mi padre es profesor de filosofía en una universidad pública de Akita —dijo Haida—. A él también le gusta el pensamiento abstracto. Siempre escucha música clásica y anda enfrascado en la lectura de libros que nadie lee. Lo suyo no es hacer dinero, y la mayor parte de lo que gana se lo gasta en libros y discos. Apenas piensa en el hogar o en los ahorros. Siempre tiene la cabeza en otra parte, lejos de la realidad. Si pude venir a Tokio fue porque conseguí entrar en una universidad no muy cara y la residencia no me cuesta demasiado.

—Supongo que los que os graduáis en física ganáis más que los que han estudiado filosofía, ¿no? —preguntó Tsukuru.

—No te creas. Económicamente hablando, estaremos más o menos a la par. Por supuesto, si te conceden el Premio Nobel, entonces la cosa cambia —dijo Haida, y esbozó la misma sonrisa encantadora de siempre.

Haida no tenía hermanos. Desde pequeño había tenido pocos amigos y le gustaban los perros y la música. Como en la residencia en la que vivía no podía escuchar música a sus anchas (y mucho menos tener perros), solía llevarse varios cedés a casa de Tsukuru para escucharlos allí. La mayoría los había tomado prestados de la biblioteca de la universidad. Otras veces llevaba viejos elepés. En el piso de Tsukuru había una cadena estéreo bastante buena; su hermana había dejado sólo algunos discos de Barry Manilow y de

los Pet Shop Boys, de modo que Tsukuru apenas había usado el tocadiscos.

A Haida le gustaba escuchar música para un solo instrumento, música de cámara y música vocal. Las obras en las que las orquestas resuenan con todo su poderío no eran de su agrado. Aunque Tsukuru no tenía demasiado interés por la música clásica (ni, en general, por la música), sí le gustaba escuchar música con Haida.

Un día, mientras escuchaban un álbum de piano, Tsukuru se dio cuenta de que aquella pieza la había oído antes, y más de una vez. Desconocía el título de la obra y el compositor. Pero era una música serena y cargada de aflicción. Se iniciaba con un dramático tema principal, consistente en una lenta sucesión de notas. Le seguían sosegadas variaciones. Tsukuru levantó la vista del libro que estaba leyendo y preguntó a Haida de qué pieza se trataba.

—Es *Le mal du pays*, de Franz Liszt. Forma parte del libro *Première année: Suisse*, de los *Años de peregrinación*.

—¿*Le mal du*...?

—*Le mal du pays*, en francés. Quiere decir nostalgia o melancolía por la tierra de uno, pero también, para algunos, es «la tristeza, sin razón aparente, que la contemplación de un paisaje bucólico despierta en el alma». Como ves, no es fácil de traducir.

—Una chica que conozco solía tocarla a menudo. Una compañera del instituto.

—A mí también me gusta desde hace mucho tiempo. Aunque no es una pieza muy conocida —dijo Haida—. ¿Tu amiga tocaba bien el piano?

—No entiendo de música, de modo que no sabría decir si era buena o no. Pero cada vez que se la oía tocar, me parecía una pieza hermosa. No sé cómo explicarlo. Está llena de una tristeza serena, pero no resulta sentimentaloide.

—Si al oírla sentías eso, entonces seguro que tocaba bien —comentó Haida—. Técnicamente es una pieza sencilla; si se toca de forma plana, ciñéndose a la partitura, acaba resultando aburrida. Y, por el contrario, si se toca con demasiada expresividad, pierde su peculiaridad, se vuelve vulgar. Sólo variando el modo de usar el pedal, esta pieza cambia radicalmente.

—¿Quién es el pianista?

—Se llama Lázar Berman y toca a Liszt como si dibujara un delicado paisaje mental. Por lo general, se considera que las obras para piano de Liszt son técnicas, superficiales. Por supuesto, hay algunas que son así, pero en conjunto, es evidente que encierran una profundidad muy particular. Sin embargo, en la mayoría de los casos, permanece diestramente oculta bajo toda la ornamentación. Es lo que ocurre con los *Años de peregrinación*. No hay muchos pianistas de nuestro tiempo que sean capaces de tocar a Liszt de forma correcta y, a la vez, bella. Si quieres que te dé mi opinión, entre los pianistas actuales eso sólo lo consigue Berman, y entre los veteranos, quizá Claudio Arrau.

Cuando se ponía a hablar de música, siempre lo hacía con fluidez. Haida siguió hablando del modo en que Berman interpretaba a Liszt, pero Tsukuru apenas le escuchaba. La imagen de Shiro tocando esa pieza le vino a la mente de una forma sorprendentemente nítida, casi palpable. Era como si todos aquellos hermosos instantes se hubieran rebelado contra la opresión del tiempo y hubiesen remontado el cauce con firmeza.

El piano de cola Yamaha en la sala de estar de la casa de Shiro. Un piano siempre bien afinado, lo cual hablaba de la escrupulosidad de Shiro. Su superficie pulida, sin una sola mancha, ni siquiera una huella. La luz vespertina que entraba por la ventana. La sombra de los cipreses del jardín. Las cortinas de encaje mecidas por el viento. La tetera sobre la mesa. Su cabello negro, bien

recogido por detrás, y la mirada seria, concentrada en la partitura. Sus diez largos y bellos dedos deslizándose sobre el teclado. Los pies, precisos al pisar los pedales, dotados de una fuerza que uno nunca habría sospechado en la Shiro de cada día. Y sus pantorrillas, blancas y suaves como piezas de cerámica vidriada. Cuando le pedían que tocase algo, solía interpretar aquella pieza. *Le mal du pays*. La tristeza, sin razón aparente, que la contemplación de un paisaje bucólico despierta en el alma. Nostalgia, melancolía.

Prestó atención a la música con los párpados entornados, y sintió una opresión desgarradora en lo más hondo del pecho. Parecía que, sin darse cuenta, hubiera tragado un pequeño fragmento de nube sólida. La pieza terminó y dio paso a la siguiente, pero Tsukuru permaneció en silencio, dejando que el paisaje que se perfilaba calase en su corazón. De vez en cuando, Haida dirigía la mirada hacia el rostro de Tsukuru.

—Si quieres, quédate con los discos. Total, en la habitación de la residencia no puedo escucharlos —dijo Haida mientras guardaba el disco en su funda.

La caja con los tres discos todavía estaba en el apartamento de Tsukuru. Junto a los de Barry Manilow y de los Pet Shop Boys.

A Haida se le daba muy bien cocinar. Para agradecer a Tsukuru que le dejara escuchar música, solía ir con la compra hecha y se ponía a trajinar en la cocina. Tanto los utensilios para cocinar como la vajilla eran los que la hermana había dejado. Tsukuru los había heredado, al igual que la mayoría de los muebles y las ocasionales llamadas de sus antiguos novios («Lo siento, pero mi hermana ya no vive aquí»). Cenaban juntos dos o tres veces por semana. Escuchaban música, charlaban de esto y de aquello, y comían lo que Haida preparaba. Por lo general, eran

platos sencillos y corrientes, pero a veces, los días festivos, se tomaba su tiempo y se atrevía con platos más elaborados. Siempre estaban buenísimos. Haida debía de tener un talento innato para la cocina. Preparaba con traza cualquier cosa, una tortilla francesa, sopa de *miso*, salsa bechamel o arroz.

—Es una pena que estés estudiando física. Deberías abrir un restaurante —le decía Tsukuru, medio en broma.

Haida se reía.

—No sería mala idea. Pero no me gusta estar atado a un lugar. Prefiero vivir con total libertad para ir a donde quiera cuando quiera y pensar todo cuanto quiera.

—Eso no es fácil.

—No, no lo es. Pero al menos tengo las ideas claras. No quiero ataduras. Me gusta cocinar, pero no quiero encerrarme en una cocina como un profesional. Si lo hiciera, al cabo de poco tiempo empezaría a odiar a alguien.

—¿A alguien?

—«El cocinero odia al camarero y ambos odian al cliente» —dijo Haida—. Es de la obra de teatro *La cocina*, de Arnold Wesker. Si te arrebatan la libertad, acabas forzosamente odiando a alguien, ¿no crees? Yo no quiero llevar esa vida.

—Porque lo que deseas es poder pensar con toda libertad, ¿no?

—Exacto.

—Pero pensar libremente no me parece nada sencillo.

—A fin de cuentas, pensar libremente significa también distanciarse del cuerpo. Salir de esa jaula que te limita. Romper las cadenas y simplemente darle alas a la mente. Proporcionarle a las ideas una vida natural: ahí es donde radica el núcleo de la libertad de pensamiento.

—Parece muy complicado.

Haida hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Según cómo lo mires, no es tan complicado. Mucha gente lo hace sin darse cuenta, cuando la ocasión lo requiere, para poder mantener la cordura.

Tsukuru pensó durante un instante sobre lo que Haida acababa de decir. Le gustaba charlar con él porque la conversación acaba casi siempre girando en torno a temas abstractos y especulativos. Tsukuru era un chico de pocas palabras, pero cuando hablaba con su amigo sobre esos temas, algo lo estimulaba, porque las palabras fluían con una ligereza insospechada. Era la primera vez que experimentaba algo así. En Nagoya, cuando se encontraba con sus amigos, apenas intervenía. Era un simple oyente.

Tsukuru tomó la palabra.

—Pero para conseguir el verdadero «pensamiento libre» del que hablas, ¿no habría que hacerlo a voluntad, y no sin darse cuenta?

—Desde luego —reconoció Haida—. Pero eso es difícil. Igual que soñar intencionadamente. Ninguna persona normal puede hacerlo.

—Pero tú lo intentas.

—Se podría decir que sí —respondió Haida.

—Pues dudo mucho que en la Facultad de Física te enseñen a conseguirlo.

Haida se rió.

—Nunca he esperado aprender esas cosas en la universidad. Sólo busco algo de tiempo y un ambiente de libertad, nada más. Para debatir en el ámbito académico en qué consiste el «pensamiento libre» hace falta un marco teórico del que partir, lo cual

resulta muy engorroso. La originalidad no es más que una imitación hecha con juicio. O eso decía el realista de Voltaire.

—¿Tú opinas lo mismo?

—Todo tiene su molde. El pensamiento también. Pero así como no hay que temer a los moldes, tampoco hay que tener miedo de romperlos. Eso es lo esencial para poder ser libres: sentir respeto y aversión hacia los moldes. Las cosas importantes en esta vida siempre contienen cierta dualidad. Eso es todo lo que puedo decir.

—Me gustaría preguntarte una cosa —dijo Tsukuru.

—Adelante, dime.

—En algunas religiones, los profetas suelen recibir mensajes de un ser absoluto en medio de un profundo éxtasis.

—Exacto.

—Cuando ocurre, es algo que trasciende la propia voluntad, algo totalmente pasivo, ¿no es así?

—Exacto.

—Y el mensaje rebasa el molde individual del profeta, se vuelve más amplio, universal.

—Exacto.

—Ahí no hay ni incongruencia ni dualidad.

Haida asintió en silencio.

—Entonces no lo entiendo: si es así, ¿qué valor tiene la voluntad humana?

—Excelente pregunta —comentó Haida. Y sonrió calladamente, con la sonrisa que esbozan los gatos cuando duermen al sol—. Todavía no estoy capacitado para responderla.

Los sábados por la noche, Haida empezó a quedarse a dormir en el piso de Tsukuru. Los dos charlaban hasta horas muy

avanzadas y Haida dormía en el sofá cama de la sala de estar. Por la mañana preparaba café y tortillas. Haida, muy exigente con el café, siempre se traía su propio molinillo eléctrico y café de grano bien tostado y aromático. Esa exquisitez era el único lujo en su austera vida de estudiante.

Tsukuru comprendió que podía confiar en su nuevo amigo, y le habló con franqueza de distintos aspectos de su vida. Únicamente evitaba mencionar a los cuatro amigos de Nagoya. No era un tema que pudiera abordar con facilidad. La herida en su corazón todavía era demasiado reciente y profunda.

Aun así, cuando estaba con Haida, lograba olvidar a los otros cuatro. Aunque «olvidar» quizá no fuera el verbo que mejor describía lo que ocurría. El dolor por haber sido rechazado abiertamente por sus cuatro mejores amigos seguía ahí, inalterado. Sólo que ahora subía y bajaba como la marea. Unas veces afluía hasta sus pies y otras se retiraba, a tanta distancia que no podía verlo.

Tsukuru sentía cómo, lentamente, empezaba a echar raíces en ese nuevo terreno que era Tokio. Aunque sobria y solitaria, su nueva vida estaba modelándose. Los viejos días en Nagoya iban transformándose en algo circunscrito al pasado, algo ajeno. Sin duda ese progreso se lo debía a su nuevo amigo, Haida.

Éste tenía una opinión propia para todo y sabía exponerla con lógica. Tsukuru lo respetaba cada vez más. Pero, al mismo tiempo, no sabía qué era lo que a Haida le llamaba la atención de él, lo que le interesaba de él. Sea como fuere, cuando estaban juntos perdían la noción del tiempo, charlaban animadamente e intercambiaban opiniones sobre temas de toda índole.

A veces, eso sí, cuando se quedaba solo, sentía unas ganas inmensas de estar con chicas. Le hubiera gustado abrazar a alguna

chica, acariciar suavemente su cuerpo con las palmas de las manos, olfatear su piel. Era natural en un hombre joven y sano. Pero cuando intentaba imaginarse a una chica, cuando sentía ganas de acostarse con alguna, automáticamente le venía a la mente la imagen de Shiro y Kuro. Las dos siempre visitaban su imaginación juntas. Y eso lo sumía en una sensación deprimente, casi angustiosa. «¿Por qué ellas, *a estas alturas*? Me repudiaron sin reservas. Me dijeron que no querían volver a verme, que ni siquiera querían hablar conmigo. ¿Por qué no desaparecen de mi mente?» Tsukuru Tazaki había cumplido veinte años, pero todavía no había abrazado el cuerpo de ninguna mujer. De hecho, nunca había besado a ninguna chica, nunca había tomado de la mano a ninguna, y ni siquiera había tenido una cita.

A menudo pensaba que quizá, en el fondo, arrastraba algún problema. Tal vez algún obstáculo entorpecía el curso natural de su vida, de sus pensamientos. Tsukuru era incapaz de distinguir si ese obstáculo había surgido a raíz del rechazo de sus amigos, o si era algo que desde siempre había formado parte de él.

Un sábado por la noche, mientras charlaban, surgió el tema de la muerte. Sobre qué significa que la gente tenga que morir. Sobre qué significa que uno deba vivir sabiendo que tarde o temprano morirá. Hablaron en términos generales, en absoluto íntimos. A Tsukuru le hubiera gustado confesarle a Haida lo cerca que había estado de la muerte unos meses antes, hablarle de la gran transformación que esa experiencia había causado en su cuerpo. Hubiera querido describirle el enigmático paisaje que había contemplado. Pero sabía que, en cuanto empezara a hablar, tendría que explicarle de principio a fin todo aquello que lo había conducido a

esa situación. Así que, como tiempo atrás, Tsukuru desempeñó el papel de oyente, y Haida, el de orador.

Cuando ya habían dado las once de la noche, los temas de conversación se habían agotado y el silencio reinó en el apartamento. Cualquier otro día, habrían dado por concluida la conversación y cada uno se habría preparado para acostarse. Los dos tenían la costumbre de levantarse temprano. Pero Haida seguía sentado con las piernas cruzadas sobre el sofá, inmerso en sus pensamientos. Y entonces, en un tono vacilante, desacostumbrado en él, le dijo:

—Sé una curiosa historia relacionada con la muerte. Me la contaba mi padre. Me decía que le había ocurrido a él poco después de cumplir los veinte años, justo cuando tenía nuestra edad. Se la escuché tantas veces que me la aprendí de memoria. Es tan extraña que cuesta creer que a alguien haya podido sucederle eso, pero mi padre no es de los que van por ahí soltando mentiras. Y tampoco lo veo capaz de habérselo inventado. Además, seguro que te habrás fijado en que, cuando uno se inventa una historia, cada vez que la cuenta los detalles van cambiando: exagera unas partes, olvida cómo había contado otras… Pero la historia que me contaba mi padre era siempre idéntica, de cabo a rabo, así que me imagino que la vivió en carne propia. Yo me la creo, porque soy su hijo y lo conozco bien. Tú, en cambio, no conoces a mi padre, y por lo tanto puedes creértela o no. Sólo quiero que la escuches. Tómatela si quieres como una leyenda, o como una historia de fantasmas. Es bastante larga, así que me llevará un rato, pero ¿te importa que te la cuente?

—En absoluto. Además, aún no tengo sueño —respondió Tsukuru.

5

—Mi padre, cuando era joven, lo dejó todo y durante un año se lanzó a la aventura —empezó a contar Haida—. Fue a finales de la década de los sesenta, cuando las protestas estudiantiles ocupaban la vida estudiantil; era la época en que la contracultura estaba en pleno apogeo. Nunca le pedí detalles sobre eso, pero al parecer, durante esa época, él estudiaba en Tokio, participó activamente en los movimientos de protesta y presenció determinados hechos que lo llevaron a desencantarse de la lucha política y a retirarse de la militancia. Entonces decidió abandonar los estudios durante un año y recorrer el país a pie él solo. Trabajaba en lo que se terciara para ganarse el sustento y, cuando tenía tiempo libre, leía, se relacionaba con toda clase de personas y acumulaba experiencias. Mi padre solía decir que aquélla fue la época más feliz de su vida. Y que, al vivir de esa manera, aprendió lecciones valiosísimas. Cuando yo era pequeño, me contó cientos de anécdotas y de aventuras que le habían ocurrido ese año. Eran como las historias sobre antiguas batallas en tierras lejanas que relatan los soldados. Después de deambular durante un año, mi padre regresó a la universidad, acabó la carrera y posteriormente se dedicó a la plácida vida académica. Jamás volvió a viajar. Que yo sepa, sólo iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Es curioso, ¿no? Incluso la persona más tranquila y coherente puede pasar por un gran momento de ruptura. Un periodo para la locura, por

así decirlo. Seguramente todos necesitamos esos puntos de inflexión.

Ese año, en invierno, el padre de Haida llevaba un tiempo trabajando de mozo en un pequeño balneario situado en las montañas de Kyūshū, en la prefectura de Ōita. Aquel paraje le había gustado tanto que, al poco de llegar, decidió quedarse un tiempo más. Tras cumplir con sus quehaceres diarios, que requerían bastante fuerza física, y despachadas las tareas que le ordenaban, disponía de algún tiempo libre. Aunque no le pagaban gran cosa, tenía cama y tres comidas diarias aseguradas, y además podía utilizar cuanto quisiera los baños termales. Dormía en un cuartucho y, cuando estaba libre, se dedicaba a leer. Todos trataban con amabilidad a aquel excéntrico y callado estudiante venido de Tokio; las comidas, elaboradas con productos de la zona, eran sencillas pero sabrosas. Y, sobre todo, aquél era un lugar agreste, alejado del mundo. Hasta el punto de que no podían ver la televisión, debido a que no llegaba la señal, y recibían la prensa con un día de retraso. La parada de autobús más cercana se encontraba a tres kilómetros, al pie de la montaña, y el único vehículo con el que podía ir y volver por aquella carretera en pésimo estado era un jeep destartalado que pertenecía a la pensión del balneario. El tendido eléctrico era muy reciente.

Delante de la pensión discurría un bello arroyo donde se pescaban abundantes peces de brillantes colores y carne prieta. Bandadas de pájaros de canto agudo sobrevolaban a todas horas el arroyo rozando la superficie del agua, y no era raro ver en las cercanías jabalíes y monos. La montaña era muy rica en plantas silvestres comestibles. Así, en aquel rincón perdido y aislado, el joven Haida se entregó a la lectura y la meditación. Lo que

ocurriera en el mundo, por variopinto y llamativo que fuera, le traía sin cuidado.

Dos meses después de instalarse allí, llegó al balneario un nuevo huésped. Era un hombre que aparentaba unos cuarenta y cinco años, esbelto y de extremidades largas, con el pelo corto y entradas. Llevaba unas gafas de montura metálica y la forma de su cabeza era suave como un huevo recién puesto. Había venido por el sendero de la montaña, con una bolsa de viaje colgada del hombro, y se alojó en la pensión. Cuando salía, se ponía una chaqueta de cuero, vaqueros y botas recias. En los días muy fríos se abrigaba con un gorro de lana y una bufanda azul marino. Se apellidaba Midorikawa. Al menos con ese apellido figuraba en el libro de registro de clientes, junto con su dirección en la ciudad de Koganei, en el área de Tokio. Parecía una persona cumplidora: todas las mañanas pagaba al contado la suma correspondiente al día anterior.

(«¿Midorikawa?», se preguntó Tsukuru. «Una vez más, una persona con un color.»[6] Pero permaneció callado y siguió prestando atención a la historia.)

Aquel hombre llamado Midorikawa, siguió contando Haida, se dedicaba a bañarse en las aguas termales al aire libre, a pasear por los bosques cercanos, a devorar al calor del brasero los libros de bolsillo que se había traído (en su mayoría inocuas novelas policiacas) y, por la noche, se bebía exactamente dos cacillos de sake caliente. Nada más, y nada menos. Era mucho más callado que el padre de Haida, ya que no abría la boca salvo que fuera estrictamente necesario, pero a los de las termas no les importaba. Estaban acostumbrados a esa clase de clientes. Los que se tomaban la molestia de ir a aquel balneario perdido en medio de

las montañas eran, en menor o mayor medida, excéntricos, sobre todo los que se alojaban durante largas temporadas.

Un buen día, antes del amanecer, mientras el joven padre de Haida se bañaba en la piscina termal situada al aire libre, cerca del río, Midorikawa apareció de repente y entabló conversación con él. Por algún motivo, desde el primer momento en que lo vio, Midorikawa pareció mostrar interés en aquel muchacho que trabajaba allí. Quizá, entre otros motivos, porque lo había visto sentado en la galería exterior de la fonda leyendo una antología de Georges Bataille durante un descanso.

Midorikawa se presentó a sí mismo como un pianista de jazz llegado de Tokio.

—Decidí venir debido a ciertos asuntos personales que ahora no vienen al caso, y también por el cansancio acumulado por el trabajo diario. Quería pasar un tiempo en algún lugar tranquilo. En realidad, salí de viaje sin rumbo fijo y llegué aquí por casualidad. Este sitio me gusta; no hay nada más que lo imprescindible. Me han dicho que tú también vienes de Tokio.

En medio de la penumbra, sin salir del agua caliente, Haida se presentó de forma escueta. Había decidido aparcar los estudios universitarios durante un año para viajar por el país. Al fin y al cabo, la universidad había sido bloqueada con barricadas por los estudiantes y quedarse en Tokio no tenía sentido.

—¿Acaso no te interesa todo lo que está ocurriendo en Tokio? —le preguntó Midorikawa—. ¿No te parece que merece la pena vivirlo? Cada día estallan altercados aquí y allá. Da la impresión de que el mundo se ha puesto patas arriba. Es un momento único.

—El mundo no se pone patas arriba tan fácilmente —le contestó Haida—. Las que están patas arriba son las personas. No lamento perdérmelo.

El tono seco y desabrido del joven pareció gustarle al huésped, que entonces le preguntó si conocía algún sitio cercano donde pudiera tocar el piano.

—Al otro lado de la montaña hay un colegio de secundaria. Tal vez, al acabar las clases, le dejen tocar el piano del aula de música —contestó Haida.

Midorikawa se alegró.

—¿No te importaría llevarme hasta allí más tarde?

Haida lo consultó con el dueño de la pensión y éste le dijo que, por supuesto, acompañara hasta allí al cliente. El dueño de la pensión también llamó al colegio para asegurarse de que su huésped podría utilizar el piano.

Así pues, acabado el almuerzo, los dos caminaron por la montaña en dirección al colegio. Había llovido y los senderos estaban resbaladizos, pero Midorikawa avanzaba a buen paso, con su bolsa en bandolera a la espalda. Aunque tenía pinta de urbanita, parecía estar en buena forma.

Las teclas del viejo piano vertical del aula de música estaban un poco desniveladas y la afinación no era perfecta, pero no sonaba mal del todo. El pianista se sentó en el taburete, que rechinó; extendió los dedos y, tras probar las ochenta y ocho teclas, comprobó cómo sonaban algunos acordes. De quinta, de séptima, de novena, de undécima. No pareció demasiado convencido, pero daba la impresión de que ya el hecho de pulsar las teclas le producía cierto placer físico. Por la agilidad de sus dedos, Haida supuso que sería un pianista de renombre.

Una vez examinado el estado del instrumento, Midorikawa sacó una bolsita de tela y la colocó con cuidado sobre la caja del piano. La bolsa, alrededor de cuya boca había atado un cordel, estaba hecha de un excelente tejido. Al joven Haida se le ocurrió que quizá se trataba de las cenizas de alguien. Tener la bolsita encima

del piano mientras tocaba debía de ser una costumbre. O eso indicaban sus gestos.

A continuación, Midorikawa empezó a tocar *Round Midnight*. Al principio lo hacía titubeante, con precaución, como quien mete un pie en un arroyo para comprobar la velocidad de la corriente y la estabilidad del fondo. Terminado el tema principal, siguió una larga improvisación. Al poco rato, sus dedos se deslizaban con gran presteza y soltura, igual que los peces en el agua. La mano izquierda alentaba a la derecha, la mano derecha espoleaba a la izquierda. El joven Haida no sabía nada de jazz, pero casualmente conocía la pieza de Thelonious Monk y se admiró de la formidable interpretación de Midorikawa. Poco importaba que el piano estuviese desafinado; esa música tenía alma.

En el aula de música de aquel colegio perdido en las montañas, mientras escuchaba aquel concierto al que asistía como único espectador, el joven padre de Haida sintió como si esa música lo purificara por dentro. Al brotar, aquella belleza dialogaba con el frío aire cargado de ozono y con el agua serena y cristalina de los manantiales. Midorikawa tocaba con entrega; parecía que todos los menesteres del mundo hubieran desaparecido de su alrededor. El padre de Haida nunca había visto a alguien tan ensimismado. Él no apartaba la vista ni un segundo de los diez dedos de Midorikawa, que se movían como criaturas independientes.

Cuando, al cabo de unos quince minutos, terminó de tocar, Midorikawa sacó una gruesa toalla de la bolsa y se limpió el sudor de la cara. Entonces permaneció un instante con los ojos cerrados, meditando. Poco después dijo: «Ya está, es suficiente. Volvamos». Alargó la mano para recoger la bolsita encima del piano y volvió a meterla cuidadosamente en su bolsa de viaje.

—¿Qué es esa bolsita? —se atrevió a preguntarle el padre de Haida a Midorikawa.

—Es un talismán —contestó llanamente Midorikawa.

—¿Como un espíritu protector del piano?

—No. Algo así como mi álter ego —contestó Midorikawa con una sonrisa fatigada—. Para que lo entendieras tendría que explicarte una historia un poco extraña, pero me llevaría mucho tiempo y ahora estoy demasiado cansado.

En ese punto, Haida enmudeció y dirigió la vista al reloj de pared. Luego miró a Tsukuru. Por supuesto, Tsukuru tenía delante a Haida, el hijo. Pero la edad era casi la misma y, dentro de su mente, ambas figuras, la del padre y la del hijo, se mezclaban con suma naturalidad. Era una sensación extraña, como si dos dimensiones temporales distintas se hubieran fundido en una sola. Tal vez el que había vivido esa historia no era el progenitor, sino el propio hijo. Quizá se valía de la figura del padre para narrar su propia experiencia. Esa fantasía lo invadió de súbito.

—Se ha hecho muy tarde. Si quieres dormir, podemos dejar la historia para otro momento.

—No te preocupes, que aún no tengo sueño —dijo Tsukuru. Lo cierto era que estaba completamente desvelado. Se moría de curiosidad por saber cómo terminaba la historia.

—De acuerdo. Entonces seguiré. Tampoco yo tengo sueño todavía —dijo Haida.

* * *

Aquélla fue la primera y última vez que Midorikawa tocó el piano delante de Haida. Tras interpretar durante quince minutos *Round Midnight* en la sala de música del colegio, fue como si hubiera perdido todo interés por el piano. El joven Haida solía preguntarle: «¿No toca más el piano?», pero él callaba y negaba con la cabeza. Haida se dio por vencido: Midorikawa ya no tenía intención de tocar más. Sin embargo, le habría gustado volver a escucharle.

Midorikawa tenía verdadero talento, no cabía duda. Su música, poderosa, conmovía al oyente física, corporalmente. Si uno lo escuchaba concentrado, experimentaba la inconfundible sensación de trasladarse a otro lugar. Y no todo el mundo podía provocar ese estado en el oyente.

El joven padre de Haida ignoraba qué significaba para el propio Midorikawa poseer aquel extraordinario don. ¿Sería una dicha o un lastre? ¿Una gracia o una maldición? ¿O quizá todo eso a la vez? En cualquier caso, Midorikawa no daba la impresión de ser demasiado feliz. La expresión de su rostro oscilaba entre la melancolía y la apatía. Sólo de vez en cuando asomaba una sonrisa contenida y cargada de una ironía inteligente.

Cierto día, mientras el padre de Haida estaba en el jardín trasero, cortando leña y cargándola, Midorikawa lo llamó.

—¿Tú bebes? —le preguntó.

—Sí, pero poco —contestó el padre de Haida.

—Con eso basta. ¿Me acompañas entonces esta noche? Estoy aburrido de beber solo —le dijo Midorikawa.

—Hasta las siete tengo trabajo.

—No hay problema. Ven a mi cuarto sobre las siete y media.

A las siete y media se presentó en la habitación de Midorikawa. La cena y el sake caliente para los dos ya estaban preparados. Bebieron y comieron sentados frente a frente. Midorikawa, que dejó su plato a medias, se dedicó a beber sake, del que iba sirviéndose. Apenas hablaba sobre sí mismo; no hacía más que preguntarle a Haida por su tierra natal, Akita, y por su vida de estudiante en Tokio. Cuando se enteró de que estudiaba filosofía, le hizo algunas preguntas sobre esta materia. Sobre la cosmovisión hegeliana. Sobre las obras de Platón. Por sus comentarios, el padre de Haida se dio cuenta de que Midorikawa había leído a conciencia las obras de esos pensadores. Por lo visto, no sólo leía novelas policiacas.

—¿Así que crees en la lógica? —le dijo Midorikawa.

—Sí. En general, creo y confío en ella. A fin de cuentas, la disciplina que estudio se funda en la lógica —respondió el joven Haida.

—Y lo que no tiene lógica, ¿eso no te atrae?

—Me atraiga o no, no suelo rechazarlo de buenas a primeras. Pero no creo ciegamente en la lógica. En mi opinión, es fundamental buscar los puntos de contacto entre lo que es lógico y lo que no lo es.

—¿Tú, por ejemplo, crees en el demonio?

—¿El demonio? ¿Se refiere al demonio con cuernos y rabo?

—Sí. Aunque no sé si, en realidad, tiene cuernos y rabo.

—Como metáfora del mal, sí puedo creer en él.

—¿Y en el demonio como encarnación de esa metáfora del mal?

—Hasta que no lo vea con mis propios ojos, no puedo decir nada —dijo Haida.

—Es posible que, si lo ves, entonces ya sea demasiado tarde.

—Eso ya es una hipótesis. Si vamos a seguir hablando en términos hipotéticos, necesitamos centrarnos en ejemplos, casos concretos y claros. Igual que los puentes necesitan vigas. Cuando se avanza en un razonamiento, las hipótesis se vuelven cada vez más frágiles y, por lo tanto, las conclusiones a las que se llega son poco fiables.

—¿Casos concretos, dices? —prosiguió Midorikawa. Tomó un trago de sake y frunció el ceño—. A veces, los casos concretos, tan pronto como te surgen, te obligan a retornar a un punto en el que tienes que preguntarte si los aceptas o no, si crees en ellos o no. No hay término medio. Tienes que dar entonces, por así decirlo, un salto mental. Y ahí no hay lógica que valga.

—Efectivamente, tal vez haya casos que parezcan más allá de toda lógica. La lógica no es como un manual que uno pueda utilizar en su provecho, pero probablemente sí sea posible aplicar la lógica *a posteriori*.

—A veces ese *a posteriori* es demasiado tarde.

—Que sea demasiado tarde o no, eso ya es otra historia.

Midorikawa sonrió.

—Tienes razón. Es otra historia. No tengo nada que objetar.

—¿Acaso usted, alguna vez en su vida, ha tenido que aceptar algo, o creer en algo, que le haya obligado a dar un salto más allá de la lógica?

—No —respondió Midorikawa—. Creer, no creo en nada. No creo en lo lógico ni en lo ilógico. No creo en dioses ni en demonios. En ese sentido, no abuso ni prolongo hipótesis, y tampoco doy saltos. Sólo acepto en silencio las cosas *como vienen dadas*. Ése es mi principal problema: que no consigo alzar un muro que separe lo objetivo de lo subjetivo.

—Pero tiene usted talento para la música.

—¿Tú crees?

—Es evidente que su música tiene el poder de conmover a la gente. Me he dado cuenta, aunque apenas sé nada sobre jazz.

Midorikawa meneó la cabeza, turbado.

—Sí, en ocasiones el talento es divertido. Es vistoso, llama la atención. Y si tienes suerte, incluso ganas dinero con él. También atrae a las mujeres. En fin, supongo que es mejor tenerlo que carecer de él. Pero el talento, querido Haida, sólo puede desplegarse cuando uno está concentrado. Y si algo no funciona bien en tu mente o en tu cuerpo, si, pongamos por caso, se te afloja algún tornillo o se te estropea alguna conexión —dijo con una sonrisa—, entonces la concentración, y por lo tanto el talento, se esfuma como el rocío en la madrugada. Por ejemplo, si te duele una muela o tienes molestias en la espalda, no puedes tocar bien el piano. En serio. Sé de lo que hablo, a mí me ha ocurrido más de una vez. Sólo por culpa de una muela cariada o de un dolor de espalda, toda la sonoridad y grandiosidad de una obra pueden quedar reducidas a nada. Así de frágil es el cuerpo. Es algo tremendamente complejo que a menudo se estropea por una nimiedad. Y una vez que se estropea, es difícil arreglarlo. Una muela cariada o un dolor de espalda quizá se curen, pero otras muchas cosas no tienen remedio. Así pues, ¿qué sentido tiene poseer un talento que depende de factores impredecibles y, por tanto, poco fiables?

—Es verdad, y a veces incluso se pierde. Pocas personas logran conservar su talento hasta el final de su vida. No obstante, los frutos de ese talento provocan a veces grandes cambios de mentalidad, fenómenos extraordinarios que trascienden al individuo para volverse universales.

Midorikawa reflexionó y luego tomó la palabra:

—Mozart y Schubert murieron jóvenes, pero su música vivirá eternamente. ¿Te refieres a eso?

—Sí, por ejemplo.

—Esa clase de talento es excepcional, muy raro. En la mayoría de los casos, quien lo posee debe pagar por él un precio muy alto, que consiste en sacrificar su vida y abrazar una muerte prematura. Es como un pacto en el que uno entrega la propia vida. Lo que desconozco es si la otra parte de ese pacto es un dios o un demonio. —Tras suspirar, Midorikawa guardó silencio, para después añadir—: Por cierto, aunque no tenga nada que ver con eso, te confesaré que se acerca mi hora. Apenas me queda un mes de vida.

Esta vez, quien reflexionó fue el joven Haida. No sabía qué decir.

—No padezco ninguna enfermedad —dijo Midorikawa—. Estoy perfectamente sano. Tampoco tengo intención de suicidarme. Si estás pensando en eso, pierde cuidado.

—Entonces, ¿cómo sabe que le queda un mes de vida?

—Porque me lo dijo alguien. «Te quedan dos meses de vida.» Eso fue hace un mes.

—¿Quién se lo dijo? ¿Alguien especial?

—No era un médico ni un adivino, sino una persona normal y corriente. Pero *en ese momento* él también estaba a punto de morir.

Haida meditó sobre esas palabras, pero no les encontró lógica alguna.

—¿Y ha venido hasta aquí en busca de un lugar donde morir?

—Más o menos.

—No lo entiendo. ¿No existe ninguna forma de evitar esa muerte?

—Tan sólo una —dijo Midorikawa—. Cediéndole a otra persona esa facultad; por así decirlo, pasarle un «testigo» de la muerte. En resumen, tendría que encontrar a alguien que quisiera

morir en mi lugar. Entonces sólo tendría que pasarle el relevo y, ¡hala!, marcharme. Así me libraría de la muerte. Pero no pienso recurrir a eso. Ya hace tiempo que anhelaba morir. Quizá sea la oportunidad perfecta.

—Así que quiere morirse ya...

—Sí. Con franqueza, te diré que vivir es un fastidio. No me importa lo más mínimo morir. Me faltan energías para ponerme a buscar el modo de quitarme la vida, pero si la muerte me llega calladamente, entonces no me importa.

—Y, en concreto, ¿qué hay que hacer para pasarle el «testigo» a otra persona?

Midorikawa se encogió de hombros.

—Es fácil: basta con que la otra persona lo comprenda, lo acepte después de saber las condiciones y dé su consentimiento. Y ahí el traspaso terminaría felizmente. No importa que sea sólo de palabra. Basta con un apretón de manos. No hace falta firmar un contrato ni sellar documentos. No es un trámite burocrático.

El joven Haida no salía de su asombro.

—Pero imagino que no será sencillo encontrar a alguien que acepte de buen grado morir de manera inminente, ¿no?

—Una pregunta muy lógica —dijo Midorikawa—. Todo esto es, en el fondo, una locura, y no puedo proponérsela al primero que pase, en plan: «Disculpa, ¿te importaría morir en mi lugar?». Evidentemente, el otro tiene que tomar una decisión muy seria. Y entonces es cuando el asunto se complica. —Midorikawa miró lentamente a su alrededor y carraspeó—. No sé si lo sabrás, pero cada persona tiene un color.

—Pues no, no lo sabía.

—Te lo explicaré. Cada ser humano tiene su propio color, que siempre lo acompaña en forma de un halo alrededor de su cuerpo.

Como un aura. O, si prefieres, como cuando ves a una persona a contraluz. Yo puedo ver con claridad esos colores.

Midorikawa se sirvió sake en su copita y bebió de ella a pequeños sorbos.

—¿Esa facultad de ver los colores es innata? —preguntó, incrédulo, el joven Haida.

—No, no lo es —contestó Midorikawa negando con la cabeza—. Sólo la adquieres por un tiempo, como una compensación por la muerte inminente. Y puedes cederla a otras personas. Ahora me la han confiado a mí.

Haida permaneció callado, sin saber qué decir. Midorikawa siguió:

—En este mundo existen colores buenos, deseables, y colores que transmiten malas vibraciones. Colores alegres y colores tristes. Hay personas con un halo intenso y otras con un halo difuso. La verdad es que cansa tener que verlos continuamente, lo quieras o no. Me agobiaba cuando me encontraba en lugares concurridos. Por eso vine a esta montaña.

Haida por fin empezó a comprender.

—Es decir, que usted también puede ver el color que yo emito, ¿no?

—Por supuesto. Pero no voy a decirte cuál es —dijo Midorikawa—. La cuestión es que se supone que debería encontrar a alguien que posea un determinado color que brille de determinada manera. Sólo puedo pasarle el testigo de la muerte a una persona así. No puedo entregárselo a cualquiera.

—¿Y hay mucha gente en el mundo con ese color y ese brillo?

—No, no mucha. Al parecer, sólo una persona de cada mil o dos mil. No son fáciles de encontrar, pero tampoco es imposible. Lo difícil es encontrar la situación adecuada para poder hablar a

solas y con la seriedad que el asunto requiere. Como ves, es más complicado de lo que parece.

—Pero ¿qué clase de persona aceptaría? ¿Quién va a querer morir en lugar de otro?

Midorikawa sonrió.

—¿Qué clase de persona? Eso no lo sé. Sólo sé que sus cuerpos desprenden una luz de cierto tono y cierta intensidad. Es un rasgo más, sin ninguna trascendencia. Pero si quieres saber mi opinión, yo diría que son gente que no teme saltar. Y si me preguntaras por qué no lo temen, te diría que cada cual tendrá sus razones.

—No temen saltar, de acuerdo, pero ¿por qué habrían de hacerlo?

Midorikawa enmudeció durante un rato. El murmullo del arroyo quebraba el denso silencio. Entonces el pianista sonrió con una mueca.

—Ahora toca aplicar estrategias de venta.

—Le escucho —dijo el joven Haida.

—Una vez que aceptas morir, adquieres una habilidad excepcional. Un don, por decirlo así. Percibir los colores que la gente emite es sólo una de las muchas facultades que se te confieren. En el fondo, lo que ocurre es que tu visión de todo es más vasta. Abres lo que Aldous Huxley llamó «las puertas de la percepción». Y esas percepciones son purísimas. Todo se torna claro, como si la niebla se disipase. Entonces divisas cosas imposibles de ver de otro modo.

—¿Su interpretación al piano el otro día es resultado de esa habilidad?

Midorikawa hizo un breve gesto negativo con la cabeza.

—No, yo ya tocaba así antes. Las percepciones concluyen en sí mismas; no producen resultados concretos ni se manifiestan externamente. Tampoco son como un favor divino. Es imposible

explicarlo con palabras. La única forma de entenderlo es vivirlo uno mismo. Sólo puedo afirmar que, una vez que uno ha visto esas *escenas reales*, el mundo en que ha vivido hasta ese momento se vuelve tremendamente plano, le falta profundidad. Esas escenas no son lógicas ni ilógicas, ni buenas ni malas. Todas se funden en una sola. Y tú mismo formas parte de esa fusión. Te separas del molde de tu cuerpo y te conviertes en un ser metafísico, por llamarlo de alguna manera. Te conviertes en intuición pura. Es una sensación maravillosa y, al mismo tiempo, en cierto modo desesperante. Porque precisamente cuando has llegado al final de tu vida, te das cuenta de lo superficial e insustancial que ha sido tu existencia. Y te preguntas aterrado cómo has podido soportar semejante vida.

—¿Usted cree que merece la pena poseer esa facultad, siquiera por un tiempo, aunque haya que morir?

El otro asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Te aseguro que merece la pena.

Haida calló durante unos minutos.

—¿Qué ocurre? —dijo Midorikawa con una sonrisa—. ¿No estará empezando a picarte la curiosidad a ti también?

—Me gustaría hacerle una pregunta.

—Dime.

—¿No seré yo una de esas personas con «un color determinado que brille de determinada manera»? Una entre mil o dos mil.

—Exacto. Lo supe desde el primer momento en que te vi.

—¿Eso quiere decir que también yo estoy deseoso de dar un salto?

—Quién sabe… Eso yo no te lo puedo decir. Imagino que sólo tú puedes contestar a esa pregunta.

—De todos modos, usted ha dicho que no tiene intención de pasarle el testigo a nadie.

—Así es. Lo siento —dijo el pianista—. Voy a morir. No quiero cederle ese derecho a nadie. Podría decirse que soy un vendedor que no pretende vender nada.

—¿Y qué ocurrirá con el testigo cuando usted muera?

—Pues no lo sé. Quizá desaparezca conmigo. O quizá se preserve bajo alguna otra forma y siga pasando de mano en mano. Como el anillo del nibelungo de Wagner. Eso no lo sé y, sinceramente, tampoco me importa. No soy responsable de lo que ocurra después de mi muerte.

El joven Haida intentó recapitular todo lo que Midorikawa acababa de contarle, y concluyó que aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Esta historia no tiene ninguna lógica, ¿verdad? ¿O quizá sí la tiene? —apuntó Midorikawa.

—Es muy interesante, pero difícil de creer —se sinceró Haida.

—¿Lo dices porque parece inverosímil?

—Exacto.

—Tampoco hay manera de demostrar que sea verdad.

—La única manera de comprobar que es verdad es probando a hacer el trato, ¿no es cierto?

Midorikawa asintió.

—Eso es. Es imposible demostrarlo sin intentar dar el salto. Y una vez que lo has dado, ya no necesitas demostrarlo. No hay término medio. Una de dos: o saltas o no saltas.

—¿A usted no le da miedo morir?

—Al acto de morir en sí, no, no le tengo miedo. No bromeo. En mi vida he visto morir a mucha chusma. Si ellos pudieron, yo no voy a ser menos.

—¿Y qué pasa con lo que hay después de la muerte?

—El otro mundo, la vida de ultratumba... ¿Te refieres a eso?

Haida asintió.

—He decidido no darle vueltas a esas cosas —dijo Midorikawa mientras se pasaba la palma de la mano por la barba—. No merece la pena pensar en algo que, por mucho que uno se esfuerce, nunca conseguirá saber. Y si uno llega a saberlo, no tendrá modo de comprobarlo. Pensar en eso, en definitiva, no es más que prolongar peligrosamente una hipótesis, como tú comentabas antes.

El joven Haida respiró hondo.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Nunca lo he hablado con nadie, ni tenía intención de hacerlo —dijo Midorikawa y apuró su sake de un trago—. Pretendía desaparecer solo, en silencio. Pero cuando te vi, pensé que merecía la pena contártelo.

—¿Al margen de que le crea o no?

El pianista, con mirada somnolienta, bostezó brevemente y contestó:

—A mí no me importa que me creas o no, porque tarde o temprano creerás en lo que te he contado. Un día también tú morirás. Y cuando se acerque ese momento, que ignoro cuándo será, en qué circunstancias te encontrarás, entonces recordarás esta historia. Aceptarás todo lo que acabo de decirte y comprenderás la lógica que esconde. Una verdadera lógica. Yo sólo he esparcido la simiente.

En el exterior parecía que llovía de nuevo. Debía de caer una lluvia fina y silenciosa, que el rumor del arroyo impedía oír. Se sabía que llovía por los casi imperceptibles cambios en el aire que rozaba la piel de ambos.

Al cabo de un rato, Haida empezó a encontrar sumamente extraño, imposible, como si fuera contra las leyes de la naturaleza, el hecho de hallarse en aquel angosto cuarto frente a Midorikawa. Sintió una especie de mareo. Tuvo la impresión de que en aquel

aire estancado flotaba un tenue olor a muerte. El olor que desprende la carne cuando va pudriéndose lentamente. Pero debía de ser una ilusión. Nadie había muerto todavía.

Entonces Midorikawa se dirigió a él en tono sosegado:

—Supongo que pronto regresarás a tu vida de universitario en Tokio. Te reintegrarás a la vida real. Aprovéchala al máximo. Por muy superficial y monótona que sea la vida que te espera, merece la pena vivirla. Te lo aseguro. Olvídate de mis ironías y paradojas. Simplemente, a mí, eso que merece tanto la pena me resultó una carga. No fui capaz de soportarla. Quizá no nací para ello. Por eso espero en silencio a que llegue la hora, refugiado en un lugar tranquilo y oscuro, igual que un gato moribundo. Con todo, no me quejo. Pero tú, no. Tú debes sobrellevarla. Utiliza el hilo de la lógica para coser a tu cuerpo, lo mejor que puedas, *aquello que merece la pena vivir*.

—Ahí se termina la historia —anunció Haida hijo—. Dos días después de esa conversación, por la mañana, Midorikawa dejó la fonda mientras mi padre estaba haciendo unos recados. Al parecer, descendió a pie los tres kilómetros que había hasta la parada de autobús, con la bolsa cargada al hombro, igual que había llegado. Nadie supo adónde se dirigía. El día anterior había pagado lo que debía, y se marchó sin decir nada. Dejó la pila de novelas policiacas que había leído aquellos días, pero ningún mensaje para mi padre. Éste regresó poco después a Tokio. Volvió a asistir a clase y se concentró en sus estudios. No sé si el encuentro con ese personaje, Midorikawa, puso el punto final al largo periodo errante de mi padre, pero por el modo en que lo contaba, daba la impresión de que influyó decisivamente en él. —Haida cambió de postura sobre el sofá y se masajeó los tobillos con sus largos

dedos—. Una vez en Tokio, por más que buscó, no encontró a ningún pianista de jazz llamado Midorikawa. Quizá utilizaba un nombre artístico. Así que al final no supo si realmente falleció al cabo de un mes.

—Pero tu padre está sano y salvo, ¿no? —preguntó Tsukuru.

Haida asintió con la cabeza.

—Sí, y todavía tiene mucha cuerda.

—¿Se creyó tu padre la extraña historia que le contó Midorikawa? ¿O pensó que le habían tomando el pelo con un cuento bien hilvanado?

—La verdad es que no lo sé. La considerara o no una historia inventada, mi padre se la tragó sin más. Igual que las serpientes engullen enteras, sin masticar, a las presas que atrapan para luego digerirlas durante horas. —Haida suspiró, como dando por finalizada la historia—. Ahora sí que me ha entrado sueño. Es hora de dormir.

Era casi la una de la madrugada. Tsukuru se retiró a su habitación y Haida preparó el sofá para dormir y apagó la luz. Mientras se ponía el pijama y se metía en la cama, a Tsukuru le pareció oír el murmullo de un arroyo. Pero se dijo que debían de ser imaginaciones suyas. Estaba en Tokio.

Al rato cayó en un profundo sopor.

Esa noche ocurrieron cosas extrañas.

6

Tsukuru Tazaki envió un correo electrónico a Sara Kimoto diciéndole que quería invitarla a cenar. Habían pasado cinco días desde la conversación en el bar de Ebisu. Sara le contestó desde Singapur. Regresaría a Japón al cabo de dos días. Y tenía libre el sábado por la noche. «Perfecto. Hay algo de lo que quiero hablarte», decía ella en su mensaje.

Tsukuru se preguntó de qué querría hablarle Sara. Pero sólo pensar en que volvería a verla le puso de buen humor. Una vez más, constató hasta qué punto, en el fondo de su corazón, aquella mujer se había vuelto imprescindible para él. Cuando pasaba un tiempo sin verla, tenía la impresión de que le faltaba algo, algo muy importante, y sentía una ligera punzada en el pecho. Hacía una eternidad que no experimentaba algo así.

Sin embargo, poco imaginaba que durante esos tres días estaría desbordado por culpa del trabajo. Se habían detectado problemas de seguridad en un tramo reciente de vías de metro compartidas por varias compañías, debido a las diferencias entre los vagones (¿por qué no le habrían informado antes de ese dato tan trascendental?), y para resolverlo había que reformar urgentemente los andenes de algunas estaciones. Tenía que modificar el proyecto, elaborar la hoja de procesos. Apenas dormía. Con todo, acabó a tiempo y pudo tomarse libre la noche del sábado y el domingo entero. Se dirigió al lugar de la cita, en Aoyama, al salir

del trabajo. En el metro se quedó profundamente dormido y estuvo a punto de perder la conexión en Akasaka-Mitsuke.

—Pareces cansado —dijo Sara mirándolo a la cara.

Tsukuru le comentó que había estado muy atareado los últimos días y le explicó someramente, en términos sencillos, por qué.

—Quería pasar por casa, darme una ducha y cambiarme, pero no me ha dado tiempo —concluyó.

Sara sacó de su bolso un pequeño paquete alargado, primorosamente envuelto, y se lo entregó a Tsukuru diciéndole:

—Es un regalo.

Tsukuru lo desenvolvió. Era una corbata. Una elegante corbata lisa, de seda azul, de Yves Saint Laurent.

—La vi en el *duty-free* de Singapur y pensé que te quedaría perfecta.

—Gracias. Es preciosa.

—A algunos hombres no les gusta que les regalen corbatas.

—A mí sí —confesó Tsukuru—. Porque nunca suelo comprarme corbatas. Además, tienes muy buen gusto.

—Gracias —dijo Sara.

Tsukuru se desanudó la corbata de finas rayas que llevaba ese día y se puso la que Sara le había regalado. Hacía juego con su traje de verano azul oscuro y su camisa blanca. Sara alargó los brazos por encima de la mesa y, con manos expertas, le ajustó el nudo. Tsukuru sintió un agradable y vaporoso olor a perfume.

—Te sienta muy bien —dijo ella con una sonrisa.

Mientras dejaba la corbata vieja sobre la mesa, Tsukuru se fijó en que estaba más raída de lo que creía. Un descuido que acaba convirtiéndose, sin que uno lo advierta, en una mala costumbre. Se dijo que, en adelante, debía prestar más atención a su manera de vestir. Cuando uno trabaja en las oficinas de una empresa

ferroviaria, no le da mayor importancia al atuendo. Además, la mayoría de los empleados eran hombres. En cuanto Tsukuru llegaba a la oficina, se quitaba la chaqueta y la corbata, se arremangaba la camisa y se ponía a trabajar. A menudo tenía que salir de las oficinas para supervisar las obras. Nadie a su alrededor se fijaba en qué traje o corbata llevaba. Y, bien pensado, hacía mucho tiempo que no quedaba varias veces con una chica tan especial.

Era el primer regalo que le hacía Sara. Tsukuru sintió que lo embargaba la alegría. «Tengo que preguntarle cuándo es su cumpleaños», pensó. «Le regalaré algo. No debo olvidarme.» Volvió a darle las gracias, dobló la vieja corbata y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Estaban en un restaurante francés situado en el sótano de un edificio, en la zona de Minami-Aoyama. Era un local que Sara conocía. El ambiente no era en absoluto afectado. El precio, tanto el de la comida como el del vino, era asequible. Se asemejaba a un bistró informal, pero a diferencia de la mayoría de los locales de esa clase, las mesas no estaban pegadas unas a otras y se podía conversar con calma. El servicio también era bueno. Antes de estudiar el menú pidieron una jarra de vino.

Ella llevaba un vestido de pequeños motivos florales y, encima, una fina rebeca de color blanco. Las dos prendas parecían de excelente calidad. Tsukuru, naturalmente, no sabía cuánto ganaba Sara, pero daba la impresión de que gastaba bastante dinero en ropa.

Mientras cenaban, ella le habló de lo que le había llevado a Singapur. Su trabajo consistía en negociar los precios con los hoteles, seleccionar restaurantes, gestionar todo lo relacionado

con los medios de transporte, organizar actividades para los viajeros, asegurarse del acceso a centros médicos... Había un montón de cosas que hacer antes de poner en marcha un nuevo *tour*. Normalmente preparaba una larga lista y, con ella en la mano, se desplazaba allí donde fuera necesario e iba despachando por orden cada elemento de la lista. Lo comprobaba todo en persona. El método de trabajo se parecía mucho al que se requiere para construir una estación. Hablando con ella, Tsukuru se dio cuenta de que era una profesional minuciosa y competente.

—Creo que dentro de poco tendré que viajar allí otra vez —le comentó Sara—. ¿Has ido alguna vez a Singapur?

—No. La verdad es que nunca he salido de Japón. En mi trabajo no hay oportunidades para salir al extranjero y me da pereza viajar solo.

—Pues Singapur es un lugar genial. La comida es deliciosa y cerca de la ciudad hay unos centros turísticos formidables. Sería estupendo poder hacerte de guía.

Él pensó que sería fantástico que viajaran juntos al extranjero.

Tsukuru, como de costumbre, sólo bebió un vaso de vino, y Sara se tomó el resto de la jarra. Parecía que aguantaba bien el alcohol, porque por mucho que bebía, su rostro no mudaba de color. Tsukuru eligió un plato de ternera guisada, y ella, *magret* de pato. Cuando acabaron, Sara dudó si tomaría postre o no. Acabó decidiendo que sí, y Tsukuru pidió un café.

—Desde la última vez que nos vimos —soltó Sara mientras remataba la cena con un té—, he estado dándole muchas vueltas a lo de tus cuatro amigos del instituto. A ese bonito grupo que formabais y a la química que dices que se creaba cuando estabais juntos.

Tsukuru movió afirmativamente la cabeza y esperó a que siguiera hablando.

—Me pareció muy interesante. Yo, en cambio, nunca tuve una pandilla.

—Ojalá yo no la hubiera tenido —replicó Tsukuru.

—¿Lo dices porque al final te hicieron daño?

Él asintió.

—Te entiendo —dijo Sara con los ojos entornados—. Pero, aunque al final lo pasases mal y te sintieras decepcionado, estoy segura de que haber vivido todas esas cosas con ellos ha sido positivo para ti. No es fácil establecer vínculos emocionales tan estrechos con otras personas. ¡Lograrlo con cuatro es casi un milagro!

—Sí, fue casi un milagro y supongo que fue positivo para mí. Tienes razón —dijo Tsukuru—. Pero el dolor que sentí cuando lo perdí, o más bien cuando me «arrojaron» de su lado, fue inmenso. Hablar de vacío o soledad no basta para definir lo que sentí.

—Pero ya han pasado dieciséis años. Eres un adulto, tienes más de treinta y cinco años. ¿No crees que ya es hora de superarlo, por grande que haya sido el daño?

—Superarlo..., ¿cómo? —quiso saber Tsukuru—. ¿A qué te refieres?

Sara puso las manos sobre la mesa, con los dedos ligeramente entreabiertos. En el meñique de la mano izquierda llevaba un anillo con una pequeña joya incrustada en forma de almendra. Ella miró el anillo unos instantes. Luego alzó la cabeza.

—Creo que es hora de que averigües por ti mismo por qué tus cuatro amigos te rechazaron de forma tan rotunda.

Tsukuru fue a beber lo que le quedaba de café, pero al ver que la tacita estaba vacía la dejó otra vez sobre el plato. Al depositarla,

la loza entrechocó produciendo más ruido de lo esperado. Como si lo hubiera oído, el camarero se acercó a la mesa y les sirvió agua con hielo.

Una vez que el camarero se hubo marchado, Tsukuru dijo:

—Prefiero olvidar todo lo que ocurrió. Poco a poco he conseguido cerrar a mi modo la herida y superar el dolor. Me llevó mucho tiempo y no me apetece que vuelva a abrirse la cicatriz.

—Tal vez lo hicieras, pero tengo la sensación de que la herida se cerró superficialmente —dijo con calma, mirándolo a los ojos—. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá, debajo, sigue manando sangre?

Tsukuru reflexionó en silencio. Por más que buscaba, no encontraba qué decir.

—Escucha, ¿por qué no me das los nombres de los cuatro? Podrías decirme también cómo se llamaba vuestro instituto, en qué año os graduasteis, a qué universidades fueron ellos, dónde vivían entonces...

—¿Qué pretendes hacer?

—Podría averiguar sus paraderos y a qué se dedican en la actualidad.

De pronto, a Tsukuru se le cortó la respiración. Tomó el vaso de agua y bebió un trago.

—¿Para qué?

—Para que puedas verlos, hablar cara a cara con ellos y tener la oportunidad de que te den una explicación sobre lo que pasó hace dieciséis años.

—¿Y si te dijera que no quiero?

Sara puso las palmas hacia arriba sobre la mesa. Su mirada seguía clavada en el rostro de Tsukuru, frente a él.

—¿Quieres que te sea sincera? —preguntó Sara.

—Claro.

—No me resulta fácil decírtelo, pero...

—Adelante, quiero saber qué piensas.

—La última vez que nos vimos te dije que no quería ir a tu piso, ¿te acuerdas? ¿Sabes por qué?

Tsukuru movió la cabeza hacia los lados.

—Me pareces buena persona y diría que me gustas. Es decir, como hombre —aclaró. Tras una breve pausa, continuó—: Pero creo que, en el fondo, hay algo que te atormenta.

Tsukuru miraba a Sara en silencio.

—Ahora viene la parte más delicada, que más me cuesta comentarte. Me refiero a que no sé cómo expresarlo. Creo que, si lo digo con palabras, sonará demasiado simple. Es difícil explicarlo de forma razonada, lógica, porque es sólo una sensación.

—Confío en tus sensaciones —dijo Tsukuru.

Ella se mordió suavemente el labio, entornó los ojos, como si midiera alguna distancia, y luego habló.

—Mientras hacíamos el amor, tuve la impresión de que estabas como *en otra parte*. En algún lugar, no sé dónde, lejos de donde estábamos realmente los dos. Fuiste muy tierno, y eso me gustó, pero...

Tsukuru volvió a coger la tacita de café vacía y la sostuvo en el hueco de las manos, como envolviéndola. Después volvió a dejarla sobre el platillo. Esta vez, con cuidado de que no hiciera ruido.

—No sé qué decirte —dijo al fin—. Mientras lo hacíamos, en ningún momento dejé de pensar en ti. No me pareció que estuviera como ausente. Para serte franco, ese día me habría costado pensar en otra cosa que no fueras tú.

—Quizá tengas razón. Quizá sólo pensabas en mí. Si tú lo dices, te creo. Aun así, yo tuve la impresión de que algo más ocupaba tu mente. Te noté a kilómetros de distancia. Tal vez sólo las mujeres se den cuenta de estas cosas. Lo que quiero que sepas es

que yo no puedo mantener una relación así durante mucho tiempo. Por mucho que me gustes, soy una mujer más codiciosa de lo que aparento, y también muy franca. Si vamos a salir en serio, no quiero que *algo* se interponga. *Algo* que no sé qué es. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Que no quieres volver a verme?

—No, no es eso —dijo ella—. Me gusta quedar contigo y charlar, como ahora. Me lo paso muy bien. Pero no quiero ir a tu casa.

—Entonces, quieres decir que no podemos acostarnos juntos, ¿no?

—Eso es —confirmó Sara.

—Porque tengo un problema.

—Sí. Porque tienes algún problema en tu corazón, quizá mucho más profundo de lo que crees. Pero si te lo propones, tal vez puedas solucionarlo. Igual que cuando solucionas un problema en una estación en la que se ha detectado un fallo: reúnes los datos necesarios, modificas el proyecto y elaboras una detallada hoja de procesos. Antes que nada, hay que aclarar cuáles son las prioridades.

—Primero tendría que verme con los cuatro y hablar con ellos. ¿A eso te refieres?

Sara asintió.

—Tienes que enfrentarte al pasado, no ya como un estudiante ingenuo y vulnerable, sino como todo un profesional. No se trata de ver lo que quieres ver, sino lo que tienes que ver. Si no lo haces, te pasarás el resto de tu vida cargando con ese lastre. Así que dime cómo se llamaban tus amigos. Para empezar, intentaré averiguar dónde están y qué hacen.

—¿Y cómo lo harás?

Sara meneó la cabeza, atónita.

—¡Pero bueno! ¿Tú no te licenciaste en una universidad tecnológica? ¿No sabes usar Internet? ¿Has oído hablar de Google y Facebook?

—Claro que uso Internet. Y por supuesto que conozco Google y Facebook. Pero sólo los utilizo para el trabajo. En mi vida privada esa clase de herramientas no me interesan demasiado.

—Tú déjalo en mis manos. Esas cosas se me dan bastante bien —dijo Sara.

Después de cenar dieron un paseo por Shibuya. Hacía una agradable noche de finales de primavera y una neblina envolvía la luna, grande y amarilla. El aire era ligeramente húmedo. Sara caminaba junto a Tsukuru, y los bajos de su vestido ondeaban bellamente con la brisa. Tsukuru pensó en el cuerpo que ocultaba ese vestido, y se recreó en esa imagen. Fantaseó con que le hacía una vez más el amor. De pronto sintió que tenía una erección. La deseaba, y no se recriminó por ello. Su deseo respondía a las necesidades y emociones propias de un hombre joven y sano. Sin embargo, como ella le había dicho, quizá Tsukuru tuviera en su interior algo retorcido, algo que no iba bien, de lo que él no era consciente. No habría sabido decir si era así. Cuanto más reflexionaba sobre los límites entre la consciencia y la inconsciencia, menos se entendía a sí mismo.

Tras dudar durante unos minutos, se decidió a hablar:

—La última vez que nos vimos te dije una cosa que me gustaría rectificar.

Sara lo miró con interés, sin dejar de andar.

—¿El qué?

—Antes de conocerte salí con varias mujeres. Por distintas circunstancias, ninguna de esas relaciones prosperó. Y te dije que la culpa no fue sólo mía.

—Lo recuerdo.

—En los últimos diez años he salido con tres o cuatro chicas. Fueron relaciones relativamente largas y serias. No eran sólo para pasar el rato. Si ninguna funcionó, fue principalmente por mi culpa. A ellas no les pasaba nada.

—¿Y a ti qué te pasaba?

—En cada caso, el problema fue ligeramente distinto —contestó Tsukuru—. Pero si algo había en común era que, en el fondo, no me sentía verdaderamente atraído por ninguna. Me gustaban, y pasábamos muy buenos ratos juntos, por supuesto. Guardo un recuerdo entrañable de todas. Pero nunca deseé a ninguna tanto como para perder la cabeza.

Sara guardó silencio.

—En resumidas cuentas —dijo al fin—, ¿quieres decir que durante diez años has mantenido «relaciones relativamente largas y serias» con chicas por las que no te sentías de verdad atraído?

—Sí, eso es.

—No tiene mucho sentido, ¿no crees?

—Tienes razón, no lo tiene.

—¿Era porque no querías acabar casándote con ellas, porque no querías atarte a nadie?

Tsukuru negó con la cabeza.

—No, no tengo miedo a casarme o atarme a alguien. Es más, diría que soy una persona que tiende a buscar la estabilidad.

—Sin embargo, siempre había alguna traba psicológica que te inhibía, ¿no?

—Puede que sí.

—Por eso sólo te relacionabas con chicas con las que podías evitar abrir tu corazón por completo.

—Tal vez tenía miedo de que, si acabase amando y necesitando en serio a alguien, al final esa persona podría desaparecer y dejarme solo.

—Consciente o inconscientemente, mantenías cierta distancia con tus parejas. O elegías a chicas con las que podías mantener esa distancia, para que así, ocurriera lo que ocurriese, no te hirieran. ¿Me equivoco?

Tsukuru se quedó callado. En parte, porque estaba de acuerdo. Pero también porque sabía que el problema no acababa ahí.

—Quizá conmigo acabe sucediéndote lo mismo —dijo ella.

—Creo que no. Contigo es diferente. Lo digo de verdad. A ti sí quiero abrirte mi alma. Lo digo de verdad. Por eso te cuento todo esto.

—Dime, ¿quieres que sigamos viéndonos?

—Claro que sí. Me gustaría mucho.

—A mí también —dijo Sara—. Porque me pareces una persona buena, noble.

—Gracias —dijo Tsukuru.

—Dime entonces cómo se llaman los cuatro. Después, tú decidirás. Tal vez, cuando averigüemos más, sigas prefiriendo no encontrarte con ellos. Eso es cosa tuya. Pero te diré que, al margen de lo que decidas, yo estoy muy interesada en ellos. Quiero saber más. Quiero saber quiénes son esos con los que cargas a la espalda.

De vuelta en su apartamento, Tsukuru Tazaki sacó una vieja agenda del cajón de su escritorio, la abrió por la sección de direcciones y tecleó cuidadosamente en el portátil el nombre y el

apellido de los que habían sido sus amigos, las direcciones que tenían en aquella época y sus números de teléfono.

Kei Akamatsu
Yoshio Oumi
Yuzuki Shirane
Eri Kurono

Los pensamientos se agolpaban en su mente mientras releía la lista de nombres y apellidos en la pantalla. Entonces tuvo la sensación de que aquella época que él suponía que había quedado atrás se expandía a su alrededor, envolviéndolo. Aquel tiempo pretérito empezaba a mezclarse silenciosamente con el presente. Como si en su apartamento se colara humo a través de un intersticio en la puerta. Era un humo incoloro y sin olor. Sin embargo, en cierto momento, Tsukuru regresó de súbito a la realidad y pulsó una tecla para enviar el correo electrónico a la dirección de Sara. Tras comprobar que había sido enviado, apagó el ordenador y esperó a que el presente retornase.

«... estoy muy interesada en ellos. Quiero saber más. Quiero saber quiénes son esos con los que cargas a la espalda.»

«Probablemente Sara esté en lo cierto», pensó Tsukuru ya tumbado en la cama. «Todavía llevo a los cuatro a la espalda. Y seguramente pesan más de lo que Sara imagina.»

Mister Red
Mister Blue
Miss White

Miss Black

7

La noche en que Haida le contó la misteriosa historia sobre Midorikawa, el pianista de jazz con el que su padre se había encontrado de joven en un balneario de las montañas de Kyūshū, sucedieron cosas extrañas.

Tsukuru Tazaki se despertó de pronto en medio de la oscuridad. Se incorporó y oyó un ruidito seco. Como el de un guijarro al impactar en el cristal de una ventana. Quizá todo eran imaginaciones suyas. No lo sabía a ciencia cierta. Intentó mirar la hora en el reloj digital que tenía junto a la cama, pero no pudo volver la cabeza. No sólo era incapaz de mover el cuello: su cuerpo entero estaba paralizado. No era entumecimiento. Simplemente no podía ejercer fuerza. Había perdido la coordinación entre la mente y los músculos, y éstos no obedecían.

La habitación estaba envuelta en sombras. Como le costaba dormir en ambientes claros, siempre corría las gruesas cortinas para que el dormitorio permaneciese a oscuras. No entraba ni una pizca de luz. Aun así, supo que había alguien más en la habitación. Alguien que lo observaba agazapado en la negrura. Y ese alguien, amparado por las sombras, contenía la respiración, sofocaba su propio olor y cambiaba de color como un animal capaz de mimetizarse con su entorno. Pese a todo, Tsukuru supo que era Haida.

Mister Grey.

El gris se obtiene disolviendo el color blanco con el negro. Al modificar su proporción, se consiguen fácilmente distintos grados de sombra.

Haida estaba de pie en un rincón del dormitorio, amparado por la oscuridad, y lo único que hacía era mirar fijamente a Tsukuru, tumbado boca arriba en la cama. Haida no movió un músculo durante largo rato, igual que un mimo que fingiera ser una estatua. Sólo sus párpados de largas pestañas se cerraban y abrían de vez en cuando. Era un contraste peculiar: mientras Haida permanecía casi inmóvil por voluntad propia, Tsukuru, contra su voluntad, se veía privado de movimiento. «Tengo que decir algo», pensó Tsukuru. «Necesito decir algo para romper este extraño equilibrio.» Pero no le salía la voz. No podía mover los labios ni la lengua. De su garganta sólo escapaban mudos resuellos.

¿Qué hacía Haida en la habitación? ¿Por qué estaba ahí quieto, con la mirada clavada en él?

«No es un sueño», razonó Tsukuru. «Todo es demasiado real, tiene demasiados detalles para ser un sueño.» No sabía si aquél era el verdadero Haida. Dado que el verdadero Haida, o su cuerpo, dormía a pierna suelta en el sofá de la habitación contigua, quizá quien estaba ahí era una especie de trasunto que se había escindido de él.

Sin embargo, Tsukuru no percibió su presencia como algo amenazador o perverso. Comoquiera que fuese, confiaba en que Haida no haría nada indeseable contra él. Lo supo desde que lo había conocido. Se lo decía su instinto.

También Aka, de su grupo de amigos, era un chico listo, pero su inteligencia era más bien pragmática y, cuando se terciaba, mostraba un lado calculador. En cambio, la inteligencia de Haida era más pura y sólida. Incluso parecía tener vida propia. Muchas veces, cuando estaban juntos, Tsukuru no podía adivinar en qué

estaba pensando su amigo. Parecía que algo bullía dentro de su cabeza, pero Tsukuru no tenía ni idea de qué podía tratarse. Cuando eso ocurría, se quedaba desconcertado y sentía que su amigo lo dejaba de lado, pero nunca lo invadía la congoja, y mucho menos la ira. Tsukuru se decía que la velocidad a la que trabajaba la mente de Haida era mucho más rápida que la suya, que la actividad que desplegaba su cerebro era para él inalcanzable, y pronto dejó de intentar seguirle el ritmo.

Quizá, se decía, en el cerebro de Haida había una especie de circuito de alta velocidad adaptado a la celeridad de su pensamiento, y de vez en cuando debía correr a la velocidad y con la marcha larga que le correspondía. Si no lo hacía así, si corría continuamente con una marcha corta para acomodarse a la penosa velocidad de Tsukuru, el circuito se recalentaría y empezaría a dar muestras de deterioro. Esa impresión daba. Al cabo de un rato, Haida se desconectaba del circuito, esbozaba una sonrisa calma, como si nada hubiera sucedido, y regresaba a donde Tsukuru se encontraba. Entonces, reducida la velocidad, volvía a pensar al mismo ritmo que su amigo.

¿Durante cuánto tiempo habría estado fijando en él aquella mirada reconcentrada? Tsukuru era incapaz de decirlo. Haida permanecía inmóvil en medio de las tinieblas, observándolo en silencio. Parecía que quería decirle algo. Era el portador de un mensaje que debía transmitirle a toda costa. Pero algo le impedía expresarlo con palabras. Y eso ponía a su sagaz amigo de peor humor que de costumbre.

Echado en la cama, Tsukuru recordó la historia de Midorikawa que su amigo le había contado hacía un rato. ¿Qué contendría la bolsita de tela que Midorikawa, en la antesala de la muerte —o al menos eso afirmaba el pianista—, dejó sobre el piano poco antes de tocar en el aula de música del colegio? Cuando Haida terminó

de contar la historia, el misterio seguía sin aclararse. Tsukuru no podía dejar de pensar en la bolsita y en su contenido. Alguien tenía que revelarle qué significaba. ¿Por qué Midorikawa la había depositado con cuidado sobre el piano? A todas luces, era un elemento clave en la historia.

Pero no obtuvo respuesta. Tras un larguísimo silencio, Haida —o el trasunto de Haida— desapareció calladamente. Al final, aunque no hubiera podido jurarlo, creyó oír un leve suspiro. Su presencia se fue desvaneciendo, igual que humo de incienso absorbido por el aire, y sin apenas darse cuenta Tsukuru volvió a encontrarse solo en la oscuridad de la habitación. Seguía sin poder mover un solo músculo. Lo que unía su mente y sus músculos se había desconectado, como si hubieran cortado un cable.

«¿Hasta qué punto es real todo esto?», se dijo Tsukuru. «No estoy soñando. Lo que está ocurriendo no es una ilusión. Es real, no cabe duda. Pero carece del peso que tiene la realidad.»

Mister Grey.

A continuación, Tsukuru tuvo la sensación de que volvía a dormirse. Poco después despertó en medio de un sueño. Para ser precisos, no era exactamente un sueño. Era una realidad con todas las características de un sueño. Transcurría en un plano diferente de la realidad, y lo que sucedía sólo podría haberlo concebido una imaginación desbordada.

Estaban en la cama desnudas, cada una pegada a uno de sus costados. Eran Shiro y Kuro. Tenían dieciséis y diecisiete años, respectivamente. Por algún motivo, todavía tenían esa edad. Sus pechos y sus muslos se adherían al cuerpo de Tsukuru. Podía sentir vivamente el calor y la suavidad de la piel de ellas. Lo

toqueteaban con los dedos y lo lamían con la lengua como si se dispusieran a devorarlo. Él también estaba desnudo.

Aquello no estaba ocurriendo porque él lo deseara, no era una escena que él quisiera imaginar. Tampoco habría podido imaginarla fácilmente. Pero la escena se le imponía, quebrantando su voluntad, y, por ese mismo motivo, se volvía más nítida, vívida y definida.

Los dedos de las chicas eran suaves, delicados. Cuatro manos y veinte dedos. Como criaturas sedosas y ciegas nacidas de la oscuridad, recorrían estimulando cada rincón de su cuerpo. Su corazón se estremeció violentamente, con una sensación que nunca había experimentado. Era como descubrir que en la casa en la que uno lleva viviendo durante largo tiempo existe un pequeño cuarto secreto. Su corazón palpitaba con pequeños latidos que resonaban como un tambor. Sus extremidades seguían paralizadas. No podía siquiera levantar un dedo.

Los cuerpos de las dos chicas se entrelazaron, flexibles, con el cuerpo de Tsukuru. Los pechos de Kuro eran blandos y exuberantes; los de Shiro, pequeños, pero sus pezones eran duros y redondos como dos guijarros. Los pubis de ambas estaban húmedos como un bosque lluvioso. Sus jadeos se habían acompasado con los de Tsukuru hasta convertirse en uno solo. Del mismo modo que las lejanas corrientes marinas se unen secretamente en las oscuras profundidades del mar.

Después de prolongadas y tenaces caricias, Tsukuru penetró a una de las dos: Shiro. Ella se situó encima de él, tomó su sexo erecto con la mano y lo guió con pericia hasta su interior. Entró en ella sin encontrar ninguna resistencia, como si se lo tragara el vacío. Durante unos instantes, Shiro se detuvo y tomó aliento.

Después empezó a contonearse lentamente y a mover las caderas, trazando complejas figuras en el aire. Su cabello moreno, largo y liso, se sacudía sobre el rostro de él como si fuese un látigo. Aquellos movimientos eran de un atrevimiento impensable en la Shiro que él conocía.

Sin embargo, la situación no parecía desconcertar a Shiro, y tampoco a Kuro. Ni siquiera se detenían a reflexionar unos segundos. No se mostraban en absoluto indecisas. Las dos lo acariciaban, pero la única que se ofrecía a ser penetrada era Shiro. «*¿Por qué Shiro?*», caviló Tsukuru, presa de la confusión. «¿Por qué tiene que ser Shiro, cuando se supone que deberían ser iguales, que las dos deberían constituir un solo ser?»

No pudo seguir pensando. Los movimientos de Shiro eran cada vez más rápidos y más amplios. De pronto, eyaculó con fuerza dentro de ella. El tiempo que había transcurrido desde que la penetró hasta que se corrió se le antojó muy breve. Extrañamente breve. Aunque quizá había perdido la noción del tiempo. En cualquier caso, le había sido imposible contenerse. Había ocurrido sin previo aviso, como si una gran ola se abatiese sobre él desde lo alto.

Sin embargo, quien recibió el semen de Tsukuru no fue Shiro, sino Haida. Para su sorpresa, vio que las dos chicas habían desaparecido y que el que allí estaba era su amigo. Segundos antes de que Tsukuru eyaculara, Haida se había agachado rápidamente, se había introducido el pene de Tsukuru en la boca y había deglutido el abundante esperma de forma que las sábanas no se manchasen. Haida recogió pacientemente cada efusión y, al terminar, lamió los restos. Daba la impresión de que, para él, era algo habitual. Al menos, así se lo pareció a Tsukuru. Después, Haida salió de la cama sin hacer ruido y se dirigió al lavabo. Durante un rato se oyó

correr el agua del grifo. Seguramente estaba enjuagándose la boca.

Aun después de haber eyaculado, el miembro de Tsukuru seguía erecto. Todavía guardaba el recuerdo del interior del sexo húmedo y cálido de Shiro. Igual que le ocurría después del coito en su vida real. Aún no discernía con claridad las fronteras entre el sueño o la fantasía y la realidad.

En la oscuridad, Tsukuru pensó qué palabras podía decir. Palabras no para dirigirlas a alguien. Una palabra, al menos una, que llenase aquel extraño resquicio silencioso e innombrable. Antes de que Haida volviera del baño. Pero no la encontró. Entretanto, una sencilla melodía se repetía una y otra vez dentro de su mente. Sólo más tarde cayó en la cuenta de que eran las notas iniciales de *Le mal du pays*, de Liszt. Los *Años de peregrinación, Première année: Suisse*.

La melancolía que la contemplación de un paisaje bucólico despierta en el alma.

Después cayó violentamente en un profundo sueño.

Se despertó antes de las ocho de la mañana.

Lo primero que hizo fue incorporarse y comprobar que no había manchado el pijama. Cuando tenía sueños eróticos, por la mañana encontraba restos de semen. Pero esta vez no había sido así. Se quedó perplejo. Tenía la certeza de que en el sueño, o al menos en unas circunstancias que no eran reales, se había corrido. Y había sido una vivencia intensa. Su cuerpo todavía recordaba la sensación. Había expulsado abundante semen *real*. Pero no quedaba ni la menor huella.

Luego se acordó de que Haida había recogido el semen en su boca.

Tsukuru cerró los ojos y frunció ligeramente el ceño. «¿De verdad ha ocurrido? No, no puede ser. Todo ha tenido lugar en el lado oscuro de mi consciencia. Tiene que ser así. Entonces, ¿adónde ha ido a parar todo el semen? ¿Acaso ha desaparecido también en el interior de mi mente?»

Turbado, salió de la cama y fue en pijama hasta la cocina. Haida ya se había vestido y leía un grueso volumen tumbado en el sofá. Estaba tan concentrado en el libro que parecía hallarse en otro planeta. Pero cuando Tsukuru se asomó a la sala, cerró rápidamente el libro, sonrió y se dirigió a la cocina a preparar café, tortillas y tostadas. Pronto el apartamento olía a café recién hecho. El aroma que separa la noche del día. Los dos se sentaron a la mesa y desayunaron mientras escuchaban música a bajo volumen. Haida, como siempre, se tomó unas crujientes tostadas untadas con una fina capa de miel.

Durante el desayuno, Haida sólo habló del aroma y la calidad del tueste de unos nuevos granos de café que había descubierto. Después se mantuvo pensativo. Seguramente reflexionaba sobre el contenido del libro que había estado leyendo. O eso parecía indicar su mirada concentrada y perdida en un punto imaginario. Aunque bellamente transparentes, en el fondo de sus ojos se divisaba algo. Era la mirada que ponía cuando meditaba sobre alguna idea abstracta. A Tsukuru le recordó los manantiales que se vislumbran entre los huecos que dejan los árboles en las montañas.

La actitud de Haida no traslucía nada extraño o desacostumbrado. Era una mañana de domingo como tantas otras. El cielo estaba nublado, la luz era suave. Al hablar, miraba a Tsukuru a los ojos. Una mirada sin dobleces. Quizá, *en realidad*, no hubiera ocurrido nada. «Seguramente, todo ha sido una fantasía producto de mi mente», pensó Tsukuru. Sin embargo, se sentía

avergonzado y, al mismo tiempo, muy desconcertado. No era la primera vez que tenía un sueño erótico en el que aparecían Shiro y Kuro. Soñaba con ellas con bastante regularidad, aunque él no lo quisiera, y siempre acababa eyaculando. Pero ninguno había sido tan vívido y realista. Y lo que más azorado lo había dejado era la participación de Haida.

Pero decidió no darle más vueltas. Por más que pensara, no parecía que fuese a obtener respuesta alguna. Decidió meter aquella duda, con la etiqueta «sin resolver» pegada, en un cajón, y regresar a ella otro día. En su interior había ya varios cajones como ése, todos con numerosas dudas aplazadas.

Más tarde, Tsukuru y Haida fueron a la piscina universitaria y nadaron juntos durante media hora. Los domingos por la mañana la piscina estaba casi vacía y podían nadar al ritmo que quisieran y durante todo el tiempo que les apeteciera. Tsukuru se concentraba en mover con precisión los músculos adecuados: los dorsales, los psoas-ilíacos y los abdominales. No hacía falta preocuparse por la brazada ni por la patada. Una vez establecido el ritmo, lo demás venía por sí solo, sin necesidad de pensar. Como siempre, Haida nadaba delante de Tsukuru y éste le iba a la zaga, observando abstraído cómo las patadas suaves y cadenciosas de su amigo producían una espumilla blanca. Esa visión lo sumía en un ligero estupor mental.

Después de ducharse y cambiarse en los vestuarios, los ojos de Haida perdieron el brillo límpido de antes y recobraron la serenidad. A fuerza de nadar, Tsukuru había conseguido calmar la confusión que lo invadía.

Salieron del gimnasio y caminaron juntos hasta la biblioteca. Apenas cruzaron unas palabras, pero eso no era raro. Haida le

dijo que quería hacer alguna pesquisa en la biblioteca. Eso tampoco era raro: a Haida le encantaba «hacer pesquisas» en la biblioteca. Por lo general, significaba que quería estar un rato solo. «Yo me iré a casa a hacer la colada», le comentó Tsukuru.

Al llegar delante de la biblioteca, se despidieron con un simple gesto de la mano.

Haida no volvió a ponerse en contacto con él durante un tiempo. Tsukuru no se lo encontraba en la piscina ni por el campus. Tsukuru volvió a la vida que llevaba antes de haberlo conocido: comía a solas y en silencio, iba a la piscina y nadaba solo, asistía a clase y tomaba apuntes, y memorizaba el vocabulario y la gramática de los idiomas que estudiaba. Una vida tranquila y solitaria. El tiempo pasaba por su lado sin apenas dejar rastro. De vez en cuando ponía los álbumes de los *Años de peregrinación* en el tocadiscos y los escuchaba.

Cuando había transcurrido más o menos una semana sin que tuviera noticias de él, Tsukuru pensó que quizá Haida no quería volver a verlo. No era descabellado. Y tal vez se había marchado a alguna parte sin avisar y sin decir el motivo. Como una vez le había ocurrido con sus cuatro amigos en su ciudad natal.

«Quizá se deba a ese sueño erótico tan real que tuve la otra noche», caviló Tsukuru. «Puede que, de algún modo, por alguna misteriosa vía, presenciara lo que ocurrió dentro de mi mente y le desagradara profundamente. Tanto que se enfadó.»

Pero no, eso era imposible. Aquello no podía haber salido de su mente. Carecía de lógica que Haida supiera lo que Tsukuru había soñado. Aun así, era como si la mirada lúcida de su amigo hubiera captado ese lado oscuro y retorcido que había en el fondo de su consciencia. Al pensarlo, no pudo evitar sentir vergüenza.

Pese a todo, tras la ausencia de Haida, Tsukuru comprendió lo mucho que su amigo significaba para él. Se dio cuenta de cuánto color había traído a su vida cotidiana. Recordó con nostalgia las conversaciones con él, y su peculiar sonrisa. La música que le gustaba; su libros, de los que a veces le leía párrafos en voz alta; sus comentarios sobre lo que sucedía en el mundo; su sentido del humor, tan especial; la exactitud de las citas que sacaba a colación cuando hablaban; los exquisitos platos que cocinaba, el café que preparaba. Y fue descubriendo el vacío que Haida había dejado en muchos aspectos de su vida.

«Haida me ha dado muchas cosas, pero ¿qué le he dado yo a él?» Tsukuru se lo preguntaba sin cesar. «¿Qué impronta he dejado yo en mi amigo?»

Tsukuru no podía quitarse esos pensamientos de la cabeza. «Tal vez mi destino sea estar solo. La gente se acerca a mí y al poco tiempo se marcha.» Parecía que buscaran algo dentro de él e, incapaces de encontrarlo, o desencantados con lo que veían, se dieran por vencidos, y desilusionados, incluso enfadados, fueran alejándose. Hasta que, un buen día, se esfumaban. Sin dar explicaciones, sin despedirse. Como si con un hacha afilada cortasen de cuajo los vínculos que todavía hacían palpitar calladamente aquellas venas de sangre caliente.

Dentro de sí había algo que decepcionaba a los demás. «*Tsukuru Tazaki, el chico sin color*», se dijo en voz alta. «Supongo que, simplemente, no tengo nada que ofrecer a nadie. Bien pensado, ni siquiera tengo nada que ofrecerme a mí mismo.»

Pero una mañana, diez días después de que se despidieran delante de la biblioteca, Haida apareció por la piscina de la universidad. Cuando Tsukuru se disponía a girar para nadar su

enésimo largo, alguien le tocó el dorso de la mano derecha en el momento en que ésta alcanzaba la pared de la piscina. Al alzar el rostro, vio a Haida, en bañador, acuclillado en el borde de la piscina. Se había subido sus gafas negras de natación hasta la frente y en sus labios afloraba la encantadora sonrisa de siempre. A pesar del tiempo que había pasado sin que se vieran, sólo hicieron un gesto afirmativo con la cabeza, sin intercambiar palabra alguna, y, como de costumbre, nadaron juntos por la misma calle. Su única forma de comunicación dentro del agua eran los suaves movimientos musculares y el ritmo sosegado y regular de sus patadas. Las palabras sobraban.

—Regresé por unos días a Akita —dijo Haida mientras se secaba el pelo con la toalla después de ducharse—. Ya sé que fue muy repentino, pero tuve que irme por motivos familiares.

Tsukuru asintió con un ademán ambiguo. Le extrañaba que Haida se hubiese ausentado durante diez días en pleno curso. Nunca faltaba a clase, igual que Tsukuru, y si lo hacía era por algún motivo importante. Sin duda, algo grave le había obligado a marcharse. Sin embargo, no le contó por qué había regresado a Akita, y Tsukuru tampoco se atrevió a preguntárselo. Sea como fuere, su amigo estaba de vuelta, y Tsukuru pudo expulsar al fin aquella especie de masa de aire pesada que tenía a la altura del pecho. Sintió que volvía a respirar con fluidez. Al final, resultaba que Haida no se había desentendido de él y se había esfumado.

En los días que siguieron, Tsukuru constató que la actitud de Haida hacia él no había cambiado. Volvieron a conversar como antes y comían juntos. Se sentaban en el sofá a escuchar los cedés de música clásica que Haida tomaba prestados de la biblioteca mientras comentaban la música que sonaba o los libros que

habían leído. Otras veces, simplemente permanecían callados y compartían esos íntimos momentos de silencio. El sábado, Haida iba al apartamento de Tsukuru, conversaban hasta tarde y después él se quedaba a dormir en el sofá. Nunca más volvió —él o su trasunto— a aparecer en el dormitorio de Tsukuru y a observarlo desde la oscuridad..., si es que realmente había sucedido eso alguna vez. Tsukuru siguió teniendo sueños eróticos con Shiro y Kuro, pero Haida nunca volvió a aparecer en ellos.

Pese a todo, de vez en cuando Tsukuru pensaba que, aquella noche, Haida había captado con su mirada diáfana lo que latía en su subconsciente. Tsukuru percibía dentro de sí mismo el rastro que había dejado aquella mirada. Era un escozor similar al que dejaba una pequeña quemadura. Aquella noche, Haida había sido testigo de sus deseos y fantasías más secretos; los examinó y diseccionó uno por uno. Y, sin embargo, había seguido siendo su amigo. Sólo había necesitado distanciarse durante unos días para asumir esa faceta inquietante de su amigo, poner en orden sus sentimientos y tranquilizarse. Por eso no había sabido de él durante diez días.

Que Haida supiera de su sueño no era más que una suposición, desde luego. Una conjetura sin fundamento y sin apenas lógica. Incluso podía considerarla otra *ilusión*. Pero a Tsukuru aquella posibilidad no le daba tregua. Lo desasosegaba. Sólo con pensar que Haida pudiera haber leído en lo más profundo de su consciencia se sentía rebajado al nivel de uno de esos miserables bichos que pululan bajo las piedras húmedas.

No obstante, Tsukuru Tazaki necesitaba a Haida, aquel amigo que era más joven que él. Probablemente, lo necesitaba más que a ninguna otra cosa en el mundo.

8

Haida desapareció definitivamente de la vida de Tsukuru a finales de febrero del año siguiente, ocho meses después de haberse conocido. Y nunca regresó.

Cuando terminaron los exámenes de fin de curso y se publicaron las notas, su amigo volvió a Akita. Le dijo a Tsukuru que no tardaría en estar de vuelta en Tokio. «El invierno en Akita es muy frío: al cabo de dos semanas ya estoy harto. Tokio es mucho más divertido», añadió. «Me voy porque tengo que ayudar a despejar la nieve del tejado de mi casa y porque ya es hora de que pase unos días con mi familia.» Pero transcurrieron dos semanas, tres, y no regresaba. Nunca volvió a tener noticias suyas.

En los primeros días, Tsukuru le restó importancia. Se decía que quizá Haida se sentía más a gusto en casa de lo que había creído. O que tal vez había nevado más que el año anterior.

También Tsukuru, a mediados de marzo, fue a pasar tres días a Nagoya. No le apetecía mucho, pero debía ver a su familia. Aunque en Nagoya no hiciese falta despejar nieve, su madre le telefoneaba continuamente. Le preguntaba por qué, si ya no tenía clase, no volvía a casa. «Tengo un trabajo muy importante que hacer durante las vacaciones», le mentía Tsukuru. Pero su madre insistió e insistió. Su hermana mayor también le telefoneó para decirle cuánto lo añoraba su madre y recomendarle que volviera, siquiera por unos días. «De acuerdo, iré», le prometió Tsukuru.

Una vez en Nagoya, sólo salió de casa por las noches, para pasear al perro por un parque cercano. Temía toparse en la calle con alguno de sus antiguos amigos. Sobre todo, desde que había empezado a tener sueños eróticos con Shiro y Kuro, le faltaba valor para encontrarse con ellas. Porque era como si en su mente las estuviera violando. No importaba que aquellos sueños fuesen del todo involuntarios, ni que tuviera la certeza de que ellas jamás se enterarían de nada. Pero, quién sabe, quizá con sólo ver su cara adivinasen todo lo que había ocurrido en sus sueños. A lo mejor le echarían en cara esas fantasías sucias y egoístas.

En la medida de lo posible, se abstenía de masturbarse. No porque al hacerlo se sintiera culpable. Si sentía alguna culpa, era porque no podía evitar imaginarse a Shiro y Kuro mientras se masturbaba. Aunque tratara de pensar en otra cosa, invariablemente ellas acababan colándose en su imaginación. Se reprimía tanto que de vez en cuando tenía sueños eróticos. Protagonizados, casi sin excepción, por Shiro y Kuro. Estaba visto que no podía hacer nada. Se tranquilizaba pensando que eran fantasías que le venían a la mente sin que él las invocara. Su consciencia no actuaba. Es posible que eso no fuera más que una excusa, pero ese razonamiento, esa especie de reformulación del problema, lo consolaba.

Soñaba casi siempre lo mismo. Cambiaba ligeramente la situación, o se alteraban algunos detalles, pero el desarrollo del sueño nunca variaba: ellas estaban desnudas, brazos y piernas entreverados con su cuerpo; le acariciaban con los dedos y le lamían con la lengua, y estimulaban sus genitales hasta culminar el coito. Siempre eyaculaba en el interior de Shiro. Aunque hiciera el amor con Kuro, llegado el clímax, su pareja cambiaba sin él darse cuenta y se corría dentro de Shiro. Había empezado a tener aquellos sueños, todos muy similares, el verano del segundo curso de

carrera, cuando sus amigos lo expulsaron del grupo y ya no tenía ocasión de ver a Kuro y a Shiro. Es decir, desde que había tomado la decisión de olvidar a los cuatro para siempre. Antes de eso, no recordaba haber tenido nunca semejantes sueños. Desconocía por qué le sucedía. Era otro de los problemas «sin resolver» que guardaba en el fondo de los cajones de ese archivador que tenía en su mente.

Tsukuru regresó a Tokio embargado por una frustración que no se explicaba. Y seguía sin noticias de Haida. No se lo encontraba en la piscina ni en la biblioteca. Llamó varias veces a la residencia en la que se alojaba cuando estaba en Tokio, pero siempre le decían que no estaba. Cayó en la cuenta de que no sabía la dirección de su casa en Akita ni su número de teléfono. Entretanto, las vacaciones de primavera tocaron a su fin y comenzó el nuevo curso. Estaba en cuarto. Los cerezos florecieron y, al poco tiempo, las flores se deshojaron. Aun así, no sabía nada de su amigo.

Se desplazó hasta la residencia de estudiantes. El gerente le comentó que Haida se había marchado al acabar el curso anterior y que se había llevado todas sus pertenencias. Tsukuru ya no preguntó nada más. El gerente añadió que no sabía por qué había dejado la residencia, ni adónde podía haberse mudado. O eso aseguraba el hombre.

Al presentarse en la secretaría de la universidad y pedir que comprobasen el registro de matrículas, supo que Haida había solicitado la interrupción temporal de sus estudios. Había aducido motivos de índole personal, así que no estaban autorizados a darle más detalles. Haida en persona había acudido a presentar los documentos, ratificados con su sello personal,[7] nada más terminar los exámenes. Tsukuru recordó que, por esas fechas, todavía se veían a diario. Nadaban juntos en la piscina y los sábados se

quedaba a dormir en el apartamento de Tsukuru, después de charlar hasta las tantas. Sin embargo, Haida le había ocultado su decisión de abandonar los estudios. Sólo le había anunciado, como quien no quiere la cosa, que pasaría un par de semanas en Akita. Y después desapareció de su vista.

Tsukuru intuyó que jamás volvería a verlo. «Ha tomado una firme decisión y ha desaparecido sin decirme nada. No es una *casualidad*. Tenía un motivo claro. Pero, sea cual sea el motivo, Haida jamás regresará.» Su intuición no le engañó: Haida nunca se reincorporó a la universidad, al menos mientras él estuvo matriculado. Ni siquiera se puso en contacto con él.

«Es bien curioso», pensó Tsukuru entonces. «El destino de Haida repite el de su padre. Hacia los veinticinco años abandona la universidad y se esfuma por un tiempo. Como si siguiera los pasos de su progenitor. Aunque quizá aquella anécdota que le ocurrió a su padre fuera un cuento inventado por él.» ¿Habría querido revelarle algo de sí mismo a través de la historia de su padre?

Esta vez, sin embargo, la desaparición de Haida no le trastornó tan profundamente como la vez anterior, cuando estuvo diez días sin saber de él. No le dolía que lo hubiera abandonado, que lo hubiera dejado de lado. Al contrario, la pérdida de Haida le trajo una especie de sosiego. Una extraña tranquilidad. No sabía por qué, pero era como si Haida hubiera asumido parte de su sentimiento de culpa, de su vergüenza, y debido a ello hubiera tenido que marcharse lejos de allí.

Por supuesto, le apenaba que Haida se hubiera ido. Lo lamentaba en lo más hondo. Haida era uno de los pocos amigos de verdad que había tenido en su vida. Pero quizá su marcha había sido inevitable. Lo único que le quedó de él fue el molinillo de café, una bolsa medio llena de café, los tres elepés de los *Años de*

peregrinación de Liszt interpretados por Lázar Berman, y el recuerdo de su mirada misteriosa, profunda y cristalina.

En mayo, un mes después de enterarse de que Haida había abandonado el campus, Tsukuru tuvo su primera relación sexual con una mujer de carne y hueso. Tenía entonces veintiún años. Veintiún años y seis meses. Desde principios de curso había empezado a trabajar a tiempo parcial como delineante para un estudio de arquitectura, a modo de prácticas, y allí había conocido a una chica cuatro años mayor que él. Ella trabajaba de secretaria en el estudio de arquitectura. Era de baja estatura; las orejas le sobresalían del largo cabello, y tenía unas piernas bonitas. Todo en ella era menudo, como a pequeña escala. Su cara era, más que bella, agraciada. Si le contaban un chiste, sonreía mostrando unos bonitos dientes blancos. Cuando Tsukuru empezó a trabajar en el estudio, ella se mostró muy amable con él. Parecía que le caía bien. Y Tsukuru, que se había criado con dos hermanas, se sentía cómodo entre chicas mayores que él. Ella tenía la misma edad que su hermana mediana.

Tsukuru encontró la ocasión de invitarla a comer; otro día la invitó a su casa y, otro, sin ambages, a acostarse con él. Ella no rechazó ninguna de sus invitaciones. No titubeó siquiera. Aunque para Tsukuru era su primera vez, todo transcurrió con total normalidad. No se produjo ningún momento de confusión o de timidez. Sin duda, ella pensó que, para la edad que tenía, Tsukuru contaba con bastante experiencia sexual, cuando en realidad sólo se había acostado con chicas en sueños.

A Tsukuru, por supuesto, le caía bien esa chica. Era encantadora y espabilada. No podía pedirle que lo estimulara intelectualmente del modo en que lo había hecho Haida, pero era una

persona alegre y campechana, llena de curiosidad y con la que le gustaba hablar. Sexualmente también era muy activa. Haciendo el amor con ella, aprendió muchas cosas sobre el cuerpo femenino.

Aunque no cocinaba tan bien, le gustaba la limpieza, y el apartamento de Tsukuru siempre estaba como una patena. También decidió comprar cortinas, sábanas, toallas y hasta una alfombrilla de baño nuevas. Desde que Haida se había marchado, ella había traído colorido y vitalidad a su vida. Pero si Tsukuru había estrechado su relación con ella, si la deseaba, no era porque estuviera apasionadamente enamorado de ella, ni porque simplemente le gustara, ni para engañar la soledad. Lo hacía para demostrarse a sí mismo que no era homosexual y podía correrse dentro de una mujer de carne y hueso, y no sólo en sus sueños. Ése —aunque seguramente el propio Tsukuru nunca lo admitiría— era su principal objetivo.

Y lo logró.

Los sábados, ella pasaba la noche en el apartamento de Tsukuru, igual que había hecho Haida poco tiempo atrás. Los dos hacían el amor durante horas. A veces hasta que amanecía. Mientras lo hacían, él se esforzaba por pensar sólo en ella y en su cuerpo. Concentraba sus sentidos, apagaba el interruptor de la imaginación y mantenía lo más alejado posible todo lo que no estaba allí: los cuerpos desnudos de Shiro y Kuro, los labios de Haida. Como ella tomaba anticonceptivos, podía eyacular dentro sin miedo. Ella disfrutaba de sus relaciones y parecía satisfecha. Cuando alcanzaba el orgasmo, gemía de una manera peculiar. *«Todo es normal. No me pasa nada*,» se tranquilizó Tsukuru. Gracias a ello dejó de tener sueños eróticos.

La relación duró ocho meses. Al cabo de ese tiempo, decidieron dejarlo de mutuo acuerdo. Él estaba a punto de licenciarse. Para entonces, ya le esperaba un puesto de trabajo en una

empresa ferroviaria. Además, había terminado el periodo de prácticas en el estudio de arquitectura. Ella, aunque se acostara con Tsukuru, tenía un novio, amigo de la infancia, en su pueblo en Niigata —ese dato se lo había dejado claro desde un principio—, y planeaban casarse en abril. Dejaría su puesto de secretaria en el estudio y se mudaría a la ciudad de Sanjō, donde trabajaba su prometido. Así que un día, mientras estaban en la cama, le anunció a Tsukuru que tenían que dejarlo.

—Mi novio es un chico muy majo —le dijo, con la mano sobre el pecho de él—. Creo que es mi media naranja.

—Es una lástima que no volvamos a vernos, pero te deseo que seas muy feliz —le dijo Tsukuru.

—Gracias —respondió ella—. Quizá, quién sabe, algún día volvamos a vernos —añadió, como quien hace una pequeña anotación en el margen de una página.

—Ojalá —contestó Tsukuru.

Pero no supo cómo interpretar esa nota al margen. Sólo se preguntó si con su prometido gemiría de la misma manera que con él. Después hicieron el amor una vez más.

Tsukuru lamentaba que dejaran de verse una vez por semana. Necesitaba una pareja sexual estable para evitar aquellos sueños eróticos tan veraces y mantenerse en el presente. Por otra parte, el hecho de que ella fuera a casarse le venía que ni pintado, ya que no sentía nada por ella, aparte de una moderada simpatía y un sano deseo. Además, en esa época Tsukuru estaba dando los primeros pasos hacia una nueva etapa de su vida.

9

Cuando Sara Kimoto lo llamó al móvil, Tsukuru mataba el tiempo clasificando los documentos que tenía apilados sobre la mesa, tirando todo lo que ya no necesitaba y ordenando el batiburrillo de objetos de escritorio que se amontonaban en los cajones. Era jueves y habían pasado cinco días desde la última vez que se habían visto.

—¿Podemos hablar unos segundos?

—Sí —dijo Tsukuru—. En estos momentos, da la casualidad de que no tengo nada que hacer.

—Bien —dijo ella—. ¿Qué te parecería que nos viéramos, aunque sea un rato? He quedado para cenar a las siete, pero tengo un hueco antes. Me harías un favor si vinieras a Ginza.[8]

Tsukuru consultó su reloj.

—Creo que puedo estar ahí a las cinco y media. ¿Dónde quedamos?

Ella le dijo el nombre de una cafetería cerca del cruce 4-chōme. Tsukuru también la conocía.

Antes de las cinco salió de la oficina y en la estación de Shinjuku tomó la línea Marunouchi. Se alegró al darse cuenta de que precisamente ese día llevaba puesta la corbata azul que Sara le había regalado.

Cuando llegó a la cafetería, Sara ya estaba sentada a una mesa, tomando un café. Al ver la corbata, sonrió. Dos arrugas encantadoras se formaron en la comisura de sus labios. La camarera se acercó y también él pidió un café. El local estaba lleno de gente que había quedado a la salida del trabajo.

—Perdona que te haya hecho venir tan lejos —dijo Sara.

—Me gusta venir de vez en cuando a Ginza —respondió Tsukuru—. Aunque, ya de paso, habría estado bien cenar contigo tranquilamente.

Sara hizo un mohín y suspiró.

—A mí también me habría gustado, pero hoy tengo una cena de negocios. Debo atender a un cliente importante que ha venido desde Francia a un restaurante *kaiseki*.[9] Es una pena, porque el ambiente es un poco formal y apenas podré disfrutar de la comida.

Ciertamente, también la ropa que llevaba era más formal de lo habitual. Vestía un traje de chaqueta de color café claro, de buen corte, y en medio del colgante que llevaba al cuello relucía un pequeño diamante. La falda era corta, y tanto los zapatos como las medias, éstas con motivos, eran del mismo color.

Sara abrió el bolso de charol marrón que tenía sobre el regazo y sacó un gran sobre de color blanco. Dentro había varias fotocopias dobladas. Cerró el bolso con un ruidito metálico. El sonido fue tan delicioso que pareció que los que los rodeaban habrían de volver la cabeza involuntariamente hacia ella.

—He averiguado el paradero y la situación actual de tus cuatro amigos. Tal como te prometí.

Tsukuru se sorprendió.

—Pero si ni siquiera ha pasado una semana.

—Siempre he sido rápida en estas cosas. Cuando le coges el truco, no hay nada que se te resista.

—Yo habría sido incapaz de conseguirlo.

—Cada uno es bueno en su terreno. Yo jamás podría construir una estación de tren.

—Seguramente, ni siquiera podrías hacer un plano.

Ella sonrió.

—Ni aunque viviera doscientos años.

—Entonces, ¿de veras has averiguado dónde están? —preguntó Tsukuru.

—En cierto sentido, sí —dijo ella.

—¿En cierto sentido? —repitió Tsukuru. Aquello era un poco extraño—. ¿Qué quieres decir?

Ella bebió un sorbo de café y dejó la taza sobre el platillo. Después se examinó el esmalte de las uñas. Estaban bien pintadas, con un color a juego con el del bolso, un poco más claro. Tsukuru se habría apostado un mes de sueldo a que no era casualidad.

—Vayamos por orden. Porque si no, no voy a ser capaz de contártelo —dijo Sara.

Tsukuru la animó.

—Por supuesto. Cuéntamelo como más fácil te resulte.

Sara le explicó brevemente cómo había investigado: primero utilizó Internet. Después entró en Facebook y en Twitter, y también en Google y en todos los buscadores que pudo, para rastrear las vidas de cada uno de ellos y saber el rumbo que esas vidas habían tomado. Había conseguido sin problemas información sobre Ao y Aka. Es más, ellos mismos ponían a disposición del público esa información, relacionada con sus respectivos negocios.

—Si lo piensas, es raro —dijo Sara—, ¿no te parece? Vivimos en una época de apatía generalizada. Tenemos al alcance muchísima información sobre los demás. Si uno se lo propone, puede obtenerla con facilidad. Sin embargo, realmente no sabemos nada de nadie.

—La reflexión filosófica combina muy bien con el espléndido traje que llevas hoy —dijo Tsukuru.

Ella le agradeció el cumplido y sonrió.

En cambio, prosiguió, le había costado más encontrar datos sobre Kuro, ya que, a diferencia de Aka y de Ao, no tenía la necesidad de divulgar sus datos por motivos profesionales. Aun así, consiguió rastrear sus pasos a través de la página web del Departamento de Artes Industriales de la Universidad de Bellas Artes de Aichi.

¿El Departamento de Artes Industriales de la Universidad de Bellas Artes de Aichi? Se suponía que había estudiado filología inglesa en una universidad privada femenina en Nagoya. Pero Tsukuru no hizo ningún comentario. En su mente sólo se agolpaban más y más interrogantes.

—Con todo, conseguí pocos datos —dijo Sara—. Así que probé a llamar por teléfono a su casa. Mentí y dije que era una compañera de la época del instituto. Les pedí su dirección actual, para la revista de la asociación de antiguos alumnos. La madre, una mujer muy amable, me la facilitó.

—Seguro que fue por tu manera de pedírselo —dijo Tsukuru.

—Es posible —dijo Sara con modestia.

La camarera acudió a servirle más café, pero Sara la detuvo con un gesto de mano. Cuando la camarera se hubo alejado, siguió hablando:

—En cuanto a Shiro, ha sido duro y, al mismo tiempo, sencillo. No he encontrado datos personales, pero he obtenido la información gracias a viejos artículos de periódico.

—¿Artículos de periódico? —Tsukuru estaba desconcertado.

Sara se mordió el labio.

—Es un tema muy delicado. Déjame contártelo por orden, como te he dicho antes.

—Perdona —se disculpó Tsukuru.

—En primer lugar, necesitaría que me dijeras si, una vez que conozcas sus paraderos, tienes la intención de verte con ellos. Entre las cosas que podría contarte, algunas son poco agradables y tal vez preferirías no saberlas.

Tsukuru asintió.

—No me imagino de qué puede tratarse, pero iré a ver a los cuatro. Ya he tomado la decisión.

Sara se quedó mirándolo unos segundos. Después prosiguió:

—Kuro, es decir, Eri Kurono, vive ahora en Finlandia. Viene muy poco a Japón.

—¿En Finlandia dices que vive?

—Se ha casado con un finlandés, tiene dos hijas pequeñas y vive en Helsinki. Así que si quieres verla, no te quedará más remedio que ir hasta allá.

A Tsukuru le vino a la mente el mapa de Europa.

—Apenas he viajado. Y la empresa me debe unos días de vacaciones. No estaría mal estudiar las redes ferroviarias del norte de Europa.

Sara sonrió.

—He anotado la dirección y el número de teléfono de su piso en Helsinki. Por qué se ha casado con un finlandés y qué hace en Helsinki, eso puedes indagarlo por tu cuenta o preguntárselo directamente a ella.

—Gracias. Con la dirección y el número de teléfono será suficiente.

—Si de verdad piensas ir a Finlandia, te puedo ayudar con los preparativos del viaje.

—No espero menos de una profesional como tú.

—Hábil y competente.

—Por supuesto —dijo Tsukuru.

Sara desplegó la siguiente fotocopia.

—Ao, o sea, Yoshio Oumi, trabaja en un concesionario de Lexus en Nagoya. Al parecer es un vendedor muy competente y últimamente siempre se lleva la palma en el número de vehículos vendidos. Aunque todavía es joven, lo han nombrado jefe del departamento de ventas.

—Lexus —murmuró para sí mismo Tsukuru.

Intentó imaginarse a Ao embutido en un traje en un concesionario iluminado, encareciendo sonriente a los clientes el tacto de los asientos de cuero y el espesor de la capa de pintura de un sedán de lujo. Pero la imagen se le resistía. Lo que sí le vino a la cabeza fue a Ao vestido con el chándal de rugby, empapado en sudor, bebiendo té de cebada directamente de la tetera y zampándose un plato para dos personas él solo, e incluso rebañándolo.

—¿No te lo esperabas?

—La verdad es que me sorprende un poco —dijo Tsukuru—. Pero, ahora que lo dices, quizá vender sea lo suyo. Era un chico sincero, y aunque la elocuencia no era su fuerte, tenía algo que infundía confianza en la gente. Es muy honesto, incapaz de utilizar tretas para conseguir algo, y eso seguramente lo haya beneficiado en su vida profesional.

—Además, he oído decir que los Lexus son coches excelentes y muy fiables.

—Pues si es tan buen vendedor, quizá acabe comprándome un Lexus yo también...

Sara se rió.

—Tal vez.

Tsukuru recordó que su padre siempre iba en grandes Mercedes-Benz. Cada tres años lo cambiaba por uno nuevo. De hecho, aunque su padre no lo pidiese, cada tres años el dueño del concesionario iba a verlo y le cambiaba el automóvil por un nuevo modelo. Siempre estaban relucientes, sin un solo rasguño. Su padre nunca había conducido. Tenía chófer. Las lunas estaban tintadas de gris oscuro, de manera que no se veía el interior. Los tapacubos resplandecían como monedas de plata recién acuñadas. Las puertas, al cerrarse, hacían el mismo ruido que una sólida cámara blindada, y el interior del vehículo quedaba totalmente resguardado. Cuando uno viajaba en los asientos traseros, tenía la impresión de que estaba aislado del revuelo del mundo exterior. De niño, a Tsukuru no le gustaba ir en aquel coche. Era demasiado silencioso. A él le gustaban el alboroto de las estaciones y los trenes atestados de gente.

—Cuando acabó la universidad, trabajó en un concesionario de Toyota con igual éxito de ventas, y en 2005, cuando Toyota lanzó la marca Lexus en Japón, lo llamaron y se pasó a la nueva empresa. ¡Adiós, Corolla! ¡Hola, Lexus! —exclamó Sara, y volvió a mirar de reojo la manicura de la mano izquierda—. Así pues, no te será muy difícil hablar con él. Basta con que vayas al concesionario.

—Ya veo —dijo Tsukuru.

Sara abrió otra fotocopia.

—La vida de Aka, Kei Akamatsu, en cambio, ha sufrido una constante metamorfosis. Se graduó con excelentes notas en la Facultad de Económicas de la Universidad de Nagoya y tuvo la

suerte de entrar a trabajar en un gran banco. Un megabanco, por así llamarlo. Sin embargo, por algún motivo, al cabo de tres años lo dejó y entró en una financiera de tamaño mediano. El capital de la empresa era de Nagoya y, para resumir, se dedicaba a la concesión de préstamos sin garantía y tasas de interés muy altas. Tenían fama de ser un poco agresivos. En un cambio de rumbo inesperado, dos años después se marchó también de esa empresa y, tras conseguir fondos, montó su propio negocio, una mezcla de escuela de desarrollo personal y centro de formación empresarial. *Creative business seminar*, lo llama él. Ha cosechado un éxito sorprendente, las oficinas están en un rascacielos en el centro de Nagoya y tiene muchos empleados. Si quieres saber más, puedes consultar su página web. La empresa se llama Beyond. ¿No te suena un poco New Age?

—¿Seminario creativo de negocios?

—El nombre es novedoso, pero básicamente ofrecen cursos de desarrollo personal —dijo Sara—. Es decir, un curso rápido, con lavado de cerebro incluido, para formar guerreros empresariales. En vez de textos sagrados utilizan un manual, y en vez del Paraíso o la Iluminación, prometen ascensos y altos estipendios. Un nuevo credo en una época de pragmatismo. No tiene ningún rasgo sobrenatural, propio de las religiones, y todo se teoriza y se contabiliza al detalle. Todo muy aséptico y comprensible. Y no son pocos los que en esos cursos buscan aliento y refuerzos positivos. Pero, básicamente, no es más que una inyección hipnótica de un sistema de pensamiento oportunista. Las teorías que utilizan y los valores que propugnan van encaminados al objetivo último. Sin embargo, la fama de la empresa no para de crecer y muchos negocios locales están firmando contratos con ella. En su página web verás que ofrecen programas atractivos, destinados a un público amplio, e innovadores, que abarcan desde formación en grupo

para nuevos empleados, al estilo de los campamentos para reclutas, hasta sesiones estivales de reciclaje dirigidas a personal con experiencia, celebradas en un hotel de lujo de un complejo vacacional, pasando por elegantes almuerzos de negocios para directivos. Los envoltorios, al menos, son bonitos. Al parecer, enseñan a los más jóvenes a hablar y comportarse de acuerdo con las formas que se estilan en el mundo empresarial. A mí, personalmente, que me dejen tranquila, pero puede que a los empresarios les interese. ¿Te has hecho ya una idea acerca de qué va el negocio?

—Más o menos —contestó Tsukuru—. Pero para montar un negocio como ése imagino que se necesitan fondos. ¿Cómo ha conseguido Aka el dinero? Su padre es profesor de universidad, y un hombre muy inteligente, pero que yo sepa, nunca han vivido en la abundancia y no creo que pudiera embarcarse en una aventura semejante.

—Es un misterio —dijo Sara—. En todo caso, ¿no apuntaba Aka maneras de gurú en el instituto?

Tsukuru sacudió la cabeza.

—No, no. Era más bien tranquilo, estudioso y ecuánime. Tenía una mente prodigiosa, y también labia, cuando la necesitaba. Pero no se pavoneaba de esas cualidades. Era de los que se quedan un paso atrás, urdiendo planes, no sé si me entiendes. No me lo imagino aleccionando a nadie ni soltando arengas.

—La gente cambia —dijo Sara.

—Por supuesto —afirmó él—. También es posible que, a pesar de todo el tiempo que pasábamos juntos y de todo lo que nos contábamos, en realidad desconociéramos lo esencial de los demás.

Sara lo miró a la cara un instante y luego siguió:

—El caso es que ambos trabajan actualmente en Nagoya. Ninguno de los dos ha salido de esa ciudad en su vida. Se educaron en

Nagoya y trabajan en Nagoya. ¡Ni que fuera *El mundo perdido* de Conan Doyle! Dime, ¿tan bien se vive en Nagoya?

Tsukuru no supo qué responder. Se sentía confuso. Si las circunstancias hubieran sido un poco diferentes, quizá tampoco él habría salido de Nagoya; tal vez ni siquiera se lo habría planteado.

Sara hizo una pausa. Dobló las fotocopias, las devolvió al sobre y, tras dejarlo en un rincón de la mesa, bebió agua. Luego habló en tono serio:

—Por último, Shiro, Yuzuki Shirane. Ella, por desgracia, no tiene domicilio.

—No tiene domicilio —repitió Tsukuru en un murmullo.

De nuevo, cosas extrañas. Lo habría entendido si le hubiera dicho que «desconocía» su domicilio. Pero eso de que no tuviera domicilio era rarísimo. Pensó qué podía significar. Quizá se encontraba en paradero desconocido. Porque dudaba de que se hubiera convertido en una indigente.

—Lo siento, pero ha dejado este mundo —dijo Sara.

—¿Que ha dejado este mundo?

Sin saber por qué, por un instante imaginó a Shiro vagando por el espacio interestelar a bordo de una nave.

—Murió hace seis años. De ahí lo del domicilio. La tumba está en las afueras de Nagoya. Me duele ser yo la que tenga que contártelo.

Tsukuru enmudeció. Sintió que poco a poco se debilitaba, como cuando se abre un pequeño agujero en una bolsa con agua. Dejó de oír el bullicio que los rodeaba. A duras penas le llegaba lo que le decía Sara. Tan sólo oía un eco lejano e ininteligible, como si le hablara bajo el agua en una piscina. Reunió fuerzas para salir a la superficie y asomar la cabeza. Consiguió oír. Empezó a entender lo que Sara estaba diciéndole.

—... no he escrito en qué circunstancias murió. Creo que es mejor que lo averigües por ti mismo. Aunque te lleve algo de tiempo.

Tsukuru asintió como un autómata.

¿Hacía seis años? Por entonces, ella tenía treinta. Sólo treinta años. Tsukuru intentó imaginarse a Shiro a esa edad. Pero no lo lograba. Únicamente veía a Shiro como una adolescente de dieciséis, diecisiete años. Eso lo entristeció. «¡Dios mío! Ni siquiera he podido ir haciéndome mayor con ella...»

Sara se inclinó sobre la mesa y posó su mano, pequeña y cálida, sobre la de él. Tsukuru agradeció esa estrecha muestra de afecto, y sintió una íntima alegría, pero le pareció que sucedía *por casualidad* y en otro mundo, en un lugar distante.

—Perdóname que haya terminado así —dijo ella—, pero en algún momento tenía que contártelo.

—Lo entiendo —dijo él. Claro que lo entendía. Pero necesitaba un poco de tiempo para asumirlo. Ella no tenía la culpa; nadie la tenía.

—Debo irme —dijo Sara tras mirar el reloj—. En estas fotocopias —añadió mientras le alargaba el sobre— encontrarás información sobre tus cuatro amigos. Sólo he puesto lo indispensable. Pensé que preferirías hablar con ellos en persona. Tú mismo irás descubriendo los pormenores.

—Muchas gracias por todo —le dijo Tsukuru, tras buscar las palabras y verse capaz de decirlas en voz alta—. Te llamaré dentro de poco para contarte cómo ha ido.

—Espero tu llamada. Si puedo hacer algo más por ti, sólo tienes que decírmelo.

De nuevo, Tsukuru le dio las gracias.

Salieron de la cafetería y se despidieron en la calle. Tsukuru, quieto, observó cómo Sara, con su traje primaveral de color café claro, agitaba la mano para decir adiós y desaparecía en medio de la marea humana. Le habría gustado prolongar un poco más el encuentro. Charlar con ella con calma. Pero Sara, claro está, tenía su vida. Y ni que decir tiene que la mayor parte de esa vida no guardaba ninguna relación con él y transcurría en lugares que le eran desconocidos.

Se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta. Dentro iban las vidas de sus cuatro amigos, escuetamente resumidas y bien dobladas. De los cuatro, una ya no existía. Se había convertido en un puñado de ceniza blanca. Sus pensamientos, su manera de ver las cosas, su sensibilidad, sus sueños y ambiciones... Todo eso había desaparecido. Sin dejar rastro. Sólo quedaba lo que él recordaba de ella. Su cabello negro, largo y liso; sus bonitos dedos posados sobre el teclado; sus pantorrillas blancas, esbeltas, suaves como la cerámica, y elocuentes, aunque pudiera padecer extraño; la música que solía tocar: *Le mal du pays*, de Franz Liszt. Su pubis húmedo y sus pezones endurecidos... ¡No! Eso no era un recuerdo. Eso..., bueno, sobre eso prefería no pensar.

Apoyado en una farola, Tsukuru pensó adónde podía ir. Las manecillas de su reloj de pulsera marcaban casi las siete. Todavía no había anochecido, pero los escaparates alineados a ambos lados de la calle brillaban cada vez más, como invitando a los transeúntes a entrar. Aún era temprano y no tenía nada que hacer. Todavía no quería volver a casa. Le apetecía estar solo en algún sitio tranquilo. Podía ir a donde quisiera. Prácticamente, a cualquier sitio. Sin embargo, no se le ocurría ningún lugar concreto al que ir.

«En momentos como éste, lo mejor que uno puede hacer es tomarse una copa», pensó. «Cualquier otro, ahora entraría en un bar y se emborracharía.» Pero, por su constitución, el alcohol no le sentaba bien. La bebida no le embotaba los sentidos ni le procuraba un agradable olvido; tan sólo le provocaba dolor de cabeza a la mañana siguiente.

«Entonces, ¿adónde voy?»

No tenía adónde ir.

Caminó por la avenida hasta la estación de Tokio. Accedió por los torniquetes de la entrada de Yaesu, se dirigió al andén de la línea Yamanote y se sentó en un banco. Se pasó casi una hora observando los convoyes de vagones verdes que llegaban casi a cada minuto, regurgitaban una riada de gente, engullían a toda prisa otra riada de gente y se alejaban. No pensó en nada, sólo contempló absorto esa escena que se repetía hasta el infinito. Eso no alivió su dolor. Pero esa reiteración siempre lo había fascinado y, al menos, adormecía su sensación de que pasaba el tiempo.

Los usuarios llegaban continuamente, procedentes de quién sabía dónde, formaban colas sin que nadie se lo pidiera y subían ordenadamente a vagones que los transportaban a otro lugar. A Tsukuru lo asombró que en este mundo existiera de verdad semejante número ingente de personas. Y también que existiese otro número ingente de vagones de tren verdes. Parecía un milagro que tal número de personas fuesen transportadas de manera sistemática, con total normalidad, en tal otro número de vagones. Y que todas y cada una de esas personas procedieran de algún lugar y tuvieran un lugar adonde ir.

Pasada la hora punta, cuando el alud de usuarios remitió, Tsukuru Tazaki se levantó lentamente, se subió al primer tren que pasó y volvió a casa. El dolor seguía ahí. Pero ahora tenía algo que hacer.

10

A finales de mayo, Tsukuru pidió en el trabajo un lunes libre, que enlazó con el fin de semana, para volver a Nagoya. Resultó ser una buena idea, ya que precisamente se celebraba el aniversario de la muerte de su padre.

Tras la muerte de su padre, la hermana mayor y su marido habían ido a vivir con su madre en la amplia casa familiar; la habitación de Tsukuru, sin embargo, permanecía intacta, así que pudo dormir en ella. La cama, el escritorio, las estanterías, todo estaba igual que cuando iba al instituto. Los libros que había leído seguían en sus estantes. En los cajones del escritorio todavía había libretas y material escolar.

El primer día, terminada la ceremonia en memoria de su padre en el templo budista, hubo una comida con toda la familia. Después, habló tranquilamente con su madre y sus hermanas. Decidió entonces que al día siguiente visitaría a Ao. El domingo, día de descanso en la mayoría de las empresas, los concesionarios de coches permanecían abiertos. Iría sin pedir cita, de manera improvisada. Era su estrategia. Quería ver cómo reaccionaba Ao, sin darle tiempo a prepararse para su visita. Si al final no conseguía verlo o le impedían encontrarse con él, ya pensaría qué haría.

El concesionario estaba en un tranquilo barrio próximo al castillo de Nagoya. Al otro lado de un amplio escaparate de cristal, vio expuesta ostentosamente una variopinta serie de nuevos

modelos de Lexus, desde cupés deportivos hasta todoterrenos. Nada más entrar, percibió el olor característico de los coches por estrenar, una amalgama de olor a neumático, resina sintética y cuero.

Tsukuru fue hasta un mostrador y se dirigió a la chica que estaba allí sentada. Llevaba el cabello elegantemente recogido en un moño que dejaba al descubierto una esbelta y blanca nuca. Sobre el mostrador había un jarrón con dalias de grandes pétalos de color rosa y blanco.

—Quisiera ver al señor Oumi —le dijo.

Ella le dirigió una sonrisa encantadora y tranquila, muy acorde con la luminosidad y pulcritud del concesionario. Tenía los labios de un precioso color natural, y unos bonitos dientes.

—¿El señor Oumi? ¿Podría darme su nombre, por favor?

—Soy Tazaki —dijo él.

—Señor *Tasaki*, ¿ha pedido cita?

Él no le corrigió el modo en que había pronunciado su nombre. Al contrario, pensó que eso le beneficiaría.

—No.

—De acuerdo. Si es tan amable, ¿podría esperar un momento? —La chica levantó el auricular de un teléfono, pulsó el botón de la línea interna y esperó cinco segundos. Luego habló—: Señor Oumi, el señor *Tasaki* ha venido a verle. Sí, exacto. El señor *Tasaki*.

No se oía lo que Oumi decía, pero ella asintió brevemente varias veces y acabó con un «Entendido, sí».

Colgó el auricular y, levantando la cabeza, dijo:

—Señor *Tasaki*, el señor Oumi está atendiendo un asunto importante que no puede posponer. Siento las molestias, pero ¿le importaría esperar aquí un rato? Me ha dicho que no serán más de diez minutos.

Tenía una forma de hablar fluida y considerada. Parecía que de verdad lamentase hacerlo esperar. Había recibido una educación esmerada. O quizá fuese algo innato.

—Claro que no. No tengo prisa —contestó Tsukuru.

Ella lo condujo hasta un sofá de cuero negro que parecía caro. Cerca había una maceta con una planta ornamental enorme, y de fondo sonaba una pieza de Antônio Carlos Jobim. Sobre una mesa alargada de cristal habían dispuesto unos lujosos catálogos de Lexus.

—¿Desea tomar algo? ¿Café, té negro, té japonés...?

—Café, si es tan amable —pidió Tsukuru.

Mientras hojeaba el catálogo de un nuevo sedán, la chica le llevó el café. En la taza, de color marfil, se veía el logo de Lexus. Tsukuru le dio las gracias y tomó un sorbo. Estaba delicioso. Tenía un aroma a café recién molido y estaba a la temperatura justa.

Tsukuru se felicitó por haberse puesto un traje y zapatos de piel. No tenía ni idea de cómo se vestiría alguien que se dispone a ir a un concesionario a comprarse un Lexus. Pero estaba seguro de que si se hubiera puesto un polo, vaqueros y zapatillas deportivas, lo mirarían con desprecio. Lo pensó poco antes de salir de casa y, por si acaso, se puso traje y corbata.

Mientras esperaba, Tsukuru se aprendió de memoria todos los nuevos modelos Lexus que estaban a la venta. Se enteró de que en la gama de los Lexus no existían nombres como Corolla o Crown, sino que se distinguían por números. Igual que los Mercedes y los BMW. O igual que las sinfonías de Brahms.

Al cabo de un cuarto de hora, un hombre atravesó el concesionario y se dirigió hacia él. Era alto, corpulento, ancho de hombros. No obstante su envergadura, se movía con agilidad. Avanzaba a zancadas y daba la impresión de que tenía cierta prisa. Era,

sin duda alguna, Ao. Incluso de lejos, Tsukuru tuvo la impresión de que apenas había cambiado. Simplemente, se había ensanchado todo él. Como cuando la familia crece y hay que remodelar la casa. Tsukuru devolvió a la mesa el catálogo que en ese momento estaba hojeando y, levantándose del sofá, fue a su encuentro.

—Disculpe que le haya hecho esperar. Soy Oumi.

Se situó frente a Tsukuru e hizo una pequeña reverencia. Pese a su corpachón, su traje no tenía ni una sola arruga. Era un elegante traje de tela liviana de tonos azules y grises. Dada la talla, seguramente se lo habían hecho a medida. Camisa gris claro y corbata gris oscuro. Impecable. ¡Quién lo hubiera dicho, a juzgar por como era en su época de estudiante! El pelo, en cambio, lo llevaba tan corto como antes, con el típico corte de los jugadores de rugby. Además, como años atrás, estaba bronceado.

De pronto, la expresión de su rostro cambió. A su mirada asomó la perplejidad. Parecía que había captado algo familiar en el rostro de Tsukuru. Pero no lograba recordar qué era. Con una sonrisa, sin decir nada, esperó a que Tsukuru hablara.

—Cuánto tiempo, ¿verdad? —dijo entonces Tsukuru.

Al escuchar su voz, la duda que traslucía el rostro de Ao se disipó de golpe. La voz no había cambiado.

—¿Tsukuru? —preguntó entrecerrando los ojos.

Tsukuru hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Siento haberme presentado sin avisar. Creí que sería lo mejor.

Ao inspiró aire y lo expulsó con un leve movimiento de hombros. Luego miró a Tsukuru de arriba abajo, como repasándolo. Cuando volvió a levantar la mirada, exclamó:

—¡Dios mío! Si nos hubiéramos cruzado en la calle, no te habría reconocido.

—Tú, en cambio, estás igualito...

Ao hizo una mueca.

—¡Qué va! He engordado. Me ha salido tripa. Ya no corro tan rápido. Últimamente, lo único que hago es jugar al golf con clientes una vez al mes.

Sobrevino un instante de silencio.

—Dime, no habrás venido a comprar un coche, ¿no? —quiso cerciorarse Ao.

—No, lo siento. He venido porque me gustaría hablar a solas contigo. Aunque sea un rato.

Ao frunció ligeramente el ceño. Se sentía confuso, indeciso. Ya de joven, era de esas personas cuyo rostro refleja lo que piensan.

—Hoy tengo un día bastante ajetreado. Debo atender unos asuntos fuera del concesionario y por la tarde tengo una reunión.

—Tú dime la hora que más te convenga. Yo me adapto. Para eso he venido a Nagoya.

Ao repasó mentalmente su apretada agenda. Luego miró el reloj que había en la pared. Las agujas marcaban las once y media. Después de rascarse la punta de la nariz, se decidió:

—De acuerdo. A las doce tengo un rato para comer. Podemos hablar media hora. Saliendo de aquí, a mano izquierda, un poco más allá encontrarás un Starbucks. Espérame allí.

A las doce menos cinco, Ao apareció en el Starbucks.

—Aquí hay mucho barullo. Compremos algo y vayamos a un sitio más tranquilo —propuso Ao.

Pidió un capuchino y un *scone*, y Tsukuru, un botellín de agua mineral. Seguidamente, se encaminaron a un parque cercano. Allí encontraron un banco vacío y se sentaron.

El cielo estaba ligeramente nublado y no se veía ni un retazo de cielo azul, pero no parecía que fuese a llover. Tampoco soplaba viento. Las ramas de un frondoso sauce colgaban hasta el suelo inmóviles, como pensativas. De vez en cuando, un pajarillo se posaba en las ramas para enseguida alzar el vuelo. Entonces las ramas se estremecían suavemente, como un corazón turbado, y al poco rato volvían a aquietarse.

—Perdóname si me suena el móvil. Tengo varios asuntos entre manos que... —se excusó Ao.

—No importa. Ya sé que estás muy ocupado.

—Los móviles son muy útiles, pero resultan un incordio —añadió Ao—. Y, dime, ¿estás casado?

—No. Estoy soltero.

—Yo me casé hace seis años y tengo un crío, un niño de tres años. Hay otro en camino, y a mi mujer ya se le nota el embarazo. Lo esperamos para septiembre. Nos han dicho que es una niña.

—Todo te va viento en popa.

—Viento en popa no sé, pero al menos vamos saliendo adelante. Digamos que estoy en un punto en que ya no hay vuelta atrás —dijo Ao, y se rió—. ¿Y tú qué?

—Las cosas no me van mal. —Tsukuru sacó una tarjeta de visita de la cartera y se la alargó.

Ao la cogió y la leyó en voz alta.

—Compañía ferroviaria ***, S.A. División de ingeniería. Departamento de construcción.

—Nos dedicamos sobre todo a la construcción y mantenimiento de estaciones de tren —explicó.

—¡A ti siempre te gustaron las estaciones! —dijo Ao admirado. Y tomó un sorbo de su capuchino—. Al final has podido trabajar en lo que te gusta.

—Bueno, como soy un simple empleado, no siempre me dejan hacer lo que quiero. Hay muchas tareas aburridas.

—Pasa lo mismo en todas partes. Si trabajas para otros, siempre hay tareas aburridas —dijo Ao. Y meneó la cabeza hacia los lados varias veces, como recordando algunas tareas aburridas.

—¿Qué tal se venden los Lexus?

—Bastante bien. Piensa que Nagoya es la cuna de los Toyota. Aquí los Toyota se venden por sí solos. Sin embargo, no aspiramos a captar a los clientes de Nissan o de Honda. Nuestro objetivo es conseguir que los que conducen coches extranjeros de gama alta como Mercedes o BMW se pasen al Lexus. Para eso ha lanzado Toyota esta marca insignia. Quizá lleve algún tiempo, pero estoy seguro de que nos irá muy bien.

—Perder no es una opción.

Ao frunció el entrecejo durante un instante, pero enseguida sonrió.

—¡Ah! ¡Vaya, lo que decía en los partidos de rugby! ¡Madre mía, de qué cosas te acuerdas!

—Se te daba bien levantar la moral del equipo.

—Sí, aunque casi siempre perdíamos. Pero, francamente, el negocio crece a buen ritmo. Ya sé que la economía mundial atraviesa un mal momento y que el panorama es desalentador, pero los que tenían dinero siguen teniéndolo. Es curioso, ¿no te parece?

Tsukuru asintió en silencio. Ao prosiguió:

—Yo mismo conduzco un Lexus. Es un coche excelente. Silencioso, nunca se avería… Cuando lo conduje en la pista de pruebas, lo puse a doscientos por hora y el volante ni tembló. También tiene un buen frenado. Es fantástico. Está bien poder recomendar algo que a uno le gusta. Por mucha labia que gaste, me sería imposible venderle a alguien algo que no acaba de convencerme.

Tsukuru se mostró de acuerdo.

Ao miró a Tsukuru a los ojos.

—Dime, ¿te parece que hablo como un vendedor de coches?

—No, a mí no me lo parece —respondió Tsukuru. Ao seguía expresando abiertamente lo que pensaba. Pero estaba claro que en la época del instituto no hablaba como lo hacía ahora.

—¿Tú conduces? —le preguntó entonces Ao.

—Sí, pero no tengo coche. Para moverte por Tokio, es mejor utilizar los trenes, autobuses y taxis. A veces uso la bicicleta. Si lo necesitara, siempre podría alquilar un coche por horas. En ese aspecto, es una ciudad distinta de Nagoya.

—Tienes razón, moverse así es mucho más cómodo, y encima sale más barato —dijo Ao. Tras suspirar, añadió—: No sé para qué ibas a necesitar un coche. ¿Y qué? ¿Te gusta la vida allí?

—Trabajo en Tokio, y ya llevo bastante tiempo viviendo allí, así que me he adaptado. Además, no se me ocurre en qué otro sitio podría vivir. Es así de simple. Pero no me entusiasma.

Guardaron silencio durante un rato. Por delante de ellos pasó una mujer de mediana edad que paseaba dos border collie. Y también algunos corredores que hacían *footing* en dirección al castillo.

—Has dicho que querías hablar conmigo —le recordó Ao, como dirigiéndose a alguien en la lejanía.

Tsukuru fue directo al grano.

—Cuando estaba en segundo curso de carrera, durante unas vacaciones, regresé a Nagoya y hablé contigo por teléfono. Ese día me dijiste que no queríais volver a verme, que no volviera a llamar. Y que ése era el parecer de los cuatro. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Quiero saber la razón —dijo Tsukuru.

—¿Ahora? ¿Así, tan de repente? —se sorprendió Ao.

—Ahora, sí. Cuando ocurrió, apenas pude preguntártelo. La conmoción que me causó fue tremenda, y después me dio miedo saber por qué me habíais rechazado. Tenía la impresión de que, si la supiera, quizá jamás me sobrepondría. Por eso decidí seguir ignorándolo, y traté de olvidarlo. Pensé que el tiempo curaría la herida.

Ao pellizcó un trozo de *scone* y se lo llevó a la boca. Lo masticó despacio y lo tragó acompañándolo con un sorbo de su capuchino.

—Han pasado dieciséis años —prosiguió Tsukuru—. Pero la herida sigue abierta, y parece que todavía sangra. Hace poco me ocurrió algo que me obligó a pensar en todo esto. Algo muy importante para mí. Por eso he venido a verte. Siento haberme presentado de improviso.

Ao observó durante un momento las ramas del sauce, que colgaban inmóviles.

—¿No te imaginas cuál podía ser la razón? —preguntó.

—Le he dado vueltas durante dieciséis años, pero no, no tengo ni la más remota idea.

Ao entornó los ojos, desconcertado, y se frotó la punta de la nariz. Era un tic; lo hacía siempre que se concentraba.

—Cuando te lo dije, te conformaste. Apenas te quejaste. Y después no insististe. Como es natural, deduje que sabías algo.

—Quizá ocurriera así. Cuando me siento herido de verdad, no me salen las palabras —dijo Tsukuru.

Ao no hizo ningún comentario. Cogió un pedazo de *scone* y lo lanzó a las palomas. Éstas se apelotonaron en un abrir y cerrar de ojos. Daba la sensación de que solía hacerlo. Tal vez, durante la pausa del mediodía, iba allí solo y daba de comer a las palomas.

—Dime, ¿cuál fue la razón? —le preguntó Tsukuru.

—¿En serio no sabes nada?

—No, de verdad que no.

En ese instante sonó el alegre tono de un móvil. Ao sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y, tras comprobar rápidamente en la pantallita quién lo llamaba, pulsó una tecla, inexpresivo, y volvió a guardárselo en el bolsillo. A Tsukuru le sonaba aquel tono. Era una vieja canción pop, quizá un éxito de antes de que él naciera. Lo había oído varias veces, pero no recordaba el título.

—No te preocupes. Si tienes algo que hacer, adelante. Esperaré —le dijo Tsukuru.

Ao negó con la cabeza.

—No, está bien. No es urgente. Ya lo solucionaré más tarde.

Tsukuru bebió un trago de agua mineral. Tenía la garganta seca.

—¿Por qué tuvisteis que expulsarme del grupo?

Ao se quedó pensativo. Un rato después contestó:

—Dices que no tienes ni idea. Entonces, ¿no mantuviste relaciones sexuales con Shiro?

Los labios de Tsukuru se torcieron en una mueca indescifrable.

—¿Relaciones sexuales? ¿De qué hablas?

—Shiro nos dijo que la violaste —confesó Ao con cierto apuro—. Que la forzaste a tener relaciones sexuales.

Tsukuru intentó decir algo, pero no le salieron las palabras. A pesar de que acababa de beber agua, tenía la garganta tan seca que le dolía. Ao siguió:

—Yo no podía creerme que hubieras hecho algo así. Kuro y Aka tampoco daban crédito. Tú no eres de los que obligan a los demás a hacer lo que no quieren. Y mucho menos por la fuerza. Estábamos prácticamente seguros. Pero Shiro se lo tomó muy a pecho. Estaba obsesionada. Dijo que tenías una cara oculta, una terrible cara oculta que nadie sospecharía que se esconde detrás

de tu cara más amable. Ante esas palabras, nosotros no pudimos decir nada.

Tsukuru se mordió el labio.

—¿Os explicó Shiro cómo la violé?

—Sí, con bastante detalle. Preferiría no haberlo oído. Escucharla fue muy duro para mí. Duro y triste. Para serte franco, me dejó destrozado. El caso es que ella se hallaba en un estado terrible. Le temblaba todo el cuerpo, la rabia le había desfigurado el semblante. Contó que había ido sola a Tokio para asistir al concierto de un famoso pianista extranjero y se quedó a dormir en tu apartamento en Jiyūgaoka. Les dijo a sus padres que se alojaría en un hotel, pero se ahorró el dinero. Nos comentó que se había atrevido a pasar la noche con un chico porque contigo se sentía segura, pero que de madrugada la forzaste. Intentó resistirse, pero su cuerpo estaba como paralizado y no respondía. Antes de acostarse había tomado algo con alcohol, y pensaba que quizá en ese momento le echaste en la bebida alguna droga. Eso fue lo que nos contó.

Tsukuru negó rotundamente con la cabeza.

—Ni se quedó a dormir, ni jamás me visitó en Tokio.

Ao se encogió de hombros. Puso una cara como si tuviera algo amargo en la boca y desvió la mirada hacia un lado.

—No me quedó más remedio que creerla. Nos dijo que era virgen. Que cuando la obligaste sintió un intenso dolor y sangró. No se me ocurrió ningún motivo por el que una chica tan tímida como ella fuera a inventarse una historia tan real.

Tsukuru miró el perfil de Ao.

—Aun así, ¿por qué no os asegurasteis preguntándomelo directamente? Pudisteis darme la oportunidad de deshacer el malentendido, ¿no? Y no actuar como si me condenarais *in absentia*.

Ao suspiró.

—Tienes razón. Ahora que ha pasado el tiempo pienso que debimos actuar con más calma y, antes de tomar ninguna decisión, escuchar lo que tuvieras que decirnos. Pero en ese momento no pudimos. La tensión del ambiente no ayudaba. Shiro estaba muy alterada, parecía casi desquiciada. No sabíamos qué podía pasar. Así que pensamos que primero teníamos que consolarla y lograr que se serenara. Eso no quiere decir que creyésemos del todo lo que nos había contado. Sinceramente, nos parecía todo un poco raro. Pero tampoco creíamos que se lo hubiese inventado de cabo a rabo. Si había sido tan clara, algo de verdad habría en sus palabras. Eso pensamos.

—Así pues, os deshicisteis de mí.

—Mira, Tsukuru, nosotros también estábamos perplejos. Fue como un mazazo. Nos dolió mucho todo lo que ocurría. No sabíamos a quién creer. Kuro fue la primera en ponerse del lado de Shiro. Nos instó a romper contigo, como pedía Shiro. No intento excusarme, pero Aka y yo nos vimos arrastrados. Es decir, obligados a seguirlas.

Tsukuru soltó un suspiro y habló:

—No sé si me creerás, pero te aseguro que no violé a Shiro y que no tuve relaciones sexuales con ella. Ni siquiera recuerdo haber hecho nada que se le pareciera.

Ao se limitó a asentir con la cabeza en silencio.

Creyese o no a Tsukuru, había pasado demasiado tiempo. Eso se dijo Tsukuru. Para los tres que quedaban, y también para sí mismo.

El móvil de Ao volvió a sonar. Ao comprobó de nuevo el nombre de quien llamaba y se dirigió a Tsukuru.

—Perdona, ¿te importa que lo atienda? Será un minuto.

—Claro que no —contestó Tsukuru.

Ao se levantó del banco y se alejó. Por sus movimientos y su expresión, Tsukuru dedujo que hablaba de negocios con un cliente.

De repente, Tsukuru recordó cuál era la canción del tono. Era *Viva Las Vegas*, de Elvis Presley. Se mirase por donde se mirase, aquella canción no pegaba nada con un *crack* de las ventas como él. De pronto, todas las cosas tenían un punto de irrealidad.

Al poco rato, Ao regresó y volvió a sentarse a su lado.

—Lo siento —dijo—. Ya lo he arreglado.

Tsukuru miró el reloj de pulsera. Los treinta minutos que Ao le había concedido se acercaban a su fin.

—¿Por qué se inventaría Shiro semejante disparate? ¿Y por qué yo?

—A saber... La verdad, no tengo ni idea —dijo Ao. Luego movió cansinamente la cabeza—. Lo siento por ti, pero entonces no entendí nada y sigo sin entenderlo. —No sabía qué era verdad y qué no. No sabía qué ni a quién debía creer. La incertidumbre lo desconcertaba. Y no se hallaba cómodo con esa situación. Ao flaqueaba cuando lo sacaban de la seguridad que le proporcionaban su terreno, sus reglas, su gente—. Imagino que Kuro conocerá más detalles —dijo Ao—. Esa impresión me dio entonces. Debía de haber algo más, algo que nosotros desconocíamos. Ya sabes que entre chicas se suele hablar de esas cosas con mayor confianza.

—Kuro vive en Finlandia —le dijo Tsukuru.

—Lo sé. De vez en cuando me envía una postal —dijo Ao.

A continuación los dos se callaron. Tres estudiantes de instituto vestidas de uniforme atravesaron el parque. Iban riéndose en voz alta y los vuelos de sus cortas faldas se agitaron al pasar por delante del banco en el que ellos estaban sentados. Parecían todavía unas niñas. Calcetines blancos y mocasines negros. Tenían

gestos infantiles. Resultaba difícil creer que, tiempo atrás, ellos hubieran tenido la misma edad.

—¿Sabes, Tsukuru?, físicamente has cambiado un montón —dijo Ao.

—Es que hace dieciséis años que no nos vemos. Es natural.

—No, no es sólo el paso del tiempo. Al principio ni te reconocí. Quizá si te hubiese mirado más detenidamente... No sé..., estás más viril y más delgado. Tienes las mejillas hundidas, la mirada más profunda y penetrante. Antes tenías un aspecto más rollizo y plácido.

Tsukuru no pudo decirle que se debía a que durante medio año había pensado de forma obsesiva en la muerte y el suicidio, ni que aquellos días habían transformado por completo su cuerpo y su mente. Aunque se lo hubiera confesado, Ao no habría podido hacerse una idea de lo que Tsukuru había vivido ni sufrido. Era mejor no decir nada. Aguardó en silencio a que Ao prosiguiera.

—En la pandilla tú siempre desempeñaste el papel de chico guapo y simpático. Pulcro, ordenado, cortés. Eras educado hasta cuando saludabas, nunca decías tonterías. No fumabas, apenas bebías y nunca llegabas tarde. No sé si lo sabrás, pero nuestras madres te adoraban.

—¿Vuestras madres? —dijo Tsukuru sorprendido. Prácticamente no recordaba nada de sus madres—. Y, por cierto, nunca fui guapo, y tampoco lo soy ahora. Tengo pinta de persona sosa y sin personalidad.

Ao volvió a encogerse de hombros.

—Pues al menos entre nosotros eras el más guapo. Mi cara sí que tiene personalidad, pero porque parezco un gorila, y Aka era el típico empollón con gafas. Lo que quiero decir es que cada uno asumió su papel en la pandilla. Mientras duró, claro está.

—¿Te refieres a que cada uno decidió desempeñar un papel?

—No, no creo que fuese de manera consciente. Pero supongo que todos percibíamos vagamente qué posición ocupaban los demás dentro del grupo —dijo Ao—. Yo era el deportista atolondrado; Aka, el cerebrito perspicaz; Shiro, la muchacha guapa y cándida; Kuro, la humorista ocurrente. Y tú eras el guapo y educado.

Tsukuru pensó en ello.

—Siempre me he considerado un tipo vacío, sin gracia ni personalidad. Puede que eso, estar vacío, fuese mi papel dentro del grupo.

Ao se mostró extrañado.

—No lo entiendo. ¿Qué clase de papel puede ser estar vacío?

—Ser un recipiente vacío. Un paisaje sin color. No tener ningún defecto, pero tampoco destacar en nada. Tal vez el grupo necesitase a alguien así.

—No, no. Tú no estás vacío. Nadie te veía así. Tú, ¿cómo decirlo?, sosegabas a los demás.

—¿Que sosegaba a los demás? —se sorprendió Tsukuru—. ¿Como la música que suena en los ascensores?

—No, no es eso. Es difícil explicarlo, pero gracias a ti, sólo porque estabas ahí, podíamos ser nosotros mismos. Aunque no hablabas demasiado, eras sensato y realista, y eso proporcionaba al grupo una especie de estabilidad serena. Como el ancla de un barco. Me di cuenta cuando ya no estabas con nosotros: desde luego, te necesitábamos. No sé si tuvo algo que ver, pero sin ti, el grupo se deshizo.

Tsukuru permaneció callado, sin encontrar las palabras adecuadas.

—¿Sabes qué? En cierto sentido, formábamos una combinación perfecta. Como los cinco dedos de una mano. —Ao levantó la mano derecha y abrió sus gruesos dedos—. Aún hoy

pienso así. Cada uno compensaba de forma natural lo que a los demás les faltaba. Ofrecimos lo mejor de nosotros a los demás y lo compartimos sin reservas. Seguramente, nunca nos volverá a ocurrir algo parecido; eso sólo pasa una vez en la vida. Mira. Ahora yo tengo una familia, y la quiero con locura. No puede ser de otro modo. Pero, para serte sincero, lo que siento hacia mi familia no son los sentimientos puros y espontáneos que en aquel entonces experimentaba.

Tsukuru seguía en silencio. Ao aplastó la bolsa de papel vacía con sus manazas, hizo una bola con ella y durante un rato estuvo rodándola sobre la palma de la mano.

—¿Sabes, Tsukuru? Te creo —dijo Ao—. Sé que no le hiciste nada a Shiro. Bien pensado, es lógico. Tú nunca harías algo así.

Mientras Tsukuru pensaba qué responder, volvió a sonar el móvil en el bolsillo de Ao. *Viva Las Vegas*. Ao comprobó quién lo llamaba y guardó el móvil en el bolsillo.

—Lo siento, pero debo volver al trabajo: tengo coches que vender. ¿Me acompañas hasta el concesionario?

Los dos echaron a andar, el uno al lado del otro, callados durante un rato.

Tsukuru fue el primero en romper el silencio:

—Dime, ¿por qué elegiste *Viva Las Vegas* para el tono del móvil?

Ao se rió.

—¿Has visto la película?

—Sí, hace mucho tiempo, en la televisión, ya de madrugada. Pero no la vi entera.

—¿No te pareció un bodrio?

Tsukuru esbozó una sonrisa que no lo comprometía. Ao siguió hablando:

—Hace tres años, por mis excelentes resultados como vendedor, me invitaron a una convención de comerciales de Lexus que se celebró en Las Vegas. En realidad era como si me premiasen con un viaje. Terminadas las reuniones matinales, nos dedicábamos a beber y a jugar en los casinos. Allí, *Viva Las Vegas* sonaba con tanta frecuencia que parecía el himno de la ciudad. Una vez gané en la ruleta y en ese momento la canción empezó a sonar de fondo. Desde entonces es como un amuleto de la suerte.

—Ah, vaya.

—Y la verdad es que, para mi sorpresa, también funciona en los negocios. Cuando suena en medio de una charla, los clientes de más edad suelen sorprenderse. «¿Cómo es que te gusta esa canción, con lo joven que eres?» Y entonces la conversación se anima. *Viva Las Vegas* no es una de las canciones más míticas de Elvis, por supuesto. Tiene otras mucho más famosas. Pero en esta canción hay algo imprevisible, algo que, como por arte de magia, provoca simpatía en quien la oye. Algo que, sin querer, nos hace sonreír. No sé qué será, pero está ahí. ¿Has estado en Las Vegas?

—No —dijo Tsukuru—. Nunca he viajado al extranjero. Pero estoy pensando en ir a Finlandia un día de éstos.

Ao pareció sorprendido. Sin dejar de andar se volvió hacia Tsukuru.

—Sí, me parece muy buena idea. Yo también iría, si pudiera. Desde que fui a su boda, no he vuelto a ver a Kuro, y tampoco he hablado con ella. Y ahora que ha pasado el tiempo, puedo confesártelo: a mí me gustaba —dijo Ao. Y de pronto apretó el paso—. Pero ahora tengo un hijo y medio, y mucho trabajo. Y una hipoteca que pagar. Y tengo que sacar a pasear al perro todos los días. Me resulta imposible ir a Finlandia. Si la ves, dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré, descuida —dijo Tsukuru—. Pero antes iré a ver a Aka.

—¡Ah! —dijo Ao. Y en su rostro afloró una expresión ambigua. Sus músculos faciales se movieron de una forma extraña—. Hace tiempo que no quedo con él.

—¿Por qué?

—¿Sabes a qué se dedica?

—Más o menos.

—Pues será mejor que no hablemos de eso ahora. No quiero llenarte de prejuicios antes de que lo veas. Sólo te diré que no me gusta nada el negocio que ha montado. Ése es uno de los motivos por los que hemos dejado de vernos. Es una pena, pero así son las cosas.

Tsukuru caminaba en silencio, tratando de seguir las zancadas de Ao.

—No tengo nada contra él. Sólo tengo dudas acerca de a lo que se dedica, que es muy diferente —dijo Ao como si tratara de convencerse a sí mismo—. Bueno, tampoco es que dude. Simplemente no me convencen sus ideas. En cualquier caso, se ha vuelto bastante famoso en Nagoya. Sale en la televisión, en los periódicos y en las revistas como modelo de emprendedor. Según cierta revista femenina, es uno de los solteros de oro de Nagoya.

—¿Uno de los solteros de oro de Nagoya? —repitió Tsukuru.

—¡Desde luego, está irreconocible! —exclamó Ao—. ¿Quién iba a imaginar que algún día acabaría saliendo en una revista femenina?

Tsukuru cambió de tema.

—Y Shiro, dime, ¿cómo falleció?

Ao se detuvo de golpe. Se quedó plantado como una estatua. Un transeúnte que caminaba detrás estuvo a punto de chocar contra él. Ao miró a Tsukuru.

—Espera. ¿Quieres decir que tampoco sabes cómo murió Shiro?

—¿Cómo voy a saberlo? Hasta hace unos días ni siquiera sabía que había muerto. Nadie me informó.

—¿Acaso no lees los periódicos?

—Les echo un vistazo, sí. Y no sé qué ocurrió, pero no creo que saliera en los periódicos de Tokio.

—¿Tu familia tampoco sabía nada?

Tsukuru dijo que no. Ao reanudó la marcha, turbado, y volvió a caminar a zancadas. Tsukuru trató de seguirle el ritmo. Poco después, Ao volvió a hablar.

—Después de graduarse en el conservatorio, durante un tiempo Shiro trabajó de profesora de piano en casa de sus padres, pero luego se independizó y se fue a vivir sola a Hamamatsu. Dos años más tarde apareció estrangulada en su piso. Fue su madre, preocupada porque no conseguía contactar con ella, quien la encontró. Todavía no se ha recuperado del golpe. Aún no se sabe quién la asesinó.

Tsukuru se quedó sin aliento. ¿La habían estrangulado?

—La encontraron muerta un 12 de mayo, hace seis años. Por aquella época apenas teníamos trato con ella, así que tampoco sé qué clase de vida llevaba en Hamamatsu. Ni siquiera sé por qué se mudó a esa ciudad. Cuando la encontraron, ya llevaba tres días muerta. Había pasado tres días tirada en el suelo de la cocina, sin que nadie se diera cuenta o la echara de menos. —Ao prosiguió sin dejar de caminar—: En el funeral, que se celebró aquí, en Nagoya, no paré de llorar. Me sentía como si hubiera muerto una parte de mi propio cuerpo, como si se hubiera convertido en piedra. Pero como te he dicho, en esa época el grupo ya se había deshecho. En cierta manera, era inevitable. Nos habíamos convertido en adultos y cada uno tenía su propia vida. Ya no éramos aquellos ingenuos

estudiantes de instituto. Con todo, fue triste comprobar cómo lo que una vez significó tanto para nosotros había ido destiñéndose paulatinamente hasta desaparecer. Pese a haber crecido juntos y haber compartido esa época tan llena de vida…

Tsukuru trató de respirar hondo, pero los pulmones le ardían; le parecía que se los quemaran. No le salían las palabras. Tenía la sensación de que la lengua se le había hinchado y enredado, taponándole la boca.

Volvió a sonar en el móvil *Viva Las Vegas*, pero esta vez Ao lo ignoró y siguió caminando. Aquella melodía tan fuera de lugar siguió sonando alegremente dentro de su bolsillo durante un rato, hasta que finalmente enmudeció.

Al llegar a la entrada del concesionario, Ao le tendió su manaza y apretó con fuerza la mano de Tsukuru.

—Me alegro de haberte visto —dijo mientras clavaba la mirada en los ojos de Tsukuru. Sí: hablaba mirando a los ojos y apretaba la mano con fuerza. Nada había cambiado.

—Siento haberte molestado en pleno trabajo —logró decir Tsukuru.

—No te preocupes. Me gustaría charlar contigo con calma en otra ocasión, cuando tenga algo de tiempo libre. Siento que tenemos muchas cosas de las que hablar. Cuando vuelvas a Nagoya, avísame con tiempo.

—Lo haré. Volveremos a vernos dentro de poco —dijo Tsukuru—. Por cierto, ¿recuerdas la pieza de piano que Shiro solía tocar? Era *Le mal du pays*, de Franz Liszt. Era una pieza corta, de apenas cinco minutos.

Después de pensárselo un momento, Ao contestó:

—Así, por el título, no recuerdo cuál es. Quizá si la escuchara… No soy precisamente un experto en música clásica. ¿Por qué?

—No, por nada. Simplemente la he recordado —dijo Tsukuru—. Ya para terminar, una última pregunta: ¿qué narices significa Lexus?

Ao se rió.

—Mucha gente me lo pregunta, pero no significa nada. Es una palabra inventada. La acuñó una agencia publicitaria de Nueva York por encargo de Toyota. Querían una palabra sugerente y que evocara lujo. ¡Qué mundo tan curioso!, ¿no te parece? Unas personas se dedican con afán a construir estaciones ferroviarias y otras, por una gran suma de dinero, inventan palabras que resulten atractivas.

—Es lo que suele llamarse «sofisticación industrial». Es lo que dictan los tiempos —dijo Tsukuru.

Una gran sonrisa se pintó en el rostro de Ao.

—Pues esforcémonos por no quedarnos atrás.

Poco después se despidieron. Nada más entrar en el concesionario, Ao sacó el móvil del bolsillo.

Mientras esperaba a que el semáforo cambiara, Tsukuru pensó que quizá ya nunca volvería a encontrarse con él. Ciertamente, treinta minutos había sido muy poco tiempo para dos viejos amigos que no se veían desde hacía dieciséis años. Sin duda tenían un sinfín de cosas que contarse. Pero, al mismo tiempo, Tsukuru sentía que no les quedaba nada importante que decirse.

Tsukuru paró un taxi, fue hasta una biblioteca y solicitó los anuarios de la prensa de hacía seis años.

11

Al día siguiente, lunes, a las diez y media de la mañana, Tsukuru se dirigió al despacho de Aka. Estaba apenas a cinco kilómetros del concesionario de Lexus. Ocupaba la mitad de la octava planta de un edificio de oficinas acristalado y muy moderno. En la otra mitad tenía su sede una famosa empresa farmacéutica alemana. Tsukuru se había puesto el mismo traje oscuro de la víspera y la corbata azul que Sara le había regalado.

El elegante logo de la empresa, con su nombre, Beyond, adornaba la entrada. El vestíbulo era luminoso y espacioso. De las paredes colgaban cuadros abstractos de gran tamaño en los que predominaban los colores primarios; a saber qué querían expresar, porque seguro que querían expresar algo. Por lo demás, no había ningún otro ornamento. Ni flores, ni floreros. Estaba diseñado para que, con sólo ver la entrada, uno no pudiera hacerse una idea del tipo de empresa que era.

Una chica de veintipocos años, con el pelo ondulado y con preciosos bucles, lo atendió en el mostrador de recepción. Llevaba un vestido azul claro de manga corta y un collar de perlas. Parecía que había crecido sana y mimada en un hogar acaudalado y optimista. Cuando Tsukuru le dijo su nombre, ella esbozó una sonrisa que iluminó su cara y pulsó el botón de la línea interna con suavidad, como si acariciase el blando hocico de un perro grande.

Al cabo de unos segundos, una mujer robusta asomó por la puerta del fondo. Tsukuru calculó que tendría unos cuarenta y cinco años. Vestía un traje ancho de hombros y tonos oscuros, y calzaba zapatos negros de tacón grueso. Sorprendentemente, sus rasgos no parecían tener ningún defecto. Llevaba el pelo corto, tenía un mentón pronunciado y parecía una profesional muy competente. En el mundo hay mujeres de mediana edad que dan la impresión de ser competentes en todo lo que hacen, y esa mujer era una de ellas. Si hubiera sido actriz, le habría ido que ni pintado el papel de una veterana enfermera jefe o el de *madame* de un prostíbulo de lujo.

Leyó la tarjeta de presentación que Tsukuru le dio e hizo un gesto de extrañeza. ¿Qué diablos querría alguien del departamento de construcción de la división de ingeniería de una compañía ferroviaria de Tokio del director general del *creative business seminar*? Y, para colmo, sin cita previa. No obstante, no le preguntó el motivo de su visita.

—¿Podría hacer el favor de esperar aquí? —le dijo la que parecía ser la secretaria de Aka con una sonrisa forzada. A continuación le señaló una butaca y desapareció por la misma puerta por la que había salido. La butaca era sencilla, de diseño escandinavo, de cuero blanco y con cromados. Bonita, limpia, serena y fría. Como el sol de medianoche bajo una incesante lluvia fina. Tsukuru esperó sentado. Entretanto, la chica de recepción trabajaba en el ordenador instalado sobre el mostrador. De vez en cuando, dirigía una mirada a Tsukuru y sonreía como para darle ánimos.

Al igual que la de la recepción de Lexus, era una de esas chicas que abundan en Nagoya. Guapas de cara y bien arregladas. Simpáticas. De cabello siempre bonito y ondulado. Estudian filología francesa en una universidad privada femenina algo cara, al

licenciarse encuentran empleo en una empresa local y trabajan en recepción o de secretarias. Desempeñan sus funciones durante un tiempo, y una vez al año se van de compras a París con sus amigas. Luego encuentran a un oficinista prometedor o se casan después de que la familia les presente a una posible pareja y, felices, abandonan la empresa. Más tarde se desviven para que sus hijos puedan ir a alguna famosa universidad privada. Mientras esperaba, Tsukuru se imaginó su vida.

La secretaria de mediana edad regresó al cabo de cinco minutos y lo condujo hasta el despacho de Aka. La sonrisa era un punto más amigable que la de antes. Traslucía respeto y simpatía hacia alguien que iba a verse con su jefe sin cita previa. No debía de ocurrir con frecuencia.

Caminó delante de él a grandes pasos. Sus tacones golpeaban el suelo con dureza y precisión, como el ruido que hace un herrero por la mañana temprano. A ambos lados de un pasillo había varias puertas de cristal grueso y opaco a través de las cuales no salía ninguna voz, ningún sonido. Era un ambiente muy distinto al de la oficina de Tsukuru, donde sonaban sin parar los teléfonos, se abrían y cerraban puertas a menudo y siempre había alguien dando voces.

El despacho de Aka era, contra todo pronóstico, y teniendo en cuenta las dimensiones de la empresa, bastante pequeño. Había un escritorio de diseño —cómo no, escandinavo—, un juego de sofás no excesivamente grandes y un archivador de madera. Sobre el escritorio, un flexo de acero inoxidable que parecía también de diseño y un portátil Mac. Encima del archivador había un equipo de música Bang & Olufsen y, en la pared, de nuevo, un cuadro abstracto de gran tamaño en el que predominaban los colores primarios. Parecía del mismo artista que los que colgaban en el vestíbulo. La ventana era amplia y daba a una avenida, pero no se

oía el menor ruido. El sol que anunciaba el fin de la primavera caía sobre una alfombra lisa. Era una luz suave y nítida.

El despacho era, en conjunto, sencillo y sin estridencias. Nada sobraba. Aunque todos los muebles y útiles parecían de valor, no se pretendía lucir esa suntuosidad, como en el concesionario de Lexus, sino que todo estaba dispuesto de manera discreta, para que no llamase la atención. Anonimato costoso: ése parecía ser el concepto básico que había primado al decorar aquella oficina.

Aka se levantó del escritorio para recibirlo. Había cambiado bastante de aspecto. Con su metro sesenta de estatura, ahora destacaba su ligera calvicie. Aunque nunca había podido presumir de una cabellera abundante, ahora tenía grandes entradas y se distinguía claramente la forma de la cabeza. En cambio, como para compensar la pérdida de cabello, lucía barba desde las patillas hasta el mentón. La barba, más negra, contrastaba con su fino cabello. Las gafas de montura metálica y rectangular le sentaban bien a su larga cara ovalada. Seguía siendo delgado, sin un solo gramo de carne de más. Vestía una corbata de punto marrón y una camisa blanca con raya diplomática, que se había arremangado casi hasta los hombros. Llevaba unos chinos color crema y mocasines de piel blanda marrón, sin calcetines. Todas sus prendas sugerían un estilo de vida libre e informal.

—Siento presentarme así, de golpe, a estas horas de la mañana —se disculpó Tsukuru—. Pensé que, si no lo hacía así, no querrías verme.

—¿No me digas que...? —dijo Aka. Después, alargó el brazo y dio a Tsukuru un apretón de manos. Sus manos eran pequeñas y blandas, al contrario que las de Ao. También apretaba con más suavidad. Aka era así, no lo había hecho por cortesía—. Jamás me

habría negado a verte, aunque me hubieras avisado. Para mí es un placer.

—¿No estás muy ocupado?

—Sí, sí lo estoy. Pero ésta es mi empresa y no tengo a nadie por encima de mí. Mi horario es tan flexible como yo desee. Soy libre para prolongar o reducir el tiempo que dedico a cada cosa. Aunque, por supuesto, al final tienen que salir las cuentas. Obviamente, como no soy ningún dios, no puedo decidir cuántas horas debo trabajar. Pero sí puedo distribuirlas a mi antojo.

—Si tienes unos minutos, me gustaría hablar contigo de algo personal —dijo Tsukuru—. Si ahora estás ocupado, dime a qué hora te iría bien.

—No te preocupes por el tiempo, que para eso te has tomado la molestia de venir. Podemos hablar con calma aquí mismo.

Tsukuru se sentó en un sofá de cuero negro de dos plazas y Aka lo hizo en una butaca situada enfrente. Entre los dos había una pequeña mesa ovalada, con un pesado cenicero de cristal encima. Aka alzó la tarjeta de presentación de Tsukuru y la miró fijamente, con los ojos entornados, como escudriñándola.

—¡Ajá! ¿Así que construyes estaciones ferroviarias, como siempre habías querido?

—Eso es lo que me gustaría decir, pero por desgracia tengo pocas oportunidades de construir estaciones —dijo Tsukuru—. Porque en el área metropolitana no se trazan nuevas líneas. Básicamente me dedico a reconstruir y reformar estaciones ya existentes: eliminación de barreras, mejora de la accesibilidad a los servicios, instalación de vallas de seguridad, construcción de nuevas tiendas dentro de las estaciones, adaptaciones para el uso compartido de vías entre distintas compañías... Las funciones sociales de las estaciones están cambiando, y hay bastante trabajo.

—Pero trabajas en algo relacionado con las estaciones.

—Eso es.

—¿Te has casado?

—Sigo soltero.

Aka cruzó las piernas y quitó con los dedos un hilo que sobresalía del dobladillo del pantalón.

—Yo me casé una vez. Cuando tenía veintisiete años. Pero al año y medio me divorcié. Desde entonces estoy soltero. Resulta mucho más cómodo así. No desperdicias el tiempo. ¿No opinas lo mismo?

—La verdad es que no. No me importaría casarme. Me sobra tiempo. Lo que pasa es que no he encontrado a nadie con quien me apeteciera hacerlo.

Se acordó de Sara. Con ella sí, con ella seguramente le apetecería. Pero todavía no la conocía bien. Y ella tampoco debía de conocerlo demasiado bien a él. Necesitaban pasar algo más de tiempo juntos.

—Parece que te van bien los negocios, ¿eh? —dijo Tsukuru, y recorrió con la mirada el acogedor despacho.

Durante la adolescencia, Ao, Aka y Tsukuru se trataban con mucha familiaridad. Muchos años atrás Tsukuru hubiera dicho: «¿Eh, tío?» o cualquier cosa parecida. Pero sintió que, tras tanto tiempo sin verse, estaría fuera de lugar. Y ahora le habría costado llamarlo así. Habría sido poco espontáneo.

—Sí, por ahora el trabajo me va bien —dijo Aka, y carraspeó—. ¿Sabes a qué nos dedicamos en esta empresa?

—En líneas generales, sí. Si lo que pone en Internet es cierto, claro.

Aka se rió.

—No es mentira. Es tal como se explica ahí. Aunque, naturalmente, la parte más importante no aparece escrita. Está aquí

dentro. —Y se dio unos golpecitos en la sien—. Igual que un chef. Lo esencial no está en la receta.

—Principalmente os dirigís a empresas y formáis al personal, si no lo he entendido mal.

—Exacto. Formamos a los futuros empleados y reciclamos al personal ya contratado. Es un servicio que ofrecemos a empresas. Elaboramos programas a la medida del cliente y operamos con eficacia y profesionalidad. Así las empresas se ahorran tiempo y esfuerzo.

—O sea, servicios externos de formación empresarial —dijo Tsukuru.

—Efectivamente. El negocio nació a partir de una idea mía. Fue como cuando, en los cómics, alguien tiene una bombilla encendida encima de la cabeza. El capital para fundarla lo aportó el director de una financiera, un conocido mío que confió en mí. Tuve la suerte de contar con su apoyo.

—¿Y cómo se te ocurrió esa idea?

Aka volvió a reírse.

—Bah, no es nada del otro mundo. Al acabar la carrera empecé a trabajar en un banco, pero me aburría. Todos mis superiores eran unos incompetentes. Sólo les preocupaba lo que tenían delante de las narices, no pensaban más que en su propio interés y carecían de una visión de futuro. Pensé que si el banco más importante de Japón era así, ¿qué iba a ser de este país? Aguanté y seguí durante tres años, pero las circunstancias no mejoraban. Al contrario, empeoraban más y más. Entonces me pasé a una financiera. Le caí bien al director y me ofreció un puesto. Tenía más libertad que en el banco y el trabajo era interesante. Sin embargo, discrepaba a menudo con mis jefes y, al cabo de dos años y pico, me disculpé ante el director y me marché. —Aka sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo—. ¿Te importa que fume?

—Claro que no.

Aka se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con un pequeño mechero metálico. Con los ojos entrecerrados, aspiró y expulsó lentamente una bocanada de humo.

—Quiero dejarlo. Pero es imposible. Si no fumo, soy incapaz de trabajar. ¿Alguna vez has intentado dejarlo?

Tsukuru le contestó que no había fumado un cigarrillo en toda su vida.

Aka siguió hablando.

—No estoy hecho para que los demás me den órdenes. Es algo que no se nota a simple vista, y yo mismo no me di cuenta hasta que me licencié y me puse a trabajar. Pero así es. Cuando algún personajillo me da una orden estúpida, de inmediato en mi mente se oye un *clic* y monto en cólera. Alguien así no puede trabajar para otros. Por eso decidí montar algo por mi cuenta. —Aka hizo una pausa y, como persiguiendo un recuerdo lejano, observó el humo azul que ascendía de su cigarrillo—. Otra de las cosas que aprendí trabajando para otros fue que la mayoría de la gente no es reacia a acatar órdenes. Es más, se sienten felices de que se les den órdenes. Se quejan, de acuerdo, pero no en serio. Se limitan a refunfuñar, es un simple hábito. Cuando tienen que pensar por sí mismos o asumir responsabilidades y tomar decisiones, se sienten desbordados. Entonces se me ocurrió que podría hacer de ello un negocio. Fue muy sencillo. ¿Te das cuenta?

Tsukuru no contestó. Tampoco Aka le estaba pidiendo su opinión.

—Primero hice una lista con todas las cosas que no me gustan, todo lo que no quiero hacer ni quiero que me hagan. Luego, basándome en esa lista, ideé un programa para formar de manera eficaz a personal que siga sistemáticamente las órdenes de los superiores. Aunque diga que lo ideé, en realidad si lo analizas

pormenorizadamente verás que lo que he hecho ha sido tomar ideas de aquí y de allá. La experiencia que acumulé cuando empecé a trabajar me sirvió de mucho. Y todo eso lo aderecé con métodos propios de sectas religiosas y de cursos de desarrollo personal. He estudiado los negocios similares que han cosechado un gran éxito en Estados Unidos. He leído un montón de libros de psicología. A veces también me han sido muy útiles los manuales de adiestramiento de reclutas de los marines y de las SS nazis. Después de dejar la financiera, durante seis meses me volqué, literalmente, en el desarrollo del programa. Siempre se me ha dado bien concentrarme en una sola cosa.

—Aparte de que eres inteligente.

Aka dibujó una sonrisa sarcástica.

—Gracias. Aunque no creo que sea para tanto. —Dio otra calada al cigarro y echó la ceniza en el cenicero. Luego alzó la cara y miró a Tsukuru—. Por lo general, el objetivo de las sectas y de los cursos de desarrollo personal es recaudar dinero. Para ello se valen de técnicas muy agresivas de lavado de cerebro. Nosotros no. Si hiciésemos cosas tan sórdidas, ninguna empresa confiaría en nosotros. El tratamiento de choque tampoco vale. Puede que obtenga resultados inmediatos, pero a largo plazo no funciona. Aunque es importante inculcar disciplina, nuestro programa tiene que ser científico, práctico y refinado. No debe salirse de los límites del sentido común. Por otra parte, los efectos cosechados han de ser, en cierta medida, duraderos. No pretendemos crear zombis, sino instruir a los empleados para que sigan los dictados de la empresa y al mismo tiempo se digan: «Pienso por mí mismo».

—Me parece una visión del mundo bastante cínica —dijo Tsukuru.

—Es un modo de verlo.

—Pero imagino que no todos los que reciben ese cursillo se someten tan fácilmente a la disciplina.

—Por supuesto. Hay personas que no toleran nuestro programa. Los dividiría en dos grupos. Primero, los antisociales, los *outcasts*. No toleran las posturas constructivas; se niegan rotundamente a asumir las pautas del grupo. Ocuparse de ellos es una pérdida de tiempo, y no queda más remedio que pedirles que se marchen. El segundo grupo lo forman aquellos que *de verdad* piensan por sí mismos. A ésos hay que dejarlos como están; tocarlos es meter la pata. Todo sistema necesita esa clase de «elegidos» y, si todo sale bien, acaban ocupando la posición de líderes. Pero en medio de esos dos grupos hay un estrato que recibe órdenes y las ejecuta a rajatabla, y ahí es donde se sitúa la mayor parte de la población. Calculo que representa el ochenta y cinco por ciento del conjunto. En otras palabras, mi negocio se centra en ese ochenta y cinco por ciento.

—Y funciona tal y como lo has diseñado.

Aka asintió.

—Sí. Por ahora está rindiendo como había previsto. Al principio éramos una pequeña empresa con un par de empleados y ahora, como puedes ver, tenemos esta oficina. Además, se ha ganado una buena reputación.

—Así que hiciste una lista de lo que no te gusta hacer y lo que no te gusta que te hagan, la analizaste y ése fue el punto de partida del negocio.

Aka asintió.

—Exacto. No es difícil visualizar lo que no quieres hacer y lo que no quieres que te hagan. Y tampoco lo es visualizar lo que quieres hacer. Si haces lo primero, eres una persona negativa, y si haces lo segundo, positiva. No es más que una cuestión de enfoque.

«No me gusta nada el negocio que ha montado.» A Tsukuru le vinieron a la mente las palabras de Ao.

—En cierto sentido, lo tuyo podría considerarse una venganza personal hacia la sociedad. Como miembro de una élite con tendencias antisociales —dijo Tsukuru.

—Quizá tengas razón —dijo Aka. Luego le brindó una agradable sonrisa y chasqueó los dedos—. Un saque agresivo. Ventaja para Tsukuru Tazaki.

—Me imagino que tú mismo serás el maestro de ceremonias de los cursos, ¿no? ¿Hablas delante de todos?

—Sí, al principio lo hacía yo todo. No encontraba a nadie a quien pudiera confiarle esta tarea. Tsukuru, ¿me imaginabas haciendo algo así?

—La verdad es que no —respondió Tsukuru con sinceridad.

Aka se rió.

—Pues te diré que se me daba muy bien, modestia aparte. Era puro teatro, naturalmente, pero sonaba bastante convincente. De todos modos, ya no lo hago. No me va el papel de gurú. Soy un mero gestor. Tengo demasiadas cosas que hacer. Ahora formo a los instructores y dejo los cursos en sus manos. Últimamente sólo imparto algunas charlas. Me invitan a encuentros empresariales y a seminarios dirigidos a universitarios que buscan empleo. De vez en cuando también escribo libros que me encargan las editoriales. —Aka se interrumpió y aplastó el cigarrillo contra el cenicero—. Una vez establecidas las líneas del negocio, no es tan complicado. Sólo hay que imprimir folletos lujosos, saber venderse bien y tener una sede elegante en una zona exclusiva. Amueblarla con gusto y contratar a personal capacitado y con buena presencia, aunque salga caro. La imagen lo es todo. No se puede escatimar en ella. Luego el boca en boca hace lo demás. Una vez que se gana fama, sólo hay que dejarse llevar. Pero de momento hemos decidido no

expandirnos más. Limitamos nuestro radio de acción a las empresas en torno a Nagoya. Porque si creciese más allá de mi alcance, no podría responder de la calidad de nuestro trabajo. —Miró a Tsukuru como sondeándolo—. ¿Qué? No parece que te interese demasiado mi trabajo, ¿o sí?

—Solamente estoy sorprendido. Cuando éramos unos chavales nunca me imaginé que acabarías montando un negocio como éste.

—¡Tampoco yo me lo imaginaba! —dijo Aka, y se echó a reír—. Siempre pensé que sería profesor de universidad. Pero cuando me matriculé, vi que lo mío no era el mundo académico: está anquilosado, es demasiado aburrido para mí. No quería pasarme allí toda la vida. Así que, cuando acabé los estudios, entré en el banco, pero me di cuenta de que tampoco estaba hecho para ser un simple empleado. Ha sido una sucesión de pruebas y errores. Pero he perseverado hasta encontrar mi lugar. ¿Y tú qué? ¿Estás satisfecho con tu trabajo?

—Yo no diría satisfecho, pero tampoco insatisfecho —contestó Tsukuru.

—¿Porque trabajas en algo relacionado con las estaciones?

—Sí. Según tus propias palabras, se puede decir que soy positivo.

—¿Alguna vez te has sentido angustiado por el trabajo?

—Me limito a trabajar cada día con cosas palpables, reales. No tengo tiempo para angustiarme.

Aka sonrió.

—Es estupendo. No me esperaba menos de ti.

Cayó un denso silencio. Aka dio vueltas lentamente al mechero en su mano, pero no encendió un nuevo cigarrillo. Seguramente contaba los cigarrillos que fumaba al día y no quería sobrepasar el número que se había fijado.

—Has venido para hablarme de algo, ¿verdad? —preguntó Aka.

—De algo que pasó hace mucho tiempo, sí —contestó Tsukuru.

—Muy bien. Entonces, háblame de ello.

—Es sobre Shiro.

Aka entornó los ojos tras las gafas y se llevó la mano a la perilla.

—Me lo esperaba. Desde el instante en que la secretaria me ha dicho que estabas aquí.

Tsukuru permaneció callado.

—Lo de Shiro fue una lástima —dijo Aka en tono sosegado—. Nunca consiguió ser demasiado feliz. A pesar de que era guapa y de que tenía un gran talento para la música, murió de un modo espantoso.

A Tsukuru le causó cierto desagrado aquel resumen, en dos o tres frases, de la vida de Shiro. Pero se dijo que probablemente se debía a un desfase temporal: él acababa de enterarse de la muerte de Shiro, y Aka había vivido con ello durante seis años.

—Puede que ya no sirva de nada, pero me gustaría deshacer el malentendido —dijo Tsukuru—. No sé qué os contó Shiro, pero yo no la violé. Ni siquiera tuve intención de acostarme con ella.

Aka dijo:

—A mi juicio, la verdad es como una ciudad semienterrada en la arena. Con el paso del tiempo, unas veces la arena va acumulándose hasta ocultarla; otras, el viento la limpia hasta que emerge por completo. En este caso ha ocurrido a todas luces lo segundo. Independientemente de que el malentendido se deshaga o no, tú nunca harías algo así. Lo sé de sobra.

—¿Lo sabes de sobra? —repitió Tsukuru.

—Quiero decir que *ahora* lo sé de sobra.

—¿Porque el viento ha despejado la arena?

Aka asintió.

—Por eso mismo.

—Parece que estemos hablando de algo histórico.

—Es que, en cierto sentido, lo es.

Tsukuru escrutó el rostro del que había sido su amigo, sentado frente a él, pero no captó la menor emoción.

—Aunque podamos ocultar los recuerdos, no podemos borrar la Historia. —Tsukuru recordó las palabras de Sara y las repitió tal cual.

Aka asintió varias veces con la cabeza.

—Exacto. Por más que ocultemos los recuerdos, jamás podremos borrar la Historia. Eso es precisamente lo que quería decir.

—Sin embargo, en aquel entonces vosotros cortasteis conmigo. De golpe, sin la menor compasión —dijo Tsukuru.

—Sí. Ése es un hecho histórico. Espero que no suene a disculpa, pero lo cierto es que no tuvimos más remedio. La historia de Shiro era muy creíble. No hacía teatro. Se sentía realmente herida. Allí había dolor de verdad, había corrido sangre de verdad. No estábamos en situación de poner nada en duda. Pero después de dejarte tirado, a medida que fue pasando el tiempo, entendimos cada vez menos qué había ocurrido.

—¿Por qué?

Aka enlazó ambas manos sobre las rodillas y reflexionó unos segundos. Luego dijo:

—Al principio fueron cosas insignificantes. Pequeños disparates. Nos extrañamos, pero no le dimos mayor importancia. Pero cada vez era más frecuente. Entonces nos dimos cuenta de que había algo que no funcionaba.

Tsukuru esperó la continuación en silencio.

—Shiro seguramente padecía un desequilibrio —dijo Aka, midiendo sus palabras mientras toqueteaba el mechero metálico

que había vuelto a coger de encima de la mesa—. No sé si fue algo transitorio o si era propensa a ello. El caso es que por lo menos en aquella época se puso «mal». Sin duda tenía talento para la música. Tocaba muy bien, de una manera bella. A nosotros nos impresionaba. Pero, por desgracia, ella se exigía más a sí misma. Aunque pudiera ir tirando en su pequeño mundo, no podía medirse en un mundo más amplio. Por mucho que practicase, no alcanzaba el nivel que deseaba. Como recordarás, era seria e introvertida. Desde que entró en el conservatorio, la presión aumentó. Y entonces, poco a poco, empezaron a aflorar detalles raros.

Tsukuru hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero no dijo nada.

—Suele pasar —dijo Aka—. Es una pena, pero a los temperamentos artísticos les ocurre a menudo. El talento es como un recipiente. La capacidad del recipiente no cambia por mucho que uno se esfuerce. Y cuando el agua llega al borde, rebosa.

—En efecto, suele ocurrir —dijo Tsukuru—. Pero ¿de dónde sacaría la historia de que la drogué y la violé en Tokio? Por muy desquiciada que estuviera, ¿no te parece demasiado repentino?

Aka asintió.

—Desde luego. Lo fue. Y por eso al principio la creímos. Pensamos que Shiro nunca se inventaría algo semejante.

Tsukuru imaginó una antigua ciudad semienterrada por la arena. Se vio a sí mismo sentado sobre una duna elevada desde la que contemplaba las áridas ruinas de la ciudad.

—Pero ¿por qué precisamente yo? ¿Por qué tuve que ser yo?

—No lo sé —dijo Aka—. Tal vez le gustases, aunque nunca lo confesara. A lo mejor cuando te marchaste a Tokio se sintió frustrada y se enfadara. O puede que estuviera celosa de ti. Quizá ella también quería marcharse de Nagoya. Sea como sea, ahora ya no

hay manera de conocer el motivo. Si es que realmente lo había... —Aka seguía haciendo girar el mechero metálico. Prosiguió—: Pero fíjate en una cosa. Tú te fuiste a Tokio y nosotros cuatro nos quedamos en Nagoya. No pretendo juzgarte. Tú empezaste una nueva vida en un nuevo lugar. En cambio, nosotros necesitábamos seguir viviendo unidos en Nagoya. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Resultaba más fácil cortar conmigo que con ella. ¿Es eso?

En vez de responder, Aka soltó un largo suspiro.

—De los cinco, tú eras el más fuerte psicológicamente. Aunque fueras tranquilo y no dieras esa impresión. El resto ni siquiera teníamos valor para irnos de aquí. Nos daba miedo alejarnos del lugar donde habíamos crecido y de nuestros mejores amigos, a los que estábamos tan unidos. Éramos incapaces de dejar atrás ese ambiente cálido y acogedor. Como cuando, en una mañana fría de invierno, estás tan a gusto metido en el futón que no quieres salir de él. En aquel entonces buscamos pretextos que sonaran serios, pero ahora veo la verdad.

—¿Y no te arrepientes de haberte quedado?

—No, creo que no. Quedarse aquí tenía muchas ventajas, y las he aprovechado al máximo. Ésta es una ciudad en la que funcionan los vínculos sociales. Por ejemplo, el empresario que patrocinó mi proyecto había leído en la prensa el artículo en el que se hablaba de nuestro trabajo como voluntarios en la época del instituto y, gracias a ello, conseguí que confiase plenamente en mí. Yo no tenía intención de utilizarlo en mi propio beneficio. Pero sucedió así. Más tarde, dio la casualidad de que muchos de nuestros clientes habían sido alumnos de mi padre. El círculo empresarial de Nagoya posee una sólida red de contactos. Porque aquí los profesores de universidades famosas constituyen una especie de marca

de prestigio. En cambio, en Tokio no funciona así. Allí es el sálvese quien pueda. ¿O no?

Tsukuru permaneció callado.

—Creo que esos motivos prácticos también influyeron en nuestra decisión de quedarnos. Elegimos el camino más fácil, por decirlo de alguna manera. Pero, mira, los únicos que quedamos en la ciudad somos Ao y yo. Shiro ha muerto y Kuro se casó y se fue a vivir a Finlandia. Y Ao y yo, pese a que estamos a unos cientos de metros, ya nunca nos vemos. ¿Por qué? Pues porque no tenemos nada que contarnos.

—Podrías comprarle un Lexus. Tendríais tema de conversación.

Aka le guiñó un ojo.

—Ahora conduzco un Porsche Carrera 4 Targa. Caja de cambios manual con seis marchas que entran como la seda. Es alucinante, sobre todo cuando pasas de una marcha larga a una corta. ¿Has conducido alguno?

Tsukuru meneó la cabeza.

—A mí me encanta. No pienso cambiármelo —dijo Aka.

—Podrías comprar uno para la empresa. Imagino que podrías meterlo en los gastos generales, ¿no?

—Entre nuestros clientes contamos con empresas relacionadas con Nissan y Mitsubishi. No podemos usar un Lexus como vehículo de la empresa.

Hubo un breve silencio.

—¿Fuiste al funeral de Shiro? —preguntó Tsukuru.

—Sí, sí que fui. En mi vida he acudido a un funeral tan triste. De verdad. Sólo de recordarlo ya se me encoge el corazón. También estaba Ao. Kuro no pudo ir. En esa época ya vivía en Finlandia y estaba embarazada.

—¿Por qué no me avisaste de que Shiro había muerto?

Aka, perplejo, se quedó mirándolo un instante, sin decir nada. Parecía incapaz de enfocar la mirada.

—No lo sé —dijo—. Pensé que alguien te lo diría. Quizá Ao…

—Pues no, nadie me dijo nada. Hasta hace una semana no he sabido que había muerto.

Aka negó con la cabeza. Luego la volvió hacia la ventana.

—Supongo que cometí un error. Aunque suene a excusa, estábamos consternados. No entendíamos nada. Di por sentado que te enterarías de su muerte por algún medio. Y pensé que si no habías venido al funeral era porque te resultaba demasiado duro.

Tras un silencio, Tsukuru dijo:

—Cuando murió, vivía en Hamamatsu, ¿no?

—Sí, creo que llevaba dos años allí. Vivía sola y se dedicaba a dar clases de piano a niños. Creo que trabajaba para una escuela de música de Yamaha. No sé por qué se fue a vivir precisamente a Hamamatsu. Podría haber encontrado trabajo en Nagoya sin problemas.

—¿Qué tipo de vida llevaba Shiro allí?

Aka sacó otro cigarrillo de la cajetilla, se lo llevó a los labios y al cabo de unos segundos lo encendió con el mechero.

—Medio año antes de que la asesinaran, tuve que ir a Hamamatsu por motivos de trabajo. La llamé por teléfono y le propuse comer juntos. Por entonces los cuatro ya nos habíamos distanciado y apenas nos veíamos. Sólo nos llamábamos de vez en cuando. El caso era que despaché antes de lo previsto el asunto que me había llevado a Hamamatsu y, como tenía un hueco, me entraron ganas de verla. La encontré más estable de lo que había imaginado. Parecía que estaba disfrutando de su nueva etapa, lejos de Nagoya. Charlamos sobre los viejos tiempos y almorzamos juntos. Fuimos a un restaurante famoso especializado en anguila, pedimos una cerveza, comimos y pasamos un rato agradable. Me

sorprendió un poco que bebiera. Y la situación era un poco…, ¿cómo decirlo?, un poco tensa. Es decir, evitábamos cierto tema…

—¿Te refieres a mí?

Aka asintió con gesto serio.

—Sí. Me dio la impresión de que todavía no lo había superado. Lo tenía enquistado. Por lo demás, no detecté nada raro en ella. Se reía a menudo y creo que se lo pasó bien charlando conmigo. Hablamos de cosas triviales. Pese a lo que yo esperaba, parecía que el cambio había tenido un efecto positivo en ella. Lo único, y sé que no está bien que lo diga, es que ya no era aquella chica tan guapa de antes.

—Era menos guapa —dijo Tsukuru. Su propia voz le sonó muy distante.

—No, no es exactamente que ya no fuese tan guapa —dijo Aka y caviló un momento—. ¿Cómo podría explicártelo? Sus facciones no habían cambiado y, según los cánones habituales, sin duda seguía siendo guapa. Alguien que no hubiera conocido a Shiro de adolescente habría tenido la impresión de que era guapa. Pero yo conocía bien a la antigua Shiro. Recuerdo perfectamente lo atractiva que era. Y la Shiro que tenía delante ya no era así. —Aka frunció ligeramente el ceño, como si rememorase aquel encuentro—. Francamente, para mí fue una experiencia bastante dura encontrarme con esa Shiro. No percibir la calidez que la caracterizaba. Que ese *algo* tan propio de ella hubiera desaparecido sin más. Que ya no me hiciera vibrar. —El cigarrillo humeaba sobre el cenicero. Aka siguió hablando—: Shiro acababa de cumplir los treinta. No era en absoluto una vieja. Cuando quedé con ella, vestía muy sobria. Llevaba el pelo recogido y apenas se había maquillado. Pero eso no tiene ninguna importancia. No son más que detalles. Lo grave era que su vitalidad natural ya había empezado a perder brillo. A pesar de lo tímida que era, en su interior había

algo que bullía, al margen de su voluntad. Una luz y un calor que brotaban de ella caprichosamente aprovechando ciertos intersticios... No sé si me explico. Sin embargo, la última vez que la vi, todo eso se había apagado. Como si alguien se hubiera acercado a ella por la espalda y la hubiera desenchufado. Asistir a la pérdida de esa peculiaridad de su aspecto, la viveza que una vez la había hecho refulgir, fue un duro golpe para mí. No se trataba de la edad. No es que se hubiera vuelto así porque hubiese envejecido. Cuando me enteré de que alguien la había estrangulado, me quedé hecho polvo; sentí una pena muy honda. Bajo ningún concepto hubiera deseado que muriese de esa forma. Pero al mismo tiempo no pude dejar de sentir que, en cierto modo, ya le habían arrebatado la vida antes de que la mataran. —Cogió el cigarrillo del cenicero, dio una calada y cerró los ojos—. Shiro abrió un agujero muy profundo en mi corazón, y ese agujero sigue abierto —dijo Aka.

Se hizo el silencio. Un silencio tenso.

—¿Recuerdas aquella pieza que Shiro tocaba a menudo? —preguntó Tsukuru—. Es una pieza breve titulada *Le mal du pays*, de Liszt.

Aka meneó la cabeza después de meditar unos instantes.

—No, no la recuerdo. La que sí recuerdo es una de Schumann. Una pieza muy conocida que forma parte de las *Escenas de niños*. Creo que era *Träumerei*, si no me equivoco. Recuerdo que la tocaba de vez en cuando. Pero la de Liszt no la conozco. ¿Qué pasa con esa pieza?

—No, nada especial. De pronto me ha venido a la mente —dijo Tsukuru. Y dirigió la vista al reloj de pulsera—. Te he robado un montón de tiempo. Es hora de que me vaya. Me alegro de haber charlado contigo.

Aka lo miraba desde su asiento, inmóvil, con ojos inexpresivos. Como quien contempla una piedra lisa sobre la que todavía no se ha grabado nada.

—¿Tienes prisa? —le preguntó.

—No, qué va.

—¿No quieres que charlemos un poco más?

—De acuerdo. A mí me sobra el tiempo.

Aka sopesó sus palabras antes de proseguir. Finalmente dijo:

—Ya no te caigo bien, ¿verdad?

Tsukuru se quedó helado. No se esperaba en absoluto esa pregunta y, además, le pareció que decidir si la persona que tenía delante le caía bien o mal no era una disyuntiva apropiada.

Tsukuru pensó antes de responder:

—No sé qué decirte. Es probable que lo que sentía cuando éramos unos chavales haya cambiado. Pero es que...

Aka lo frenó levantando las manos.

—No te preocupes tanto por la manera de decirlo. No tienes por qué esforzarte para que te caiga bien. Ahora mismo no le caigo simpático a nadie. Es natural, ni siquiera me caigo bien a mí mismo. Hubo una época en la que tuve unos amigos estupendos. Tú eras uno de ellos. Sin embargo, en algún momento de mi vida los perdí. Del mismo modo que Shiro perdió su luminosidad... Pero ya no hay vuelta atrás. No se pueden devolver los productos una vez que has roto el precinto. No queda más remedio que seguir adelante.

Aka bajó las manos, las colocó sobre las rodillas y luego se dio unos golpecitos a un ritmo irregular. Como si estuviera enviando un mensaje en Morse a alguna parte.

—Mi padre dio clases en la universidad durante mucho tiempo y, por deformación profesional, cogió una manía típica de los profesores. Siempre hablaba, incluso en casa, en un tono

moralizante, como mirándolo todo desde lo alto. A mí, ya de pequeño, aquello me repateaba. Pero un buen día, sin que me diera cuenta, empecé a hablar igual que él. —Aka seguía tamborileando sobre las rodillas—. Verás, durante mucho tiempo pensé que te habíamos hecho algo horrible. Te lo digo en serio. Yo..., nosotros no teníamos ningún derecho a hacerte algo así. Por eso creía que en algún momento tendríamos que pedirte disculpas. Y sin embargo, no sé por qué, no fui capaz de encontrar esa ocasión.

—Eso ya da igual —dijo Tsukuru—. Ahora no se puede dar marcha atrás.

Aka reflexionó antes de preguntar:

—Tsukuru, ¿puedo pedirte un favor?

—Dime.

—Me gustaría contarte algo. Es una confidencia, no se lo he confesado a nadie. Quizá no te interese, pero necesito enseñar la herida que llevo dentro. Quiero que te hagas una idea del peso que debo cargar. Con eso no pretendo resarcirte del daño que te causamos. Esto concierne solamente a mis sentimientos. ¿Me vas a escuchar, por nuestra vieja amistad?

Tsukuru asintió pese a que no tenía ni idea de qué podía tratarse.

—Hace un rato —explicó Aka— te he dicho que, hasta que entré en la universidad, no supe que no estaba hecho para el mundo académico. Y hasta que empecé a trabajar en el banco no supe que tampoco estaba hecho para ser un empleado. Me da vergüenza contarlo. Supongo que descuidé la tarea de tomarme en serio mis propios sentimientos. Porque eso no es todo. Resulta que, hasta que me casé, no supe que no estaba hecho para el matrimonio. Es decir, que no estoy hecho para mantener una relación física con una mujer. Ya te imaginarás a qué me refiero.

Tsukuru guardó silencio. Aka prosiguió:

—Yendo al grano, no me atraen las mujeres. No es que no me inspiren deseo, pero me gustan más los hombres.

En el despacho, ya de por sí muy silencioso, reinaba una profunda quietud. No se oía ni un solo ruido.

—No me parece tan raro —dijo Tsukuru para romper el silencio.

—Sí, tal vez no sea raro. Tienes razón. Pero que esa realidad te golpee en cierto momento de la vida puede resultar bastante duro. Muy duro. No es para tomárselo a la ligera. Mira, es como si de pronto, en alta mar, te arrojasen por la borda en plena noche.

Tsukuru recordó a Haida. El sueño —porque seguramente había sido un sueño— en que eyaculaba en la boca de Haida. Aquel día Tsukuru se había sentido muy confuso. Ciertamente, la expresión de ser arrojado al mar de noche era acertada.

—En cualquier caso, no hay más remedio que ser lo más honesto posible con uno mismo —dijo Tsukuru midiendo sus palabras—. Ser honesto y, al menos, vivir con cierta libertad. No sé si te será de gran ayuda, pero es lo único que te puedo decir.

—Como ya sabes, Nagoya es una de las principales ciudades del país, pero al mismo tiempo es muy pequeña. Hay mucha gente, una industria fuerte, riqueza, pero es un mundo muy cerrado, con pocas posibilidades. Para las personas como yo, no es sencillo vivir aquí con libertad y sin traicionarse uno mismo... Oye, ¿no te parece una gran paradoja? A lo largo de nuestra vida vamos descubriendo poco a poco nuestro verdadero yo; y, a medida que lo descubrimos, perdemos parte de nosotros mismos.

—Ojalá todo te vaya bien. De verdad —dijo Tsukuru. Lo decía de corazón.

—¿Ya no estás enfadado conmigo?

Tsukuru meneó brevemente la cabeza.

—Tío, yo nunca he estado enfadado contigo. De hecho, no estoy enfadado con nadie.

Tsukuru se dio cuenta de que le había llamado «tío». Al final había salido de su boca espontáneamente.

Aka lo acompañó hasta el ascensor.

—Puede que no vuelva a verte. Así que me gustaría decirte una última cosa. Enseguida acabo —dijo Aka mientras caminaban por el pasillo.

Tsukuru asintió.

—Es lo que siempre les digo a mis nuevos empleados en periodo de prácticas. Primero echo un vistazo a la sala, elijo a alguien al azar y le pido que se levante. Entonces le digo: «Verás, tengo dos noticias para ti: una buena y otra mala. La mala noticia: voy a arrancarte las uñas de las manos o de los pies con unos alicates. Lo siento mucho, pero está decidido. Ya no se puede cambiar». Saco de la cartera unos alicates enormes, tremendos, y se los enseño a todo el mundo. Lo hago despacio, para que los vean bien. Luego le digo: «Y ahora la buena noticia: te doy la libertad de elegir si te arranco las de las manos o las de los pies. ¿Qué? ¿Cuáles van a ser? Tienes diez segundos. Si no te decides, te las arrancaré todas, las de las manos y las de los pies». Entonces cuento diez segundos con los alicates en la mano. «Las de los pies», contesta más o menos a los diez segundos. «Muy bien. Las de los pies entonces. Ahora mismo te voy a arrancar las uñas de los pies con esto. Pero antes quiero que me digas una cosa: ¿por qué las de los pies y no las de las manos?». Y él me contesta: «No sé. Me imagino que las dos dolerán por igual. Pero como tengo que elegir, he elegido sin más las de los pies». Yo le doy un cálido aplauso y le digo: «¡Bienvenido a la vida real!». *Welcome to real life*!

Tsukuru se quedó mirando un rato el rostro afilado de su viejo amigo sin pronunciar palabra.

—Todos tenemos la libertad en nuestras manos —dijo Aka. Y sonrió guiñándole un ojo—. Ésa es la moraleja.

La puerta plateada del ascensor se abrió silenciosamente y los dos se despidieron.

12

A las siete de la tarde del mismo día en que había hablado con Aka, ya estaba de vuelta en su apartamento en Tokio. Deshizo la maleta, metió en la lavadora la ropa sucia y se dio una ducha, pues estaba empapado en sudor. A continuación llamó a Sara al móvil. Como saltó el buzón de voz, dejó un mensaje diciendo que acababa de volver de Nagoya y que lo llamase cuando le viniera bien.

Esperó despierto hasta pasadas las once, pero no recibió ninguna llamada. Al mediodía del día siguiente, martes, cuando ella lo telefoneó, él estaba almorzando en el comedor de la empresa.

—¿Qué? ¿Cómo fue todo en Nagoya? —le preguntó Sara.

Tsukuru se levantó del asiento y se dirigió a un rincón tranquilo, en el pasillo. Le contó que se había presentado sin avisar en el concesionario de Lexus y en el despacho de Aka, y que había podido hablar con ellos.

—Ha sido una buena idea ir a verles. Me he enterado de muchas cosas —concluyó.

—Me alegro —dijo Sara—. Al final no has hecho el viaje en vano.

—Si te apetece, podemos quedar y hablar con calma.

—Espera un segundo. Voy a mirar en la agenda.

Repasó sus compromisos en apenas quince segundos. Entretanto, Tsukuru contempló desde la ventana las calles de

Shinjuku. Gruesas nubes cubrían el cielo. Parecía que iba a ponerse a llover de un momento a otro.

—Pasado mañana tengo la noche libre. ¿Y tú? —dijo Sara.

—Me va bien, sí. Podemos cenar juntos —le dijo Tsukuru. No le había hecho falta abrir la agenda. Por lo general, tenía todas las noches libres.

Decidieron dónde se encontrarían y pusieron fin a la conversación. Tras pulsar la tecla de colgar, notó una ligera molestia en el pecho. Como si no hubiera digerido bien algo de la comida. Una sensación que no tenía antes de hablar con Sara. De eso no cabía duda. Pero no consiguió dilucidar qué significaba, si es que significaba algo.

Intentó reproducir mentalmente, con la mayor exactitud posible, la conversación que acababa de mantener con Sara. Lo que ella le había dicho, el tono de su voz, las pausas... Le dio la impresión de que algo había cambiado. Se guardó el móvil en el bolsillo, volvió a su mesa e intentó comerse lo que quedaba en el plato, pero para entonces había perdido el apetito.

* * *

Esa tarde, y durante todo el día siguiente, Tsukuru tuvo que echar una mano a los empleados que acababan de entrar en su empresa; también se desplazó a varias estaciones con el fin de realizar las inspecciones previas a la instalación de nuevos ascensores. Con la ayuda de un asistente, uno de esos jóvenes nuevos en la compañía, tomó medidas para verificar que todo coincidía con los planos que guardaban en la empresa. Para su sorpresa, detectó algunos errores y desajustes. Las causas podían ser muy diversas, pero en aquel momento lo más importante era preparar unos planos fidedignos y detallados antes de emprender las

obras. De otro modo, las consecuencias serían fatales. Como si una unidad de combate desembarcase en una isla desconocida con un mapa plagado de errores.

Una vez terminada la tarea, habló con el jefe de estación y ambos examinaron los diferentes problemas que planteaba la reforma. Con la instalación de los nuevos ascensores, la estación cambiaría, y eso afectaría al desplazamiento de los usuarios. Había que organizar esos cambios. La seguridad de los pasajeros era prioritaria, sin duda, pero también era necesario establecer otras vías para que los empleados de la estación desempeñasen correctamente su labor. Tsukuru era el encargado de proyectar la reforma aunando todos esos elementos y de plasmarla en nuevos planos. Una tarea laboriosa, pero crucial, pues la seguridad de los usuarios estaba en juego. Tsukuru puso manos a la obra. Se le daba bien identificar ese tipo de problemas, enumerarlos e ir resolviéndolos cuidadosamente, uno por uno.

Por otro lado, debía enseñar *in situ* a un joven empleado, falto de experiencia, las peculiaridades de ese trabajo. El joven, apellidado Sakamoto, acababa de licenciarse en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Waseda. Tenía el rostro alargado, era tremendamente callado y nunca sonreía, pero escuchaba con atención y cazaba al vuelo todas las indicaciones que le daban. También tenía maña para tomar medidas. «Este chico vale mucho», pensó Tsukuru.

Con el jefe de la estación que visitaba ese día, una estación de trenes expreso, Tsukuru y Sakamoto estuvieron examinando los detalles de la reforma durante una hora. Como ya era mediodía, les llevaron comida preparada y almorzaron en la oficina del jefe de estación. Luego charlaron relajadamente mientras tomaban una taza de té. El jefe de estación, que era un hombre de mediana edad, entrado en carnes, y muy cordial, contaba con mucha chispa

anécdotas relacionadas con las estaciones. A Tsukuru le gustaba trabajar sobre el terreno y escuchar ese tipo de historias. El hombre empezó a relatarles entonces anécdotas sobre objetos perdidos. La gente se dejaba olvidadas muchísimas cosas en los vagones y en las estaciones, en ocasiones objetos realmente curiosos. Recordaba, por ejemplo, haber encontrado pelucas, una pierna ortopédica, el manuscrito de una novela (empezó a leerla, pero era un tostón), una camisa manchada de sangre bien empaquetada y metida en una caja, una víbora viva, un fajo de unas cuarenta fotografías en color de sexos femeninos, e incluso instrumentos musicales como, una vez, un inmenso pez de madera...

—A veces no sabes qué hacer con ellos —comentó el jefe de estación—. Un conocido mío encontró una bolsa de viaje que contenía un feto. Por suerte, mis empleados todavía no han encontrado algo así. Pero en cierta ocasión, en la anterior estación de la que fui jefe, me trajeron dos dedos en formol.

—Debe de dar bastante angustia —dijo Tsukuru.

—Sí, sí da angustia. Eran dos dedos pequeños. Flotaban dentro de una especie de tarro de mayonesa envuelto en una bonita bolsa de tela. Parecían dedos de niño cortados de cuajo. Avisé a la policía, como es natural. Podía tener relación con algún crimen. Enseguida vino un agente y se lo llevó. —El jefe de estación bebió un sorbo de té—. Una semana después, apareció el mismo agente que se había llevado los dedos e interrogó otra vez al empleado que se los había encontrado en los servicios de la estación. Yo estuve presente. Según el agente, aquellos dedos no pertenecían a un niño. Los análisis en el laboratorio habían revelado que eran dedos de adulto. Si eran pequeños se debía a que eran sextos dedos. El agente nos contó que a veces nacen personas con seis dedos. Los padres suelen encontrar repugnante esa malformación y deciden amputárselos a sus hijos cuando aún son bebés. Pero

también hay personas que los conservan incluso de adultos. Aquellos dos dedos que habían encontrado pertenecían a algún adulto a quien se los habían cortado en una operación quirúrgica y que los había conservado en formol. Dedujeron que se trataría de un varón de entre unos veinticinco y treinta y cinco años de edad, pero desconocían el tiempo transcurrido desde que se los habían cortado. No me imagino cómo pudo llegar a perderlos o abandonarlos en los servicios de la estación. El caso es que no parecían guardar relación con un delito. Al final, los dedos se los quedó la policía. Nadie vino a reclamarlos. Quizá sigan guardados en los almacenes de la policía.

—¡Vaya historia más rara! —dijo Tsukuru—. Si los conservó hasta la edad adulta, ¿por qué decidió cortárselos?

—Sí, es un misterio. A raíz de ello, me interesé por el tema y estuve recabando información. Es un trastorno que se llama polidactilia, y muchas celebridades la han padecido. No sé si será verdad, pero hay testimonios de que Hideyoshi Toyotomi tenía dos pulgares en una mano.[10] Existen muchos otros casos. Pianistas, escritores, pintores, jugadores de béisbol... Entre los personajes de ficción, el doctor Hannibal Lecter de *El silencio de los corderos* tenía seis dedos. No se trata en absoluto de algo excepcional, y de hecho el gen que lo provoca es un gen dominante. Al parecer, aproximadamente una de cada quinientas personas nace con seis dedos, aunque el porcentaje varía según las razas. Sólo que a la mayoría, tal como he dicho antes, se lo amputan sus padres antes del primer año de vida, cuando los dedos empiezan a desempeñar su función. Por eso apenas tenemos ocasión de verlos. Yo, hasta que me trajeron aquel objeto perdido, ni siquiera sabía que existían personas con seis dedos.

—Pues sí que es extraño. Si se trata de un rasgo dominante, ¿cómo es que no hay mucha más gente con seis dedos?

El jefe de estación ladeó la cabeza, dubitativo.

—Tanto no sé.

En ese instante, Sakamoto, que hasta el momento había permanecido callado, tomó la palabra. Abrió la boca con miedo, como si apartase la pesada roca que taponaba la entrada de una caverna.

—Perdonen que me meta donde no me llaman, pero ¿me permiten hacer un pequeño comentario?

—Adelante —dijo Tsukuru sorprendido. Sakamoto no solía expresar su opinión alegremente.

—Mucha gente lo malinterpreta porque no puede evitar una asociación de ideas con la palabra «dominante», pero, en realidad, que sea un rasgo dominante no quiere decir que vaya a extenderse sin control por todo el mundo —dijo Sakamoto—. Dentro de las llamadas enfermedades raras, no pocas son de herencia dominante, pero no por eso se propagan de forma generalizada. Por fortuna, en la mayoría de los casos, sólo afectan a un número reducido de personas. La herencia dominante es únicamente un elemento de distribución tendencial. Hay otros elementos, como, por ejemplo, la supervivencia del más apto y la selección natural. No es más que una suposición, pero imagino que seis dedos son demasiados para el ser humano. A fin de cuentas, cinco son más que suficientes para realizar cualquier operación, o por lo menos resultan lo bastante eficaces. Por eso, aunque se trate de un gen dominante, las personas con seis dedos son muy escasas. En fin, supongo que las leyes de la selección natural están por encima de los genes dominantes.

Tras soltar todo eso de una sentada, Sakamoto volvió a guardar silencio.

—Ya veo —dijo Tsukuru—. Da la sensación de que se parece al proceso por el cual las unidades de cómputo han ido uniformizándose en todo el mundo, pasando del sistema duodecimal al sistema decimal.

—Pues, ahora que lo dice —terció Sakamoto—, esos dos sistemas podrían corresponderse con las manos de seis y de cinco dedos.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre eso? —le preguntó Tsukuru.

—En la universidad asistí a clases de genética. Me interesa el tema —respondió Sakamoto ruborizado.

El jefe de estación se rió alegremente.

—¿Quién lo iba a decir, eh?, las clases de genética son útiles aun trabajando en una empresa ferroviaria. Está claro que hay que estudiar.

—Para un pianista, seis dedos deben de ser una bendición —comentó entonces Tsukuru.

—Pues parece que es al revés —replicó el jefe de estación—. Según varios pianistas, tener dedos de sobra es un estorbo. Sakamoto tiene razón: usar seis dedos quizá sea una carga para el ser humano. Con cinco basta.

—¿Cuáles serán las ventajas de tener seis dedos? —dijo Tsukuru.

El jefe de estación dijo:

—Al buscar información descubrí que, en la Edad Media, en Europa quemaban en la hoguera a las personas con seis dedos, acusadas de brujería. También leí que, durante la época de las Cruzadas, en ciertos países los exterminaron. No sé si será verdad o no, pero, por lo visto, en Borneo a los niños que nacían con seis dedos los consideraban hechiceros. No sé si a eso se le puede llamar una ventaja, pero...

—¿Hechiceros? —dijo Tsukuru.

—Sólo en Borneo.

La pausa del mediodía había acabado, así que pusieron fin a la charla. Tsukuru dio las gracias al jefe de estación por el almuerzo, se levantó de su asiento y volvió al trabajo con Sakamoto.

Mientras hacía las anotaciones pertinentes en el mapa, de pronto le acudió algo a la mente. Era la historia que, muchos años atrás, Haida le había contado sobre su padre. El pianista de jazz que se alojaba en la pensión del balneario en medio de las montañas de Kyūshū había dejado una bolsa de tela sobre el piano antes de empezar a tocar... ¿Y si contenía los sextos dedos de ambas manos conservados en formol? Podría habérselos amputado de adulto y, por algún motivo, los llevaba siempre consigo, metidos en un tarro. Y antes de cada concierto lo colocaba sobre el piano. Como una especie de amuleto.

Por supuesto, no eran más que imaginaciones suyas. Infundadas. Además, de eso hacía ya más de cuarenta años, si es que de verdad había ocurrido. Pero cuanto más lo pensaba, más le parecía que aquélla era la pieza que le faltaba a la historia contada por Haida, el enigma que el relato no descifraba. Al anochecer, Tsukuru se sentó frente a la mesa de dibujo con un lápiz en la mano y estuvo dándole vueltas al asunto.

Al día siguiente, Tsukuru se reunió con Sara en el barrio de Hiroo. Entraron en un pequeño bistró escondido en una zona residencial (Sara conocía un montón de pequeñas casas de comidas en lugares recónditos de Tokio) y, mientras cenaban, Tsukuru le puso al corriente del reencuentro con sus dos viejos amigos y de las conversaciones que había mantenido con ellos. Aunque intentó no explayarse, acabó extendiéndose bastante; aun así, Sara

le prestó atención en todo momento. De vez en cuando lo interrumpía con alguna pregunta.

—Entonces, ¿Shiro les contó a los demás que, cuando se quedó a dormir en tu apartamento, la drogaste y la violaste?

—Eso me dijeron.

—Y lo describió con todo lujo de detalles, a pesar de ser tan tímida y de evitar siempre cualquier tema relacionado con el sexo.

—Eso me contó Ao.

—Además, les dijo que tú tenías dos caras.

—Dijo, más o menos: «Tiene una terrible cara oculta que nadie sospecharía que se esconde detrás de su cara más amable».

Sara meditó un instante con gesto serio.

—Oye, ¿no recuerdas nada al respecto? No sé, quizá hubo algún momento especialmente íntimo entre los dos...

Tsukuru lo negó.

—Jamás. Yo siempre estaba pendiente de que no ocurriera nada así.

—¿Que siempre estabas pendiente?

—Me esforzaba por no verla como alguien del otro sexo. Por eso intentaba no quedarme nunca a solas con ella.

Sara ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿El resto de la pandilla también se esforzaba? Me refiero a si los chicos intentaban no ver a las chicas como miembros del otro sexo, y viceversa.

—Yo no sé qué pensarían ellos. Pero, como te dije una vez, manteníamos el acuerdo tácito de no formar parejas dentro de la pandilla. Eso estaba claro.

—Pero ¿no te parece antinatural? Yo creo que a esas edades lo normal es que surjan relaciones íntimas entre los chicos y las

chicas, que al estar juntos se sientan atraídos sexualmente los unos por los otros.

—A mí sí me apetecía tener novia, salir con una chica. Por supuesto, el sexo también me interesaba. Como a todo el mundo. Podía haberme buscado una novia fuera de la pandilla. Pero por aquel entonces el grupo que formábamos era para mí lo más importante. Ni se me pasaba por la cabeza distanciarme de ellos para hacer algo por mi cuenta.

—¿Era por lo bien que os llevabais?

Tsukuru asintió.

—Cuando estaba con ellos me sentía como una parte imprescindible de algo. Era una sensación especial, que no podía obtener en ningún otro lado.

—Y por esa razón teníais que dejar a un lado el deseo sexual. Para mantener esa unión armónica y sin perturbaciones, recuerdo que lo comentaste. Para que ese círculo perfecto no se rompiese —dijo Sara.

—Considerándolo retrospectivamente, quizá fuese un tanto antinatural. Pero entonces a nosotros nos parecía lo más normal del mundo. Todavía éramos unos adolescentes y todo nos parecía nuevo. Nos habría sido imposible analizar nuestra situación de forma objetiva.

—Es decir, que en cierto sentido estabais encerrados dentro de ese círculo perfecto, ¿no crees?

Tsukuru meditó sobre ello.

—Quizá sí, en cierto sentido. Pero, si era así, lo hacíamos de buena gana. Y aún hoy no me arrepiento de haberlo hecho.

—Interesante... —comentó Sara.

El relato del encuentro de Aka con Shiro, medio año antes de que la asesinaran, atrajo la atención de Sara.

—Aunque sea un poco distinto, me recuerda el caso de una compañera del instituto. Era una chica guapa, tenía estilo, pertenecía a una familia rica que había vivido en el extranjero. Hablaba inglés y francés, y era una de las alumnas que sacaban mejores notas de la clase. Cualquier cosa que hiciera llamaba la atención. Todas le hacían la pelota, y las estudiantes de los cursos inferiores la idolatraban. Teniendo en cuenta que estábamos en un instituto femenino privado, eso era algo bastante excepcional.

Tsukuru asintió.

—Entró en la prestigiosa Universidad del Sagrado Corazón de Tokio y, después, participó en un programa de intercambio de dos años con una universidad francesa. Cuando regresó de Francia, me la encontré un día por casualidad. Hacía mucho tiempo que no la veía y me quedé petrificada. Era como si su cuerpo hubiera perdido todo el colorido tras haber sido expuesta durante largo tiempo a la luz del sol. Su aspecto físico apenas había cambiado, seguía siendo guapa y teniendo estilo..., pero estaba más apagada. Tanto que daban ganas de coger el mando de la televisión para subirle el brillo. Fue muy extraño. Parece mentira que alguien pueda apagarse hasta tal punto en tan pocos años. —Sara estaba esperando a que le trajeran la carta de los postres—. No éramos amigas íntimas, en absoluto, pero teníamos varios amigos en común y volvimos a cruzarnos en alguna otra ocasión. Cada vez que la veía, estaba más y más descolorida. Y a partir de cierto momento, todos dejamos de encontrarla especialmente guapa; perdió todo su encanto. Incluso parecía que ya no era tan inteligente. Se volvió aburrido hablar con ella, sus opiniones eran de lo más

trivial. A los veintisiete años se casó con un alto cargo de la Administración Pública, un hombre a primera vista superficial y anodino. Pero ella no se daba cuenta de que ya no resultaba guapa ni atractiva; no comprendía que ya no llamaba la atención, y seguía comportándose como si fuera la reina de la fiesta. La situación era bastante deprimente. —Le entregaron la carta de los postres y Sara la examinó detenidamente. Poco después cerró la carta y la posó sobre la mesa—. Poco a poco, sus mejores amigas fueron abandonándola. Lo cierto es que daba lástima verla. Más que lástima, se podría decir que provocaba una especie de temor. Algo que todas las mujeres sentimos en mayor o menor medida. El temor a que, cuando nuestro apogeo ya haya pasado, no nos demos cuenta o no logremos asumirlo, y sigamos comportándonos como siempre y todos se rían a nuestra costa o nos den la espalda. En su caso, ese apogeo le llegó mucho antes que a las demás. Eso es todo. Todas sus cualidades florecieron con vigor durante la adolescencia, como un jardín en primavera, y después se puso mustia a marchas forzadas.

Se acercó un camarero de pelo cano y Sara le pidió un sorbete de limón. A Tsukuru no dejaba de sorprenderle que conservara un cuerpo tan estilizado a pesar de que nunca se saltaba el postre.

—Seguramente Kuro podría darte muchos más detalles de lo que le ocurría a Shiro —dijo Sara—. Aunque los cinco formaseis un grupo perfecto y armonioso, hay ciertas cosas que sólo se hablan entre chicas, como te dijo Aka. Y ese tipo de cosas nunca salen de nosotras. Quizá seamos unas charlatanas, pero sabemos guardar ciertos secretos. Sobre todo, cuando tienen que ver con hombres.

Durante un rato intentó llamar la atención del camarero, que estaba en la otra punta del restaurante. Tal vez se arrepentía de haber pedido el sorbete de limón. Debía de pensar que todavía

estaba a tiempo de cambiarlo por otra cosa. Pero se lo pensó mejor y volvió a mirar a Tsukuru.

—¿Entre vosotros tres no os hacíais confesiones?

—No, que yo recuerde —dijo Tsukuru.

—¿Entonces de qué hablabais? —le preguntó Sara.

¿De qué hablaban en aquella época? Lo meditó un rato, pero no consiguió recordarlo. Y eso que siempre hablaban abiertamente, largo y tendido y con entusiasmo…

—No me acuerdo —contestó.

—¡Qué raro! —dijo Sara. Y sonrió.

—El mes que viene habré terminado el proyecto en el que estoy trabajando —dijo Tsukuru—. Si no se tuercen las cosas, me gustaría irme de viaje a Finlandia. Ya se lo he comentado a mi jefe, y en principio parece que no hay problema en que me tome unas vacaciones.

—Si me dices las fechas, puedo ayudarte a preparar el viaje. El billete de avión, la reserva del hotel…, esas cosas.

—Gracias —dijo Tsukuru.

Sara bebió un sorbo de agua. Luego pasó un dedo por el borde del vaso.

—¿Cómo te fue a ti en el instituto? —le preguntó Tsukuru.

—Yo era una chica bastante discreta. Jugaba en el equipo de balonmano. No era guapa y las notas que sacaba no eran precisamente para tirar cohetes.

—¿No estarás siendo demasiado modesta?

Ella se rió y meneó la cabeza.

—La modestia probablemente sea una magnífica virtud, pero no va conmigo. Para serte sincera, no llamaba en absoluto la atención. Creo que no encajaba demasiado en los esquemas del

colegio. Ni los profesores me tenían cariño, ni las alumnas de los cursos inferiores me admiraban. No tuve ni un solo novio, ni nada que se le pareciera, y estaba obsesionada por la espinillas. Tenía todos los cedés de Wham! Me ponía la sosa ropa interior de algodón blanco que mi madre me compraba. Pero yo también tenía buenas amigas. Eran dos. No estábamos tan compenetradas como tu grupo, pero con ellas podía hablar con confianza. Quizá fue eso lo que de alguna manera me ayudó a superar esa adolescencia tan insulsa.

—¿Sigues viéndote con ellas?

—Sí, todavía las conservo. No las veo muy a menudo, porque las dos se han casado y tienen hijos, pero de vez en cuando salimos a comer juntas y nos pasamos horas hablando sin parar. Charlamos de todo, y sin pelos en la lengua.

El camarero les llevó el sorbete de limón y un café *espresso*. Ella comió con ansia. Parecía haber acertado con el postre. Tsukuru miraba alternativamente a Sara y a su taza de café humeante.

—Y ahora, dime, ¿tienes algún amigo? —le preguntó Sara.

—En estos momentos no hay nadie a quien pueda llamar amigo.

Sus cuatro compañeros de instituto habían sido los únicos a los que había podido llamar amigos de verdad. Haida había estado cerca de serlo, aunque por poco tiempo. Después no había habido nadie más.

—Así, sin amigos, ¿no te sientes solo?

—No sé qué decirte… —dijo Tsukuru—. Aunque los tuviese, no creo que pudiera hablar con ellos sin pelos en la lengua.

Sara se rió.

—Es que las mujeres lo necesitamos, en cierta medida. Aunque, por supuesto, hablar sin pelos en la lengua no es lo único para lo que sirven los amigos.

—Claro.

—Por cierto, ¿te apetece un poco de sorbete? Está muy rico.

—No, gracias. Puedes comértelo todo.

Sara se terminó con deleite el resto del sorbete, dejó la cuchara sobre la mesa, se limpió la comisura de los labios con la servilleta y luego se quedó pensativa. Al poco rato alzó la cabeza y miró fijamente a Tsukuru.

—Tsukuru, ¿te importa que vayamos a tu casa?

—Claro que no —respondió él. Levantó la mano y le pidió la cuenta al camarero—. Así que balonmano, ¿eh? —dijo Tsukuru.

—De eso prefiero no hablar —dijo Sara.

Una vez en el apartamento de Tsukuru, hicieron el amor. Él estaba feliz de que volvieran a acostarse juntos, de que Sara le hubiera dado esa oportunidad. Se acariciaron en el sofá y luego fueron a la cama. Debajo del vestido color menta, ella llevaba un conjunto de encaje negro.

—¿Esto también te lo ha comprado tu mamá? —se burló Tsukuru.

—¡Tonto! —dijo Sara, y se echó a reír—. Me lo he comprado yo, por supuesto.

—Y ya no tienes espinillas.

—Lógico.

Ella alargó el brazo y tomó con suavidad el pene erecto de Tsukuru.

Pero poco después, cuando Tsukuru intentó penetrarla, su miembro volvía a estar fláccido. Era la primera vez en su vida que

a Tsukuru le ocurría algo así. Lo dejó confuso, desconcertado. Todo se volvió extrañamente silencioso. En el fondo de sus oídos resonaban, como a lo lejos, los sordos latidos de su sangre.

—No te preocupes —dijo Sara mientras le acariciaba la espalda—. Abrázame. Con eso basta. No le des más vueltas.

—No sé qué me pasa —dijo Tsukuru—. Y eso que durante todo este tiempo no he dejado de pensar en hacer el amor contigo...

—Quizá tenías demasiadas ganas. Pero me hace feliz que pienses tanto en mí.

Se abrazaron y siguieron acariciándose con toda la calma del mundo, pero Tsukuru no logró excitarse lo suficiente. Poco después, ella tenía que marcharse.

Los dos se vistieron en silencio y Tsukuru la acompañó hasta la estación. Mientras caminaban, se disculpó de que las cosas no hubieran salido bien.

—No tiene ninguna importancia, en serio. Así que no te preocupes —le dijo amablemente Sara. Entonces su mano pequeña y cálida tomó la mano de Tsukuru.

Tuvo la sensación de que debía decir algo, pero no le salían las palabras. Se limitó a sentir el tacto de la mano de Sara.

—Tal vez estés un poco desorientado —dijo Sara—. Quizá el viaje a Nagoya, el reencuentro con tus viejos amigos después de tanto tiempo, la conversación que mantuviste con ellos, el descubrimiento de tantas cosas te han dejado un poco confuso. Quizá más de lo que crees.

Era cierto que estaba confuso. Una puerta largo tiempo cerrada acababa de abrirse y, de pronto, todos los hechos a los que había cerrado los ojos se agolpaban en su interior. Hechos completamente imprevistos que aún no había podido ordenar.

—Dentro de ti hay algo que no termina de convencerte —añadió Sara—, algo que te parece que sigue estancado, o como atascado. Ésa es la sensación que tengo.

Tsukuru caviló sobre las palabras de Sara.

—¿Quieres decir que las dudas que tenía no se han aclarado del todo tras mi estancia en Nagoya?

—Sí. Aunque ya te he dicho que no es más que una sensación —dijo Sara. Y después de un silencio, añadió—: A lo mejor, gracias a que ya has conseguido aclarar algunas cosas, lo que aún no sabes ha cobrado más importancia.

Tsukuru suspiró.

—No sé si habré destapado lo que no debía.

—Puede que sólo sea algo temporal —dijo ella—. Quizá lo que has averiguado te ha impactado. Pero por lo menos has dado un paso adelante, estás más cerca de la solución. Eso es lo más importante. Si sigues avanzando, seguro que encontrarás la pieza que explique lo que no sabes, lo que no entiendes.

—Pero quizá me lleve mucho tiempo.

Sara le apretó la mano. Tenía más fuerza de lo que parecía.

—Mira, no hay ninguna prisa. Tómate tu tiempo. Sólo necesito saber si quieres seguir adelante con lo nuestro.

—Claro que sí. Quiero estar contigo.

—¿De verdad?

—No te miento —le aseguró Tsukuru.

—Entonces no importa. Hay tiempo, y yo te esperaré. Yo también tengo que arreglar ciertas cosas.

—¿Arreglar ciertas cosas?

Sara esbozó una sonrisa misteriosa por toda respuesta, y le dijo:

—Ve a Finlandia lo antes que puedas y habla con Kuro. Ábrele tu corazón, sé franco con ella. Seguro que averiguarás algo importante. Muy importante. Lo presiento.

Durante el camino de regreso al apartamento, a Tsukuru se le ocurrió una idea disparatada. ¿Y si, a partir de cierto momento, el tiempo se hubiera bifurcado, desdoblándose? Pensó en Shiro, pensó en Haida, pensó en Sara. El pasado y el presente, así como los recuerdos y las emociones que llevaban aparejados, fluían paralelos.

«Quizá en mi interior haya algo torcido, fallido», pensó Tsukuru. «Como dijo Shiro, es posible que tenga una cara insospechada para quien conoce mi otra cara. Como la cara oculta de la luna, siempre entre tinieblas. Quizá sin haberme dado cuenta, en otro lugar, en un tiempo que no es el lineal, violé *de verdad* a Shiro, hice trizas su corazón. La forcé, de manera deleznable. Quizá mi reverso oscuro acabó sobreponiéndose al claro y lo engulló.»

Cuando se hallaba en mitad de un paso de peatones con el semáforo en rojo, un taxista frenó de golpe y lo insultó.

Volvió a su apartamento, se puso el pijama y, cuando se metió en la cama, el reloj marcaba casi las doce. En ese preciso instante, Tsukuru se dio cuenta de que la erección había vuelto, como si de pronto hubiera reaccionado. Era una erección perfecta; tenía el miembro duro como una piedra. Tanto que le costaba creerlo. ¡Qué ironía! En medio de la oscuridad, exhaló un largo y hondo suspiro. Luego, salió de la cama, encendió la luz del cuarto, fue a buscar una botella de Cutty Sark de la alacena y se sirvió una copita. Después abrió un libro y se puso a leer. De repente, pasada la una, empezó a llover. De vez en cuando el viento arreciaba, como

en una tempestad, y gruesas gotas de lluvia golpeaban oblicuamente los cristales de la ventana.

«En esta cama, en esta habitación, violé a Shiro», pensó de pronto. «Le había echado droga en la bebida, su cuerpo se paralizó, después la desnudé y la forcé. Ella era virgen. Sufrió un dolor intenso, sangró. Y a partir de entonces muchas cosas cambiaron. Ocurrió hace dieciséis años.»

Mientras cavilaba sobre eso y oía el tamborileo de la lluvia en la ventana, la habitación pareció transformarse. No era el dormitorio de siempre, y parecía dotado de vida propia. En esa habitación, poco a poco, Tsukuru dejó de distinguir lo que era real de lo que no lo era. En una realidad, no le había tocado ni un pelo a Shiro. Pero en otra realidad la había violado de manera infame. Y, por más vueltas que le daba, Tsukuru no sabía en qué realidad se hallaba en ese momento.

Cuando logró conciliar el sueño, eran las dos y media de la madrugada.

13

Los sábados y los domingos, Tsukuru iba a la piscina del gimnasio, que quedaba a diez minutos en bicicleta desde su apartamento. Nadaba a crol un kilómetro y medio en treinta y dos o treinta y tres minutos, si lo hacía a buen ritmo. Cuando lo alcanzaban otros nadadores más veloces, se hacía a un lado y dejaba que lo adelantasen. A Tsukuru no le gustaba enzarzarse en carreras para ver quién nadaba más rápido. Ese día, como siempre, buscó a alguien que nadara a una velocidad parecida a la suya y se zambulló en la misma calle. Era un joven delgado que llevaba un bañador de competición negro, gorro también negro y gafas de natación.

Nadar le ayudaba a mitigar el cansancio acumulado y a relajar los músculos. En el agua se sentía más a gusto que en cualquier otra parte. Gracias a la natación, que practicaba durante una media hora dos veces por semana, mantenía cierto equilibrio físico y psíquico. El agua también era un medio ideal para reflexionar. Se parecía al zen. Una vez que había alcanzado cierto ritmo, dejaba que los pensamientos fluyesen por su mente sin ninguna atadura. Era como soltar a un perro en un prado.

—Nadar es lo más placentero que hay después de volar —le había dicho en cierta ocasión a Sara.

—¿Acaso has volado alguna vez? —había replicado Sara.

—Todavía no —había contestado Tsukuru.

Esa mañana, mientras nadaba, pensó en ella. Le vinieron a la mente su rostro y su cuerpo, y recordó que no habían podido hacer el amor. Luego volvió a oír sus palabras: «Dentro de ti hay algo que te parece que sigue estancado, o que obstruye la corriente».

«Quizá tenga razón: la corriente no fluye», reconoció Tsukuru.

Tsukuru Tazaki camina por la vida sin grandes problemas. Eso pensaba mucha gente. Se ha graduado en una reconocida universidad tecnológica, trabaja en una compañía ferroviaria como especialista. En la empresa valoran muy positivamente su trabajo. Sus superiores confían en él. No sufre estrecheces económicas. Cuando su padre falleció, heredó una sustanciosa cantidad de dinero. Es dueño de un apartamento de un dormitorio en una cómoda zona residencial cerca del centro de la ciudad. No ha pedido ningún préstamo. Apenas bebe, no fuma y no tiene aficiones costosas. De hecho, apenas gasta dinero. Tampoco es que sea especialmente ahorrador, ni lleva una vida ascética, pero no se le ocurre en qué gastar el dinero. No necesita coche, se las apaña con poca ropa. De vez en cuando se compra algún libro o algún cedé, pero eso no supone un gran desembolso. Prefiere cocinar en casa que salir a comer, las camisas se las lava y se las plancha él mismo.

Por lo general es callado, no se le da demasiado bien relacionarse con la gente, pero eso no quiere decir que viva completamente aislado. Cada día hace un esfuerzo, hasta cierto punto, para adaptarse a su entorno. No es de los que salen a ligar, pero hasta ahora nunca le ha faltado pareja. Está soltero, es de facciones agradables, y comedido y cuidadoso en la manera de vestir. Por eso las chicas siempre se le han acercado de forma espontánea. O la gente con la que trata le presenta chicas solteras (a Sara la había conocido así).

Tiene treinta y seis años y parece disfrutar de una desahogada vida de soltero. Está sano, no tiene sobrepeso, nunca ha caído enfermo. Jamás ha sufrido un traspié en la vida. Eso debe de pensar la gente de él. Eso pensaban su madre y sus hermanas. «A ti lo que te pasa es que, como vivir solo te resulta tan cómodo, no tienes intención de casarte», le decían. Y al final dejaron de insinuarle que querían presentarle a alguien con vistas a una posible boda. Sus compañeros de empresa pensaban lo mismo.

Ciertamente, a Tsukuru Tazaki no le había faltado de nada en la vida. Nunca había sufrido por no poder conseguir lo que quería. Pero por otra parte, que él recordase, tampoco había saboreado la felicidad de lograr con esfuerzo *lo que de verdad quería*. Los cuatro amigos del instituto eran probablemente lo más preciado que había conseguido hasta entonces. Pero no porque él lo hubiera elegido, sino porque el grupo se había formado de forma espontánea, como una bendición divina. Y hacía ya una eternidad que —de nuevo, de modo ajeno a su voluntad— los había perdido. O que se los habían arrebatado.

Sara era una de las pocas cosas que deseaba. Aún no había llegado al punto de sentirse firmemente convencido, pero esa chica dos años mayor que él le atraía con fuerza. Cada vez que se veían, esa idea iba fortaleciéndose. Y estaba dispuesto a sacrificar muchas cosas para conseguirla. Le resultaba extraño experimentar sentimientos tan intensos. Aun así —¿por qué sería?—, a la hora de la verdad resultaba que las cosas no marchaban tan bien como parecía. Siempre surgía algo que estorbaba la corriente. «Tómate tu tiempo… Yo te esperaré», le había dicho Sara. Pero no era tan fácil. La gente se mueve, cada día cambia. Nadie sabe qué va a ocurrir.

Mientras Tsukuru pensaba en ello casi de manera involuntaria, recorrió, ida y vuelta, los veinticinco metros de la piscina a un

ritmo que lo dejó sin aliento. Ladeaba ligeramente la cabeza y, tras tomar aire, lo expulsaba poco a poco cuando sumergía la cara. Ese ciclo regular había ido convirtiéndose progresivamente en algo mecánico. Para hacer un largo daba siempre el mismo número exacto de brazadas. Se limitaba a abandonarse al ritmo y a contar el número de largos.

Al poco rato Tsukuru se fijó en que las plantas de los pies del hombre que nadaba delante de él en la misma calle le resultaban familiares. Eran clavadas a las plantas de los pies de Haida. Sin querer tragó saliva, y eso alteró el ritmo de su respiración. Le entró agua por la nariz y tardó un poco en volver a estabilizar la respiración sin dejar de nadar. Oyó cómo le latía el corazón con fuerza dentro de la jaula de sus costillas.

«No hay duda. Son los pies de Haida», pensó Tsukuru. Coincidían en el tamaño y la forma, y en la manera concisa y segura de patalear. La espuma que levantaban en el agua también era idéntica: ligera y esponjosa, era tan relajante como el movimiento de sus pies. En la piscina de la universidad siempre observaba las plantas de los pies de Haida cuando nadaba detrás de él. Como cuando alguien, al conducir de noche por una carretera, no aparta la vista de las luces traseras del coche de delante. Su forma se le había quedado grabada en la memoria.

Tsukuru dejó de nadar, salió de la piscina y, sentado en una de las plataformas de impulso, esperó a que el nadador diera la vuelta.

Sin embargo, no era Haida. Por culpa del gorro y las gafas no se le veía bien la cara, pero era demasiado alto y tenía una espalda demasiado ancha para ser Haida. La forma de su cuello también era distinta. Y parecía bastante más joven. Seguramente era un

estudiante universitario. Haida ya debía de rondar los treinta y cinco.

Aun tratándose de una confusión, el corazón de Tsukuru no paraba de latir con fuerza. Se sentó en una de las sillas de plástico que había al lado de la piscina y no le quitó el ojo de encima al nadador desconocido. Nadaba de una manera elegante, con una técnica intachable. Su estilo recordaba al de Haida. Tanto que casi podría decirse que era idéntico. No salpicaba ni hacía más ruido del necesario. El codo se alzaba ágil y bellamente sobre el agua y el brazo volvía a sumergirse empezando por el pulgar. No tenía ninguna prisa. Bajo ese estilo subyacía una idea básica: mantener una serenidad centrípeta. Pero, por más que se pareciesen, aquél no era Haida. Al cabo de un rato, el joven dejó de nadar y salió del agua; se quitó las gafas y el gorro negro y se marchó mientras se frotaba el pelo corto con una toalla. Era un joven de rostro anguloso, y de un aspecto completamente distinto al de Haida.

Tsukuru abandonó la idea de seguir nadando, fue a los vestuarios y se dio una ducha. Luego volvió a su apartamento en bicicleta y, mientras se tomaba un desayuno ligero, pensó: «*Haida es probablemente una de las cosas que se han quedado atascadas dentro de mí*».

Al final, en el trabajo no le pusieron objeciones y pudo tomarse unas vacaciones para ir a Finlandia. Había ido acumulando días de permiso como nieve congelada en el alero de un tejado. Su jefe sólo le dijo, frunciendo el entrecejo:

—¿Finlandia?

—Voy a ver a una amiga del instituto que vive allí —le explicó él—. Además, no creo que vuelva a tener más ocasiones de ir a Finlandia.

—¿Y qué narices hay en Finlandia?

—Sibelius, las películas de Aki Kaurismäki, Marimekko, Nokia, los Mumins… —Tsukuru enumeró lo primero que se le pasó por la mente.

El jefe meneó la cabeza. Parecía que nada de eso le interesaba mucho.

Tsukuru llamó por teléfono a Sara para comunicarle que ya había decidido la fecha en que tomaría el vuelo de Narita a Helsinki. Saldría de Tokio dentro de dos semanas y pasaría cuatro noches en Helsinki.

—¿Vas a avisar a Kuro? —le preguntó Sara.

—No, iré a verla sin avisar, como hice en Nagoya.

—Piensa que Finlandia queda mucho más lejos que Nagoya. Ir y venir lleva un montón de horas. Imagínate que te presentas allí y Kuro se ha ido de vacaciones a Mallorca durante tres días.

—En ese caso, aprovecharé para hacer turismo por Finlandia y luego me volveré.

—Si estás decidido, me parece bien, por supuesto —dijo Sara—. Pero, ya que vas tan lejos, ¿por qué no te acercas a algún otro sitio? Tallin o San Petersburgo están a un paso.

—No, me basta con Finlandia —dijo Tsukuru—. Iré a Helsinki, pasaré cuatro noches y regresaré a Tokio.

—Tendrás pasaporte, ¿no?

—Cuando entré en la empresa me pidieron que lo mantuviera en regla por si acaso. En cualquier momento podrían enviarme al extranjero por asuntos laborales. Pero está sin estrenar.

—En Helsinki creo que podrás defenderte en inglés, pero tal vez en el interior del país la cosa cambie. Mi empresa tiene una pequeña oficina en Helsinki. Una especie de sucursal. Voy a avisarlos para que, si tuvieras cualquier problema, puedas acudir allí.

Hay una chica finlandesa llamada Olga que seguro que te será de ayuda.

—Gracias —dijo Tsukuru.

—Yo me voy a Londres pasado mañana por cuestiones de trabajo. Cuando haya reservado tu billete de avión y el hotel en Helsinki, te enviaré toda la información por correo electrónico. Junto con la dirección y el número de teléfono de nuestra oficina en Helsinki.

—De acuerdo.

—Oye, ¿en serio vas a atravesar el lejanísimo círculo polar ártico para ir a Helsinki a verla sin haber quedado antes?

—¿Te parece una locura?

Ella se rió.

—Yo más bien diría «atrevido».

—Pues tengo la impresión de que así las cosas saldrán mejor. Aunque no sea más que una intuición.

—Entonces te deseo buena suerte —dijo Sara—. ¿Te apetece que quedemos antes de que te vayas? Regreso de Londres a principios de la semana que viene.

—No sé qué decirte —contestó Tsukuru—. Me gustaría verte, por supuesto, pero creo que es mejor que primero vaya a Finlandia.

—¿Eso también es una intuición?

—Sí, algo parecido.

—Así que eres de los que actúan a base de corazonadas.

—No, tampoco es eso. Hasta el día de hoy apenas he tomado decisiones dejándome guiar por la intuición. Igual que nunca he construido una estación de tren dejándome llevar por la intuición. De hecho ni siquiera sé si se le puede llamar intuición. Simplemente creo que será mejor así.

—Bueno, el caso es que sientes que es lo mejor, ¿no? Sea intuición o lo que sea.

—El otro día, mientras nadaba en la piscina, pensé en muchas cosas. En ti, en Helsinki… No sé explicarlo. Era como si, guiándome por la intuición, remontara una corriente.

—¿Mientras nadabas?

—Nadando se puede meditar de maravilla.

Sara se quedó callada un instante, sorprendida.

—Como un salmón.

—Apenas sé nada sobre salmones.

—Los salmones hacen viajes muy largos, obedeciendo un dictado especial —dijo Sara—. ¿Has visto *La guerra de las galaxias*?

—Cuando era pequeño.

—Que la fuerza te acompañe —dijo Sara—. Si los salmones pueden, tú también.

—Gracias. Cuando vuelva de Helsinki te llamaré.

—Esperaré tu llamada.

Y colgaron.

* * *

No obstante, unos días antes de subir al avión con destino a Helsinki, Tsukuru vio por pura casualidad a Sara. Sólo que Sara nunca lo supo.

Esa tarde había ido a Aoyama para comprarle un detalle a Kuro. También quería comprar unos libros ilustrados para sus hijas. En un lugar un poco apartado de la avenida Aoyama había una tienda donde vendían ese tipo de cosas. Cuando terminó, casi una hora después, decidió tomarse un descanso y entró en una cafetería con una gran cristalera que daba a la avenida

Omotesandō. Se sentó al lado de la cristalera, pidió un café y un sándwich vegetal con atún y observó la calle teñida por la luz del ocaso. Entre la gente que pasaba había muchas parejas. Se las veía felices. Todos parecían caminar en dirección a algún lugar donde les esperaba algo divertido. Las siluetas de la gente sosegaron su corazón. Se sentía como un solitario árbol helado en una noche invernal sin viento. Pero eso apenas lo hacía sufrir. Se había acostumbrado hasta tal punto a ese estado que ya no le provocaba excesivo dolor.

Con todo, no pudo evitar pensar lo mucho que le gustaría que Sara estuviese con él en ese momento. Pero no había remedio. Él mismo se había negado a verla. Se lo había buscado. Había congelado sus propias ramas desnudas en aquel fresco atardecer de verano.

¿Había hecho lo correcto?

No estaba seguro. ¿Era buena idea confiar realmente en esa «intuición»? ¿No sería, quizá, una simple convicción sin fundamento, en vez de una corazonada? «Que la fuerza te acompañe», le había dicho Sara.

Tsukuru pensó un rato en los salmones que viajaban hasta el oscuro mar guiados por el instinto o por la intuición.

Justo en ese momento, Sara entró en su campo de visión. Llevaba el mismo vestido verde menta de manga corta de la última vez, y unos zapatos de tacón de color castaño claro, y bajaba la suave pendiente que conduce de Aoyama a Jingū-mae. Tsukuru tragó saliva y, sin querer, frunció el ceño. No podía creer que aquella escena fuese real. Por unos segundos, pensó que era una sofisticada ilusión creada por su corazón solitario. Pero no cabía duda, aquélla era la Sara real, de carne y hueso. Tsukuru se incorporó automáticamente de su asiento, y a punto estuvo de volcar la

mesa. El café se derramó sobre el platillo. Pero enseguida volvió a sentarse.

Junto a Sara caminaba un hombre de mediana edad. Era de constitución robusta, ni alto ni bajo, y vestía una chaqueta de tonos oscuros, una camisa azul claro y una corbata azul marino con puntitos. En su cabello, bien peinado, se entreveía alguna cana. Tendría poco más de cincuenta años. El mentón le sobresalía un poco, pero era bien parecido. En su gesto se percibía la seguridad que transpiran algunos hombres a esa edad. Iban cogidos de la mano, y parecían a gusto. Tsukuru los siguió con la mirada, boquiabierto. Como quien se queda sin palabras en el instante en que éstas empiezan a cobrar forma. Los dos pasaron caminando despacio a poca distancia de donde se encontraba Tsukuru, pero Sara no dirigió la vista hacia él en ningún momento. Estaba abstraída hablando con aquel hombre y parecía no prestar atención a lo que la rodeaba. El hombre hizo un breve comentario y Sara se echó a reír abriendo mucho la boca. Tanto que se le vieron claramente los dientes.

Y la muchedumbre se los tragó en el anochecer. Aun así, Tsukuru siguió un buen rato mirando fijamente el lugar por el que habían desaparecido. Con la leve esperanza de que Sara volviera sobre sus pasos. Quizá se había dado cuenta de que Tsukuru estaba allí y regresaría para darle explicaciones. Pero ella no volvió. Tan sólo pasaban, una tras otra, personas de diversos aspectos y con diversos atuendos.

Corrigió la postura sobre el asiento y bebió un trago de agua helada. Le invadió una desolada tristeza. Sintió un dolor punzante en el costado izquierdo, como si le hubieran hecho un corte con un objeto afilado. Incluso sintió como si de la herida manase sangre tibia que se le deslizaba por la piel. Sí, quizá fuese sangre. Hacía mucho tiempo que no sentía tal dolor. Quizá desde que sus

cuatro mejores amigos lo habían abandonado durante el verano del segundo año de carrera. Cerró los ojos y durante un rato vagó a la deriva por ese mundo de dolor, como si sumergiese su cuerpo en agua. Intentó consolarse pensando que al menos sentía dolor. Más penoso habría sido no sentir nada.

Varios sonidos se mezclaron fundiéndose en uno solo, muy agudo, que le atravesó los oídos. Era un ruido particular que únicamente se podía captar en medio de un profundo silencio. No procedía de fuera. Lo producía él mismo en sus entrañas. Todas las personas viven con ese sonido en su interior. Pero apenas tienen ocasión de oírlo.

Al abrir los ojos, tuvo la impresión de que el mundo había cambiado. La mesa de plástico, las simples tazas blancas de café, el sándwich a medio comer, el viejo Tag Heuer (un recuerdo de su difunto padre) que llevaba en la muñeca izquierda, el periódico abierto, las hileras de árboles que bordeaban la avenida, los escaparates de las tiendas de enfrente, ya iluminadas. Todo parecía haberse deformado. Las cosas tenían ahora un perfil impreciso, carecían de su volumen usual. Las proporciones también estaban equivocadas. Respiró hondo varias veces para tranquilizarse.

El dolor que sentía en el corazón no se debía a los celos. Tsukuru sabía cómo eran los celos, los había experimentado intensamente en sueños. La sensación que provocaban permanecía muy viva en su cuerpo. Sabía lo asfixiantes que podían resultar, conocía la impotencia que generaban. Y lo que ahora sentía no tenía nada que ver con ese tipo de sufrimiento. Era pura tristeza. Una tristeza como la que habría sentido si lo hubieran abandonado en el interior de una fosa profunda y oscura. Pero, al fin y al cabo, no dejaba de ser tristeza. Algo que Tsukuru agradeció.

Lo que más le hacía sufrir no era haber visto a Sara por la calle cogida de la mano de otro hombre. Ni pensar en la posibilidad de

que a continuación fuera a acostarse con él. Naturalmente, para Tsukuru era muy duro imaginársela desnuda en la cama con otro hombre. Le costó un gran esfuerzo apartar esa imagen de su cabeza. Pero Sara era una mujer independiente de treinta y ocho años, soltera y libre. Tenía su propia vida. Igual que Tsukuru tenía la suya. Podía ir a donde le apeteciese con quien le apeteciese para hacer lo que le apeteciese.

Lo que le impactó fue que la cara de Sara irradiase felicidad. Mientras hablaba con aquel hombre, todo su rostro sonreía. Con Tsukuru nunca había mostrado una alegría tan franca. Ni una sola vez. Cuando estaba con Tsukuru parecía controlar automáticamente, en cualquier situación, todos y cada uno de sus gestos. Eso fue lo que realmente le desgarró y angustió.

De vuelta en su apartamento, hizo los preparativos para el viaje a Finlandia. Moverse era una manera de evitar pensar. Aunque no tuviese mucho que preparar. Tan sólo ropa para algunos días, un neceser con artículos de aseo, un par de libros para leer en el avión, el bañador y las gafas de natación (siempre los metía en la maleta, fuera a donde fuese) y un paraguas plegable. Guardó todo en una bolsa que llevaría como equipaje de mano. Ni siquiera metió la cámara fotográfica. ¿De qué le servirían las fotos? Lo que él buscaba era una persona de carne y hueso, palabras vivas.

Cuando terminó de preparar el equipaje, sacó los discos de los *Años de peregrinación* de Liszt. Hacía mucho que no los escuchaba. El conjunto de tres elepés con la interpretación de Lázar Berman. Se los había dejado Haida quince años atrás. Si aún conservaba el viejo tocadiscos era para poder escuchar aquellos

álbumes. Colocó el primer disco en el plato, por la cara B, y bajó la aguja.

Première année: Suisse. Se sentó en el sofá y, con los ojos cerrados, prestó atención a la música. *Le mal du pays* era la octava pieza de la obra, y estaba al principio de la cara B de aquel disco. Casi siempre era ésa la primera pieza que escuchaba, hasta el *Sonetto 47 del Petrarca*, del segundo año, *Italie*. Entonces terminaba esa cara y la aguja se levantaba por sí sola.

Le mal du pays. Aquella pieza tranquila y melancólica fue dibujando poco a poco la tristeza informe que envolvía su corazón. Como si en el aire una fina nube de polen se adhiriera a una criatura transparente y, calladamente, su figura fuese adquiriendo forma ante nuestra mirada. Esta vez acabó cobrando la forma de Sara. Sara con su vestido color menta de manga corta.

Volvió a sentir aquel dolor en el pecho. No era un dolor intenso. Era tan sólo el recuerdo de un dolor intenso.

«Qué se le va a hacer», se dijo Tsukuru. Lo que ya de por sí estaba vacío se había vaciado aún más. ¿A quién podía quejarse? Todos se acercaban a él, comprobaban lo vacío que estaba e inmediatamente después se marchaban. Al final Tsukuru Tazaki volvía a quedarse solo y vacío, quizá aún más vacío que antes. Eso era todo.

Sin embargo, a veces la gente le dejaba pequeños recuerdos. Haida le había dado la caja de discos de los *Años de peregrinación*. Seguro que los había dejado en su apartamento a propósito. Era imposible que se los hubiera olvidado. Y Tsukuru adoraba aquella música porque lo unía a Haida y a Shiro. Era, por así decirlo, una especie de vena que unía a tres seres alejados. Una vena fina como un suspiro, pero por la que aún corría sangre roja. Lo propiciaba el poder de la música. Cada vez que escuchaba aquella música, sobre todo *Le mal du pays*, se acordaba con

nitidez de los dos. En ocasiones, le parecía sentirlos a su lado, respirando en silencio.

Ambos se habían alejado de su vida en cierto momento. De repente, sin comunicarle el motivo. Aunque no era exactamente que se hubieran alejado. Sería más correcto decir que habían cortado con él, que lo habían abandonado. Ello había herido a Tsukuru, como es natural, y todavía conservaba la cicatriz. Pero quienes de verdad habían sufrido, recibido una herida, eran más bien los otros dos, Haida y Shiro. Eso pensaba Tsukuru desde hacía poco.

«Puede que tenga una vida vacua, insustancial», se dijo Tsukuru. Pero precisamente porque carecía de sustancia, algunas personas habían encontrado cobijo en ella, siquiera por un tiempo. Como pájaros solitarios que se desplazan de noche en busca de algún desván seguro donde reposar durante el día. A las aves les gustan esos lugares vacíos, silenciosos y en penumbra. De ser así, quizá Tsukuru debía alegrarse de estar vacío.

Cuando se apagó el eco de las últimas notas del *Sonetto 47 del Petrarca*, el disco se terminó, la aguja ascendió y el brazo se movió horizontalmente hasta volver a su apoyo. Entonces Tsukuru volvió a colocar la aguja al inicio de la misma cara. La aguja recorrió silenciosamente los surcos del álbum y Lázar Berman repitió su interpretación. Exquisita y bellísima.

Tras escuchar esa cara por segunda vez consecutiva, Tsukuru se puso el pijama y se metió en la cama. Luego apagó la luz de la mesilla de noche y dio las gracias por llevar en el corazón tan sólo una profunda tristeza y no el pesado yugo de los celos, que sin duda no le habrían dejado dormir.

Al cabo de un rato apareció el sueño y fue envolviéndolo poco a poco. Durante unos segundos, sintió en todo el cuerpo su añorada dulzura. Ésa fue otra de las pocas cosas por las que Tsukuru dio las gracias aquella noche.

En sueños, oyó el canto de las aves nocturnas.

14

Tras aterrizar en el aeropuerto de Helsinki, lo primero que hizo fue cambiar yenes por euros, después buscó una tienda de telefonía móvil y compró el aparato de prepago más sencillo que había. Acto seguido, se colgó la bolsa de viaje del hombro y se dirigió a la parada de taxis. Subió a un viejo modelo de Mercedes-Benz y le indicó al taxista el nombre de su hotel, que se encontraba en pleno centro.

Al salir del aeropuerto tomaron la autopista. Aun después de observar los tupidos bosques verdes y los paneles publicitarios escritos en finlandés, y a pesar de que era su primer viaje al extranjero, no tuvo la impresión de encontrarse en otro país. Había tardado mucho tiempo en llegar hasta allí, pero tenía la misma sensación que cuando viajaba a Nagoya. La única novedad era el tipo de moneda que llevaba en la cartera. Además, iba vestido como de costumbre: unos chinos, un polo negro, unas zapatillas deportivas y una chaqueta de algodón marrón claro. Sólo se había llevado la ropa imprescindible. Si le hacía falta más, se la compraría allí mismo.

—¿De dónde viene? —le preguntó en inglés el taxista, mirándolo a la cara. Era un hombre de mediana edad con una poblada barba que se extendía desde las mejillas hasta el mentón.

—De Japón —respondió Tsukuru.

—Pues para venir de tan lejos no ha traído mucho equipaje.

—Es que no me gusta cargar con demasiadas cosas.

El taxista se rió.

—A nadie le gusta cargar con demasiadas cosas. Pero, en cuanto te descuidas, ya tienes la maleta a punto de reventar. *C'est la vie*. —Y volvió a echarse a reír.

Tsukuru también se rió.

—¿A qué se dedica? —le preguntó entonces el taxista.

—Construyo estaciones de ferrocarril.

—¿Es usted ingeniero?

—Sí.

—No habrá venido a Finlandia a construir una estación, ¿no?

—No, he venido de vacaciones, a visitar a unos amigos.

—Muy bien —dijo el taxista—. Las vacaciones y los amigos son las dos mejores cosas de esta vida.

¿Les gustaría a todos los finlandeses soltar sentencias sobre la vida o sería tan sólo una inclinación de aquel taxista? Tsukuru deseaba que fuera lo segundo.

Cuando, una media hora después, el taxi llegó a la entrada del hotel en Helsinki, Tsukuru se percató de que se le había olvidado averiguar con la ayuda de alguna guía de viaje cuánto había que dejar de propina, si es que allí acostumbraban a dejar algo (de hecho, antes de viajar no se había informado en absoluto sobre el país). Así que al final le dio de propina un poco menos del diez por ciento de lo que indicaba el taxímetro. El conductor le entregó el recibo con cara de felicidad, así que no debía de haberse equivocado. Y si se había equivocado, estaba claro que el hombre no se había molestado.

El hotel que había elegido Sara era un edificio antiguo situado en el centro de la ciudad. Un apuesto botones rubio lo acompañó a su habitación, en la cuarta planta, adonde subieron en un viejo ascensor que traqueteaba. Los muebles eran anticuados y había

una cama de gran tamaño. El papel de las paredes, descolorido, tenía dibujadas diminutas agujas de pino. La bañera era clásica, con patas. Había una ventana de guillotina cubierta por una cortina gruesa y un visillo fino de encaje. Todo destilaba un olor a nostalgia. Desde la ventana se divisaba una calle ancha por cuyo centro pasaba un tranvía de color verde. Era una habitación acogedora. No había cafetera y el televisor no tenía pantalla LCD, pero tampoco los necesitaba.

—Gracias. Me quedo con la habitación —le dijo Tsukuru al botones. Y de propina le entregó dos monedas de un euro. El botones sonrió y abandonó la habitación en silencio, como un gato avispado.

Se duchó y se cambió de ropa, y cuando acabó ya atardecía. Sin embargo, todavía había luz. Una medialuna blanca colgaba nítida del cielo. Parecía una piedra pómez desgastada. Alguien la había lanzado al cielo y por algún motivo se había quedado allí suspendida.

Bajó al vestíbulo, se dirigió a la recepción y una mujer pelirroja le ofreció un mapa gratuito de la ciudad. Luego él le dio la dirección de la sucursal de la empresa de Sara y ella le hizo un croquis. Quedaba apenas a tres manzanas del hotel. Siguiendo el consejo de la recepcionista, compró una tarjeta válida para viajar en autobús, metro y tranvía. Luego la mujer le dio algunas indicaciones y le entregó un mapa de la red de transporte. Debía de pasar de los cuarenta y cinco, tenía los ojos de color verde claro y era muy atenta. Cuando hablaba con mujeres mayores que él, Tsukuru siempre se sentía cómodo. Por lo visto, le ocurría lo mismo en cualquier parte del mundo.

Desde un rincón tranquilo del vestíbulo telefoneó al piso de Kuro con el móvil que había comprado en el aeropuerto. Saltó el contestador. Una voz grave de hombre habló en finlandés durante unos veinte segundos. Al final sonó un pitido, por lo que Tsukuru intuyó que podía dejar un mensaje. Sin embargo, cortó la comunicación sin decir nada. Tras una breve pausa volvió a probar, con idéntico resultado. La voz del contestador debía de pertenecer al marido de Kuro. Aunque Tsukuru no entendió nada, sonaba claro y directo. Era la voz de un hombre sano que lleva una vida sin estrecheces.

Tsukuru colgó y se guardó el móvil en el bolsillo. Respiró hondo. Tuvo un mal presentimiento: «Puede que Kuro no esté en Helsinki. Tiene marido y dos hijas pequeñas. Ya estamos en julio. A lo mejor se han ido todos a pasar las vacaciones de verano a Mallorca, como dijo Sara».

El reloj marcaba las seis y media. Seguro que la oficina de la agencia de viajes estaría ya cerrada. Pero no perdía nada por probar. Una vez más, se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de la oficina. Contra toda expectativa, aún había alguien.

Una voz femenina dijo algo en finlandés.

—Por favor, ¿podría hablar con la señorita Olga? —preguntó Tsukuru en inglés.

—Sí, soy yo. Dígame —respondió la chica en un inglés impecable, sin acento.

Tsukuru le dio su nombre. Le dijo que Sara le había comentado que podía llamarla si tenía algún problema.

—Ah, sí, señor Tazaki, es verdad. Sara me ha hablado de usted —dijo Olga.

Él le explicó la situación. Que había ido a visitar a unos amigos y no entendía el mensaje grabado en el contestador de su casa.

—Señor Tazaki, ¿está usted en su hotel?

—Sí —contestó Tsukuru.

—La oficina está cerrada en estos momentos. En media hora estoy ahí. ¿Nos vemos en el vestíbulo?

Olga era rubia y vestía unos vaqueros ceñidos y una camiseta blanca de manga larga. Debía de rondar los veinticinco años. Medía aproximadamente un metro setenta y tenía la cara rolliza y con buen color. Daba la impresión de haber nacido en el seno de una familia de campesinos acomodada y de haberse criado entre afables gansos parlanchines. Llevaba el pelo recogido y un bolso de charol negro colgado del hombro. Entró en el hotel con la espalda recta y a grandes zancadas, igual que una repartidora de correo.

Se saludaron con un apretón de manos y se sentaron en un gran sofá en medio del vestíbulo.

Sara había visitado Finlandia en varias ocasiones y siempre trabajaba con Olga. A ésta parecía caerle bien Sara, no sólo como colega.

—Hace mucho que no la veo. ¿Qué tal le va? —preguntó ella.

—Bien. Tiene mucho trabajo, siempre está volando de un lado para otro —respondió Tsukuru.

—Me dijo por teléfono que eras su nuevo amigo íntimo.

Tsukuru sonrió. «Su nuevo amigo íntimo», repitió para sus adentros.

—Si puedo hacer algo por ti, te ayudaré encantada. Pídeme lo que sea —dijo Olga risueña, mirándolo fijamente.

—Gracias. —Tenía la sensación de que estaba evaluando si era o no un buen partido para Sara. «Ojalá me dé el aprobado», pensó Tsukuru.

—¿Me permites escuchar el mensaje del contestador? —dijo Olga.

Tsukuru cogió el móvil y marcó el número del piso de Kuro. Entretanto, Olga sacó del bolso un cuaderno y un fino bolígrafo plateado y se los colocó sobre las rodillas. Cuando oyó el primer tono, Tsukuru le pasó el teléfono a Olga. Ella prestó atención al mensaje con gesto serio mientras tomaba rápidas notas. Luego cortó la comunicación. Parecía una chica eficiente.

—Debe de ser el marido —dijo Olga—. El viernes de la semana pasada se fueron a su casa de veraneo. No regresan hasta mediados de agosto. Han dejado el número de teléfono de esa casa.

—¿Está lejos?

Ella meneó la cabeza.

—No lo sé. Lo único que sé por el mensaje, además del número de teléfono, es que está en Finlandia. Podría llamar y preguntarles dónde se encuentra.

—Si me haces ese favor, te lo agradecería —dijo Tsukuru—. Pero no menciones mi nombre, mi intención es ir a visitarlos sin avisar.

El rostro de Olga se tiñó ligeramente de curiosidad. Tsukuru se explicó:

—Es una muy buena amiga de cuando iba al instituto, hace mucho que no la veo. No creo que se espere encontrarme aquí. Quiero presentarme de pronto y darle una sorpresa.

—*Surprise!* —dijo ella. Levantó las manos, que tenía apoyadas sobre las rodillas, y abrió las palmas hacia el techo—. ¡Qué divertido!

—Espero que a ellos les parezca igual de divertido.

—¿Fue novia tuya? —le preguntó Olga.

Tsukuru meneó la cabeza.

—No, no. Pertenecíamos a la misma pandilla. Eso es todo. Pero éramos amigos íntimos.

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

—Los amigos del instituto son un tesoro. Yo también tengo una amiga de esa época y aún hoy hablamos a menudo.

Tsukuru asintió.

—Así que tu amiga se casó con un finlandés, se vino a vivir aquí y hace mucho tiempo que no la ves.

—Han pasado dieciséis años.

Olga se rascó una sien con el dedo índice.

—Entendido. Voy a probar a preguntarles dónde están sin mencionar tu nombre. Ya se me ocurrirá algo. ¿Me puedes decir cómo se llama ella?

Tsukuru apuntó el nombre de Kuro en una hoja del cuaderno.

—¿En qué ciudad se encontraba vuestro instituto?

—En Nagoya —contestó él.

Olga volvió a coger el móvil de Tsukuru y marcó el número que habían dejado en el mensaje del buzón de voz. Tras varios tonos, alguien atendió la llamada. Olga habló en finlandés en tono afable. Explicó algo, su interlocutor le hizo alguna pregunta al respecto y ella volvió a darle una explicación breve. Mencionó en varias ocasiones el nombre de Eri. El intercambio de palabras se repitió unas cuantas veces hasta que el interlocutor pareció quedar convencido. Olga tomó el bolígrafo y anotó algo en una hoja. Luego le dio las gracias educadamente y colgó.

—Hemos tenido suerte —dijo Olga.

—Estupendo.

—La familia se apellida Haatainen. El nombre de pila del marido es Edvard. Están pasando el verano en una casa que tienen a orillas de un lago en las afueras de la ciudad de Hämeenlinna, al noroeste de Helsinki. Por supuesto, con Eri y las niñas.

—¿Cómo conseguiste sacarle toda esa información sin mencionar mi nombre?

Olga esbozó una sonrisa traviesa.

—Le he contado una mentirijilla. Me he hecho pasar por una repartidora de FedEx. Le he dicho que habíamos recibido un paquete de Nagoya para Eri y le he preguntado dónde podía entregarlo. El marido, que es el que me ha atendido, me ha dado la dirección sin más. Aquí está.

Olga le alargó la hoja. A continuación se levantó y fue hasta la recepción, donde le dieron un sencillo mapa del sur de Finlandia. Extendió el mapa y con un bolígrafo indicó dónde quedaba Hämeenlinna.

—Esto es Hämeenlinna. La situación exacta de la casa podemos buscarla en Google. Como la agencia ya está cerrada, lo buscaré y mañana te lo imprimiré.

—¿Cuánto se tarda en ir a Hämeenlinna?

—Está a unos cien kilómetros, así que, como máximo, se tarda una hora y media. Hay una autopista que conecta directamente Helsinki con Hämeenlinna. También se puede ir en tren, pero para llegar a la casa será mejor que vayas en coche.

—Entonces alquilaré uno.

—En Hämeenlinna hay un bello castillo al borde del lago, y también está la casa natal de Sibelius, pero creo que no has venido para hacer turismo. ¿Podrías pasarte mañana por la mañana por la agencia? Abrimos a las nueve. Cerca hay una agencia de alquiler de coches, así que puedo organizarlo para que alquiles uno lo antes posible.

—Desde luego, no sé qué habría hecho sin tu ayuda —le dijo Tsukuru.

—Los nuevos amigos de Eri son también mis amigos —dijo Olga guiñándole un ojo—. Ojalá puedas ver a Eri. Seguro que se quedará muy sorprendida.

—Sí, porque he venido sólo para eso.

Olga, tras titubear un instante, se atrevió a preguntar:

—Ya sé que no es de mi incumbencia, pero si has venido desde tan lejos sólo para verla, será por algo muy importante, ¿no?

—Sí, para mí lo es —contestó Tsukuru—, pero quizá no lo sea tanto para ella. Digamos que he venido para comprobar algunas cosas.

—Suena complicado.

—Sí, me parece que es demasiado complicado para explicártelo en mi inglés.

Olga se rió.

—En la vida siempre hay cosas demasiado complicadas para explicarlas en cualquier idioma.

Tsukuru asintió. Estaba visto que la costumbre de soltar sentencias era común a todos los finlandeses. Quizá guardaba relación con los largos inviernos. Pero Olga estaba en lo cierto. No era por el inglés: las cosas complicadas lo son por sí mismas, independientemente del idioma en que se quieran contar. Tal vez.

Olga se levantó del sofá, Tsukuru la imitó y se dieron un apretón de manos.

—Entonces, te espero mañana por la mañana. Imagino que tendrás *jet lag* y, como no oscurece hasta muy tarde, a la gente que no está habituada le cuesta dormir. Por si acaso, pide que te llamen de recepción por la mañana para despertarte.

Tsukuru le dijo que lo haría. Ella, con su bolso colgado del hombro, volvió a atravesar el vestíbulo a zancadas y salió por la entrada principal. Caminando bien recta, y sin volverse ni una sola vez.

Tsukuru dobló la hoja que le había dado y se la guardó en la cartera. El mapa se lo metió en un bolsillo. Luego salió del hotel y paseó por las calles de Helsinki.

Al menos ya sabía la dirección de Eri. Estaba en el país. Con su marido y sus dos hijas pequeñas. Sólo faltaba saber si querría ver a Tsukuru. Quizá se negase a recibirlo, a pesar de haber sobrevolado el círculo polar ártico sólo para verla. Su plan no era tan descabellado. Por lo que le había contado Ao, Kuro había sido la primera en ponerse del lado de Shiro cuando ésta contó lo de la violación, y Kuro fue quien pidió que cortaran toda relación con Tsukuru. No podía imaginarse qué sentimientos abrigaría hacia él. Shiro había muerto, asesinada, hacía seis años y el grupo llevaba mucho tiempo disuelto. Quizá lo tratase con frialdad. Sin embargo, para averiguarlo no tenía más que encontrarse con ella.

Eran las ocho pasadas, pero como Olga había dicho, no había el menor indicio de que fuese a oscurecer. La mayoría de las tiendas estaban aún abiertas y la gente caminaba por las calles como si estuvieran en pleno día. En los bares los parroquianos bebían vino y cerveza mientras charlaban animadamente. Por las viejas calles empedradas flotaba un olor a pescado a la brasa. Le recordó el aroma a caballa que salía de algunos restaurantes japoneses. Hambriento, Tsukuru siguió el rastro de ese olor y se adentró por una callejuela, pero no consiguió averiguar de dónde procedía. Cuando ya llevaba un rato recorriendo las calles, el olor se disipó hasta desaparecer.

Como le daba pereza ponerse a buscar un restaurante, entró en la primera pizzería que vio, se sentó a una mesa de la terraza y pidió un té con hielo y una pizza Margarita. Le pareció oír a Sara decirle, entre risas: «¡Mira que volar hasta Finlandia para comer una pizza Margarita!». Lo cierto era que estaba mucho más buena

de lo que esperaba. Parecía hecha en un horno de leña de verdad; fina y crujiente, ligeramente chamuscada en algunas zonas.

La pizzería, un local sin pretensiones, estaba llena de familias y de parejas jóvenes. También había grupos de estudiantes. Todos tenían en la mano un vaso de vino o una cerveza. Muchos de ellos fumaban. Tras echar un vistazo a su alrededor, Tsukuru constató que era el único que estaba solo y que bebía té con hielo. La gente hablaba animadamente, en voz alta, y, aparentemente, en finlandés. No vio a nadie con pinta de turista. Fue en ese momento cuando Tsukuru se sintió por fin un extranjero lejos de su país. Por lo general, estuviera donde estuviese, casi siempre comía solo. Pero ahora estaba doblemente solo. Era un forastero y todos los que lo rodeaban charlaban en un idioma que no entendía.

Era una soledad distinta de la que sentía en Japón. «No está tan mal», concluyó. Estar doblemente solo quizá fuera una doble negación de la soledad. Era lógico que él, un extranjero, estuviera solo. No tenía nada de raro. Al pensar en ello, se sintió bien. «Me encuentro en el lugar correcto.» Levantó la mano para llamar al camarero y pidió una copa de vino tinto.

Poco después de que le trajesen el vino, se acercó a la terraza un anciano que tocaba el acordeón. Vestía un chaleco raído y un panamá, y lo acompañaba un perro de orejas puntiagudas. Con mucha maña, como si atase un caballo, enlazó la correa del animal a una farola y, apoyado en ella, empezó a tocar lo que Tsukuru dedujo que eran canciones populares nórdicas. Lo hacía muy bien, con la destreza de quien toca a menudo. En algunas piezas incluso se arrancaba a cantar. Hubo una petición entre el público y el anciano cantó *Don't Be Cruel*, de Elvis Presley, en finlandés. El perro, negro y flaco, permanecía sentado, mirando absorto frente a él, como enfrascado en sus recuerdos, sin prestar atención a lo que lo rodeaba. No movía ni un ápice las orejas.

«En la vida siempre hay cosas demasiado complicadas para explicarlas en cualquier idioma», había dicho Olga.

«Así es», reconoció Tsukuru mientras tomaba un sorbo de vino. «Difíciles de explicar no sólo a los demás, sino también a uno mismo. Y cuando se fuerzan las explicaciones, a menudo se acaba mintiendo. En cualquier caso, mañana se aclararán muchas cosas. Sólo tienes que esperar. Y si no se aclara nada, qué se le va a hacer. Habrás hecho todo lo que estaba en tus manos.» Tsukuru Tazaki, el que no tenía color, podría seguir viviendo sin color. Con ello no molestaba a nadie.

Pensó en Sara. En su vestido verde menta, en su alegre sonrisa y en el hombre de mediana edad junto al que caminaba de la mano. Pero ese pensamiento no lo condujo a nada. El corazón humano es un pájaro nocturno. Espera algo en silencio y, cuando llega el momento, alza el vuelo y se dirige en línea recta hacia ello.

Cerró los ojos y prestó atención a la música que tocaba el acordeonista. En medio de la algarabía de voces, distinguió una sencilla melodía. Era como una sirena de niebla amortiguada por el rumor de las olas.

Tsukuru se bebió la mitad de la copa de vino, dejó un billete y unas monedas sueltas y se levantó. Depositó unos euros en el panamá del acordeonista, que había dejado en el suelo, delante de él, y después, como todo el mundo, acarició la cabeza del perro atado a la farola. El animal, inmóvil como una figura decorativa, ni se inmutó. Después Tsukuru, con pasos lentos, inició el regreso al hotel. Por el camino se acercó a un quiosco y compró una botella de agua mineral y un mapa más detallado del sur de Finlandia.

En un parque situado en medio de una gran avenida, había mesas de ajedrez de piedra en las que jugaban algunos hombres, en su mayoría ancianos; se habían traído sus propias piezas. A diferencia de los clientes de la pizzería, estaban muy callados. Igual que quienes los observaban. Y es que para pensar se necesita un silencio absoluto. La mayoría de los viandantes que se habían detenido para verlos iban acompañados de sus perros. Los chuchos también guardaban silencio. El viento traía unas veces un aroma a pescado asado y, otras, a kebab. Pese a que eran las nueve de la noche, vio una floristería abierta. Las flores estivales eran una explosión de color; parecían haber olvidado que era de noche.

Al llegar al hotel, se dirigió a la recepción y pidió que lo despertasen a las siete de la mañana. Luego, acordándose de repente, preguntó:

—¿Hay alguna piscina cerca del hotel?

El recepcionista, con gesto pensativo, hizo memoria, y luego meneó la cabeza hacia los lados, contrito. Como si se disculpara por los defectos de su país, tanto en la actualidad como a lo largo de la historia.

—Lo siento, pero no.

Tsukuru subió a su habitación, corrió las gruesas cortinas y, una vez que comprobó que no se filtraba ni el menor rayo de luz, se acostó. Con todo, la luz atravesaba las cortinas, como un antiguo recuerdo difícil de borrar. Al mirar al techo de la habitación, se le antojó extraño que fuera a encontrarse con Kuro en Helsinki y no en Nagoya, como tantos años atrás. Y la claridad de las noches nórdicas le provocó un extraño estremecimiento. Su cuerpo le pedía dormir, y su mente, seguir en vela durante un rato.

Luego pensó en Shiro. Hacía mucho tiempo que no soñaba con ella. Antes solía verla en sueños. Casi siempre eran fantasías sexuales en las que se corría con intensidad dentro de ella. Y al despertar, mientras limpiaba el pijama manchado de semen en el lavabo, se sentía confuso. Lo acometían, por un lado, el sentimiento de culpabilidad y, por otro, un vivo deseo. Una sensación peculiar que quizá sólo se experimenta en lugares oscuros, ocultos, en los que lo real y lo irreal se mezclan furtivamente. Sin embargo, para su sorpresa, echaba de menos esa sensación. No le importaba lo que soñara esa noche, y tampoco cómo se sentiría. Quería soñar una vez más con Shiro.

Al poco rato se quedó dormido, pero no soñó.

15

A las siete lo llamaron para despertarlo. Se levantó con la impresión de haber dormido profundamente durante muchas horas. Su cuerpo se hallaba sumido en un agradable torpor que no lo abandonó hasta que se duchó, se afeitó y se cepilló los dientes. El cielo estaba gris, pero no había visos de que fuese a llover. Tsukuru se vistió y tomó un desayuno ligero en el comedor del hotel.

Pasadas las nueve, se dirigió a la oficina de Olga. Era una oficina pequeña pero acogedora situada en medio de una calle empinada. Además de Olga, había un hombre alto de ojos saltones que estaba explicando algo por teléfono. De las paredes colgaban pósters a todo color de las distintas regiones de Finlandia.

Olga le dio varios mapas. Le dijo que, si desde Hämeenlinna seguía un camino que bordeaba el lago, llegaría al lugar donde se encontraba la casa de veraneo de la familia Haatainen. Marcó con una *x* el lugar exacto. El lago, de formas alargadas, se extendía serpenteando como un canal. Probablemente el cauce lo había abierto un glaciar que, hacía millares de años, había avanzado horadando a su paso el paisaje.

—Creo que no te será difícil encontrar el camino que lleva a la casa —dijo Olga—. Finlandia no es como Tokio o Nueva York. Hay

poco tráfico y, si sigues las señales, y no te topas con ningún alce, llegarás sin problemas.

Tsukuru le dio las gracias.

—Te he reservado un coche. Un Volkswagen Golf con sólo dos mil kilómetros. No salía demasiado caro, pero nos han hecho un descuento.

—Gracias. Perfecto.

—Ojalá te vaya bien. Has hecho muchos kilómetros para llegar aquí —añadió Olga con una sonrisa—. Si tienes cualquier problema, llámame.

Tsukuru le dijo que así lo haría.

—Ten cuidado con los alces. Son animales muy lerdos. Por si acaso, no corras demasiado.

Se despidieron con otro apretón de manos.

En la agencia de alquiler de coches le dieron las llaves de un Golf azul marino, efectivamente con muy poco kilometraje, y la chica que atendía en el mostrador le explicó cómo llegar a la autopista desde el centro de Helsinki. Debía prestar un poco de atención, pero no era tan complicado. Y una vez en la autopista, era pan comido.

Tsukuru llegó a la autopista y se dirigió hacia el noroeste. Circulaba a unos cien kilómetros por hora mientras escuchaba música clásica en un programa de radio de FM. Casi todos los coches lo adelantaban, pero a él no le importaba. Hacía mucho tiempo que no se sentaba al volante de un coche, y además tenía que ir con cuidado, porque debía conducir por la derecha.[11] Quería llegar a la casa cuando la familia Haatainen hubiera terminado de almorzar. Tenía tiempo de sobras. No debía

apresurarse. La emisora de música clásica emitía un alegre y esplendoroso concierto para trompeta y orquesta.

En la mayor parte del trayecto, el bosque flanqueaba la autopista. Daba la impresión de que todo el país estuviera cubierto de un profuso y lozano verdor. Eran bosques de abedules, y, aquí y allá, asomaban algunos pinos, píceas y arces. Pinos silvestres de tronco muy erguido y abedules cuyas ramas colgaban hacia abajo. Ninguna de esas especies crecía en Japón. De vez en cuando se divisaba algún árbol latifolio. Aves de gran envergadura planeaban lentamente, dejándose llevar por el viento, mientras oteaban sus presas. En ocasiones se veía el tejado de alguna granja. Eran grandes, sus cercados rodeaban suaves lomas en las que pastaba el ganado. En los pastizales habían segado y recogido la hierba en grandes fardos redondos, a todas luces con la ayuda de máquinas.

Llegó a la ciudad de Hämeenlinna antes de las doce. Tsukuru dejó el coche en un aparcamiento y paseó un rato por la ciudad. Luego se sentó en una cafetería de la plaza principal, y pidió un café y un cruasán. El cruasán le resultó demasiado empalagoso, pero el café, fuerte, le gustó. Al igual que en Helsinki, en Hämeenlinna también estaba nublado. No se veía ni un rayo de sol. Tan sólo, en el cielo, un tenue resplandor naranja de formas redondas. Como en la plaza soplaba un viento frío, decidió ponerse un jersey fino encima del polo.

En Hämeenlinna apenas había turistas. Los viandantes, con ropa de diario, cargaban con bolsas de la compra. En las calles del centro se concentraban los comercios que vendían alimentos y productos que los habitantes de la zona o de las casas de campo necesitarían a diario, pero ningún local para turistas. Frente a la cafetería, al otro lado de la plaza, se alzaba una gran iglesia achaparrada, con un tejado redondo de color verde. Una bandada de

pájaros negros voló de ese tejado a otro como una ola al romper en la orilla. Gaviotas blancas caminaban despacio sobre las losas de piedra de la plaza, observando a su alrededor sin perder detalle.

A un lado de la plaza había varios carros donde se vendía fruta y verdura. Tsukuru aprovechó para comprar unas cerezas. Después se sentó en un banco. Mientras comía las cerezas, dos niñas de diez u once años se acercaron y se lo quedaron mirando. Seguramente no había muchos asiáticos en la zona. Una era larguirucha y de tez pálida, y la otra, morena y de mejillas pecosas. Las dos llevaban el pelo recogido en una trenza. Tsukuru les sonrió.

Como gaviotas precavidas, se acercaron un poco más a él.

—¿Eres chino? —preguntó en inglés la más alta.

—Soy japonés —dijo Tsukuru—. Nos parecemos, pero somos distintos.

Las dos pusieron cara de no entender demasiado.

—¿Vosotras sois rusas? —les preguntó Tsukuru.

Ellas negaron repetidamente con la cabeza.

—Finlandesas —respondió, muy seria, la pecosa.

—Pues es lo mismo —dijo Tsukuru—. Os parecéis, pero sois distintas.

Las dos asintieron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la pecosa, como si practicara su inglés. Seguramente lo estudiaban en la escuela y querían probar a hablar con un extranjero.

—He venido a ver a una amiga —contestó Tsukuru.

—¿Cuánto tiempo se tarda en venir desde Japón? —preguntó la alta.

—En avión, unas once horas —dijo Tsukuru—. Me dio tiempo a hacer dos comidas y a ver una película.

—¿Qué película?

—*La jungla de cristal 12*.

Las niñas parecieron quedarse satisfechas. Se tomaron de la mano y se marcharon corriendo por la plaza, sus faldas revoloteando al viento. Igual que las bolas de hierba que había visto por el camino. No hubo pensamientos ni sentencias sobre la vida. Tsukuru siguió comiendo tranquilamente sus cerezas.

A la una y media llegó a la casa de veraneo de la familia Haatainen. Encontrar la vivienda no fue tan fácil como Olga había dicho, puesto que no había nada digno de ser llamado carretera. De no haber sido por un amable anciano, quizá nunca habría encontrado la casa.

Un viejo de pequeña estatura que iba en bicicleta se había acercado al ver a Tsukuru, con aire de extraviado, con un mapa de Google en la mano y el coche parado, a un lado de la carretera. Llevaba una vieja gorra de paño y botas de goma. De las orejas le salía una pequeña mata de pelos blancos y tenía los ojos rojos e irritados. Parecía muy enfadado. Tsukuru le enseñó el mapa y le dijo que buscaba la casa de los Haatainen.

—Queda cerca. Vamos, le acompañaré —dijo el anciano, primero en alemán y luego en inglés. Apoyó contra un árbol la bicicleta negra, que tenía pinta de pesar lo suyo, y sin esperar respuesta subió al asiento del acompañante del Golf. Después apuntó hacia delante con uno de sus dedos ásperos como viejos tocones y le fue indicando el camino. Un poco más allá, se abría un camino sin asfaltar que transcurría por entre una arboleda; el lago quedaba a un lado. Era simplemente una vereda que habían formado las rodadas de los vehículos. En el centro, entre las dos rodadas, crecía abundante hierba. Llegaron a una bifurcación

donde, clavados a los troncos de los árboles, había varios letreros con palabras escritas a brocha. En uno de ellos, señalando la bifurcación de la derecha, se leía HAATAINEN.

Tras avanzar durante un rato por el camino que el letrero indicaba, salieron por fin a un espacio abierto. Entre los troncos de los abedules se veía el lago. En un pequeño embarcadero había amarrada una barca de color mostaza. Era un sencillo bote de pesca. Circundada por una arboleda, se alzaba una preciosa cabaña de madera con una chimenea rectangular de ladrillo. Al lado estaba aparcada una furgoneta Renault blanca con matrícula de Helsinki.

—La casa de los Haatainen —anunció el viejo en un tono solemne. Y a continuación, como quien se dispone a partir en medio de una ventisca, se caló la gorra y escupió al suelo. De su boca salió una flema espesa que cayó como un guijarro.

Tsukuru le dio las gracias.

—Ahora que ya sé el camino, lo llevaré de vuelta hasta su bicicleta.

—No, no hace falta. Ya vuelvo andando —dijo el anciano, para variar, enfadado. O eso supuso Tsukuru que había dicho, porque lo cierto era que no le entendió. Quizá lo había dicho en finlandés. Entonces, sin darle tiempo a Tsukuru de tenderle la mano, se alejó deprisa del coche y echó a andar con grandes pasos. No se volvió en ningún momento. Como la Parca tras indicarle a un muerto el camino hacia el Averno.

Tsukuru consultó su reloj de pulsera. ¿Habrían terminado de comer? Dudó un instante, pero no se le ocurrió qué otra cosa podía hacer, y se decidió a acercarse. Fue en línea recta hacia la cabaña pisando la hierba. Un perro que dormitaba en el porche se levantó y se quedó mirándolo. Era pequeño, de pelaje largo y

castaño. Ladró. No estaba atado, pero la manera de ladrar no era intimidatoria, así que Tsukuru siguió andando.

En el interior de la cabaña debieron de oír los ladridos del perro, porque antes de que Tsukuru llegara a la entrada un hombre abrió la puerta y asomó la cara. Una espesa barba rubia le cubría las mejillas y el mentón. Tendría alrededor de cuarenta y cinco años. No era muy alto, tenía el cuello largo, y sus hombros eran amplios y rectos como una enorme percha. El cabello, también rubio y tupido, parecía un cepillo enmarañado del que sobresalían las orejas. Vestía una camisa de manga corta a cuadros y unos recios vaqueros. Sujetando el pomo de la puerta con la mano izquierda, observó cómo se acercaba Tsukuru. Luego ordenó al perro que dejase de ladrar.

—*Hello*! —dijo Tsukuru.

—*Konnichiwa* —contestó el hombre en japonés.

—*Konnichiwa*. —Tsukuru le devolvió el saludo—. ¿Es la casa del señor Haatainen?

—Sí, es aquí —dijo el hombre en un japonés fluido—. Soy Edvard Haatainen.

Tsukuru llegó a los peldaños del porche y se saludaron con un apretón de manos.

—Soy Tsukuru Tazaki.

—¿Como el verbo *tsukuru*, «crear»?

—Exacto.

El hombre sonrió.

—Yo también creo cosas.

—Me alegro —dijo Tsukuru—. Igual que yo.

El perro se acercó a frotar su cabeza contra las piernas del hombre. Luego, de propina, hizo lo mismo contra las piernas de Tsukuru. Debía de ser un rito de bienvenida. Tsukuru le acarició la cabeza.

—¿Y qué crea usted, señor Tazaki?

—Bueno, construyo estaciones de tren —dijo Tsukuru.

—¡Vaya! ¿Sabía que la primera línea de ferrocarril de Finlandia fue la que comunica Helsinki con Hämeenlinna? Estamos muy orgullosos de nuestra estación. Además, aquí nació Jean Sibelius. Ha venido usted al lugar adecuado.

—¿Y usted, Edvard, qué crea?

—Soy ceramista —dijo Edvard—. La cerámica es poca cosa comparada con una estación. Pero, por favor, entre, señor Tazaki.

—¿No le molesto?

—En absoluto —respondió Edvard. Y abrió los brazos mientras añadía—: Aquí recibimos a todo el mundo. Si crea usted cosas, somos colegas. Es usted bienvenido.

Dentro de la cabaña no había nadie. Sobre una mesa había una taza de café y un libro en rústica, en finlandés, abierto. Debía de estar tomándose el café de después de comer mientras leía. Edvard le ofreció una silla y él se sentó enfrente. Colocó un punto de libro entre las páginas, cerró el volumen y lo apartó a un lado.

—¿Le apetece un café?

—Si es tan amable —dijo Tsukuru.

Edvard fue hasta la cafetera, sirvió una taza humeante de café y la puso delante de Tsukuru.

—¿Quiere azúcar y leche?

—No, lo tomo solo —dijo Tsukuru.

La taza, de color crema, era sin duda artesanal. El asa, un poco torcida, tenía una extraña forma, pero era fácil de sujetar y cálida al tacto. Como una broma que sólo la familia entiende.

—La taza la hizo mi hija mayor —dijo Edvard con una sonrisa—. Aunque la cocí yo, claro.

Sus ojos eran de un tierno gris claro que entonaba con el rubio oscuro de la barba y el cabello. A Tsukuru le había resultado

simpático desde el primer momento. Era de esas personas a las que les sienta mejor vivir en los bosques y los lagos que en la ciudad.

—Supongo que habrá venido por algún asunto relacionado con Eri, ¿no? —preguntó Edvard.

—Sí, he venido a verla —dijo Tsukuru—. ¿Está aquí?

Edvard asintió.

—Sí. Ha salido a dar un paseo después de comer, con las niñas. Imagino que habrán ido por el camino que bordea el lago. Es muy bonito. El perro, como siempre, ha vuelto un poco antes, así que calculo que estarán a punto de llegar.

—Habla usted el japonés perfectamente —dijo Tsukuru.

—Viví cinco años en Japón. En Gifu y Nagoya. Estudié cerámica japonesa. Si no aprendía el idioma, no me podía defender.

—¿Fue allí donde conoció a Eri?

Edvard se rió, jovial.

—Sí. Fue un flechazo. Nos casamos en Nagoya hace ocho años y luego vinimos a Finlandia. Ahora nos dedicamos a la cerámica. A mi vuelta de Japón, trabajé de diseñador para la empresa Arabia, pero me apetecía trabajar por mi cuenta y hace dos años me decidí a hacerlo. Y dos veces a la semana enseño en una universidad de Helsinki.

—¿Pasan aquí todos los veranos?

—Sí, desde principios de julio hasta mediados de agosto. Cerca hay un pequeño taller que comparto con un colega. Voy allí por la mañana temprano y vuelvo a casa para comer. Las tardes las paso con la familia. Salimos a pasear, leo. De vez en cuando pesco.

—Es un sitio fabuloso.

Edvard sonrió, feliz.

—Sí. La zona es muy tranquila y tenemos mucho trabajo. Llevamos una vida muy sencilla. A las niñas les gusta esto. Tienen la oportunidad de estar en contacto con la naturaleza.

Una de las blancas paredes enlucidas de la sala la ocupaba una estantería del suelo al techo, en la que había algunas piezas de cerámica. Por lo demás, en la sala apenas había objetos decorativos. Tan sólo un sobrio reloj de pared redondo y, sobre un viejo y robusto mueble de madera, un equipo de música compacto junto a una pila de cedés.

—Un tercio de las obras de la estantería son de Eri —explicó con un dejo de orgullo—. La verdad es que es muy buena. Sus obras rebosan talento. Algunas de sus piezas las distribuimos en las tiendas de Helsinki y, a veces, tienen mucho más éxito que las mías.

A Tsukuru le sorprendió. De adolescente, nunca había oído que a Kuro le interesase la cerámica.

—No sabía que se dedicara a eso —dijo Tsukuru.

—Empezó a interesarse por la cerámica pasados los veinte años. Después de licenciarse en filología, entró en el Departamento de Artes Industriales de la Universidad de Bellas Artes de Aichi. Allí nos conocimos.

—¿Ah, sí? Es que yo la conocí cuando éramos adolescentes.

—¿Eran amigos del instituto?

—Eso es.

—Tsukuru Tazaki... —Edvard volvió a pronunciar su nombre y rebuscó en su memoria con los ojos entornados—. Ahora que lo dice, Eri me ha hablado de usted. Era uno de los miembros de esa pandilla tan unida en Nagoya, ¿verdad?

—Eso es.

—Cuando nos casamos, en Nagoya, los otros tres vinieron a la boda. Aka, Shiro y Ao, si no me equivoco... Los que tenían un color.

—Exacto —dijo Tsukuru—. Yo, por desgracia, no pude asistir.

—No importa. El caso es que, al final, nos hemos conocido —dijo con una cálida sonrisa. Su barba tembló como las íntimas llamas de una hoguera—. Dígame, ¿ha venido a Finlandia de viaje?

—Sí —contestó. Contarle la verdad habría requerido mucho tiempo—. He venido de viaje y, como hace tiempo que no veo a Kuro, se me ocurrió hacerle una visita. Siento no haber llamado antes. Espero no causar ninguna molestia.

—¡No, no! No es ninguna molestia. Es usted bienvenido. Ha sido una suerte que casualmente esta tarde me haya quedado en casa. Eri se alegrará mucho.

«Ojalá sea así», pensó Tsukuru.

—¿Le importa? —le preguntó a Edvard señalando la cerámica expuesta en las estanterías.

—Por supuesto que no. Puede tocar todo lo que quiera. Mis obras y las de Eri están mezcladas, pero creo que sabrá distinguirlas con facilidad.

Tsukuru se acercó a la pared y las observó una a una. La mayoría eran piezas de vajilla, como platos, cuencos y vasos, y el resto eran jarrones y cántaros.

Tal como Edvard le había dicho, no le costó diferenciar entre las de Eri y las de su marido. Las de éste eran de textura suave y colores pastel. Los tonos se volvían claros u oscuros en ciertas partes, imitando el viento y el fluir del agua. No tenían figuras ni dibujos. Sólo cambiaba el color. Incluso a alguien lego en cerámica como Tsukuru le resultaba fácil imaginar que conseguir aquellos tonos requería una técnica depurada. El diseño, elegante,

excluía cualquier adorno superfluo. Recordaba el estilo nórdico, pero su simpleza denotaba una clara influencia de la cerámica japonesa. Eran más ligeras de lo que parecía y cómodas de sujetar. Había cuidado hasta el mínimo detalle. Sólo un artesano de primera podía hacer un trabajo como ése. Su producción industrial no habría podido plasmar esa maestría.

Las de Eri eran más sencillas. Técnicamente, estaban muy por debajo del detallismo y la precisión de las de su marido. Eran piezas gruesas cuyos bordes trazaban ligeras curvas, y no podía decirse que sus líneas fueran de una belleza refinada. Sin embargo, provocaban en quien las contemplaba una extraña y cálida sensación de sosiego. Había ciertas partes un tanto desiguales, pero la textura áspera transmitía una calma semejante a cuando uno toca un tejido hecho de material natural o cuando uno se sienta a contemplar el paso de las nubes en el corredor exterior de una casa japonesa.

Sus piezas, al contrario de las de su marido, tenían dibujos. En todas había finos motivos que unas veces se dispersaban y otras se arremolinaban, como hojas secas a merced del viento. Su disposición suscitaba ora tristeza, ora esplendor. La precisión con la que estaban trazados evocaba los diminutos dibujos de los antiguos kimonos. Tsukuru se acercó una pieza a los ojos para intentar distinguir qué representaban, pero no lo consiguió. Eran unas figuras extrañas. Si se observaban a cierta distancia parecían hojas secas caídas en el lecho de un bosque. Hojas que los animalillos pisaban tratando de no hacer ruido.

El color, al contrario que en las obras de su marido, era apenas un fondo. Su función era que destacaran los pequeños dibujos, y los tonos, extremadamente tenues y discretos, ayudaban con eficacia.

Tsukuru tomó en sus manos las piezas de vajilla de Edvard y las de Eri. Debían de formar un matrimonio muy equilibrado. O eso le parecía que indicaba el grato contraste entre sus piezas. Tenían estilos diferentes, pero cada uno intentaba respetar y asimilar el sello personal del otro.

—Quizá no esté bien que, siendo su marido, diga que me gusten las obras de mi mujer —dijo Edvard mientras miraba a Tsukuru—. ¿Cómo se dice en japonés? *Mibiiki*, ¿no?[12]

Tsukuru sonrió.

—Me gustan sus obras —prosiguió Edvard—, pero no porque las haya hecho mi mujer. En el mundo hay muchos ceramistas más hábiles y que hacen cerámica más bella. Y, sin embargo, en las piezas de Eri no hay «estrechez». Se puede sentir lo grande de su espíritu. Ojalá supiera expresarlo mejor...

—Entiendo perfectamente lo que dice.

—Probablemente sea un don del cielo —comentó Edvard señalando al techo—. Un regalo. Y no hay duda de que aún puede hacerlo mejor. Todavía le queda mucho margen para crecer.

Fuera, el perro ladró. Sus ladridos eran ahora diferentes, más cariñosos.

—Eri y las niñas deben de haber llegado —dijo Edvard, que se levantó y se dirigió a la puerta.

Con mucho cuidado, Tsukuru devolvió a su estante la pieza de cerámica de Eri que tenía en las manos y se quedó quieto, esperando a que ella entrase.

16

Al principio, cuando vio a Tsukuru, pareció no comprender qué estaba sucediendo. En apenas un instante le cambió la expresión. Se subió a la frente las gafas de sol que llevaba y se quedó observando fijamente a Tsukuru sin decir nada. Al volver a casa después de pasear con sus hijas, un hombre japonés estaba al lado de su marido. Su cara no le sonaba de nada.

Entró flanqueada de sus hijas. Llevaba a la pequeña, que debía de tener unos tres años, de la mano. La otra niña parecía dos o tres años mayor que su hermana. Las dos llevaban el mismo vestido de flores y las mismas sandalias de plástico. Desde el exterior, a través de la puerta, que se había quedado abierta, les llegaban los alegres ladridos del perro. Edvard se asomó y lo amonestó brevemente. El perro enmudeció al instante y se tumbó en el suelo del porche. Las niñas miraban calladas a Tsukuru, imitando a su madre.

A Tsukuru le pareció que Kuro no había cambiado demasiado, salvo quizá porque sus curvas se habían acentuado y su fina silueta era ahora franca y elocuente. Su fuerte carácter había sido desde siempre su principal encanto, y su mirada, directa, límpida, seguía dando esa sensación de introspección. Sin duda, aquellos ojos habían sido testigos de muchas escenas que habían quedado grabadas en su corazón. Sus labios eran firmes, prietos; las mejillas y la frente tenían un saludable bronceado. El cabello negro le

caía recto hasta los hombros, y el pasador que le sujetaba el flequillo le dejaba la frente despejada. Sus pechos parecían más voluminosos. Llevaba un vestido de algodón azul liso y un chal color marfil sobre los hombros. Calzaba unas zapatillas deportivas blancas.

Kuro miró a su marido como pidiéndole explicaciones. Pero Edvard no dijo nada. Tan sólo ladeó ligeramente la cabeza. Ella volvió a mirar a Tsukuru. Luego se mordió el labio.

Tsukuru tenía delante a una mujer que había llevado una vida muy diferente de la suya, y mucho más sana. No pudo evitar sentir toda esa gravedad. Ante Kuro, tuvo la impresión de por fin haber comprendido el peso de esos dieciséis años. En el mundo hay cosas que sólo las mujeres pueden transmitir.

Mientras miraba a Tsukuru, Kuro torció levemente el gesto. Sus labios temblaron, como si los recorriera una suave ola, y luego se torcieron hacia un lado. Un pequeño hoyuelo se dibujó en su mejilla derecha. Tsukuru recordaba perfectamente ese gesto. Aparecía en su rostro antes de soltar algún comentario sarcástico. Con todo, Kuro no hizo amago de ir a hablar. Parecía barajar hipótesis, siempre relacionadas con algo muy lejano, y elegir una.

—¿Tsukuru? —Al fin expresó con palabras la hipótesis elegida.

Tsukuru asintió.

Lo primero que hizo ella fue acercar a la hija pequeña a su lado. Como para protegerla de alguna amenaza. La niña se pegó a las faldas de su madre sin dejar de mirar a Tsukuru. La mayor permanecía a poca distancia. Edvard se puso al lado de la hija mayor y le acarició suavemente la cabeza. Su cabello era rubio oscuro. El de la pequeña, moreno.

Los cinco permanecieron largos segundos sin decir ni una palabra. Edvard acariciaba el pelo de la hija rubia mientras Kuro abrazaba el hombro de la morena y Tsukuru permanecía solo al otro

lado de la mesa. Era como si posaran para un cuadro. Y Kuro era el centro. Ella, su cuerpo, era el eje de la composición.

Fue la primera en moverse. Soltó a su hija, se quitó definitivamente las gafas de sol y las dejó sobre la mesa. Luego cogió la taza de su marido y bebió un sorbo del café que quedaba, ya frío, y frunció el ceño, como asqueada. Parecía no comprender qué había bebido.

—¿Quieres café? —le preguntó el marido en japonés.

—Sí, hazme el favor —dijo Kuro sin mirarlo. Luego se sentó en una de las sillas de la mesa.

Edvard fue hacia la cafetera y pulsó el botón de recalentamiento. Las niñas, imitando a su madre, también se sentaron, la una junto a la otra, en un banco de madera que había al lado de la ventana. Y volvieron a mirar a Tsukuru.

—¿De verdad eres Tsukuru? —dijo Kuro en voz baja.

—Sí —dijo Tsukuru.

Kuro entrecerró los ojos, como escrutándolo.

«Tienes cara de estar viendo a un fantasma», dijo Tsukuru para sus adentros, en broma, pero no sonaba como una broma.

—Has cambiado mucho —dijo Kuro con voz seca.

—Es lo que me dicen los que hace tiempo que no me han visto.

—Estás mucho más delgado, mucho más... adulto.

—Quizá sea porque soy un adulto —dijo Tsukuru.

—Tienes razón —dijo Kuro.

—Tú apenas has cambiado.

Ella meneó la cabeza hacia los lados, pero no dijo nada.

El marido le llevó el café y lo dejó sobre la mesa. Era una taza pequeña que ella misma debía de haber hecho. Kuro le echó una cucharadita de azúcar, removió con la cucharilla y, con cuidado, tomó un sorbo.

—Me llevo a las niñas a la ciudad —dijo Edvard en un tono alegre—. Hay que hacer la compra y llenar el depósito del coche.

Kuro se volvió hacia él y asintió.

—Sí, por favor —dijo.

—¿Necesitas algo?

Ella negó en silencio.

Edvard se metió el monedero en un bolsillo, cogió las llaves del coche, que estaban colgadas de la pared, y les habló a sus hijas en finlandés. Las niñas pusieron cara de felicidad y se levantaron de inmediato del banco. Se oyó la palabra «helado». Probablemente les había prometido comprarles un helado.

Tsukuru y Kuro salieron al porche y observaron cómo las niñas subían a la furgoneta. Edvard abrió la doble puerta trasera y lanzó un silbido: el perro salió disparado hacia allí y de un salto subió a la parte trasera. Edvard asomó la cabeza por la ventanilla del conductor, dijo adiós con la mano y la furgoneta blanca desapareció entre los árboles. Los dos se quedaron un rato mirando el punto en el que la furgoneta había desaparecido.

—¿Has venido en ese Golf? —preguntó Kuro, y señaló el coche de color azul marino.

—Sí, desde Helsinki.

—¿Y a qué has venido a Helsinki?

—A verte.

Kuro lo miró entre los párpados entornados como intentando descifrar algo ininteligible.

—¿Quieres decir que has venido a Finlandia para verme, *sólo* para verme?

—Exacto.

—¿Después de dieciséis años sin saber nada el uno del otro? —dijo ella, pasmada.

—La verdad es que me lo sugirió mi novia. Me aconsejó que viniera a verte.

Los labios de Kuro volvieron a esbozar la famosa mueca. Hablaba con un ligero deje jocoso.

—¡Ajá! Así que tu novia te aconseja que vengas a verme, y tú te subes a un avión en Narita y aterrizas en Finlandia. Sin avisar y sin comprobar siquiera si estaba aquí.

Tsukuru permaneció callado. A pesar de que soplaba apenas una ligera brisa y no parecía haber demasiado oleaje, el bote golpeteaba contra el embarcadero.

—Pensé que, si te hubiera avisado, quizá no habrías querido verme.

—Pero ¿qué dices? —dijo sorprendida Kuro—. ¿No somos amigos?

—Una vez lo fuimos. Pero ahora no sé qué decir.

Ella soltó un suspiro apenas audible mientras dirigía la mirada hacia el lago que se vislumbraba a trechos entre la arboleda.

—Tardarán dos horas en volver de la ciudad. Hasta entonces, tenemos que hablar de muchas cosas.

Entraron en la casa y se sentaron a la mesa. Ella se quitó el pasador del pelo. El flequillo le cayó sobre la frente. Así se parecía más a la antigua Kuro.

—Tengo que pedirte un favor —dijo Kuro—. No me llames Kuro. Preferiría que, en adelante, me llamaras Eri. Y a Yuzuki tampoco la llames Shiro. Te lo agradecería mucho.

—Entonces, ¿se ha acabado eso de llamaros así?

Ella asintió.

—Y yo, ¿no te importa que siga llamándome Tsukuru?

—Claro que no. Tú siempre serás Tsukuru —dijo Eri y se rió calladamente—. Tsukuru, el que crea. Tsukuru, el chico sin color.

—En mayo fui a Nagoya y fui a ver primero a Ao y luego a Aka —dijo Tsukuru—. ¿A ellos puedo seguir llamándolos así?

—Sí. Sólo quiero que nos llames por nuestros nombres a Yuzu y a mí.

—Me vi con los dos por separado. No conversamos mucho tiempo, pero...

—¿Les va bien?

—Me pareció que sí —contestó él—. Al menos el trabajo parece irles a los dos viento en popa.

—En la vieja Nagoya, Ao no para de vender Lexus y Aka no para de formar guerreros empresariales.

—Eso mismo.

—¿Y tú qué? ¿Cómo te trata la vida?

—Más o menos bien —dijo Tsukuru—. Trabajo para una compañía ferroviaria de Tokio y me dedico a construir estaciones.

—Eso me dijo hace poco un pajarito: «Tsukuru Tazaki construye, infatigable, estaciones de tren en Tokio» —dijo Eri—. Y tiene una novia muy lista.

—Ahora mismo, sí.

—Entonces, ¿sigues soltero?

—Sí.

—Tú siempre has ido a tu ritmo.

Tsukuru se quedó callado.

—¿De qué hablasteis en Nagoya? —le preguntó Eri.

—De lo que pasó entre nosotros —dijo Tsukuru—. De lo que ocurrió hace dieciséis años y de lo que ha ocurrido durante estos dieciséis años.

—¿También fue tu novia la que te recomendó que fueras a hablar con ellos?

Tsukuru asintió.

—Me dijo que tenía cuentas pendientes. Cuentas que ajustar con mi pasado. Que si no lo hacía, nunca podría librarme de él.

—Entonces, ella ha detectado que tienes algún problema.

—Sí, más o menos.

—Y cree que eso está perjudicando vuestra relación.

—Sí —dijo Tsukuru.

Eri cogió la taza con ambas manos, como abrazándola, y comprobó que aún estaba caliente. Tomó otro sorbo de café.

—¿Cuántos años tiene?

—Dos más que yo.

Eri hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ya veo. Sí, te pega salir con chicas mayores que tú.

—Puede que sí —dijo Tsukuru.

Los dos guardaron silencio durante un rato.

—Todos tenemos cosas que nos preocupan —dijo Eri poco después—. Cada una está vinculada a otras. Cuando pretendemos arreglar una cosa, detrás surgen otras. A nadie le resulta fácil librarse de ellas. Tampoco a ti ni a mí.

—Desde luego, no resulta fácil, pero no creo que sea bueno dejar los problemas como están —dijo Tsukuru—. Se puede tratar de olvidar los recuerdos. Pero no se puede borrar la Historia. Eso fue lo que me dijo mi novia.

Eri se levantó, fue hasta la ventana y la abrió. Luego volvió a la mesa. El viento meció las cortinas y se oyó el golpeteo del bote contra el embarcadero. Ella se apartó el flequillo y miró a Tsukuru después de poner ambas manos sobre la mesa. Luego dijo:

—Quizá están bajo una tapa cerrada con tanta presión que no se puede levantar.

—No hay por qué levantarla a la fuerza. No pido tanto. Sólo quiero ver con mis propios ojos qué clase de tapa es.

Eri se miró las manos, sobre la mesa. Eran mucho más grandes y carnosas de lo que Tsukuru recordaba. Tenía los dedos largos y las uñas cortas. Se los imaginó moldeando las piezas en el torno.

—Dices que he cambiado mucho —dijo Tsukuru—. Es cierto, yo mismo me doy cuenta. Después de que me echarais del grupo, hace tantos años, viví durante cinco meses pensando sólo en morir. Pensándolo *seriamente*. Apenas pensaba en otra cosa. No exagero si te digo que estuve al borde de la muerte. Caminé hasta el filo, eché un vistazo al abismo y no conseguí apartar los ojos. Pero al final me las apañé para dar media vuelta y regresar al mundo. La verdad, no me habría extrañado que hubiera muerto en esa época. Viéndolo retrospectivamente, no sé qué me ocurrió. Quizá fuese una neurosis, una depresión o alguna otra enfermedad. Pero en esa época, desde luego, no estaba cuerdo. Aun así, no me sentía confuso ni desorientado. Tenía la mente muy lúcida. Todo estaba en silencio, no había ningún ruido de fondo. Cuando lo recuerdo, reconozco que era un estado muy extraño. —Tsukuru siguió hablando mientras observaba las manos de Eri, que seguía callada—. Los meses pasaron y mi rostro se transformó por completo. Mi cuerpo también cambió tanto que la mayor parte de la ropa no me servía. Al mirarme en el espejo, tenía la sensación de que me habían metido en un recipiente que no era yo mismo. Por supuesto, quizá sólo fuese una época más de la vida: la época en que perdí la cordura y mi rostro y mi constitución cambiaron radicalmente. Pero el desencadenante fue vuestra decisión. Me transformó por completo.

Eri seguía sin decir nada.

Tsukuru prosiguió:

—¿Cómo decirlo? Era como si de pronto, en alta mar, me hubiesen arrojado por la borda en plena noche. —Al instante,

Tsukuru se dio cuenta de que era lo que le había dicho Aka en Nagoya. Hizo una pausa antes de continuar—: Lo que no sé es si alguien me empujó o caí yo solo. El caso es que el barco siguió su rumbo y yo me quedé en el agua fría y oscura viendo cómo las luces de la cubierta se alejaban a toda velocidad. Nadie en el barco, ni los pasajeros ni la tripulación, sabía que había caído al mar. No tenía nada a lo que agarrarme. Todavía a veces revivo el pánico que sentí en esa época. El miedo a que de pronto se hubiera negado mi existencia y a verme solo en el mar, de noche, sin saber siquiera por qué me habían arrojado. Quizá por eso, a partir de ese momento, no quise entablar relaciones profundas con los demás. Empecé a guardar distancias. —Tsukuru separó las manos unos treinta centímetros para ilustrar sus palabras—. Quizá sea algo inherente a mi carácter. Tal vez siempre he tenido esa tendencia a mantener una distancia que amortigüe la relación con los demás. Pero en la época del instituto, cuando estaba con vosotros, nunca pensé en ello. Al menos que yo recuerde. Aunque desde entonces parece que ha pasado una eternidad.

Eri se llevó las palmas de las manos a las mejillas y se las frotó lentamente, como si estuviera lavándose la cara.

—Quieres saber qué pasó hace dieciséis años, ¿no? Quieres todos los detalles.

—Sí —dijo Tsukuru—. Pero antes me gustaría dejar claro que no le hice nada a Shiro..., quiero decir, a Yuzu.

—Lo sé —dijo ella. Y dejó de frotarse la cara—. Tú nunca habrías violado a Yuzu. Está claro como el agua.

—Pero al principio tú la creíste. Igual que Ao y Aka.

—No —replicó Eri—, nunca la creí. No sé qué pensarían Ao y Aka, pero yo no me lo creí. Porque tú no habrías sido capaz de hacer algo así.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Que por qué no me puse de tu lado y te defendí? ¿Por qué me tragué las explicaciones de Yuzu y te echamos del grupo? ¿Es eso lo que quieres saber?

Tsukuru asintió.

—Porque tenía que proteger a Yuzu —contestó Eri—. Y para eso era inevitable que cortáramos contigo. Habría sido imposible protegeros a los dos al mismo tiempo. No me quedó más remedio que aceptar a uno y renunciar al otro, rotundamente.

—¿Tan graves eran los problemas mentales que ella tenía?

—Sí, lo eran. Para serte franca, me vi obligada a hacerlo. Alguien tenía que encargarse a toda costa de ella y ese alguien sólo podía ser yo.

—Podrías habérmelo explicado.

Ella negó lentamente con la cabeza varias veces.

—Para serte franca, las cosas no estaban como para dar explicaciones: «Mira, Tsukuru, lo siento mucho pero vamos a fingir que violaste a Yuzu, ¿te parece? No hay otra opción. Yuzu se está volviendo loca y tenemos que hacer algo para controlar la situación. Tú aguanta un poco, que lo vamos a arreglar. Sí, tardaremos unos dos años». Me habría sido imposible decirte algo así. Lo siento, pero no quedaba más remedio que lo superaras solo. Tan desesperada era la situación. Y a eso hay que añadir que la violación de Yuzu no era mentira.

Tsukuru miró a Eri sorprendido.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

Eri volvió a negar con la cabeza.

—No sé quién fue, pero no hay duda de que a Yuzu la forzaron a mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Porque se quedó embarazada. Y ella aseguró que habías sido tú. Lo dijo claramente: «Ha sido Tsukuru Tazaki». Nos describió lo que pasó con todo detalle. Me quedé muy abatida. Así que no teníamos otro

remedio que aceptar lo que decía. A pesar de que en el fondo de nuestros corazones supiéramos que tú nunca habrías hecho algo así.

—¿Se quedó embarazada?

—Sí. No hay duda de eso, fuimos juntas al ginecólogo. Obviamente, no a la clínica de su padre, sino a otra, lejos de allí.

Tsukuru soltó un suspiro.

—¿Y qué ocurrió después?

—A finales de verano sufrió un aborto. Punto y final. Pero no fue un embarazo psicológico. Estaba embarazada *de verdad* y tuvo un aborto *de verdad*. Doy fe de ello.

—Con lo del aborto quieres decir que...

—Sí, que tenía intención de seguir adelante y criar sola al bebé. No pensaba abortar. Habría sido incapaz de matar a un ser vivo. Sabes cómo era, ¿no? Siempre había sido muy crítica con su padre por practicar abortos. Solíamos discutir sobre ello.

—¿Alguien más sabía lo del embarazo y el aborto?

—Lo supe yo. Y la hermana de Yuzu. La vi capaz de guardar secretos. Además, nos ayudó a reunir el dinero que hacía falta. Nadie más, aparte de nosotras. Ni sus padres, ni Ao, ni Aka. Ninguna de las tres lo contamos jamás. Ahora, sin embargo, creo que también tú tienes derecho a saberlo.

—Y Yuzu siguió afirmando que fui yo.

—Categóricamente —dijo Eri.

Tsukuru miró con los ojos entornados durante un rato la taza de café de su vieja amiga.

—Pero ¿cómo llegó a esa situación? ¿Y por qué tuvo que señalarme a mí? No se me ocurre ninguna explicación.

—Tampoco a mí. Puedo barajar alguna hipótesis, pero ninguna lo explica del todo. Uno de los motivos podría ser el hecho de que tú, en esa época, me gustaras. Quizá fue ése el desencadenante.

Tsukuru no daba crédito a lo que acababa de oír.

—¿Que yo te gustaba?

—¿No lo sabías?

—Claro que no. No tenía ni idea.

Eri torció ligeramente la boca.

—Pues ahora puedo confesártelo: siempre me gustaste. Me atraías mucho. En otras palabras: estaba enamorada. Por supuesto, nunca dije nada; lo mantuve guardado para mis adentros. Ao y Aka tampoco debieron de darse cuenta. Pero Yuzu sí lo sabía. Entre amigas no existen esa clase de secretos.

—Pues yo no me di cuenta —dijo Tsukuru.

—Porque eras un poco tonto —dijo Eri mientras se tocaba la sien con el dedo índice—. Con todo el tiempo que pasábamos juntos y las pequeñas *señales* que te enviaba, cualquier chico se habría dado cuenta.

Tsukuru intentó recordar alguna de esas *señales*. Pero fue inútil.

—Al acabar las clases solías ayudarme con las matemáticas —dijo Eri—. En esos momentos yo me sentía feliz.

—Recuerdo que te costaba mucho el cálculo infinitesimal —dijo Tsukuru. Entonces recordó que, a veces, mientras le explicaba algo, Eri se sonrojaba—. Tienes razón. Creo que era un poco tonto.

Eri esbozó una sonrisa y dijo:

—Pues a eso me refiero. Además, a ti te gustaba Yuzu.

Tsukuru intentó decir algo, pero Eri lo interrumpió.

—No te disculpes. No eras el único. A todos les gustaba Yuzu. ¿A quién no iba a gustarle, con lo guapa que era? Como la Blancanieves de Walt Disney. Yo no. A mí, en cambio, siempre me tocaba el papel de los siete enanitos. Pero qué se le iba a hacer.

Yuzu y yo éramos amigas íntimas desde el colegio y no me quedaba más remedio que resignarme.

—¿Quieres decir que Yuzu estaba celosa? Es decir, que se sentía atraída por mí.

Eri lo negó.

—Sólo digo que el hecho de que me gustaras podría ser una de las razones. A mí no se me dan bien los análisis psicológicos. Pero Yuzu creía firmemente que había ido a tu apartamento en Tokio y que tú la desvirgaste por la fuerza. Y ésa se convirtió para ella en la versión definitiva de la verdad. La sostuvo hasta el final. Aún hoy no entiendo de dónde sacó esa fantasía, por qué se inventó tal cosa. Pero ciertos sueños quizá sean más verídicos que la propia realidad. A lo mejor lo soñó. Lo lamento de veras por ti.

—Pero, dime, ¿le atraía yo, como chico, quiero decir?

—No —afirmó Eri—. A ella no le interesaba ningún chico.

Tsukuru frunció el ceño.

—¿Quieres decir que le gustaban las mujeres?

Eri volvió a sacudir la cabeza.

—No, no es eso. A ella no le iban las mujeres, estoy segura. Lo que ocurre es que sentía repugnancia por todo lo que tuviera que ver con el sexo. O quizá debería llamarlo miedo. No sé cómo surgió. Charlábamos sin tapujos de todo, pero apenas hablábamos de sexo. Yo era más bien abierta para esas cosas, pero Yuzu enseguida cambiaba de tema.

—¿Y qué fue de ella después del aborto? —preguntó Tsukuru.

—Primero decidió dejar la universidad durante un año. No estaba en condiciones de dejarse ver en público. Alegó un problema de salud. Se encerró en casa. Al poco tiempo empezó a mostrar síntomas de anorexia aguda. Vomitaba casi todo lo que comía y, si no, utilizaba lavativas. Si se hubiera prolongado un tiempo más, aquello habría acabado con su vida. Pero la obligamos a ir a un

especialista y acabó superando la enfermedad. Durante más o menos medio año estuvo fatal. Llegó a pesar menos de cuarenta kilos. En esa época parecía un fantasma. Pero hizo un gran esfuerzo y consiguió recuperarse mínimamente. Yo iba todos los días a verla, hablaba con ella, le daba ánimos y hacía todo lo que podía. Al cabo de un año logró volver a la vida académica.

—¿Qué la llevó a la anorexia?

—Muy sencillo: quería dejar de menstruar —dijo Eri—. Si adelgazaba de forma radical, el periodo se le retiraría. Eso era lo que ella quería. No volver a quedarse embarazada y, seguramente, dejar de ser mujer. Si hubiera podido, se habría extirpado el útero.

—Veo que el problema era muy grave —dijo Tsukuru.

—Sí, mucho. Por eso no me quedó otra opción que cortar contigo. Tsukuru, no sabes cuánto lo siento. Sé perfectamente lo crueles que fuimos contigo. Y lo que más me dolía era no volver a verte más. En serio. Estaba destrozada. Ya te he dicho que me gustabas. —Eri hizo una pausa y se contempló las manos, sobre la mesa, como tratando de poner orden en sus sentimientos. Luego volvió a hablar—: Pero primero tenía que ayudar a Yuzu a recuperarse. Ésa era mi prioridad. Ella tenía un problema que podría costarle la vida, me necesitaba. No quedaba más remedio que dejarte solo nadando en ese frío mar nocturno. Creía que tú lograrías salir adelante. Que tenías la fuerza necesaria.

Los dos callaron durante un rato. Al otro lado de la ventana, las hojas de los árboles se mecían con el viento, produciendo un ruido similar al de un escarceo en la superficie del agua.

Tsukuru habló:

—De algún modo, Yuzu logró recuperarse de la anorexia y licenciarse. ¿Y después?

—Iba al especialista una vez por semana y empezó a llevar una vida bastante próxima a la normalidad. Al menos ya no parecía un

fantasma. Pero para entonces Yuzu había dejado de ser la de siempre. —Eri tomó aire y meditó sus palabras—. Estaba cambiada. Su corazón estaba herido, y su interés por el mundo exterior empezó a decrecer a pasos agigantados. Perdió todo el interés por la música. Fue duro ver cómo ocurría. Sin embargo, seguía gustándole enseñar música a los niños. Fue la única pasión que no desapareció. Incluso en los peores momentos, cuando estaba tan débil que apenas podía mantenerse en pie, siguió yendo a aquel centro católico una vez a la semana para enseñar a los niños a tocar el piano. Siguió trabajando duro por amor al arte. Quizá fue un aliciente que la ayudó a recuperarse después de tocar fondo. De no haber sido por eso, dudo que la cosa hubiera acabado bien.

Eri miró en dirección a la ventana para contemplar sobre la arboleda el cielo, que seguía cubierto por una fina capa de nubes. Después se volvió de nuevo hacia Tsukuru.

—Pero en esa época Yuzu había dejado de ser la amiga íntima e incondicional de siempre —comentó Eri—. Me dijo que me estaba muy agradecida por haberme desvivido por ella. Y creo que de verdad lo estaba. Pero al mismo tiempo había perdido el interés por mí. Como te he dicho, había perdido el interés por casi todo, incluida yo. Fue duro tener que admitirlo. Durante años habíamos sido como uña y carne, y la quería muchísimo. Pero así estaban las cosas. Para ella me había convertido en algo prescindible. —Tras mirar, abstraída y ausente, la mesa, añadió—: Yuzu había dejado de ser Blancanieves, o se había cansado de serlo. Y yo también estaba un poco cansada de ser los siete enanitos. —Al parecer sin darse cuenta, tomó la taza de café y luego volvió a dejarla sobre la mesa—. De todos modos, aquella fabulosa pandilla, en la que ya faltabas tú, también había dejado de ser lo que era. Todos nos habíamos licenciado y cada uno habíamos seguido nuestro camino. Ya no éramos unos adolescentes. Y el haberte

echado del grupo se había convertido para todos en una herida. Y no precisamente superficial.

Tsukuru la miró con atención.

—Desapareciste, pero siempre estuviste ahí —dijo Eri.

Siguió un breve silencio.

—Eri, quiero saber más de ti —dijo Tsukuru—. Para empezar me gustaría que me contaras cómo es que acabaste aquí.

Eri entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—A decir verdad, desde el final de la adolescencia hasta los primeros años de la veintena mi vida giró en torno a Yuzu. De pronto, cuando miré a mi alrededor, me sentí como si yo hubiera desaparecido. Quería trabajar en algo que me permitiera escribir, porque siempre me ha gustado escribir. Quería probar con la narrativa o la poesía. Eso lo sabías, ¿no?

Tsukuru asintió. Solía llevar consigo una gruesa libreta en la que no paraba de hacer anotaciones.

—Pero al entrar en la universidad no tuve tiempo para escribir. Estaba demasiado ocupada cuidando de Yuzu y haciendo las tareas de clase. Durante mi época universitaria tuve dos novios, pero con ninguno me fue bien. Por lo general, atender a Yuzu no me dejaba tiempo ni para una mísera cita. Así que, al final, por más que me esforzara, las cosas se me torcían. Cuando me detuve y miré a mi alrededor, me pregunté: «Pero ¿qué estoy haciendo?». No tenía ningún objetivo en la vida. Tantas cosas se habían malogrado que había perdido la confianza en mí misma. Yuzu, por supuesto, lo pasó mal, pero yo también. —Entornó los párpados como si mirase un paisaje lejano—. Un día, unos amigos de la universidad me invitaron a ir con ellos a una clase de cerámica y me decidí a probar, sin tomármelo muy en serio. Entonces descubrí que era lo que durante mucho tiempo había estado buscando. Delante del torno sentía que podía ser muy sincera

conmigo misma. Sólo con concentrarme en crear, en dar forma a una pieza, podía olvidarme de tantas cosas... Desde ese día, ya no pude dejarlo. Mientras estudiaba, me dediqué a ello sólo en los ratos libres, pero me entraron ganas de tomármelo en serio. Tras licenciarme en filología, hice algunos trabajillos a tiempo parcial y conseguí matricularme en el Departamento de Artes Industriales. ¡Se acabó la literatura! Y conocí a Edvard, que estaba inscrito en un programa de intercambio. Acabamos casándonos, y después vinimos a vivir aquí. Si aquel día mis amigos no me hubieran invitado a la clase de cerámica, seguramente ahora llevaría una vida completamente distinta.

—Parece que tienes talento —dijo Tsukuru mientras señalaba las piezas expuestas en los estantes—. No entiendo mucho de cerámica, pero por lo que he visto y he tocado, transmite algo muy poderoso.

Eri sonrió.

—No sé si tengo talento, pero las obras se venden bastante bien. Aunque no suponga mucho dinero, es estupendo que alguien necesite de alguna forma lo que haces.

—Te entiendo —dijo Tsukuru—. Porque yo también hago cosas, aunque lo que construimos sea muy diferente.

—Tan diferentes como una estación de tren y un plato.

—Pero todo el mundo necesita una estación y un plato, y a diario.

—Claro —dijo Eri. Luego reflexionó. Su sonrisa fue diluyéndose poco a poco—. Me gusta este lugar. Probablemente mis huesos acaben siendo enterrados en esta tierra.

—¿No piensas en regresar a Japón?

—Tengo la nacionalidad finlandesa y últimamente hablo bastante en finlandés. Los inviernos son largos, pero me permiten leer todos los libros que quiera. Y, quién sabe, quizá el día menos

pensado me siente a escribir. Las niñas también están acostumbradas al país y han hecho buenas amigas. Además, Edvard es una persona excelente. Su familia nos cuida mucho y nuestro trabajo va bien encaminado.

—Y aquí te necesitan.

Eri alzó la cara y miró fijamente a Tsukuru a los ojos.

—La decisión de que me enterraran en este país la tomé cuando supe que habían asesinado a Yuzu. Ao me lo comunicó por teléfono. En esa época estaba embarazada de mi primera hija y no pude acudir al funeral. Fue un golpe tremendo. Pensé que el corazón se me desgarraba de verdad. Habían asesinado a Yuzu de una forma cruel, y ahora se disponían a incinerarla. Iba a convertirse en cenizas. Jamás volvería a verla. Entonces decidí que, si daba a luz a una niña, le pondría el nombre de Yuzu. Y no volvería a Japón.

—Así que se llama Yuzu.

—Yuzu Kurono Haatainen —dijo ella—. Por lo menos algo de ella resuena en el nombre de mi hija.

—¿Y por qué Yuzu se fue a vivir sola a Hamamatsu?

—Se mudó poco después de que yo viniera a Finlandia. Desconozco la razón. Nos escribíamos cartas, pero en ellas sólo me contó que se había mudado allí por trabajo. A pesar de que en Nagoya no le habría sido difícil encontrar trabajo y de que empezar una nueva vida, y sola, en un lugar desconocido era un suicidio.

Yuzu había aparecido muerta, estrangulada con una especie de cordón de una prenda de ropa, en su apartamento de Hamamatsu. Tsukuru había leído todos los detalles en viejos números de revistas y periódicos, y en Internet.

No había sido un ladrón. Su cartera, con dinero, estaba intacta en un lugar bien visible. No había indicios de violencia. Todo estaba bien ordenado, nada indicaba que ella hubiera ofrecido

resistencia. Los vecinos de la misma planta no oyeron ningún ruido sospechoso. En un cenicero había algunas colillas de cigarrillos mentolados, pero eran de Yuzu (Tsukuru había fruncido el ceño. ¿Yuzu fumaba?). Presuntamente, el crimen había tenido lugar entre las diez y las doce de la noche; ese día, desde el atardecer hasta la madrugada, había caído una lluvia fría, pese a que era el mes de mayo. El cadáver se descubrió tres días después, al anochecer. Durante esos tres días Yuzu permaneció tendida sobre las baldosas de la cocina.

El asesinato nunca se aclaró. Alguien se coló de noche en el piso, la estranguló sin hacer ruido y se marchó sin robar nada. La puerta de entrada disponía de cerrojo. Se desconoce si ella abrió desde dentro o si el ladrón tenía llave de alguna clase. Ella vivía sola. Según sus compañeras de trabajo y sus vecinos, no salía con nadie. Exceptuando las visitas ocasionales de su hermana y su madre desde Nagoya, siempre estaba sola. Vestía con sencillez y parecía una joven callada y responsable. Se entregaba a su trabajo y gozaba de buena fama entre los alumnos, pero, fuera del trabajo, no trataba con nadie.

Nadie sabía por qué la habían estrangulado. El móvil del asesinato nunca se aclaró y la investigación policial no llegó a ninguna conclusión. Los artículos relacionados con el asesinato fueron disminuyendo hasta desaparecer. Era un caso triste y penoso. Como la lluvia fría que había caído aquella noche fatídica, hasta el amanecer.

—Estaba poseída por un mal espíritu —dijo Eri en un sigiloso tono de confesión—. Ese espíritu no la dejaba, la seguía siempre a cierta distancia y le exhalaba su frío aliento en la nuca. Es la única explicación a todo lo que le sucedió. Lo tuyo, la anorexia, lo de Hamamatsu... Yo nunca he querido hablar de ese espíritu con nadie. He tenido siempre la sensación de que, tan pronto como lo

hiciera, se volvería real. Por eso me lo he guardado para mí todo este tiempo. Tenía la intención de llevarme el secreto a la tumba. Pero ahora me atrevo a decírtelo. Quizá no volvamos a vernos nunca, y he creído que debías saberlo. Fue un espíritu. O algo que se parecía mucho a un mal espíritu. Al final, Yuzu no logró escapar a él.

Eri liberó un hondo suspiro y dirigió la mirada hacia sus propias manos. Le temblaban. Tsukuru apartó la mirada de sus manos y miró al exterior por entre las cortinas, que el viento hacía ondear. Sobre la sala se abatió un silencio denso y cargado de tristeza. Una tristeza pesada y desamparada como un antiguo glaciar que rasga la superficie de la tierra y va creando un profundo lago.

—¿Te acuerdas de los *Años de peregrinación*? Yuzu solía tocarlos —preguntó poco después Tsukuru para romper el silencio.

—Claro que me acuerdo. Sobre todo, de *Le mal du pays*. —dijo Eri—. Sigo escuchándola de vez en cuando. ¿Te apetece escucharla?

Tsukuru asintió con la cabeza.

Eri se levantó, se acercó al pequeño equipo de música sobre el mueble, sacó un cedé de la pila que había junto al equipo y lo introdujo en el reproductor. Por los altavoces comenzó a sonar *Le mal du pays*. Una sencilla secuencia de notas sueltas tocadas lentamente con una sola mano. Los dos, sentados a la mesa, escucharon en silencio la melodía.

A orillas de un lago finlandés sonaba de manera bastante distinta de como lo hacía en su apartamento en Tokio. Pero la escuchara donde la escuchase, y fuera en un cedé o en un viejo elepé, la belleza de esa música permanecía imperturbable. A Tsukuru le vino a la mente la imagen de Yuzu frente al piano en la sala de estar de su casa interpretando aquella pieza. Inclinada

sobre el teclado, los ojos cerrados, su boca entreabierta, como buscando palabras inarticuladas. Entonces ella se alejaba de allí, estaba en otra parte.

La pieza se terminó y tras un breve silencio comenzó la siguiente, *Les cloches de Genève*. Eri bajó el volumen con el mando a distancia.

—Esta interpretación suena un poco diferente de la que siempre escucho en casa —dijo Tsukuru.

—¿Cuál escuchas tú?

—La de Lázar Berman.

Eri hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ésa aún no la he oído.

—Quizá sea un poco mejor. Ésta es también excelente, pero, más que una obra de Liszt, parece una sonata de Beethoven.

Eri sonrió.

—Es que es de Alfred Brendel, así que posiblemente tengas razón. Pero a mí me gusta. Tal vez me haya acostumbrado a ella; llevo mucho tiempo escuchándola.

—Yuzu la tocaba muy bien. Con sentimiento.

—¿Verdad que sí? En piezas como ésta era muy buena. Cuando se trataba de obras más extensas, a veces, lamentablemente, se quedaba a medio camino, pero es que cada uno tiene sus peculiaridades. Tengo la sensación de que Yuzu está en los vivos destellos de esta pieza.

Mientras Yuzu enseñaba a tocar el piano a algunos niños en la escuela de verano, Tsukuru y Ao solían jugar al fútbol con otros críos en un pequeño campo. Se dividían en dos equipos y trataban de meter goles en la portería contraria, por lo general improvisadas con dos cajas de cartón. Mientras pasaba la pelota, Tsukuru escuchaba los ejercicios de escalas que salían de la ventana.

El pasado se convirtió de pronto en una larga y afilada broqueta que le perforaba el corazón. Sintió un dolor sordo y plateado que transformó su columna vertebral en un pilar de hielo. El dolor se quedó ahí, sin remitir ni un ápice. No podía respirar, y soportó el dolor con los ojos cerrados con fuerza. Alfred Brendel continuaba con su rigurosa interpretación. Pasó del primer año, *Suisse*, al segundo año, *Italie*.

En ese momento, por fin lo captó. En lo más profundo de sí mismo, Tsukuru Tazaki lo comprendió: los corazones humanos no se unen sólo mediante la armonía. Se unen, más bien, herida con herida. Dolor con dolor. Fragilidad con fragilidad. No existe silencio sin un grito desgarrador, no existe perdón sin que se derrame sangre, no existe aceptación sin pasar por un intenso sentimiento de pérdida. Ésos son los cimientos de la verdadera armonía.

—¿Sabes, Tsukuru? Ella sigue viva, *de verdad*, en distintos lugares —dijo Eri desde el otro lado de la mesa, con un áspero hilo de voz—. Puedo sentirla. En todo lo que resuena a nuestro alrededor, en la luz, en las formas, en todas las cosas...

De pronto se cubrió la cara con las manos. Se le quebró la voz. Tsukuru no sabía si estaba llorando o no. Si lloraba, lo hacía calladamente.

Mientras Ao y Tsukuru jugaban al fútbol, Eri y Aka se llevaban a otra parte a algunos niños que molestaban en la clase de piano de Yuzu. Intentaban atraer su interés con un libro, o jugando, o cantando. Pero la mayoría de las veces no surtía efecto. Los niños acababan aburriéndose y querían volver a la clase de piano a incordiar. Les resultaba más entretenido que cualquier otra cosa. Era divertido ver a Eri y Aka lidiando con ellos.

Sin pensárselo mucho, Tsukuru se levantó, rodeó la mesa y, sin decir nada, posó una mano sobre el hombro de Eri. Ella seguía

cubriéndose la cara con las manos. Cuando la tocó, notó como su cuerpo se estremecía. Era un temblor imperceptible.

—Tsukuru —la voz de Eri se coló de entre sus dedos—, tengo que pedirte un favor.

—Dime —contestó Tsukuru.

—¿Te importaría abrazarme?

Tsukuru ayudó a Eri a levantarse de la silla y la abrazó. Los voluminosos senos de su amiga presionaron su pecho. Sintió en la espalda sus gruesas y cálidas manos. Su mejilla, blanda y húmeda, rozó el cuello de Tsukuru.

—Sí, jamás volveré a Japón —susurró Eri, y Tsukuru notó en su oído su aliento cálido y húmedo—. Porque seguro que me acordaría de Yuzu a cada momento. Y nuestra...

Tsukuru la abrazó con fuerza sin decir nada.

Seguramente se les veía por la ventana. Podía pasar alguien. Edvard podía regresar de un momento a otro. Pero les daba igual. No les importaba lo que los demás pensasen. Necesitaban abrazarse. Tenían que estrecharse, rozarse su piel, y alejar de ellos la larga sombra de aquel mal espíritu. Probablemente para eso había ido Tsukuru hasta allí.

Los dos permanecieron abrazados largo tiempo, aunque no habrían podido decir cuánto. La brisa procedente del lago seguía haciendo ondear la cortina blanca, ella seguía con las mejillas húmedas, Alfred Brendel seguía tocando el segundo año, *Italie. Sonetto 47 del Petrarca* y *Sonetto 104 del Petrarca*. Tsukuru recordaba perfectamente las piezas. Habría podido tararearlas. Por primera vez se dio cuenta de con cuánta atención las había escuchado hasta entonces.

No se decían nada. Las palabras habían perdido todo su peso. Permanecieron silenciosamente abrazados, como dos bailarines que detienen de pronto sus movimientos y dejan fluir el tiempo.

Un tiempo en el que se entremezclaban el pasado, el presente y quizá también el futuro. No había ningún hueco entre sus cuerpos, el aliento de Eri rozaba su cuello al ritmo de su respiración. Tsukuru cerró los ojos, se dejó llevar por el sonido de la música y prestó atención a los latidos de Eri. Su palpitar se confundía con el golpeteo del bote amarrado al embarcadero.

17

Volvieron a sentarse a la mesa, el uno frente a la otra, y hablaron de lo que guardaban en sus respectivos corazones. La mayoría de las cosas que se dijeron llevaban mucho tiempo escondidas en un rincón de sus almas. Levantaron las tapas de su corazón, abrieron las puertas de su memoria, expresaron sus sentimientos con la mayor honestidad posible y escucharon en silencio las palabras del otro.

—Acabé abandonando a Yuzu —contó Eri—. De algún modo, quería escapar de ella. Alejarme de lo que quiera que la poseía. Así que me metí de lleno en la cerámica, me casé con Edvard y vine a Finlandia. Por supuesto, en ese momento no lo vi así. No lo hice a propósito. Pero reconozco que, en cierta medida, sabía que era una manera de dejar de cuidar de Yuzu. Era la persona a la que yo más quería, y durante mucho tiempo incluso la consideré un alma gemela. Y quería seguir ayudándola. Pero el ocuparme constantemente de ella me había dejado exhausta. Por mucho que me esforzase, no podía evitar que ella siguiera alejándose de la realidad, y eso me resultaba muy doloroso. Si me hubiera quedado en Nagoya, quizá yo también me habría vuelto loca. Aunque tal vez no sea más que una excusa, ¿no crees?

—No, no es una excusa. Es lo que sentías, y no hay nada malo en confesarlo.

Eri se mordió el labio un instante.

—Pero eso no cambia el hecho de que la abandonara. Después, Yuzu se fue sola a Hamamatsu y la asesinaron de manera despiadada. Su cuello era muy bello y frágil, ¿recuerdas? Parecía el cuello de un ave y daba la impresión de que podría quebrarse con sólo tocarlo. Si yo hubiera estado en Japón, es probable que no hubiera ocurrido esa desgracia. Porque no la habría dejado irse a vivir sola a una ciudad desconocida.

—Es posible, aunque quizá hubiera acabado igual, en otro lugar, en otro momento. Tú no eras responsable de ella. No podías pasar las veinticuatro horas a su lado. Tú tenías tu vida. Podías hacer mucho por ella, pero había unos límites.

Eri meneó la cabeza.

—He intentado convencerme de eso. Innumerables veces. Pero no ha servido de nada. Es incuestionable que, en parte, me alejé de Yuzu para protegerme a mí misma. El problema está en mi decisión, al margen de que ella pudiera salvarse o no. Además, en el proceso también te perdí a ti. Al dar prioridad al problema de Yuzu, tuve que cortar toda relación contigo, que no tenías la culpa de nada. Acabé haciéndote mucho daño pensando sólo en mi interés. Y eso que te adoraba...

Tsukuru no replicó.

—Pero eso no es todo —dijo Eri. Al ver que Tsukuru se extrañaba, insistió—: Sí. Para serte sincera, corté todos los lazos contigo no sólo por Yuzu. En el fondo, porque fui una cobarde. No tenía confianza en mí misma. Sabía que, por mucho que me gustases, nunca saldrías conmigo. Pensaba que tú sólo tenías ojos para Yuzu. De ahí que pudiera cortar contigo así, sin compasión. Fue también un modo de cortar con mis propios sentimientos. Si hubiera tenido un poco de valor y confianza, y me hubiera librado de mi estúpido orgullo, nunca habría cortado contigo de forma

tan cruel. Pero no sé qué me pasaba por la cabeza. Hice algo espantoso. Te pido disculpas, de corazón.

Durante un rato reinó el silencio.

—Debí disculparme antes —dijo Eri—. Lo sé perfectamente. Pero no fui capaz. Estaba demasiado avergonzada de lo que había hecho.

—Ahora ya no tienes que preocuparte por mí —la tranquilizó Tsukuru—. El peligro quedó atrás. Fui capaz de mantenerme a flote en la noche. Los dos nos hemos esforzado y hemos sobrevivido. Y si lo piensas, verás que, aunque creamos que tomamos decisiones equivocadas, o que adoptamos una actitud errónea, seguramente todo habría acabado como acabó. Habríamos llegado al mismo punto en que estamos.

Mordiéndose el labio, Eri reflexionó.

—Me gustaría preguntarte una cosa —dijo al cabo de un rato.

—Dime.

—Si en aquel entonces yo te hubiera dicho que me gustabas, ¿habrías querido salir conmigo?

—Dicho así, la verdad es que no me lo hubiera creído —contestó Tsukuru.

—¿Por qué?

—Porque ni se me pasaba por la cabeza que pudiera gustarle a alguien, que alguna chica quisiera ser mi novia.

—Eras amable, tranquilo y prudente, y ya por entonces eras muy especial. Además de guapo.

Tsukuru meneó la cabeza.

—Tengo una cara muy sosa. Nunca me ha gustado mi cara.

Eri sonrió.

—Quizá. A lo mejor tú tenías una cara muy sosa y yo estaba un poco tocada. Pero para mí, una chica tonta de dieciséis años, eras

lo bastante guapo. Pensaba que sería maravilloso tener un novio como tú.

—Tampoco tenía personalidad.

—Todo el mundo tiene personalidad. Sólo que unas personas la manifiestan más que otras. —Eri entornó los ojos y lo miró—. ¿Y bien? ¿Qué me contestas? ¿Habrías salido conmigo?

—Claro que sí —dijo Tsukuru—. Me gustabas mucho. Me atraías mucho, de una manera muy distinta a como me atraía Yuzu. Si me hubieras confesado que te gustaba, habría empezado a salir contigo. Y probablemente nos hubiera ido muy bien.

Tsukuru se dijo que habrían formado una pareja muy compenetrada y con una rica vida sexual. Compartían muchas cosas. Aunque aparentemente fueran muy diferentes —Tsukuru era introvertido y callado, mientras que Eri era muy sociable y a menudo mordaz—, a ambos les gustaba construir, crear cosas con sus propias manos, cosas provistas de forma y significado. Pero tuvo la impresión de que la relación no habría durado demasiado. Con el tiempo habrían surgido diferencias, cada uno habría deseado cosas distintas. Al dejar atrás la adolescencia, cada uno habría tenido sus aspiraciones, sus caminos habrían acabado bifurcándose y cada uno habría tomado un rumbo que lo distanciaba del otro. Tal vez todo eso habría sucedido de forma natural y pacífica, sin conflictos y sin herirse el uno al otro. El caso era que, probablemente, Tsukuru habría acabado construyendo estaciones en Tokio y Eri se habría casado con Edvard y estaría viviendo en Finlandia.

No habría sido improbable. Y seguro que la experiencia habría sido positiva para los dos. Aunque hubiesen dejado de ser pareja, sin duda ahora seguirían siendo buenos amigos. Pero nada de eso había sucedido, en absoluto. Había ocurrido algo completamente distinto.

—Aunque sea mentira, me alegra oírtelo decir —dijo Eri.

—No es mentira —replicó Tsukuru—. Yo no suelo contestar al tuntún, y menos en cuestiones como ésta. Estoy seguro de que, juntos, habríamos vivido una época fabulosa. Es una lástima que las cosas no sucedieran así. Lo pienso de corazón.

Eri sonrió. En su sonrisa no había el menor atisbo de ironía.

Él recordó entonces los sueños eróticos en los que aparecía Yuzu, y también Eri. En sus sueños, siempre estaban juntas. Pero sólo se corría tras penetrar a Yuzu. Nunca había eyaculado dentro de Eri. Quizá significase algo. En cualquier caso, no podía confesarle eso a Eri. Por muy sincero que uno sea, hay cosas que uno debe guardarse para sí.

Al pensar en esos sueños, Tsukuru titubeó. Ya no estaba tan seguro de que la afirmación de Yuzu de que él la había violado (y por ende había concebido un hijo suyo) fuese una invención. Sólo había soñado con ella, pero no pudo evitar sentir que él también tenía cierta responsabilidad. No sólo con respecto a la violación. También con respecto a su asesinato. Se preguntó si, aquella lluviosa noche de mayo, *algo*, una parte de sí mismo sobre la que no tenía control, se dirigió a Hamamatsu y estranguló aquel fino y bello cuello, esbelto como el de un ave.

Se imaginó a sí mismo llamando con los nudillos a la puerta del apartamento de Yuzu y diciendo: «¿Me abres? Tengo que hablar contigo». Llevaba un chubasquero. A la escasa luz, tenía tonos oscuros; la lluvia lo había empapado y olía a humedad. «¿Tsukuru?», preguntaba Yuzu. «Tengo que hablar contigo», seguía Tsukuru, «es muy importante. He venido a Hamamatsu sólo para eso. No me llevará mucho tiempo. Ábreme. Siento haberme presentado sin avisar, pero si lo hubiera hecho quizá no habrías querido verme.» Tras un instante de vacilación, sin contestar nada, Yuzu descorría la cadena de la puerta. En su mano

derecha, metida en el bolsillo, Tsukuru apretaba con fuerza un cordón.

Torció el gesto. «¿Cómo puedo imaginarme semejante estupidez? ¿Por qué iba yo a estrangular a Yuzu?»

No tenía motivos para hacerlo. Jamás se le había pasado por la cabeza matar a nadie. No obstante, no podía descartar la posibilidad de que hubiera intentado asesinarla de esa extraña manera, simbólica. Tsukuru desconocía qué densas sombras ocultaba en su interior. Sólo sabía que también en el corazón de Yuzu anidaban densas sombras. Quizá las tinieblas de Yuzu estuviesen comunicadas de algún modo, por un profundo túnel que corría bajo la tierra, con las de Tsukuru. Quizá la había estrangulado porque ella lo deseaba. Quizá él había escuchado ese deseo a través de aquellas sombras conectadas entre sí.

—Estás pensando en Yuzu, ¿verdad? —preguntó Eri.

—Todo este tiempo me he considerado una víctima —contestó Tsukuru—. Pensaba que había vivido una crueldad absurda. Que por culpa de eso mi corazón cargaba con una profunda herida y que esa herida había torcido mi vida. La verdad es que durante mucho tiempo os guardé rencor a los cuatro. Me preguntaba por qué yo, y sólo yo, tuve que sufrir tanto. Pero quizá no sea así. Era una víctima, sí, pero al mismo tiempo tal vez haya hecho daño a la gente que me rodea. Y que de rebote me haya hecho daño a mí mismo.

Eri lo miraba fijamente.

—Y puede que yo matara a Yuzu —se sinceró Tsukuru—. Quizá fui yo el que llamó a su puerta aquella noche.

—En cierto sentido —dijo Eri.

Tsukuru asintió.

—En cierto sentido, yo también maté a Yuzu —dijo Eri. Y volvió la cara hacia un lado—. Quizá fui yo la que llamó a su puerta aquella noche.

Tsukuru contempló su perfil, su tez morena. Siempre le había gustado la forma de su nariz, un poco respingona.

—Los dos llevamos esa carga a cuestas —dijo Eri.

La brisa había cesado y las cortinas blancas ya no se movían. También el bote había dejado de golpetear contra el embarcadero. Tsukuru sólo oía los trinos de los pájaros, y tuvo la impresión de que cantaban una extraña melodía que jamás había escuchado.

También Eri escuchó durante un rato el canto de los pájaros. Después tomó el pasador, volvió a recogerse el pelo y se presionó suavemente la frente con las yemas de los dedos.

—¿Qué te parece el trabajo de Aka? —le preguntó ella. El tiempo fluyó un poco más ligero, como si se hubiera desprendido de un peso.

—No sé qué decirte —contestó Tsukuru—. Su mundo no tiene nada que ver con el mío. Así, sin más, no podría juzgar si hace lo correcto o no.

—Pues a mí no me gusta demasiado lo que hace. Pero eso no quiere decir que vaya a romper mi relación con él. Fue uno de mis mejores amigos, y aún sigue siendo un buen amigo. A pesar de que hace siete u ocho años que no nos vemos. —Volvió a llevarse la mano a la frente y añadió—: ¿Sabías que Aka dona todos los años una suma de dinero nada despreciable al centro católico? Para que sigan manteniendo la escuela de verano. Seguro que el personal está muy agradecido, ya que atraviesan dificultades económicas. Pero nadie sabe lo de la donación. Él desea permanecer en el anonimato. Probablemente yo sea la única que lo sabe, aparte del responsable, claro. Me enteré por casualidad. Aka no es

mala persona, en absoluto. Sólo que «va de malo». No sé por qué lo hace. Quizá porque no tiene otra opción.

Tsukuru asintió.

—Lo mismo ocurre con Ao —dijo Eri—. Sigue teniendo un corazón muy puro, lo sé. Pero no es fácil salir adelante en este mundo. Los dos, cada uno a su manera, están cosechando mucho éxito. Lo han conseguido a costa de un gran esfuerzo, y eso merece respeto. ¿Sabes, Tsukuru?, creo que todo aquello no fue en vano. Me refiero a nuestra pandilla. Estoy convencida. Aunque sólo durase unos años. —Volvió a cubrirse la cara con las manos y permaneció callada unos segundos. Luego alzó el rostro y siguió hablando—. Hemos sobrevivido. Tú y yo. Y los que sobreviven tienen un deber que cumplir, que es seguir viviendo hasta el final. Aunque muchas de las cosas que hagamos sean imperfectas.

—Yo sólo puedo seguir construyendo estaciones.

—Con eso basta. Sigue construyéndolas. Imagino estaciones bien proporcionadas, seguras, agradables para los que las utilizan.

—Intento que sean así —dijo Tsukuru—. No sé si está bien que lo haga, pero siempre dejo mi nombre en algún rincón de las estaciones en las que trabajo. Lo grabo en el cemento medio seco con un punzón. «Tsukuru Tazaki.» En un lugar que no se vea.

Eri se rió.

—Cuando tú ya no estés, quedarán tus magníficas estaciones. Es como cuando yo trazo mis iniciales en el reverso de los platos.

Tsukuru alzó la cara y miró a Eri.

—¿Te molestaría que te hablase de la chica con la que estoy saliendo?

—Claro que no —dijo Eri. Y esbozó una encantadora sonrisa—. Al contrario, me haría mucha ilusión que me contaras cosas de esa chica tan lista y mayor que tú.

Y Tsukuru le habló de Sara. Desde el momento en que se conocieron, se sintieron extrañamente atraídos y se acostaron a la tercera cita. Ella quiso saber todo lo relativo a la pandilla de los cinco de Nagoya. Y la última vez que estuvo con ella, por algún motivo las cosas no salieron bien. No logró penetrarla. Le habló de ello con total sinceridad, sin ocultarle los pormenores. También de la insistencia con que Sara le había recomendado que fuese a Nagoya y a Finlandia. Le había dicho que, de otro modo, nunca resolvería el problema que llevaba en su corazón desde hacía tanto tiempo. Tsukuru creía que la amaba. No le importaría casarse con ella. Era la primera vez que albergaba sentimientos tan intensos hacia alguien. Pero, al parecer, ella tenía otro amante, un hombre mayor que ella. La había visto pasear complacida de la mano de ese hombre. Tsukuru dudaba que él fuese capaz de hacerla tan feliz.

Cuando acabó de hablar, Eri, que le había escuchado con atención, le dijo:

—No debes dejarla escapar, Tsukuru. Ve a por ella, ocurra lo que ocurra. Si empiezas a poner distancia entre los dos, quizá jamás vuelvas a conseguir a nadie.

—Pero es que no tengo suficiente confianza en mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que dentro de mí no hay nada. No tengo personalidad, soy de un color indefinido. No tengo nada que ofrecer a los demás. Ése siempre ha sido mi problema. Me siento como un recipiente vacío. Dentro no hay ni una mísera cosa a lo que se le pueda llamar contenido. Además, no creo ser la persona más apropiada para ella. Pienso que a medida que pase el

tiempo y me conozca mejor, Sara irá sintiéndose cada vez más decepcionada. Y acabará alejándose de mí.

—Tsukuru, debes ser más valiente, confiar más en ti mismo. A mí me gustabas, recuérdalo. Hubo una época en la que lo habría dado todo por ti. Cualquier cosa que me hubieses pedido. Y eso lo pensaba una chica por cuyas venas corrían ríos de sangre caliente. No sabes lo que vales. No estás en absoluto vacío.

—Me anima mucho que me digas eso —dijo Tsukuru—, de veras. Pero, en todo lo que respecta a Sara, la inseguridad me paraliza. Tengo treinta y seis años, pero cuando empiezo a pensar seriamente en mí mismo, acabo tan perdido como antes, si no más. No soy capaz de decidirme, no sé qué hacer. Es la primera vez que siento algo tan intenso por alguien.

—De acuerdo, te ves como un recipiente vacío. ¿Y qué? ¿Qué importa eso? —dijo Eri—. Si es así, entonces eres un recipiente maravilloso y muy atractivo. Nadie se comprende de verdad a sí mismo, ¿no crees? Basta con que sigas siendo un bonito recipiente. Un recipiente que cause buena impresión y en el que a alguien, de pronto, le apetezca meter algo.

Tsukuru reflexionó sobre ello. Entendía lo que le quería decir, independientemente de que pudiera aplicarse o no a su caso.

—En cuanto llegues a Tokio, tienes que decirle todo lo que sientes por ella. Eso es lo que debes hacer. Abrir el corazón siempre es bueno. Pero no le digas que la viste con ese hombre. Eso guárdalo para ti. En determinados momentos, las mujeres no queremos que nos vean. Pero, por lo demás, confíale tus sentimientos, con total sinceridad.

—Me da miedo meter la pata, decir algo desafortunado. Tengo la sensación de que entonces lo perderé todo y me desvaneceré en el aire.

Eri movió lentamente la cabeza hacia los lados.

—Mira, esto es como construir una estación. Es algo sólido, y no se echará a perder ni se desvanecerá en el aire por un pequeño error. Tú tienes que construir la estación, aunque no sea perfecta. Porque si no hay estación, los trenes no pueden parar. Y la gente no podrá subir a ellos. Eso es lo importante. Si se detecta algún defecto, podrás arreglarlo más tarde, cuando sea necesario. Pero primero edifica la estación. Una estación especial para ella. Una estación en la que los trenes quieran parar, aunque no tengan nada en particular que hacer allí. Imagina esa estación, píntala con un bonito color, concrétala. Luego graba tu nombre en los cimientos, insúflale vida. Eres lo suficientemente fuerte para hacerlo. ¿Acaso no conseguiste mantenerte a flote en el frío mar de la noche?

Eri lo invitó a quedarse a cenar.

—Por esta zona se pescan unas truchas enormes. Fritas en la sartén con hierbas aromáticas están deliciosas. ¿No te apetecería cenar con nosotros?

—Claro que sí, y te lo agradezco, pero creo que ya es hora de que me vaya. Me gustaría volver a Helsinki antes de que oscurezca.

Eri se rió.

—¿Antes de que oscurezca? Estamos en Finlandia. Aquí, en verano, hay claridad casi hasta medianoche.

—Aun así —dijo Tsukuru.

Eri lo entendió.

—Gracias por haber venido a verme desde tan lejos. Me alegro de haber podido hablar contigo, de veras. Es como si me hubiera liberado de algo que me ha oprimido el pecho durante mucho

tiempo. No es que todo se haya arreglado, pero a mí me ha sido muy útil.

—Igual que a mí —dijo Tsukuru—. Me has ayudado mucho. Además, he podido conocer a tu marido y a tus hijas y he visto qué clase de vida llevas. Sólo por eso ya hubiera merecido la pena venir a Finlandia.

Salieron de la cabaña y se dirigieron hacia el Volkswagen Golf. Caminaron lentamente, conscientes de cada paso que daban. Se dieron un último abrazo. Esta vez, Eri no lloró. Él sintió en su cuello la apacible sonrisa que esbozaban los labios de ella. Notó de nuevo su busto exuberante, vigoroso, y supo que albergaba la energía necesaria para seguir viviendo. Los dedos que rodeaban la espalda de Tsukuru eran muy reales.

Entonces Tsukuru se acordó de los regalos que les había traído de Japón. Los sacó de la bolsa, que había dejado en el coche, y se los dio. Para Eri, un pasador de boj, y para las niñas, los libros ilustrados.

—Gracias, Tsukuru —dijo Eri—. Nunca cambiarás. Sigues siendo tan amable como siempre.

—Sólo es un detalle —se excusó él. Y recordó que la tarde en que compró los regalos había visto a Sara caminando con otro hombre por Omotesandō. Si no se le hubiera ocurrido comprarlos, nunca habría presenciado aquella escena. Muy curioso.

—Adiós, Tsukuru. Cuídate y que tengas buen viaje —dijo Eri—. ¡Que no te atrapen los enanos malvados!

—¿Los enanos malvados?

Eri entornó los ojos. Sus labios se fruncieron ligeramente, como antaño, en un gesto travieso.

—Solemos decirlo por aquí. «¡Que no te atrapen los enanos malvados!» En estos bosques habitan desde tiempos milenarios las más variopintas criaturas.

—No te preocupes —dijo Tsukuru riéndose—. No dejaré que me atrapen los enanos malvados.

—Si tienes ocasión —dijo Eri—, diles a Aka y a Ao que estoy bien.

—Se lo diré.

—Tal vez sea bueno que te veas con ellos de vez en cuando. Los tres juntos... Seguro que os vendrá bien a los tres.

—Tienes razón. Estaría bien —dijo Tsukuru.

—Y quizá también me venga bien a mí —dijo Eri—. Aunque yo no pueda reunirme con vosotros.

Tsukuru asintió.

—En cuanto las cosas vuelvan a su cauce, te prometo que lo haré. También por ti.

—¿No te parece extraño? —dijo entonces Eri.

—¿El qué?

—Que esa época tan asombrosa haya quedado atrás y ya nunca vaya a regresar. Que tantas posibilidades fabulosas hayan desaparecido, como si el tiempo se las hubiera tragado.

Tsukuru asintió en silencio. Pensó que tenía que decir algo, pero no encontraba las palabras.

—En estas tierras, el invierno es muy largo —dijo Eri mirando hacia el lago. Parecía dirigirse a otra Eri que se hallara en un lugar remoto—. Las noches son tan largas que crees que nunca terminan. Todo está helado y rígido. Crees que la primavera jamás llegará. Y, sin darte cuenta, tus pensamientos se vuelven sombríos. Aunque intentes evitarlo, piensas en cosas tristes.

Tsukuru seguía buscando qué podía decirle. En silencio, miró hacia el lago, en la misma dirección que ella. Sólo días después, cuando ya había subido al avión que lo llevaba a Narita y se había abrochado el cinturón, le vinieron a la mente las palabras que

debió haber dicho. Por algún motivo, las palabras adecuadas siempre llegan demasiado tarde.

Giró la llave de encendido. El motor de cuatro cilindros del Volkswagen despertó de su letargo y con un murmullo se puso en marcha.

—¡Adiós! —dijo Eri—. Que te vaya bien. Y no dejes escapar a Sara, la necesitas. O eso creo yo.

—Lo intentaré.

—Escucha, Tsukuru, grábate bien esto: no es verdad que no tengas un color. Lo único que no tiene color es tu nombre. Solíamos meternos contigo por ello, pero era sólo una broma sin mala intención. Tú eres Tsukuru Tazaki, un tipo espléndido que construye magníficas estaciones. Eres un ciudadano de treinta y seis años perfectamente sano, con derecho a voto, que paga sus impuestos y puede coger él solito un vuelo y venirse a Finlandia a verme. A ti no te falta nada. Ten valor y confianza. Es lo único que necesitas. No pierdas a nadie importante por culpa de miedos y orgullos estúpidos.

Tsukuru metió la marcha y pisó el acelerador. Sacó la mano por la ventanilla y la agitó. Eri hizo lo mismo. Y siguió agitando la mano hasta que Tsukuru se alejó.

Enseguida dejó de ver a Eri, oculta por la arboleda. En el espejo retrovisor sólo se reflejaba el denso verdor del verano finlandés. Parecía que el viento había vuelto a soplar, ya que unas pequeñas olas blancas rizaban aquí y allá la superficie del lago. Un kayak, en el que remaba un joven corpulento, pasó despacio ante sus ojos, sin hacer ruido, como un gran girino.

Probablemente jamás volvería a aquel lugar. Quizá tampoco volvería a ver a Eri. Cada uno seguiría su vida, en sus respectivos lugares. Como había dicho Ao, *no se puede dar marcha atrás*. Al pensar en ello, la tristeza surgió de alguna parte y lo inundó sin

hacer ruido, como si fuera agua. Era una tristeza transparente, sin forma concreta. Era su propia tristeza y, al mismo tiempo, una tristeza inalcanzable, en un lugar distante. Lo ahogaba y le dolía como si le horadase el pecho.

Al llegar a la carretera asfaltada, detuvo el coche en el arcén, apagó el motor, cerró los ojos y se reclinó sobre el volante. Necesitaba tomarse un tiempo, inspirar profunda y lentamente, sosegarse, poner orden en su mente. De pronto se dio cuenta de que dentro de sí, en el centro, había algo duro y frío; era como un terrón de tierra, y estaba tan helado que no se derretía por más que transcurrieran los años. Eso era lo que le provocaba el ahogo y el dolor en el pecho. Hasta entonces no sabía que hubiera algo así en su interior.

Pero era el dolor *correcto*, el ahogo *correcto*. Debía sentirlos. En adelante tendría que esforzarse por derretir poco a poco ese núcleo helado. Le llevaría tiempo. Pero era lo que tenía que hacer. Y para derretir ese terrón congelado necesitaba el calor de otra persona. No bastaba con el calor de su cuerpo.

Primero regresaría a Tokio. Ése era el primer paso. Giró la llave y volvió a poner en marcha el motor.

Durante el camino de vuelta a Helsinki, Tsukuru rogó con toda su alma que los enanos malvados del bosque no atrapasen a Eri. Rogar era todo lo que podía hacer en ese momento.

18

Los dos días que le quedaban los dedicó a pasear sin rumbo fijo por las calles de Helsinki. De vez en cuando lloviznaba, pero eso no le impedía seguir su vagabundeo. Mientras caminaba, le dio vueltas a muchas cosas. Tenía cosas en que pensar. Si podía, quería poner en orden sus pensamientos antes de regresar a Tokio. Cuando se cansaba de pasear y de pensar, entraba en una cafetería, se tomaba un café y comía un sándwich. No le importaba perderse en la ciudad, y tampoco desorientarse. La ciudad no era tan grande como parecía y los tranvías llegaban a todas partes. Además, en cierto sentido, desorientarse le resultaba agradable. El último día, por la tarde, fue a la estación central de Helsinki, se sentó en el andén y pasó las horas simplemente observando el ir y venir de los trenes.

Desde allí llamó a Olga por el móvil.

—Encontré la casa de los Haatainen y mi amiga se sorprendió al verme. Además, Hämeenlinna es una ciudad muy bella.

—Me alegro, estupendo —dijo Olga. Se notaba que se alegraba de verdad.

—Si te apetece, me gustaría invitarte a cenar, para agradecerte tu ayuda —dijo Tsukuru.

—Es todo un detalle, muchas gracias, pero hoy es el cumpleaños de mi madre y voy a cenar en casa de mis padres —respondió Olga—. Dale recuerdos a Sara de mi parte.

—Lo haré, y gracias por todo —repitió Tsukuru.

Al anochecer, cenó pescado en un restaurante cercano al puerto que Olga le había recomendado, acompañado de media copa de chablis frío. Pensó en la familia Haatainen. «A estas horas los cuatro estarán sentados alrededor de la mesa. ¿Seguirá soplando la brisa en el lago? ¿En qué estará pensando ahora Eri?» En su oído permanecía la cálida sensación de su aliento.

Llegó a Tokio el sábado por la mañana. Deshizo la bolsa de viaje, se dio un baño y se pasó el resto del día sin hacer nada en particular. Tan pronto como llegó, pensó en llamar a Sara. Incluso levantó el auricular, y ya se disponía a marcar el número cuando decidió colgar. Había puesto orden en su interior, pero aún necesitaba algo de tiempo. El viaje había sido corto, y habían sucedido muchas cosas. Todavía no se hacía a la idea de que se encontraba en pleno centro de Tokio. Le parecía que, hacía apenas un minuto, estaba a orillas del lago en las afueras de Hämeenlinna, escuchando el rumor del viento. Debía meditar lo que le diría a Sara.

Hizo la colada, echó un vistazo a los periódicos acumulados y antes del anochecer salió a hacer la compra, aunque no tenía apetito. A pesar de que aún no estaba oscuro, le entró mucho sueño, quizá debido a la diferencia horaria, y a las ocho y media se metió en la cama y se quedó dormido. Pero se despertó antes de la medianoche. Intentó seguir leyendo el libro que había empezado a leer en el avión, pero tenía la cabeza embotada. De modo que se puso a limpiar la habitación. A altas horas de la madrugada volvió a acostarse y se durmió. Cuando volvió a abrir los ojos, era ya el domingo por la mañana. Parecía que iba a hacer calor. Encendió

el aire acondicionado, preparó café y se lo tomó acompañado de unas tostadas con queso.

Después de ducharse, llamó a Sara a su casa. Saltó el contestador: «Si quiere dejar un mensaje, espere a oír la señal». Dudó durante un instante y colgó sin dejar ningún mensaje. Las manecillas del reloj de pared pasaban de la una. Pensó en llamarla al móvil, pero decidió no hacerlo.

En ese momento quizá estaría almorzando con su novio. No estarían haciendo el amor, aunque quizá sí por la noche. Tsukuru recordó al hombre de mediana edad que paseaba agarrado de la mano de Eri por Omotesandō. En vano intentaba apartar esa escena de su mente. Se tumbó en el sofá y mientras pensaba, a su pesar, en eso, notó un pinchazo, como si le hubieran clavado una aguja en la espalda. Una aguja tan fina que resultaba invisible. El dolor era muy sutil y la herida no sangraba. O eso creía. Pero, fuera como fuese, dolía.

Fue al gimnasio en bicicleta y nadó los mismos largos de siempre en la piscina. Todavía tenía el cuerpo extrañamente entumecido y a veces tenía la sensación de que se adormilaba mientras nadaba. Evidentemente, era imposible que se durmiera mientras nadaba. Pero tenía esa sensación. Aun así, mientras braceaba, su cuerpo pareció poner el piloto automático, y, para su alivio, consiguió olvidarse de Sara y del hombre que iba con ella.

Al volver de la piscina se echó una siesta de media hora. Durmió profundamente, sin soñar, como si el circuito de su consciencia se hubiera desconectado. Luego planchó varias camisas y pañuelos, y cenó ensalada de patatas y salmón al horno con hierbas aromáticas y limón. También preparó sopa de *miso* con tofu y cebolleta. Se bebió media lata de cerveza fría y vio el telediario de la noche. Luego se tumbó en el sofá a leer un libro.

Antes de las nueve llamó Sara.

—¿Cómo llevas el *jet lag*? —le preguntó.

—Tengo el sueño bastante trastocado, pero me encuentro bien —contestó Tsukuru.

—¿Podemos hablar ahora? ¿No tienes sueño?

—Tengo algo de sueño, pero quería aguantar despierto una hora más y después irme a la cama. Mañana trabajo y en la empresa no puedo echar la siesta.

—Sí, es buena idea —dijo Sara—. Oye, ¿has sido tú el que me ha llamado hoy, hacia la una? Es que al llegar me olvidé de comprobar el contestador y me he dado cuenta hace un rato.

—Sí, te he llamado yo.

—Justo a esa hora había salido a hacer la compra.

—Ah —dijo Tsukuru.

—Pero no has dejado ningún mensaje, ¿no?

—No me gusta demasiado dejar mensajes. Me pongo nervioso y no me salen las palabras.

—Aun así, podías haber dejado tu nombre.

—Tienes razón. Debí dejar al menos mi nombre.

—La verdad es que estaba preocupada —añadió tras una pausa—. No sabía si todo había ido bien. Podías haber dejado algún mensaje, ¿no? —insistió.

—Lo siento. Tienes razón —se disculpó Tsukuru—. Por cierto, ¿qué has hecho hoy?

—Pues he puesto una lavadora, he salido a hacer la compra... También he cocinado, y luego he limpiado la cocina y el baño. De vez en cuando, necesito pasar un día descansando y haciendo cosas tan vulgares como ésas. —Guardó silencio durante un instante—. Y dime, ¿cómo te fue en Finlandia?

—Conseguí ver a Kuro —contestó él—. Pudimos hablar con calma. Olga me ayudó un montón.

—Me alegro. ¿A que es muy buena chica?

—Sí, mucho. —Tsukuru le contó que había ido a ver a Eri a orillas de un bello lago, a una hora y media en coche desde Helsinki. Estaba pasando las vacaciones de verano en una cabaña con su marido, sus dos hijas pequeñas y un perro. Se dedicaba a hacer cerámica todos los días con su marido en un pequeño taller cercano—. Parecía feliz —comentó—. Se ha adaptado muy bien a la vida de allí —dijo Tsukuru. Salvo durante las noches de invierno, largas y oscuras, se dijo, pero eso no lo mencionó.

—¿Ha merecido la pena ir tan lejos para verla? —le preguntó Sara.

—Sí, desde luego. Hay ciertas cosas de las que sólo se puede hablar cara a cara. También se han aclarado algunas circunstancias. No es que me haya quedado completamente satisfecho, pero ha sido muy beneficioso para mí. O para mi corazón.

—Me alegro de oírlo. —Siguió una pausa, un silencio elocuente, suspicaz. Parecía que ella estudiara la dirección en que iba a soplar el viento. Luego añadió—: Tengo la impresión de que tu voz no suena como siempre, pero ¿serán imaginaciones mías?

—No lo sé. Quizá es que estoy cansado. Es la primera vez que hago un viaje tan largo en avión.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí, no me pasa nada. Querría hablar contigo de algunas cosas, pero ahora creo que nos eternizaríamos. Prefiero que quedemos un día de éstos y hablemos con calma.

—Podríamos quedar, sí. Sea como sea, me alegro de que el viaje a Finlandia no haya sido en vano.

—Si no hubiera sido por ti… Te estoy muy agradecido.

—Me alegro.

Volvió a producirse otro silencio. Tsukuru aguzó el oído. La suspicacia de Sara seguía ahí.

—Me gustaría preguntarte una cosa —soltó de pronto Tsukuru, decidido—. Quizá hubiera sido mejor no decírtelo, pero tengo la impresión de que es mejor que sea sincero.

—Adelante —dijo Sara—. Estoy de acuerdo en que es mejor que seas sincero. Pregúntame lo que quieras.

—No sé cómo decirlo, pero tengo la sensación de que estás saliendo con otro hombre. Es algo que me preocupa desde hace algún tiempo.

Sara guardó silencio un instante.

—¿Quieres decir que sólo tienes esa impresión? —dijo.

—Así es —contestó Tsukuru—. Pero como ya te he dicho alguna vez, mi intuición casi siempre se equivoca. Estoy hecho para las cosas concretas, ya lo dice mi nombre. Mi mente es bastante simple. No consigo comprender los complejos entresijos del corazón humano. De hecho, parece que ni siquiera me comprendo demasiado a mí mismo. En cuestiones muy sutiles, a menudo cometo errores. De ahí que trate de no complicarme demasiado. Pero esto me tiene preocupado desde hace un tiempo. Y me ha parecido mejor preguntártelo directamente, sin rodeos, que seguir dándole vueltas absurdamente.

—Te entiendo —dijo Sara.

—¿Y bien? ¿Te gusta alguna otra persona?

Ella se quedó callada.

Tsukuru siguió:

—Quiero que te quede claro que, aunque sea así, no voy a echarte nada en cara. No es algo que me incumba. Tú no tienes el deber de contarme nada y yo no tengo ningún derecho a reclamarte nada. Únicamente quiero saber si estoy equivocado o no.

Sara soltó un suspiro.

—A ser posible, me gustaría que no utilizaras palabras como deber o derecho. Parece que estemos debatiendo sobre una reforma de la Constitución.

—De acuerdo —dijo Tsukuru—. Quizá no me haya expresado bien. Pero, como te he dicho, soy un tipo bastante simple. Puede que las cosas no funcionen si sigo con esta sensación metida en el cuerpo.

Sara volvió a guardar silencio. Tsukuru se la imaginó con los labios pegados al aparato.

Poco después, dijo con voz tranquila:

—No eres un tipo simple. Eso es sólo lo que tú quieres pensar.

—Si tú lo dices, será verdad. Yo no sé demasiado sobre esas cosas. Pero estoy seguro de que las cosas complicadas no me van. Y, a veces, en las relaciones con los demás, me han herido. Si es posible, no quiero volver a pasar por lo mismo.

—Entendido —dijo Sara—. Ya que has sido sincero, yo también quiero ser sincera contigo. Pero, antes, ¿podrías darme un poco de tiempo?

—Claro que sí. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—No sé, unos tres días. Hoy es domingo, así que creo que el miércoles podré responder a tu pregunta. ¿Estás libre el miércoles por la noche?

—Sí —dijo Tsukuru. No tenía que tomarse la molestia de pensarlo. Por la noche nunca tenía planes.

—Podemos cenar juntos. Y aprovechar para hablar. Con franqueza. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece bien —dijo Tsukuru.

Y colgaron.

Esa noche, Tsukuru tuvo un sueño largo y extraño. Estaba tocando una sonata sentado al piano. Era un enorme piano de cola, muy nuevo, con las teclas blancas blanquísimas y las negras negrísimas. En el atril del piano tenía abierta una partitura de gran tamaño. De pie, a su lado, una mujer ataviada con un vestido negro ceñido y brillante le pasaba rápidamente las hojas de la partitura con sus dedos largos y blancos. Lo hacía con movimientos precisos. El cabello, negro como el azabache, le llegaba hasta la cintura. Parecía que todo allí era una gradación de blancos y negros. Nada tenía color.

Desconocía quién había compuesto la sonata. Sea como fuere, se trataba de una obra inmensa. La partitura era voluminosa como una guía telefónica. Las hojas estaban tan atestadas de notas que eran, literalmente, negras. Era una obra muy compleja, que requería una avanzada técnica interpretativa. Además, era la primera vez que la leía, nunca la había tocado ni ensayado. Pese a todo, Tsukuru era capaz de comprender de inmediato el mundo que expresaba y transformarlo en sonidos. Igual que si interpretase las líneas de un intrincado plano. Poseía esa rara habilidad. Y sus diez dedos, bien ejercitados, recorrían de punta a punta el teclado a gran velocidad. Era, desde luego, una experiencia fantástica, deslumbrante: podía descifrar con más rapidez y exactitud que nadie aquel vasto y caótico mar de signos, al tiempo que iba dotándolo de forma.

Mientras, concentrado, interpretaba aquella pieza, la inspiración atravesó su cuerpo como un relámpago en una tarde de verano. Además de su estructura colosal y del virtuosismo que requería, era una música extraordinariamente bella e introspectiva. Plasmaba desde diferentes perspectivas, con franqueza y sutileza,

la vida humana. El hecho de vivir en el mundo. Aportaba un aspecto que, hasta el momento, había sido imposible expresar a través de la música. Se sintió orgulloso de poder tocar aquella pieza. Una incontenible alegría le recorrió el espinazo.

Sin embargo, el público que le escuchaba no parecía pensar igual que él. Los asistentes, hastiados e irritados, se removían en sus asientos. Tsukuru oía sus carraspeos y el ruido que hacían al mover las sillas. ¿Cómo era posible que no supiesen apreciar aquella música?

Se hallaba en lo que parecía el gran salón de un palacio. Era de techos altos, coronados por un hermoso tragaluz, y suelos de mármol pulido. Los asistentes se habían acomodado en elegantes sillas. Habría unos cincuenta. Todos distinguidos y elegantemente vestidos. Seguramente eran personas cultas. Pero, por desgracia, carecían de la capacidad para comprender la excepcional naturaleza de aquella música.

A medida que pasaba el tiempo, el ruido aumentaba, y él empezó a sentirse cada vez más molesto. Al cabo de un rato, el bullicio era tal que impedía escuchar la música. Ni siquiera él podía oír lo que estaba tocando. Sólo le llegaban quejidos de descontento, carraspeos y un barullo que alcanzó límites grotescos. Con todo, seguía leyendo la partitura y sus dedos correteaban endiabladamente sobre el teclado.

Entonces, de súbito se dio cuenta: la mano de la mujer vestida de negro que le pasaba las páginas tenía seis dedos. El sexto dedo era casi del mismo tamaño que el meñique. Tsukuru tragó saliva y su corazón se estremeció. Quería alzar la cara hacia ella. ¿Cómo sería? ¿La conocería? Pero no podía apartar la vista ni por un segundo de la partitura hasta que se terminase aquel movimiento. Aunque ya nadie lo escuchase.

En ese instante, Tsukuru se despertó. Los números verdes del reloj digital que tenía en la mesilla de noche señalaban las dos y treinta y cinco minutos. Estaba empapado en sudor y el corazón le latía sordamente. Se levantó de la cama, se quitó el pijama, se secó el sudor con una toalla, se puso una camiseta y un bóxer limpios y se sentó en el sofá de la sala. En medio de la oscuridad se puso a pensar en Sara. Se arrepentía de todo lo que le había dicho por teléfono hacía unas horas. No debió haberle mencionado aquello.

Quería llamarla de inmediato para intentar solucionarlo. Pero eran casi las tres de la mañana, a esas horas no podía telefonearla, y menos aún pedirle que olvidase por completo algo que ya había dicho. «Quizá acabe perdiéndola», se dijo Tsukuru.

Luego pensó en Eri. Eri Kurono Haatainen. Madre de dos niñas pequeñas. Pensó en el lago azul que se extendía más allá de los abedules y en el golpeteo del bote al chocar contra el embarcadero. En las piezas de cerámica de bellos motivos, en el gorjeo de los pájaros, en los alegres ladridos del perro. Y en los *Años de peregrinación*, interpretados con rigor por Alfred Brendel. En los exuberantes pechos de Eri al apretarse suavemente contra su cuerpo. En su cálido aliento y en la mejilla humedecida por las lágrimas. En las posibilidades desbaratadas y en el tiempo que ya nunca regresaría.

A veces, los dos habían guardado silencio, ni siquiera pensaban qué se dirían. Sentados a ambos lados de la mesa, se habían limitado a escuchar los trinos de las avecillas al otro lado de la ventana. Trinos que parecían extrañas melodías, unas melodías que se repetían una y otra vez bosque adentro.

—Los pájaros están enseñando a trinar a sus crías —le había dicho Eri. Y sonrió—. Hasta que vine aquí, no supe que los pájaros tienen que aprender a trinar.

«La vida es como una compleja partitura», pensó Tsukuru. «Está llena de semicorcheas, fusas, signos raros, anotaciones indescifrables. Leerla correctamente es una tarea ardua y, aunque uno lo consiga, no siempre la interpreta de la manera correcta ni la valora en su justa medida. No siempre hace felices a las personas. ¿Por qué vivimos de una manera tan enrevesada?»

«No dejes escapar a Sara, la necesitas... Ve a por ella, ocurra lo que ocurra...», le había dicho Eri. «A ti no te falta nada. Ten valor y confianza. Es lo único que necesitas... Y que no te atrapen los enanos malvados.»

Pensó en Sara y en que en esos momentos podría estar entre los brazos desnudos de alguien. No, «de alguien» no. Había visto al hombre en cuestión. Sara llevaba la felicidad pintada en la cara. Unos dientes preciosos asomaban en su rostro risueño. Tsukuru cerró los ojos en medio de la oscuridad y se presionó las sienes con los dedos. Se dijo que no podía seguir viviendo con esa angustia. Aunque sólo tuviese que esperar tres días.

Levantó el auricular y marcó el número de Sara. Las agujas del reloj marcaban poco antes de las cuatro. Tras doce tonos, Sara descolgó.

—Siento llamarte a estas horas —dijo Tsukuru—, pero tenía que hablar contigo.

—¿Y qué hora es?

—Casi las cuatro de la madrugada.

—Vaya, ni siquiera he mirado la hora —dijo Sara. A juzgar por la voz, parecía que todavía no se había despertado del todo—. ¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien?

—No, nadie se ha muerto —dijo Tsukuru—. No se va a morir nadie. Pero hay algo que tengo que decirte esta noche, sea como sea.

—¿De qué se trata?

—Me gustas de verdad, te deseo con toda mi alma.

Al otro lado de la línea se oyó un ruido confuso, como si estuviera buscando algo. Luego Sara carraspeó en voz baja y dejó escapar una especie de suspiro.

—¿No te importa que hablemos de esto ahora? —preguntó Tsukuru.

—Claro que no —dijo Sara—. Son casi las cuatro de la madrugada, ¿no? Puedes hablarme de todo lo que quieras. Nadie nos oirá. Todavía no ha amanecido y todo el mundo está profundamente dormido.

—Te quiero con toda mi alma, te deseo —repitió Tsukuru.

—¿Para decirme eso me llamas casi a las cuatro de la madrugada?

—Sí.

—¿Has bebido?

—No, estoy completamente sobrio.

—¿Ah, sí? —dijo Sara—. Para ser un hombre de ciencias puedes ser muy apasionado.

—Es lo mismo que construir estaciones.

—¿En qué sentido?

—Muy sencillo: sin estación, los trenes no paran. Lo que tengo que hacer es, en primer lugar, proyectar la estación en mi mente e ir dándole una forma y unos colores. Eso es lo primero. Si surge

algún defecto, se puede corregir más tarde. Y yo estoy habituado a esa operación.

—Porque eres un ingeniero excelente.

—Ya me gustaría serlo.

—¿Eso quiere decir que estás construyendo sin descanso una estación especial para mí, incluso ahora que casi ha amanecido?

—Eso es —dijo Tsukuru—. Porque te quiero con toda mi alma, porque te deseo.

—Yo también te quiero. Cada vez que te veo me gustas más —dijo Sara. E hizo una breve pausa, como dejando margen entre una frase y otra—. Pero son casi las cuatro y los pájaros todavía no se han despertado. No se puede decir que tenga precisamente la cabeza muy despejada. Así que ¿por qué no me haces el favor de esperar tres días?

—Está bien. Pero sólo tres días —dijo Tsukuru—. No creo que aguante más. Por eso te he llamado.

—Tres días serán suficientes, Tsukuru. Hay que respetar los plazos de construcción. Nos vemos el miércoles por la noche.

—Perdona que te haya despertado.

—No te preocupes. Me alegro de saber que a las cuatro de la mañana el tiempo también discurre con normalidad. ¿Habrá claridad ya fuera?

—Todavía no. Pero pronto se hará de día. Y los pájaros empezarán a cantar.

—El pájaro que madruga atrapa muchos gusanos.

—En teoría.

—Me parece que nunca podré comprobarlo por mí misma.

—Buenas noches —dijo él.

—Tsukuru —dijo Sara.

—¿Sí?

—Buenas noches —dijo Sara—. Estate tranquilo, y que duermas bien.

Y colgaron.

19

La estación de Shinjuku es inmensa. Alrededor de tres millones y medio de personas la utilizan todos los días. El libro Guinness de los récords la reconoce oficialmente como la estación con mayor número de usuarios del mundo. En ella se cruzan varias líneas. Las principales son las líneas Chūō, Sōbu, Yamanote, Saikyō, Shōnan-Shinjuku y Narita Express. Sus vías forman un complejísimo entramado, con un total de dieciséis andenes. A todo eso hay que añadir dos líneas privadas, Odakyū y Keiō, y tres líneas de metro, que entroncan a ambos costados de la red, como unidas por unos enchufes. Es un laberinto. En las horas punta, un mar de gente entra en ese laberinto. Ese mar espumea, se vuelve bravío, brama, fluye veloz hacia las entradas y las salidas. La corriente humana que se desplaza para realizar transbordos se enmaraña aquí y allá, dando origen a peligrosos remolinos. Ningún profeta, por poderoso que sea, podría dividir en dos ese mar revuelto y encabritado.

Resulta difícil creer que en esas horas punta, cinco días a la semana, una vez por la mañana y otra por la tarde, el escaso número de empleados de la estación pueda controlar a esa abrumadora cantidad de personas de manera eficiente y sin cometer errores graves. Son momentos particularmente problemáticos. Todos los usuarios se dirigen presurosos a su destino. Tienen que fichar antes de determinada hora. Es imposible que estén de buen

humor. Todavía van un poco amodorrados. Y los vagones, prácticamente abarrotados, maltratan sus cuerpos y ponen a prueba sus nervios. Sólo los más afortunados logran sentarse. Tsukuru siempre se admiraba de que no se produjeran más disturbios ni ocurrieran accidentes cruentos. Si esa estación y esos vagones desmesuradamente atestados fuesen blanco del ataque de un grupo de terroristas fanáticos, no hay duda de que sucedería una catástrofe. Causaría estragos. Sería una pesadilla inimaginable, tanto para los trabajadores de la estación y de las compañías como para la policía y, por supuesto, para los pasajeros. A pesar de ello, en la actualidad apenas hay recursos para prevenir una calamidad como ésa. Y, sin embargo, esa sobrecogedora pesadilla se hizo realidad, en Tokio, en la primavera de 1995.

Los empleados de la estación gritan, ruegan a todas horas por los altavoces; los timbres que avisan de la salida de los convoyes pitan sin descanso; los torniquetes leen en silencio la información de tarjetas, billetes y bonos. Los largos trenes que parten y entran en la estación con precisión de segundos regurgitan sistemáticamente gente, como ganado paciente y bien adiestrado; luego engullen otra tanta e, impacientes por cerrar las puertas, arrancan y se dirigen a la siguiente estación. Si al subir y bajar las escaleras, en medio de la muchedumbre, alguien pisa a un usuario y éste pierde un zapato, le será imposible recuperarlo. El zapato desaparecerá tragado por las impetuosas arenas movedizas de la hora punta. Al usuario, sea hombre o mujer, no le quedará más remedio que pasar esa larga jornada con un solo zapato.

A principios de la década de los noventa, cuando la economía japonesa todavía experimentaba cierto crecimiento económico, un influyente rotativo estadounidense publicó una fotografía a gran tamaño que captaba el instante en que algunos usuarios bajaban, una mañana de invierno, por las escaleras de la estación de

Shinjuku en la hora punta (quizá era esa estación de Tokio, pero podría haber sido cualquier otra). Todos los individuos que salen en la foto miran hacia abajo como por mutuo acuerdo, con expresión sombría, apagada; parecen peces enlatados. El pie de foto rezaba: «Es posible que Japón se haya convertido en un país próspero, pero la mayoría de estos japoneses cabizbajos no parecen demasiado felices». La fotografía dio la vuelta al mundo.

Tsukuru ignoraba si la mayoría de los japoneses eran de veras infelices o no. El motivo por el que todos los pasajeros que bajan las escaleras de la atestada estación de Shinjuku por las mañanas miran hacia abajo no es porque sean infelices, sino más bien porque están atentos a sus pasos. En las grandes estaciones, en las horas punta, eso es vital para no tropezar, para no perder un zapato. En el pie de foto no se mencionaba ese motivo, que es el verdadero. Además, es posible que nadie que camine mirando al suelo con un chubasquero de tonos oscuros parezca feliz. Aunque, por supuesto, quizá esté justificado llamar sociedad infeliz a aquella en la que uno no puede ir al trabajo todas las mañanas sin preocuparse de perder un zapato.

«¿Cuánto tiempo consumirá la gente todos los días en acudir a sus puestos de trabajo?», se preguntaba Tsukuru. Entre una hora y una hora y media, y eso sólo a la ida. Si un oficinista normal y corriente, casado, con uno o dos hijos, y que trabaje en el centro de la ciudad, decidiese comprar una casa, tendría que ser necesariamente en las «afueras»; por lo tanto, para ir al trabajo necesitaría esa hora, hora y media para llegar. Eso quiere decir que, de las veinticuatro horas del día, pierde dos o tres tan sólo en *ir y volver del trabajo*. Si tiene suerte, quizá pueda leer el periódico o un libro de bolsillo dentro del tren abarrotado. O, por ejemplo, en el iPod, escuchar sinfonías de Haydn u oír hablar español para aprender el idioma. Otras personas cierran los ojos y se sumen en

profundas meditaciones. Sin embargo, pocos afirmarían que esas dos o tres horas sean las mejores y más provechosas de la vida. ¿De cuánto tiempo nos despojan? ¿Cuánto tiempo de nuestras vidas se esfuma en esos probablemente absurdos desplazamientos? ¿En qué medida eso nos desgasta y extenúa?

Sin embargo, ése no era un problema que inquietara a Tsukuru Tazaki, cuyo trabajo consistía principalmente en diseñar y remodelar estaciones para una compañía ferroviaria. Cada uno hacía lo que quería con su vida. Además, eran *sus* vidas, no la vida de Tsukuru. A cada uno le tocaba juzgar hasta qué punto la sociedad en que vivía era infeliz o no. Él sólo tenía que pensar en guiar por las estaciones a ese ingente flujo de personas de manera adecuada y segura. Para hacerlo no necesitaba entregarse a profundas meditaciones. Tan sólo necesitaba ser eficaz. Tsukuru no era un pensador, tampoco un sociólogo, sino un simple ingeniero.

A Tsukuru Tazaki le gustaba contemplar la sección de la Japan Railways de la estación de Shinjuku.

Tras entrar en la estación, compraba un billete en la máquina expendedora y casi siempre se dirigía al andén de las líneas 9 y 10. De allí salía el expreso de la línea Chūō, un tren de larga distancia con destino a Matsumoto, en Nagano, o a Kōfu, en la prefectura de Yamanashi. El número de pasajeros, así como la frecuencia de los trenes, eran mucho menores que en otros andenes, atestados de personas que iban a su trabajo. Sentado en un banco, podía contemplar con calma las escenas que se desarrollaban en la estación.

Visitaba estaciones del mismo modo que otra gente acudía a conciertos, veía películas, iba a bailar a las discotecas, asistía a competiciones deportivas o paseaba mirando escaparates. Cuando

le sobraba tiempo y no se le ocurría qué hacer, solía ir a esa estación. Si se sentía intranquilo o tenía algo en que pensar, sus piernas se dirigían mecánicamente hacia la estación. Entonces se sentaba en un banco del andén y permanecía allí, mientras bebía el café que compraba en algún puesto y comprobaba el horario de los trenes en un pequeño folleto (siempre lo llevaba en su cartera). Podía pasarse horas. Cuando era universitario, se fijaba en la estructura del edificio, en el flujo de pasajeros y en los movimientos de los empleados, y anotaba en un cuaderno todo lo que descubría, pero ahora ya no.

El expreso arribaba al andén reduciendo la velocidad. Las puertas se abrían y los pasajeros se apeaban uno tras otro. Con sólo contemplar esa escena, le inundaba el sosiego. Sentía orgullo al ver que el tren llegaba a su hora sin incidentes, pese a que el tren no era de la compañía para la que trabajaba. Un orgullo sobrio y silencioso. El equipo de limpieza entraba a toda prisa, recogía la basura y dejaba los asientos impolutos. El personal del tren, vestido con uniforme y gorro, pasaba el relevo a sus compañeros y lo dejaba todo preparado para el siguiente viaje. Los paneles en los vagones que indicaban el destino cambiaban y al convoy se le asignaba un nuevo número. Todo sucedía en cuestión de segundos, de manera ordenada, sin retrasos ni movimientos inútiles. Así era el mundo al que Tsukuru Tazaki pertenecía.

En la estación central de Helsinki había hecho lo mismo: había cogido el sencillo folleto con el horario, se había sentado en un banco del andén y, mientras bebía café caliente en un vaso de papel, observó el trasiego de los trenes de larga distancia, verificando de dónde procedía cada uno. Observó cómo unos pasajeros se apeaban sucesivamente de los trenes y otros apretaban el paso camino de sus respectivos andenes. Siguió con la mirada los movimientos de los empleados uniformados de la estación y de

los trenes. Y le inundó el mismo sosiego. El tiempo transcurría de manera suave y uniforme. Era igual que en la estación de Shinjuku, sólo que sin anuncios por megafonía. Los procedimientos por los que se rigen las estaciones de todo el mundo apenas varían. Profesionalidad, precisión, eficacia. Ver que así era despertó en él una natural simpatía. Tuvo la firme impresión de que se hallaba en el lugar adecuado.

El martes, cuando terminó de trabajar, ya eran más de las ocho. A esa hora era el único que quedaba en las oficinas. La tarea que le habían encomendado no era tan urgente como para hacer horas extras, pero el miércoles por la noche había quedado con Sara, así que había preferido adelantar parte del trabajo.

Tras apagar el ordenador, guardó bajo llave los discos y documentos importantes en un cajón y apagó la luz de la oficina. Después se despidió del vigilante y salió de la empresa por la puerta de atrás.

—Buenas noches. Que descanse —le dijo el vigilante.

Pensó en cenar en algún sitio, pero todavía no tenía apetito. Sin embargo, tampoco le apetecía regresar de inmediato a casa. De modo que se dirigió a la sección de la Japan Railways de Shinjuku. Como de costumbre, compró café en un quiosco de la estación. Era una de esas típicas noches de verano, bochornosas en Tokio, y tenía la espalda empapada en sudor, pero con todo, antes que tomarse algo refrescante, prefería beber un café solo bien humeante. Era una cuestión de hábitos.

En la línea 9, como siempre, el último tren a la ciudad de Matsumoto se preparaba para partir. Los operarios del tren recorrían los vagones inspeccionándolo todo, ágilmente pero a fondo, para asegurarse de que no hubiera ningún fallo. El tren, de la serie

E257, le era familiar. No era tan bello como el tren bala, pero sus formas sobrias le agradaban. El convoy seguía la línea principal Chūō hasta Shiojiri, en la prefectura de Nagano, y luego tomaba la línea Shinonoi hasta Matsumoto. Llegaba a Matsumoto cinco minutos antes de medianoche. No podía tomar demasiada velocidad, al principio porque hasta la ciudad de Hachiōji atravesaba una zona urbana y no podía hacer mucho ruido, y después, porque cuando se internaba en las montañas el trazado tenía muchas curvas. Para la distancia que recorría, lo cierto era que tardaba bastante.

Todavía faltaba un poco para que el tren estuviera listo y las personas que viajarían en él se afanaban a comprar en el quiosco comida preparada, latas de cerveza, cosas para picar y revistas. También había quien se ponía los auriculares blancos del iPod en los oídos para sumergirse en su propio mundillo ambulante. Algunos tecleaban mañosamente en sus teléfonos inteligentes y otros hablaban a voces por los móviles, compitiendo con la megafonía. Había también una pareja joven que, al parecer, se disponía a emprender un viaje. Estaban sentados en un banco, hombro con hombro, charlando en voz baja con aire de felicidad. Dos niños gemelos de cinco o seis años con ojos somnolientos pasaron rápidamente delante de Tsukuru con sus padres, que tiraban de ellos. Cada uno llevaba su videoconsola portátil. Había dos jóvenes extranjeros cargados con una pesada mochila a la espalda. Una chica que portaba un violonchelo enfundado tenía un bonito perfil. Todos subirían al expreso nocturno para dirigirse a algún lugar lejano. Tsukuru sintió cierta envidia. Por lo pronto, tenían un lugar al que dirigirse.

Tsukuru Tazaki no tenía ningún lugar concreto ni especial al que ir.

Se dijo que, por ejemplo, nunca había ido a Matsumoto, Kōfu o Shiojiri. De hecho, ni siquiera había ido a Hachiōji, que estaba prácticamente al lado. A pesar de haber visto partir de ese mismo andén un sinfín de trenes con destino a Matsumoto, jamás se le había pasado por la mente la posibilidad de subirse él también a uno. Nunca se le había ocurrido. ¿Cómo era posible?

Tsukuru se imaginó que, en ese preciso momento, sin más, subía al tren e iba a Matsumoto. No era tan descabellado. Y tampoco una mala idea. A Finlandia se había marchado sin pensárselo mucho. Si quería, ¿por qué no?, podía irse a Matsumoto. ¿Qué clase de ciudad sería? ¿Cómo vivirían sus habitantes? Pero Tsukuru meneó la cabeza hacia los lados y abandonó la idea. Al día siguiente no llegaría a tiempo a su trabajo, en Tokio. Estaba seguro. No necesitaba consultar los horarios. Y al día siguiente por la noche había quedado con Sara. Era un día importante para él. No, no podía irse sin más a Matsumoto.

Se bebió el café tibio que le quedaba y tiró el vaso en una papelera que había cerca.

Tsukuru Tazaki no tiene ningún lugar concreto o especial al que ir. Ése había sido una especie de *leitmotiv* en su vida. No tenía un lugar adonde ir o al que regresar. Nunca lo había tenido, y ahora tampoco. Su lugar era aquel en el que se encontraba en cada momento.

«Pero no, te equivocas», pensó.

Bien pensado, una vez sí tuvo, sin ningún género de duda, un lugar al que ir. Cuando iba al instituto, Tsukuru deseaba entrar en la Universidad Tecnológica de Tokio para especializarse en el diseño de estaciones de tren. Ése era *el lugar al que debía ir*. Y para conseguirlo se quemó las cejas estudiando. «Con tus notas, tienes un ochenta por ciento de probabilidades de suspender el examen de acceso», le había anunciado fríamente su tutor. Pero él se

esforzó y consiguió saltar esa primera barrera. Y fue también la primera vez que estudió con tanto empeño. Lo suyo no era competir con los demás para sacar las mejores notas o alcanzar alguna posición, pero si tenía claro su objetivo, se entregaba en cuerpo y alma y desplegaba sus capacidades. Para él fue todo un descubrimiento.

Tsukuru logró salir de Nagoya y vivir solo en Tokio. En los primeros tiempos se moría de ganas de volver a su ciudad natal y ver a sus amigos. Tenía *un lugar al que regresar*. Durante más de un año estuvo yendo y viniendo de una ciudad a la otra. Hasta que un buen día, de pronto, aquello se rompió.

A partir de entonces ya no tuvo un sitio al que ir ni al que regresar. En Nagoya tenía su casa familiar, donde vivían su madre y su hermana mayor, y donde su habitación seguía intacta. La hermana mediana vivía entonces en el centro de Nagoya. Una o dos veces al año, Tsukuru regresaba por delicadeza a su lado y siempre lo acogían calurosamente, pero no tenía nada especial que contarles a su madre y sus hermanas y nunca las echaba de menos. Ellas querían al *antiguo* Tsukuru, el que había sido abandonado como un trasto innecesario. Para resucitarlo y ofrecérselo de nuevo a ellas, tenía que actuar de un modo poco natural. Al mismo tiempo, para él Nagoya era un lugar distante y poco atractivo. Lo que a él le gustaba de Nagoya, lo que él echaba de menos, eso ya nunca volvió a encontrarlo.

Por otro lado, Tokio era el lugar donde, *por casualidad*, había ido a parar. El lugar en que, en otro tiempo, había estudiado ingeniería y ahora trabajaba. Pertenecía a aquella ciudad por motivos profesionales. No había ningún otro vínculo, o si lo había, no era trascendental. En Tokio, Tsukuru llevaba una vida tranquila y ordenada. Como un expatriado que, en su nuevo país, extrema la cautela, tratando de no causar muchos problemas a su

alrededor y de no meterse en líos para que no le quiten el permiso de residencia. Tokio era la urbe ideal para los que desean pasar inadvertidos.

No tenía a nadie a quien pudiera llamar amigo íntimo. Había tenido algunas novias. Había salido con ellas durante un tiempo, nunca demasiado largo, y habían roto amistosamente. Ninguna le había llegado al corazón. En algunos casos, era porque él no buscaba prolongar esas relaciones, y en otros, porque quizá eran ellas las que no lo deseaban tanto como lo parecía. Mitad y mitad.

«Es como si mi vida se hubiera detenido a los veinte años», pensaba Tsukuru sentado en un banco de la estación de Shinjuku. «A partir de ese momento, el tiempo se volvió leve. Los años habían ido pasando en silencio, como una brisa suave. No le habían dejado heridas ni penas, intensas emociones ni alegrías, y tampoco recuerdos memorables. Y ahora estaba a punto de entrar en la madurez. Todavía le faltaba un poco, pero ya no podía decirse que fuera joven.

»Bien pensado, quizá la vida de Eri sea la de una expatriada. Una herida en el corazón la llevó a abandonar su tierra natal y dejar atrás muchas cosas. Sin embargo, su nuevo horizonte, Finlandia, lo eligió ella, por propia voluntad. Y ahora tiene un marido y dos hijas. También tiene un oficio al que se entrega con pasión. Y una casa de veraneo a orillas de un lago, y un perro lleno de vida. Ha aprendido el finlandés. Ha dado forma a su propio universo. Yo no.»

Tsukuru dirigió la mirada hacia el Tag Heuer que llevaba en la muñeca izquierda. Eran las ocho y cincuenta minutos de la noche. El expreso ya había abierto sus puertas. Los viajeros cogían su equipaje e iban subiendo a su vagón para ocupar los asientos que les correspondían. En los vagones, todos con aire acondicionado, colocaban los bultos sobre el portaequipajes, suspiraban de alivio

y le daban un trago a alguna bebida fresca. Podía divisarlos por las ventanillas.

Aquel reloj de pulsera era una de las pocas *cosas tangibles* que había heredado de su padre. Una preciosa antigualla fabricada a principios de los años sesenta. Si no se lo ponía tres días seguidos, las manecillas acababan parándose. Pero, al contrario de lo que pudiera parecer, a él eso le gustaba. Su maquinaria era de una sencillez asombrosa. Mejor dicho, una obra de artesanía. No tenía ni un pedazo de cuarzo o un microchip. Todo marchaba a la perfección gracias a un preciso mecanismo de resortes y engranajes. Y aun después de haber funcionado sin cesar durante alrededor de medio siglo, seguía marcando la hora con precisión pasmosa.

Tsukuru nunca se había comprado un reloj. Le habían regalado relojes baratos y los había usado sin prestarles mayor atención. Sólo necesitaba saber la hora exacta. Así lo veía él. Para su vida diaria, le bastaba el más sencillo de los relojes digitales Casio. De ahí que, cuando su padre falleció y a él le quedó como recuerdo aquel caro reloj, no mostró particular entusiasmo. Sin embargo, empezó a ponérselo cada día como quien asume una responsabilidad, para que no se parara ni estropeara. Después ya no pudo quitárselo: le gustaba notarlo en su muñeca, así como su ligereza y el ruidito mecánico que hacía. Ahora comprobaba la hora con mucha más frecuencia que antes. Y, cada vez que lo hacía, la sombra de su padre cruzaba fugazmente sus pensamientos.

A decir verdad, apenas se acordaba de su padre, ni le despertaba un especial sentimiento de nostalgia. No recordaba que, siendo él pequeño, hubieran ido juntos a ninguna parte o mantenido una conversación seria; tampoco después, cuando Tsukuru creció. Su padre siempre había sido un hombre de pocas palabras —al menos, en casa apenas abría la boca—, cuyo trabajo le tenía

muy ocupado y que pasaba poco tiempo en casa. Ahora que lo pensaba, quizá había tenido alguna amante.

Para Tsukuru, más que un padre, más que alguien de su misma sangre, era como un pariente influyente que fuera a visitarlos a menudo. De hecho, a Tsukuru lo habían criado su madre y sus dos hermanas. Apenas sabía qué clase de vida llevaba su padre, cómo pensaba y qué valores tenía o qué hacía en concreto a diario. Lo único que sabía era que había nacido en la prefectura de Gifu, que se había quedado huérfano a corta edad y que lo había recogido un tío paterno que era monje budista; también que, al acabar el bachillerato, había montado su propia empresa, había cosechado un éxito admirable y había creado el patrimonio del que ahora disfrutaban. Era extraño que alguien que había luchado tanto no hablara de su pasado. Quizá no deseaba recordar. En cualquier caso, poseía un olfato excepcional para los negocios. Tenía el don de conseguir al instante todo lo que necesitaba y de deshacerse de lo que le resultaba inútil. Su hermana mayor había heredado en parte ese talento para los negocios. La mediana había heredado, también en parte, el carácter sociable y abierto de la madre. Tsukuru no había heredado ninguna cualidad de ninguno de los dos.

Su padre fumaba más de cincuenta cigarrillos al día hasta que murió de cáncer de pulmón. Cuando su hijo lo visitó en el Hospital Universitario de Nagoya, su padre trató de hablarle, pero no pudo. Daba la impresión de que quería transmitirle algo importante, inútilmente. Un mes después, exhaló su último aliento en la cama del hospital. A Tsukuru le dejó el apartamento en Tokio, una cuenta bancaria a su nombre con una buena suma de dinero y el Tag Heuer.

Y otra cosa: el nombre de Tsukuru.

Cuando le contó a su padre que quería matricularse en la Universidad Tecnológica de Tokio, éste acusó su decepción porque su único hijo varón no mostrara interés en tomar las riendas del negocio inmobiliario que había levantado. No obstante, aprobó su decisión de convertirse en ingeniero. «Si eso es lo que quieres, me parece bien que estudies en Tokio; y si necesitas dinero, no tienes más que pedírmelo», le dijo. «Sea como sea, me parece muy bien que adquieras conocimientos técnicos y seas capaz de construir cosas concretas. Ser útil al mundo. Adelante, hinca los codos, licénciate y construye las estaciones de tren que tanto te gustan.» Su padre parecía contento de que el nombre que había elegido para su hijo, Tsukuru, no hubiera caído en saco roto. Ésa fue probablemente la primera vez y la última que dio una alegría a su padre, o, más exactamente, que su padre dio muestras de alegría.

A las nueve en punto, como indicaba el horario, el expreso para Matsumoto partió. Tsukuru, todavía sentado en el banco del andén, contempló cómo sus luces traseras se alejaban por la vía y el tren, acelerando, desaparecía hacia la noche estival. Cuando perdió de vista al convoy, de pronto se dio cuenta de que todo a su alrededor estaba vacío. El propio resplandor de la ciudad parecía haberse debilitado. Era como un escenario cuando se acaba la función y bajan la intensidad de los focos. Se levantó del banco y descendió despacio las escaleras.

Al salir de la estación, entró en un pequeño restaurante cercano, se sentó ante el mostrador y pidió pastel de carne y ensalada de patatas. Lo dejó todo a medias. No es que estuviera malo. El local era célebre por su pastel de carne. Simplemente, no tenía hambre. La cerveza, como siempre, también la dejó mediada.

Luego tomó un tren, volvió a casa y se duchó. Se enjabonó y se frotó a conciencia para eliminar el sudor. Se envolvió en un albornoz de color verde oliva (una antigua novia se lo había regalado por su trigésimo cumpleaños), salió al balcón, se sentó en una silla y, acariciado por la brisa de la noche, prestó atención a los ruidos amortiguados de la ciudad. Eran casi las once, pero no tenía sueño.

Recordó aquellos meses, cuando iba a la universidad, en que todos los días pensaba en morir. Habían transcurrido dieciséis años. En aquella época, cuando miraba en su interior, creía que el corazón se le pararía de un momento a otro. Tenía la impresión de que si concentraba su mente y todos sus sentidos en un punto, sin duda acabaría infligiendo una herida fatal a su corazón, como cuando, con una lente, se concentra la luz del sol en un papel para que éste arda. Era lo que él deseaba, y con toda su alma. Pero pasaron los meses y, al contrario de lo que esperaba, el corazón no se le paró. Porque un corazón no se detiene tan fácilmente.

Oyó a lo lejos el ruido de un helicóptero. El zumbido fue en aumento, como si el aparato se acercara a aquella zona. Tsukuru miró al cielo, buscándolo. Le dio por pensar que tal vez se tratase de un mensajero que le llevaba alguna misiva importante. Pero el ruido de la hélice disminuyó sin que él consiguiera ver el helicóptero, y al poco rato su sonido se alejó hacia el oeste. Sólo quedaron los ruidos nocturnos de la ciudad.

Por aquel entonces, quizá lo que quería Shiro era que la pandilla se disolviese. Sentado en el balcón, Tsukuru dio vueltas a esa hipótesis.

Una armonía sin apenas fisuras unía a los cinco. Se aceptaban tal como eran, se comprendían mutuamente. Una honda felicidad

los embargaba a todos. Pero aquella dicha no duraría para siempre. El paraíso se pierde cuando uno menos se lo espera. Las personas se hacen mayores a su ritmo y toman rumbos distintos. Con el paso del tiempo, surgen pequeñas diferencias, grietas apenas perceptibles. Y esas grietas y diferencias dejan de ser pequeñas para volverse insalvables.

Probablemente, Shiro no había soportado la presión de *lo que estaba por venir*. Quizá presintió que, si no deshacía de inmediato esa armonía que unía al grupo, la destrucción de éste la afectaría y le causaría un daño irreparable. Sería como un náufrago engullido y arrastrado hasta el fondo del mar por el remolino que produce un barco al hundirse.

En cierta medida, Tsukuru podía entender lo que Shiro había sentido. Es decir, *ahora* podía entenderla. Seguramente la tensión causada por la abstinencia sexual desempeñó un papel relevante. O eso suponía él. El hecho de que empezase a tener sueños eróticos muy vívidos podía deberse a esa tensión. Sin duda, la tensión también había afectado —desconocía de qué manera— a los otros cuatro.

Shiro quería escapar a esa situación, siguió razonando Tsukuru. Tal vez se veía incapaz de mantener aquella relación humana tan estrecha, que requería un constante control de las emociones. De los cinco, ella era sin lugar a dudas la más sensible. Y quizá fue la primera en captar lo que chirriaba en todo aquello. Pero era incapaz de salir del grupo por sí misma. Carecía de la fuerza necesaria. Por eso hizo de Tsukuru un chivo expiatorio. En ese momento, Tsukuru era el primer miembro que se alejaba del grupo y, por tanto, era el eslabón más débil. En otras palabras, cumplía los requisitos para ser castigado. Y cuando la violaron (quién, y en qué circunstancias, la habían violado dejándola embarazada a todas luces sería un misterio que jamás se descifraría),

en la histeria provocada por la conmoción, Shiro cercenó ese eslabón débil como quien acciona el freno de emergencia de un tren.

Según ese razonamiento, muchas cosas parecían encajar. Ella había obedecido a su intuición y había intentado franquear esa barrera que acabaría estancándola utilizando a Tsukuru como trampolín. Contaba con que Tsukuru Tazaki saldría del paso y superaría la situación. Era la misma conclusión a la que, muy juiciosamente, había llegado Eri.

Tsukuru Tazaki, siempre sereno, viviendo impertérrito a su ritmo.

Se levantó de la silla y entró en el apartamento. Cogió la botella de Cutty Sark de la estantería, se sirvió una copa y volvió a salir al balcón. Sentado, se presionó la sien un rato con la yema de los dedos de la mano derecha.

«No es así. Ni soy una persona serena, ni siempre vivo impertérrito y a mi ritmo. Sólo es cuestión de mantener el equilibrio. De acostumbrarse a repartir debidamente el peso a ambos lados del fulcro. Puede que los demás me tengan por una persona fría. Pero mantener ese equilibrio es más arduo de lo que parece: el peso que las balanzas soportan no se aligera ni una pizca.»

A pesar de todo, podía perdonar a Shiro..., a Yuzu. Estaba herida y sólo intentaba protegerse desesperadamente a sí misma. Era débil. Su caparazón no era lo suficientemente sólido. Ante la inminencia de la catástrofe, lo único que tenía en mente era encontrar un lugar seguro; no reparó en los medios, no podía permitírselo. ¿Quién podía echarle nada en cara? Sin embargo, al final, por muy lejos que intentase escapar, no logró zafarse. Una oscura sombra preñada de violencia le siguió insistentemente el rastro. Eri la llamó «un mal espíritu». Y una noche de mayo, en medio de un frío y silencioso aguacero, *eso* llamó a la puerta de su

piso y estranguló su hermoso y fino cuello con un cordón. Probablemente todo, la hora y el lugar, estaba fijado.

Tsukuru volvió a entrar en el apartamento, cogió el teléfono y, sin pensar demasiado, marcó el número y llamó a Sara. Pero al tercer tono lo pensó mejor y colgó. Era bastante tarde. Y al día siguiente la vería. No tenía sentido hablar a medias tintas antes. Lo sabía perfectamente. Pero no podía esperar, quería escuchar su voz. Ese deseo brotaba de sus entrañas. Le costaba reprimir el impulso.

Fue a buscar el elepé con la interpretación de Lázar Berman de los *Años de peregrinación*, lo colocó en el tocadiscos y bajó la aguja. Se concentró en la música. Le vino a la mente la orilla del lago en Hämeenlinna. El viento acariciaba las cortinas blancas, el bote golpeteaba mecido por las olas. En el bosque, los pájaros enseñaban pacientemente a sus crías a trinar. El cabello de Eri olía a champú de aromas cítricos. En su pecho, blando y fecundo, anidaba el peso compacto de la supervivencia. El hosco anciano que le había mostrado el camino escupía una flema espesa en la hierba estival. El perro meneaba la cola, feliz, y saltaba a la parte trasera de la furgoneta Renault. Mientras seguía el hilo de esos recuerdos, el dolor volvió a su pecho.

Tsukuru alzó la copa y saboreó el whisky escocés, que le caldeó el estómago. Durante los meses en los que sólo pensaba en morir, desde el verano del segundo curso de carrera hasta el invierno siguiente, todas las noches se tomaba unos dedos de whisky. Si no, no conseguía conciliar el sueño.

De pronto sonó el teléfono. Tsukuru se levantó del sofá, levantó la aguja del disco con la palanca y se plantó delante del teléfono. Lo más seguro es que se tratara de Sara. Era la única que

podía llamarlo a esas horas. Habría visto que Tsukuru la había telefoneado y querría devolverle la llamada. Sonó unas doce veces mientras Tsukuru dudaba si levantar o no el auricular. Miraba fijamente el teléfono con los labios apretados, aguantando la respiración. Como quien examina a cierta distancia una complicada y larga fórmula matemática escrita en la pizarra para lograr arrancarle alguna pista. Pero no, no conseguía descifrar nada. El teléfono dejó de sonar al cabo de un rato y después volvió a hacerse el silencio. Un silencio profundo y sugerente.

Para quebrar ese silencio, bajó una vez más la aguja sobre el disco, volvió al sofá y siguió escuchando la música. Esta vez trató de no pensar en nada. Cerró los ojos, puso su mente en blanco y se concentró en la música. Al poco rato, como invocadas por la melodía, distintas imágenes se proyectaron, una tras otra, en el reverso de sus párpados; se proyectaban y desaparecían. Una serie de formas carentes de significado y de forma. Surgían difusas, procedentes de un oscuro extremo de su mente, atravesaban sin ruido su campo visual y se desvanecían por el otro extremo. Como microorganismos de silueta misteriosa atravesando la mira redonda de un microscopio.

Quince minutos después, el teléfono volvió a sonar, pero Tsukuru decidió no responder. Esta vez permaneció sentado, sin parar la música, y se limitó a fijar la mirada en el teléfono negro. Ni siquiera contó los timbrazos. Enseguida enmudeció y sólo se oyó la música.

«Sara», dijo para sus adentros. «Quiero oír tu voz. Más que nada en el mundo. Pero ahora no podemos hablar.»

«Mañana puede que Sara elija al otro hombre y no a mí.» Tumbado en el sofá, pensó con los ojos cerrados. Era probable

que ocurriera; de hecho, puede que ésa fuese, según ella, la decisión correcta.

No tenía forma de averiguar cómo era aquel hombre, qué clase de relación los unía, cuánto tiempo llevaban juntos. Tampoco le apetecía saberlo. Lo único que podía afirmar era que, en ese instante, era muy poco lo que Tsukuru podía ofrecerle a Sara. Una cantidad limitada de cierta clase limitada de cosas. Y a juzgar por todo, cosas triviales. ¿Quién en su sano juicio iba a querer algo así?

«Sara me dijo que le gustaba. Probablemente sea cierto. Pero en el mundo hay muchas cosas que no se arreglan sólo con afecto. La vida es larga y a veces cruel. En algunos casos, hacen falta víctimas. Alguien tiene que asumir ese papel. Y los cuerpos, frágiles y vulnerables, están hechos para sangrar al cortarse.

»En cualquier caso, si mañana Sara no me elige, moriré *de verdad*», pensó Tsukuru. «La diferencia entre la muerte real y una muerte metafórica es mínima. Esta vez, sin embargo, quizá sí respire por última vez. Tsukuru Tazaki, el que no tiene color, palidecerá por completo y se retirará en silencio de este mundo. Posiblemente todo se convierta en nada y sólo quede un terrón de tierra duro y helado.

»Tampoco sería tan grave», se dijo. Ya había estado a punto de ocurrir, y no habría sido extraño que sucediera de verdad. No era más que un mero fenómeno físico. La cinta del muelle del reloj iba desenroscándose poco a poco y el impulso inicial se aproximaba casi a cero; poco después los engranajes dejaban de moverse y las agujas se quedaban quietas. No se oía el tictac. Caía el silencio. Así de simple.

Antes de que el día cambiase de fecha, se acostó y apagó la luz de la mesilla de noche. «Ojalá sueñe con Sara», deseó. «Un sueño erótico o de la clase que sea. A ser posible, no demasiado triste. Si en el sueño pudiese tocar su cuerpo, mucho mejor. Al fin y al cabo, sólo será un sueño.»

Su corazón deseaba a Sara. Poder desear a alguien de esa manera era maravilloso. Tsukuru lo sintió en sus carnes. Después de mucho tiempo. O quizá por primera vez. No todo era maravilloso, por supuesto. También sentía un dolor en el pecho y una especie de ahogo. Lo embargaba el miedo y lo acechaban pensamientos sombríos que lo estremecían. Pero ese dolor se había convertido en una parte importante del afecto que sentía por Sara. No quería perder esos sentimientos que guardaba en su interior. Si los perdiese, quizá jamás volvería a encontrar su calor. Antes que perderlos, prefería perderse a sí mismo.

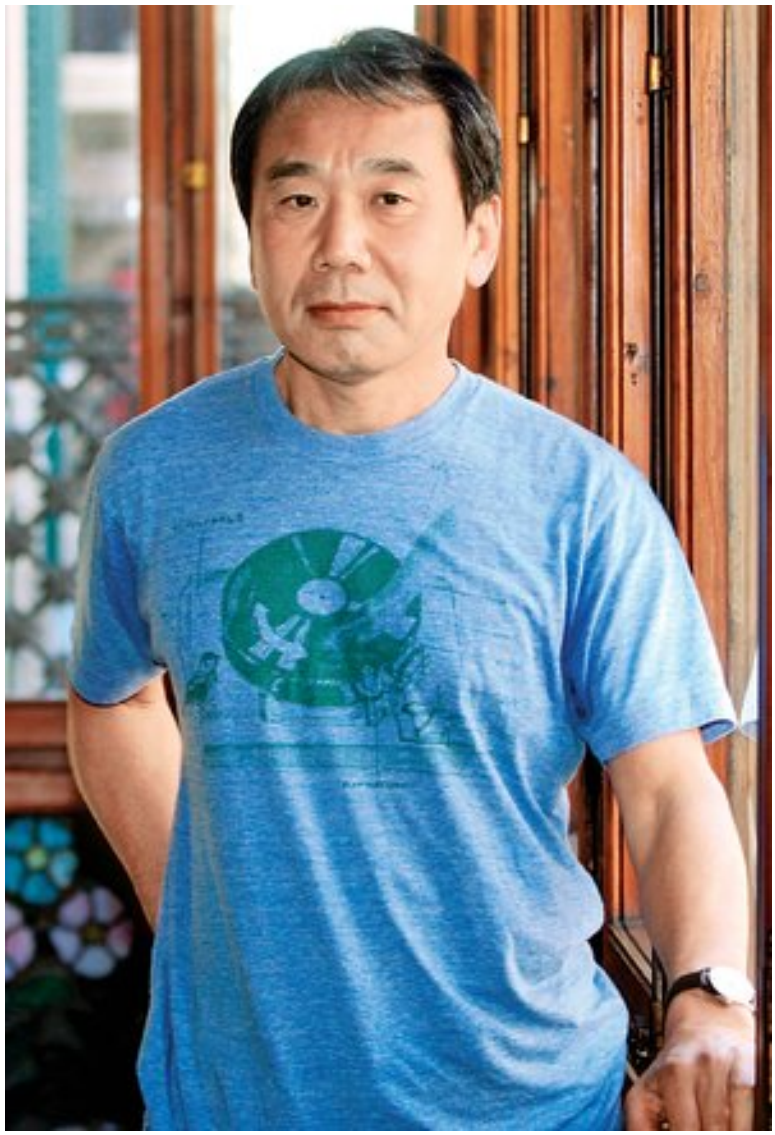
«No debes dejarla escapar, Tsukuru. Ve a por ella, ocurra lo que ocurra. Si empiezas a poner distancia entre los dos, quizá jamás vuelvas a conseguir a nadie», había dicho Eri.

Tenía razón. Pasara lo que pasase, debía luchar por ella. Lo sabía. Sin embargo, eso no sólo dependía de él; dependía de los dos. «Hay cosas que se dan y otras que se reciben. En cualquier caso, mañana es el día. Si Sara me elige, si me acepta, le propondré que nos casemos, y cuanto antes, mejor. Y le ofreceré todo lo que está a mi alcance, sea lo que sea. Para que no nos perdamos en lo más profundo del bosque y los enanos malvados no nos atrapen.»

«No todo desaparece con el paso del tiempo.» Ésas eran las palabras que tenía que haber pronunciado cuando se despidió de Eri, a orillas del lago en Finlandia, pero que en su momento no

había encontrado. «En aquella época creíamos ciegamente en algo, éramos capaces de creer ciegamente en algo. Esa emoción no puede haberse desvanecido del todo.»

Tsukuru fue tranquilizándose, cerró los ojos y poco a poco fue quedándose dormido. A medida que se sumía en el sueño, su lucidez daba los últimos coletazos, cada vez más fuertes, cada vez más veloces, como el último expreso del día, hasta desaparecer engullida por la noche. Sólo quedó el rumor del viento entre los abedules.



HARUKI MURAKAMI. Es uno de los pocos autores japoneses que ha dado el salto de escritor de culto a autor de prestigio y grandes ventas tanto en su país como en el exterior. Nació en Kioto el 12 de enero de 1949, pero vivió la mayor parte de su juventud en Kōbe. Su padre era hijo de un sacerdote budista. Su madre, hija de un comerciante de Osaka. Ambos enseñaban literatura japonesa. Estudió literatura y teatro griegos en la Universidad de Waseda (Soudai), en donde conoció a su esposa, Yoko. Su primer trabajo fue en una tienda de discos. Antes de terminar sus estudios, Murakami abrió el bar de jazz *Peter Cat* en Tokio, que funcionó entre 1974 y 1982. En 1986, con el enorme éxito de su

novela *Norwegian Wood*, abandonó Japón para vivir en Europa y América, pero regresó a Japón en 1995 tras el terremoto de Kōbe, donde pasó su infancia, y el ataque de gas sarín que la secta Aum Shinrikyo («La Verdad Suprema») perpetró en el metro de Tokio. Más tarde Murakami escribiría sobre ambos sucesos.

La ficción de Murakami, que a menudo es tachada de literatura pop por las autoridades literarias japonesas, es humorística y surreal, y al mismo tiempo refleja la soledad y el ansia de amor en un modo que conmueve a lectores tanto orientales como occidentales. Dibuja un mundo de oscilaciones permanentes, entre lo real y lo onírico, entre el gozo y la obscuridad, que ha seducido a Occidente. Cabe destacar la influencia de los autores que ha traducido, como Raymond Carver, F. Scott Fitzgerald o John Irving, a los que considera sus maestros. Es un defensor de la cultura popular. Le encantan las series de televisión, las películas de terror, las novelas de detectives, la ropa de sport, las canciones pop..., ya que todo ello le sirve como nexo con los lectores. Muchas de sus novelas tienen además temas y títulos referidos a una canción en particular, como *Dance, Dance, Dance* (The Dells), *Norwegian Wood* (The Beatles), entre otras.

Murakami, también es un aguerrido corredor y triatleta. Sale a practicar todos los días, lo cual lo conserva en muy buena forma para su edad. A pesar de que comenzó a correr a una edad relativamente tardía (33 años) ya ha completado varios maratones. Mientras la gente va a Hawai de vacaciones, él va a correr y a trabajar.

Notas

[1] En Japón, el curso escolar empieza en abril. *(N. del T.)* <<

[2] Los primeros ideogramas de cada apellido se leen *aka, ao, shiro* y *kuro*, que, respectivamente, significan «rojo», «azul», «blanco» y «negro». *(N. del T.)* <<

[3] Término japonés con el que se alude peyorativamente a aquellas personas obsesionadas con alguna afición. *(N. del T.)* <<

[4] El nombre de Tsukuru está relacionado con el verbo *tsukuru*, que significa «hacer», «crear», «construir». *(N. del T.)* <<

[5] El sistema de escritura japonés combina ideogramas (de origen chino en su mayoría) con dos silabarios diferentes. *(N. del T.)* <<

[6] *Midori* significa «verde», y *kawa*, «río». *(N. del T.)*. <<

[7] En Japón, las personas tienen un sello, un tampón, que tiene la validez de una firma. *(N. del T.)* <<

[8] Barrio de Tokio famoso por sus rascacielos de oficinas y tiendas de lujo. *(N. del T.)* <<

[9] Tipo de comida tradicional japonesa compuesta por una serie de platos pequeños presentados de manera muy refinada. *(N. del T.)* <<

[10] Hideyoshi Toyotomi (1537-1598) fue uno de los soberanos feudales más poderosos de la historia de Japón. *(N. del T.)* <<

[11] En Japón, los vehículos circulan por la izquierda. *(N. del T.)*
<<

[12] *Mibiiki* significa, efectivamente, «halagar» o «tratar con favoritismo» a una persona cercana. *(N. del T.)* <<

@Created by PDF to ePub